

ANTONIO

de ~~la~~ ~~republica~~

Prensa

Antenas



Tribuna.



1912.

BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
NO.	7480
PRECIO	FORA
0000142 -B	

QUITO-ECUADOR

Imp. Minerva

BIBLIOTECA

DE LA CASA DE LA CULTURA — Quito

REF. Nº 1.858 ▲
FECHA DE CONSTATAION Diciembre 1.950.....
VALOR S/ 10,00.....
CLASIFICACION

142 - B

14009 1999

El secreto de oro

ALGUNAS personas hablan mucho de las amarguras de la experiencia y de los desengaños de la vida; pero quien no se empeña en *engañarse* voluntariamente acerca de ella, no puede sufrir decepciones.

Lo principal es no apetecer cosas vanas: hermosas por fuera, pero llenas de cenizas, como las manzanas del *Mar Muerto*.

El más humilde de los hombres, salvo el caso de circunstancias excepcionales, puede ser muy dichoso con esta sola condición: cumplir los deberes que le tocan y mirar la vida con serenidad reflexiva, para no confundir los verdaderos tesoros que ella encierra con las nubes de vapor dorado que cruzan por su atmósfera y pasan y se disipan con tanta rapidez.

Quién sufrió decepciones de su madre? A quién engañó la esposa modesta, si la eligió entre

las vecinas del hogar paterno, sencilla y pura, no casquivana y melindrosa? A quién trataron los hombres con dureza, si él fué honrado y bondadoso con ellos? Hacerse amar es muy fácil: basta ser amable con los otros, y ningún hombre á quien los otros aman puede ser infeliz de veras.

Ejercitar nuestro entendimiento en labores alecuadas á su índole, para que dé los frutos de que es capaz, es muy importante; pero mucho más precioso es ejercitar nuestro carácter, cultivar nuestras virtudes como plantas de alto valor, arrancar de continuo la cizaña que crece entre ellas, la yerba de la concupiscencia y del egoísmo, que las arruina con su vecindad.

Donde no hay amor todo es dolor, ha dicho un sabio. El amor á la patria, á la familia, á los amigos, á la humanidad entera son veneros de una dicha que no tiene ocaso.

No hay que entregarse á apetitos locos. El hombre suele ser más desgraciado por lo que apetece sin motivo que por lo que no alcanza de lo que debe ser apetecido.

Es dable ser infeliz por dolores de la familia, por carecer de patria libre y honrada ó por las propias deficiencias; pero todo ello puede llevarse con resignación, si se trabaja empeñosamente por mejorarlo, y la mayor parte de los hombres que se quejan de la vida no lo hacen por pesares de esa clase, sino por otros ilusorios, causados por la carencia de algo que sólo por insensatez codician.

La fraternidad es la panacea para todos los dolores de la vida social: el mundo lo reconoce hasta el punto de que no sólo los que lo adoran como Dios, sino los que lo miran simplemente como un hombre de genio, considerando á Jesús como el maestro de la fraternidad humana, lo tienen, por ello, como el más grande de los mortales. La cruz del Gólgota ha brillado por el espacio de muchos siglos sobre todas las grandezas de la vida. Ni el arte y la sabiduría de Atenas, ni las leyes y las

Prensa y Tribuna

3

guerras de Roma, ni el viaje prodigioso de Colón, ni el genio de los más grandes músicos y de los más grandes poetas, ni los más admirables descubrimientos de la ciencia, ni las más nobles hazañas de los héroes han oscurecido con su brillo la predicación de Galilea y el martirio del Gólgota; el sacrificio de la propia ventura y la propia vida para el bien de los demás y por el amor de los hombres

Lo más bello que parece que hacen los hombres es, sin duda, el arte: la música hermosa, la hermosa pintura, los hermosos discursos y los hermosos versos; pero no hay mármol, ni lienzo, ni poema que pueda compararse á una buena acción. Cada uno puede ser artista modelando y perfeccionando su propia vida, trabajándola, como con la inspiración de un gran poeta, como se trabaja con el bronce, como se trabaja con el pincel, como se trabaja con la palabra para hacer y decir lo que es hermoso, pero con menos hermosura que lo bueno.

Los hombres pasan mil angustias por aparecer ricos y poderosos, aunque no lo sean; y seanlo ó no de veras, los que aparecen como tales suelen excitar envidia y malevolencia, y la vanidad es, por otra parte, un hambre que nunca está del todo satisfecha. Más valio ser como un arroyo que se desliza mansamente sobre la yerba, cristalino y melodioso, con suave murmullo al chocar con las piedras, que un torrente que se despeña de lo alto arrastrando toda suerte de inmundicias en sus aguas.

Bello es el taller del artista cuando la gloria lo sombrea con sus palmas, brillante la tribuna en que se levanta el adalid de los patrios derechos, el gabinete en que el sabio inclina la cabeza pensadora en la tarea de su análisis luminoso; pero aun la cabaña pajiza en que el labrador honrado reposa entre su familia amante de la ruda labor, tiene poesía soberana para quien sepa apreciarla en lo que vale.

Como náufrago que mira la playa en que va à

guarocerse del peligro, contempla á veces un humilde y sereno retiro el hombre que anda atareado en el tráfico de la vida cortesana entre ambiciones y codicias.

El género humano ha progresado grandemente en el curso de la Historia, acercándose cada día más á la consecución de la fraternidad, que es la clave de su dicha.

Ya no hay esclavitud para raza que por inferior se tenga, ni para pueblo que en la guerra se dome; ya la guerra no constituye la relación común y constante de los pueblos, ni la piratería es forma de su vida; ya la mujer no es una esclava del varón ni una parte del botín de la pelea; ya la del arado no es tarea de siervos, ni es vil la industria de las manos que en la batalla no consiste; ya no se reparte la familia humana en patricios soberbios y plebeyos mansos; ya no hay gleba; ya se hundió en los abismos del mar, como monstruo propio de sus oscuras profundidades, el barco de la *trata*; ya no se llama bárbaro al extranjero; ya no hay hogueras para el pensamiento que no se deja amarrar á la coyunda de una superstición, ni potro de tormento para el procesado que no quiere confesar la culpa que le imputan; ya no hay murallas entre pueblo y pueblo, ni fosos entre casa y casa, ni preocupaciones de casta entre grupo y grupo, ni odios de muerte entre idea é idea, ni miedos á la ciencia, ni prostitución para las artes, cortesanas de las tiranías, ni es bufón de palacio el ingenio. Las ideas vuelan libres, la palabra no se mancha, sino cuando quiere, en vil comercio de alquiler ó de venduta: ya existe una sociedad universal de todos los hombres cultos, que por medio de los únicos esclavos de ahora—la electricidad y el vapor,—no sólo se visitan con frecuencia, sino que se mantienen en perenne consorcio, haciendo de sus laboratorios y de sus empeños uno solo para la conquista de todas las fuerzas, para el dominio de todos los recursos de la naturaleza. El pasado parece una

noche pavorosa, y ya clarean el horizonte, ya rompen las nieblas á su paso, los fulgores del alba, la de un nuevo día de ideales altos sobre las cumbres de la vida, que en lo porvenir darán amparo y calor á la familia humana.

En lo porvenir, decimos: todavía hay obstáculos que vencer, todavía hay murallas que echar abajo; todavía hay semicastas y semiservidumbres, y suele desatarse y sembrar ruina y espanto entre los hombres el monstruo de la guerra. La justicia, la piedad y el sentido común harán su oficio. Venceremos los creyentes, al cabo. Los creyentes en la fraternidad, en las armonías del derecho, en la posibilidad de que los egoísmos, por racional progreso, se concilien. Lo que se ha hecho para el servicio de la paz humana es mucho más de lo que resta por hacer. Lo que ahora divide verdaderamente á los hombres, por semicastas, por semiservidumbres, por soberbias desmesuradas y por odios grandes es el oro: si los que no lo tienen, que son los más, que forman inmensa mayoría, llegan á entenderse, ya le pondrán coto al flamante despotismo, como lo pusieron á la aristocracia romana los plebeyos que en el Monte Aventino buscaron su refugio.

Pero, no sería mejor que nobles inspiraciones de racional sociabilidad lo encontraran? Esa es la tarea de la generación que se levanta. Con dogmas, ó sin ellos, seamos prácticamente cristianos cuantos apetecemos que el sol de la dicha moral llene de resplandores sin eclipse los horizontes de la vida.

El Libro de los Pobres p. 1.

Goteando sobre la roca

EMPEZABA la revolución francesa, y empezó á sentirse en la Corte de Luis XVI. aunque en las *cortes* casi nunca entra la verdad sino disfrazada, el estremecimiento de su magnetismo, y tuvo el Rey el buen consejo de acabar con aquello en *agraz*, y se dió la famosa *sesión regia*. Se fue el monarca, circuido de esplendores y de soldados al seno de la Asamblea y les dijo á los hombres que la Francia, sedienta de justicia, había enviado cerca de su trono: "Ya he visto lo que Uds. quieren, —las pretensiones con que empezaron, que era poca cosa;—no sigan Uds. en la molestia de estas reuniones: queda todo acordado". Y así que se retiró el grupo de Palacio, se quedaron los representantes del pueblo mirándose los unos á los otros, como diciéndose con los ojos: ya no hay pretexto para seguir, cuando Mirabeau que era de aquellos hombres soberanos de la palabra que la acuñan para moneda de la Historia, los sacó de su miedo y de sus vacilaciones con este soplo de volcán: "No aceptemos los *regalos* del despotismo". La tribuna quedó en pié, y como quedó en pié, la Revolución se hizo.

Con la palabra, dice la Sagrada Escritura, que hizo Dios el mundo, y para hacer el mundo, no dice que dijo: hágase la materia, ó hágase la fuerza; sino: "hágase la luz". Eso hace la palabra que merece llamarse así por antonomasia: la claridad vibrante, el resplandor perdurable, un fuego por encima del cual pasarían las aguas del océano sin lograr apagarlo. Pues los predicadores del Evangelio, qué te-

nian en frente? Tenían en frente el Cesarismo, que representaba el egoísmo: un inmenso *yo* puesto de pie sobre la sociedad humana para atormentarla y humillarla. Nunca se dió el simbolismo histórico en cristalización más expresiva: el César, el Emperador, era el interés privado, la soberbia privada, el goco privado sobreponiéndose, é impidiendo su desarrollo por lo mismo, al cumplimiento de los destinos de la sociedad.

Y aquel egoísmo tenía cimientos de granito, que el mundo, esclavo entonces, no podía conmover con sus lágrimas ni convulsiones de agonía; pero el *Sermón de la Montaña* los redujo á polvo y los aventó como cenizas.

Las fuerzas de alguna mentira,—las que ha engendrado el egoísmo han sido á veces muy poderosas,—hacen relampaguear sus picas y sus armaduras y lo dicen á la verdad humilde y desnuda, que se les acerca: "Cómo pretendes entrar en lucha con nosotras! estás demente? ¿de qué armas vas á servirte para la pelea?" "Dejadme hablar"—contesta la verdad:—"es todo lo que necesito".

Hizo la palabra la caridad y el idealismo cristianos cuando la sensualidad y el egoísmo habían llegado al máximo de sus energías; flotó buques para descubrir la América cuando la superstición tenía por dogma que nuestra Tierra era cuadrada; deshizo el feudalismo, deshizo la monarquía absoluta, rompió la picota, rompió el potro de tormento, rompió la cadena de las razas esclavas, sacó de la servidumbre á la mujer, sacó á la ciencia del escondite en que se guarecía temblorosa; ha desmontado, piedra por piedra, ó á veces de un golpe, en conmoción súbita los alcázares de la mentira y sus fortalezas formidables; ha bajado á los autros y ha subido á los empiresos; ha llenado el mundo, lo posee: nada es poderoso contra ella. Penetra hasta en los huesos de las iniquidades y los carcome; es un céfiro que se trueca fácilmente en vendaval. Qué es la pólvora? Un poco de polvo negro. Ponedla

en las entrañas del granito, ya veréis como las desmenuza: la palabra mil veces más poderosa que la pólvora, reduce á fragmentos todo cuanto se le opone.

Una de las cosas que importará más en la República que vamos á hacer, es la libertad de la palabra. Lo que hoy sucede con ella es humillante: el jefe de policía la cita á su despacho, y la sienta allí, para juzgarla, entre la mujer desvergonzada que arrojó su dignidad en la sentina, el ladronzuelo hábil de manos y el ebrio escandaloso, y después, la manda á la cárcel, mezclada con ellos. No pareciendo todavía bastante, cuando á eso que se llama entre nosotros la Comisión permanente, le mandan un recado de palacio, se amordaza la palabra. Y estamos en el siglo XX desde que el Verbo, es decir, la palabra de Dios, fue puesta sobre la cruz.

La República que vamos á fundar hará, sin duda, en esta materia, la legislación protectora que la palabra entre nosotros necesita.

El Foro tomo V, Núm. 3.

Nindiri

EL me había hablado del pueblecito, y con él tuve el gusto de verlo por vez primera, en viaje que hicimos juntos en un cómodo y ligero carruaje de Managua á Granada. A Rubén Darío me refiero, el poeta laureado de Centro América.

A eso de las tres de la tarde divisamos las primeras chozas; el cielo estaba azul, alguna que otra nube, transparente como velo de gasa, volaba por él, y de lo alto caía y por todas partes se derramaba, la luz color de oro quemado de un sol brillante pero ya muy soportable. Me pareció que estaba en Grecia: así debió ser la Jonia antigua, ó por lo menos, esa segunda Grecia, la Provenza de los tiempos medios. En calle sin polvo, recta y ancha, se alineaban las casas, hechas de corteza de palma y de bejucos, cada una de arquitectura diferente, á cual más graciosa y originalmente ideada, de formas caprichosas, como sueños de hombre que no ha visto civilización, pero que, sin conocer la de los otros, ha inventado él mismo su poesía, y se la saca del alma para ponerla en todo lo que le rodea; al rededor de las casas había siempre flores, y por la espalda de ellas asomaba algún árbol, indicio de huerto, que con sus ramas de esmeralda oscura y sus frutos de colores vivos daba nuevas notas á la pintura ideal que formaba el paisaje. A la puerta ó en pequeños corredores delante de ella, ví algunas mujeres de la raza india de Nicaragua, que es la más bella que conozco; todas lucían, muy morenas, por estar vestidas de un blanco immaculado, y los cabellos muy negros y los ojos como llamas, tomaban con eso un relieve encantador. Admiróme su limpieza singular y el airo de fiesta

que eso daba á la aldea, porque se trataba de un día de trabajo de la semana. "Qué hacen estas gentes?" pregunté con curiosidad á Rubén; "se diría que esperan alguna visita". "Venden flores y frutas," me contestó el poeta, "las llevan en cestos muy bizarros á todos los alrededores; ésta es su vida cotidiana". Pasaron, en efecto, á poco, por junto á nosotros dos mujeres y un jovencito con cestos tan extraños como las casas, llenos de colores y de aromas, conduciendo su mercancía: nunca hubiera calculado antes que el comercio pudiera tomar á mis ojos forma de poesía.

No era hora de oír pájaros: lo que se escuchaba era una cigarra; pero la influencia del medio ambiente, sin duda, me hizo encontrar bello su toque de clarín delgado y persistente: pensé en la cigarra de oro, símbolo del arte en el mediodía de Francia, y el canto sin ritmo, lejos de perturbarla, completó mi ilusión.

Sonaba yo entonces, por otra parte, que llevaba á mi lado la cigarra de nuestros bosques y de nuestra poesía americana, pues Rubén era ya un poeta aunque todavía no era un hombre, y su inspiración no había aún torcido su cauce, sino que era genuina y espontánea. Más tarde se dejó influir por ideales exóticos, y siguiéndolos ha llegado á la cumbre de la gloria; pero yo prefiero la cigarra desconocida, y ahora que temblamos á la idea de recibir una mala noticia, (1) ha venido á mi mente, con sincera ternura, el recuerdo del pueblecito original de las flores vivas, de las casas lindas y de las indias limpias que venden colores y perfumes de los que brotan, sin amaño, del seno fecundo de la naturaleza.

La Poesía de la Historia, p. 121.

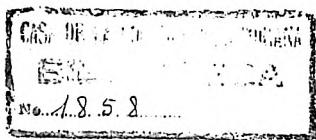
Diciembre de 1894.

(1) Estaba muy enfermo Darío.

Maria Antonieta

ERA, al casarse con el heredero de la corona de Francia, un tipo de princesa ideal: de belleza majestuosa, de gracia altiva, de hermosura espléndida, de aspecto olímpico, de hechizo soberano, de coquetería semejante á la que las diosas de la fábula griega empleaban al acercarse á los mortales,—teniendo y mostrando en todos sus actos la conciencia de ser de la casa de Austria, lo que debía valer mucho á sus ojos, y de ser de veras una mujer bella, lo que acaso valía más aún.

Para darse cuenta de si desempeñó bien ó mal el papel que le tocó en la Historia, es preciso apreciar por entero su situación. Era aquella princesa un símbolo, y como una expresión matemática, de cierto orden de ideas y de sentimientos con raíces seculares y con cuasi divino fundamento. Los reyes de entonces eran los ungidos del Señor Dios, encargados de irradiar la bondad, pero también la magnificencia divina, sobre la haz de la Tierra; que tenían por derecho propio la corona sobre la frente y la espada en la mano; lugartenientes de lo eterno; representantes de la suprema justicia y de la gracia excelsa; los dueños de las multitudes con celeste señorío los encargados de hacer el orden en la sociedad á la manera como Dios lo hace en la naturaleza, teniendo á su alcance el verdugo y la mazmorra como el señor tiene á su alcance el vendaval y el rayo; con voluntad que no es el capricho de un simple mortal sino como una ley de la vida; con inteligencia que no es sólo la que alumbra á los demás, sino que tiene ó puede tener en ocasiones, irradiaciones de la luz infinita; seres cuyas virtudes



son trasuntos del cielo y cuyos errores y aun cuyos crímenes son desgracias comunes que deben aceptarse resignadamente y con la frente baja.

Esa doctrina que era la del común del clero, muy ignorante y corrompido entonces, no era en verdad la de la Iglesia. El *Angel de las Escuelas* el atleta de Aquino, había explicado que las leyes y los príncipes deben levantarse y existir de acuerdo con la voluntad general, y que su gobierno tiene por límite de su derecho el establecido por Jesucristo al pasar por la Tierra, Constitución por cierto, algo más firme y noble que todas las que este siglo ha inventado. Llegó un momento en que los hombres pensadores, sin variar esencialmente la fórmula del egregio Doctor, encontraron que la Iglesia accidental y pasajera no desempeñaba bien las funciones encargadas á la sublime del Cristo, creyeron que era urgente estatuir el Pontificado de la conciencia humana, el Doctorado de la razón; contemplaron un hacinamiento de miserias, un hervidero de dolores, un *pandemonium* de angustias, sobre los cuales los ungidos del Señor reían y junto á los cuales los ministros del Señor engordaban; santas indignaciones salieron entonces de su pecho tan fieras como las lavas de un volcán; oyóse entre los truenos y relámpagos de cataclismo nunca sospechado, una voz formidable que repetía con sentido nuevo el Sermón de la Montaña y que lo estampaba en los aires mezclado con los rugidos de aquellos profetas de Israel que se arrancaban los cabellos, se horían las carnes y comían esccrementos para simbolizar las miserias de Sión. Los Reyes ciñeron la espada á su costado y levantaron en el aire los cetros con ademán amenazador; todos los soldados del privilegio, vestidos de hierro, acudieron en murados escuadrones á la cita sombría de una batalla más grande que la de los Titanes, y los dioses, y como los Pontífices derramarán su tiara colmada de maldiciones sobre aquel pensamiento nuevo, arreció de golpe la tempestad, en vez de decrecer, y sonó con eco inmenso, que

todavía se oye, esta frase enorme, precedida como del ruido de águilas numerosas é inmensas que agitan sus alas en las sombras: No hay Dios.

Cuando el poeta se inclina sobre el abismo á cuyo seno descienden yertas las naciones en el silencio del no ser, ve entro las nieblas crepusculares de la historia, sombras que habian de moverse irritadas en el momento solemne á que me refiero: caballeros los unos, de la cruz, que del árabe en la tostada arena, tremolaron su estandarte y en sangre de infieles tiñeron el pretal de sus bridones; escudo y rayo los otros de la venerable Monarquía, él oriflama augusto los vió caer bajo sus pliegues espiedo-rosos, defendiendo el trono de sus reyes, dando cada día nuevo honor y nuevos lustres á sus blasones y dilatando, con empuje de somidioses, el suelo de la patria; vé los reyes santos, los obispos sin manci-lla, los caballeros sin reproche, los sacerdotes már-tires, los nobles con armadura de acero y alma de diamante, padres de los pueblos, ministros del honor, escuderos de la justicia, castellanas que eran ángeles de castidad y de caridad, monasterios en que el dolor dejaba de serlo, alumbrado por un rayo del cie-lo: ve las temeridades heroicas, las grandezas incon-movibles, las gallardías insuperables, las magnificen-cias ideales; pero su mirada va más abajo y descubro, entre abismos de cieco, un torbellino de torpezas: la glotonería y la lascivia en el trono: los señores sin piedad y las señoras sin pudor, los pueblos sin pan y sin esperanza de justicia entregados al crimen por el despotismo; *el parque de los ciervos*, en que las doncellas eran cazadas como bestias; la crápula en el convento, la simonía en la Iglesia, la orgía en el castillo, la desvergüenza en el trono, el miedo en el cuartel y se aleja entristecido bendiciendo la tempestad que anuncia un nuevo día. Disculpa en-tonces, porque las comprende; las convulsiones re-volucionarias; se apiada del hijo del Rey, educado en el vicio, y del hijo del pueblo, educado en la miseria; de la hija del Príncipe, corrompida por la

moliese, y de la hija del villano, prostituida por el hambre; ve la gran patria en el suelo, avergonzada por los propios, insultada por los extraños, y prefiriendo á los altares profanados, los altares sin Dios, alza con júbilo la vista y bate las palmas con estrépito al ver saltar á Mirabeau sobre las tablas de la tribuna para que se desmorone en ruinas el edificio del pasado por el arrebató de su sagrada indignación y bajo el imperio de su fulminante palabra.

¿Quién puede culpar á la pobre Reina inalumbrada porque no viera el aspecto divino de la catástrofe? ¿Qué pudían ser á sus ojos aquellos aristócratas que rompían sus propios blasones, aquellos clérigos que se desnudaban de su carácter sacerdotal, como si no fuera la mano de Dios la que lo hubiera impreso en ellos, sino tráfugas miserables? ¿Qué podía haber para ella de noble y elevado en aquel populacho soez, obrio, sucio, grotesco que venía á gritar junto á su palacio y al que veía huir á veces del acero de los soldados ó ser comprado por el oro de los palaciegos? La Revolución debía ser á sus ojos algo como una bestia inmundada, de contacto asqueroso y horrendo, y cuando sintió sobre sus hombros la zarpa del monstruo, la repugnancia y el asco tuvieron que disputar al terror la primacía en sus sentimientos de Princesa. Pocos destinos tan trágicos recuerda la Historia; y para ella no puede haber sino piedad en su fallo definitivo. Vió asaltado su palacio, desconocida la autoridad de su rey, insultada la de su Dios; tuvo que ensayar la actitud del ruego,—ella,—acostumbrada á verlo de hinojos á sus plantas; vió todo lo que era á sus ojos sagrado, prostituido, todo lo que era miserable y vil, puesto en lo alto; debió experimentar esos espasmos de terrible sorpresa de que dan indicio los irracionales cuando la tierra tiembla y la ley de la gravedad parece suspendida. Arrojada á una mazmorra sombría, insultada por sus carceleros, calumniada como reina, como esposa y como madre, á sus propios oídos y sin defensa posible, privada de su esposo,

privada de sus hijos, teniendo que remendar sus ropas, y sin medios de aseo; arrastrada por la larga calle de la Amargura de un proceso lleno de vergüenzas; viendo subir en torno suyo, con movimiento lento, pero inexorablemente ascendente, una ola de inmundicia en la que debía de tener la seguridad de ser en definitiva asfixiada; como náufrago agarrado á débil tabla en el vórtice de tempestuoso piélago; sin servidores, sin auxilio; á veces sin pan y sin agua; ofendida en su majestad, ofendida en su decoro, ofendida en su pudor; sola,—ella con la costumbre de ser tan acompañada; sola, en la noche de su angustia, sintiendo venir en la obscuridad profunda, jauría de monstruos ávidos, y sin poder hacer otra cosa que extender sus manos desfallecidas para rechazarlos; agonizando largos días; insultada horas enteras; marchando al cadalso sin el auxilio de un sacerdote, que había tenido cuando ella era Reina el último de los villanos; al subir á la carreta infame, al enfrentarse con el patíbulo tremendo, al arrojar de soslayo una mirada trémula al cesto en que debía caer su cabeza,—todo sentimiento que no sea el de una piedad profunda desaparece en el pecho de quien la contempla en el anfiteatro de la Historia.

La Poesía de la Historia, p. 67.

*La fiesta del árbol*¹

ESTA fiesta sencilla y hermosa, con la que inauguramos entre nosotros una costumbre por otros pueblos cultísimos seguida, es antes que todo muestra de sincera devoción por el trabajo, por la labor pacífica y honrada, por la colaboración del hombre y la naturaleza en la formación y desarrollo de cuanto es bello y bueno dentro de los dinteles de la vida, de la flor en que la luz rota en colores se derrama y de cuyo seno tiende sus alas el perfume, del fruto, rico en mieles que poetizan la vegetación de la existencia, ó almacenando fuerzas reparadoras para nuestra actividad que se fatiga, del hogar bendito en que la familia se funda y se asienta su grandeza, de la patria, de la civilización entera, que comenzó de veras sin duda el día en que el hombre oscuro de las edades primitivas, trashumante hasta entonces, rompió la tierra para depositar en ella la semilla en que estaba en germen la vida con hogar, la escuela, el templo, el capitolio, el libro lleno de ideas, la ciencia llena de grandezas, el arte lleno de resplandores; que sólo cuando hubo una tribu agrícola en el mundo, cesó el hombre de vagar por el planeta, se diseñó la ciudad en el horizonte; se esfumó en el pensamiento humano esta entidad maravillosa: la patria; tuvieron sus primeras piedras, invisibles, ya colocados la Biblioteca y el Museo, se hizo posible la escuela, la plática amorosa, el matrimonio sacrosanto en vez de la Venus vagabunda. Oh árbol! primer testigo de la vida huma-

(1) Discurso pronunciado en *La Fiesta del Árbol* que los niños de San José celebraron en la "Sabana" el día 15 de mayo de 1901.

na dignificada, con tus entrañas se hizo la primer casa sólida en que la civilización comenzó su tarea, con tus ramas y tus verdes hojas, el primer agreste altar en que el hombre comenzó a levantar su pensamiento a lo infinito, en ti se grabaron las primeras palabras que el hombre comenzó a trazar sobre la tierra, sobre tu tronco hendido cruzó el primer nauca, que puso por pedestal de su ambición y su curiosidad la cresta altiva del mar alborotado; tú, aguzado primero y luego endurecido por el fuego, diste su primer arma al débil contra el fuerte, y cuando todo pasa, cuando los alborozos y las tristezas de la vida se apagan en la muerte, entre tablas de tu seno salidas, sobre tabla de tu seno labrada dormimos el sueño reparador de todas las congojas y entramos en el universo de lo ideal ó en el universo de la nada, océanos igualmente inmensos que se confunden en un punto.

Esta fiesta es también la fiesta de la escuela. Y notáis lo que está en la escuela? En la escuela está la familia de mañana: la familia armada con el alabastro, sin la nube de la superstición oscura, ciendo el hogar, sin la miseria de la ignorancia densa arruinando la vida, sin la hierumbre de la rutina carcomiendo los instrumentos del trabajo: la familia de mañana, con la mujer redimida de su servidumbre y sin perder su delicadeza sedosa y su piedad sublime, colaborando en las obras de la inteligencia, para impartirles, con el apostolado de su mansedumbre, eficientes hoy desconocidas, como si viera otros ángeles de los que la poesía sueña y la religión conoce pusieran la mano en nuestra civilización, todavía ruda y fiera, y quitaran los clavos que sujetan sus manos y sus pies a la cruz de la guerra permanente, de la guerra de nación a nación y de casa a casa, de grupo a grupo y de individuo a individuo, sustituyendo la agria disputa de los egoísmos con el concierto que trucea por la sinfonía de la fraternidad el desenfado clamoreo de las avideces desapoderadas; en la escuela está la patria

de mañana, libre y señora de sí misma, como hecha por ciudadanos que son todos soldados y soldados que son todos ciudadanos, con el Municipio consciente, con la industria avisada por la experiencia y por la ciencia, dotada de todos los ojos de Argos y de todos los brazos de Briareo; con el traje de los humildes, pero con el cuerpo limpio; con los recursos de la naturaleza privilegiada de nuestro suelo, que ahora están sin tocar, puestos todos en ejercicio, como si el país fuera una máquina llena de resortes que se lanzaran de golpe en acordado movimiento, como si el país fuese, como debiera, una enorme colmena de la cual se escapara el zumbido del trabajo perenne, y en la cual se guardara la miel de la perenne faena; en la escuela está la sociedad de mañana, la verdaderamente cristiana, no por emboleclos de forma, sino por espíritu que vivifique, sociedad en la que no estaremos tan lejos como ahora vivimos los unos de los otros; sociedad en la que no ha de decirse que ya no hay más aristocracia que la del talento y la virtud, sino que no hay aristocracias, porque el talento y la virtud que sobren, han de emplearse tan de continuo y tan exclucivamente en alumbrar y mejorar á los demás, á los que de eso carezcan, que ya nadie sepa donde concluye su virtud ó su talento y donde empiezan los de sus conciudadanos, teniendo la patria una sola aureola en torno de las sienes, compuesta por toda la luz que den sus hijos; constelación de resplandores que vista de luz la bandera de Costa Rica y con luz trace la constitución de sus deberes y de sus derechos y marque con rayos de fulgores inapagables su sitio en el planeta.

Esta es, por lo mismo, la fiesta de una civilización nueva. La llamo nueva, y tiene, sin embargo diecinueve siglos! Qué importa! Diecinueve siglos ha estado la humanidad viviendo bajo su luz inutilmente: quiero decir, sin que la luz le llegue al fondo de la conciencia, oh vosotros, los tristes por la humildad de vuestro origen! oh vosotros, los sober-

bios por los esplendores del vuestro!, nació junto á un pesebre quien sembró esa civilización, que es la única de veris importante que se ha sembrado hasta ahora en el planeta. Oh maestros! Oh padres! Oh ciudadanos! No pretendo levantar el velo que cubre el sagrado misterio de vuestras conciencias. No os pregunto qué creéis: vuestros dogmas no me interesan. Os invito sencillamente á que viváis como cristianos. Ah si así cual esos niños,—que vienen aquí como catecúmenos del progreso y el patriotismo,—depositan en la tierra las plantas que significan vigor y riqueza del mañana, levantamos todos, por el concurso de nuestros esfuerzos, algo como un semillero de inteligencias abiertas á las inspiraciones de la fraternidad, ¡qué cosecha de luz! ¡qué cosecha de grandeza y bienandanza habremos preparado al porvenir! Disputen las escuelas, combátanse mutuamente las sectas, miren unos para un punto y otros para otro punto del horizonte para sorprender el secreto de lo infinito: lo ideal esta realmente al alcance de todos, y lo ideal es ser hermanos. Lo ideal es que no haya angustia sin alivio, hambre sin pan, sed de agua ó sed de justicia que no encuentre la fuente que apetece. El precio del café baja todos los años, la oferta del artículo crece, Costa Rica va á la miseria, dicen muchos. A la miseria, gente humilde y trabajadora, viviendo en el pedazo realmente más fecundo del planeta! No, si nos unimos, si el uno dice: aquí está mi brazo, y el otro dice: aquí está mi experiencia, y el otro dice: aquí esta mi entendimiento, y en asociación de esfuerzos salimos al encuentro de las dificultades que nos amenazan, como grupo de fieras dispuestas á caer sobre el viandante que se aparta de sus compañeros y se arroja desmayado en el camino. No veis cómo se trae á los niños juntos á esta fiesta? A cantar juntos, á sembrar juntos, á tener una sola faena, y un solo empeño y una sola alegría para todos. Esa es la lección más grande de este día, lección de concordia, lección de cohesión, lección de

fraternidad y de armonía. Retoños, semillas, débiles ramas se ponen en la siembra—mañana la raíz vivaz se clavará en la tierra, chupando ávida sus jugos maternos, mañana el tronco altivo, recio y robusto, se alzarà luciendo su esplendor y lozanía, mañana tenderán las ramas su cúpula de esmeralda sobre nuestras cabezas. Del mismo modo podemos hacer la patria, del mismo modo podemos hacer la República, que aun no ha comenzado, del mismo modo podemos hacer la riqueza. Tomemos todos la lección que nos dan esos niños; tomemos todos la lección que nos dà este suceso; acerquemos nuestras manos y nuestros corazones y surja de la fiesta imponente y sencilla que ahora nos reúne, emoción de concordia, para preparar á Costa Rica porvenir de paz, de trabajo y de progreso, robusto y lozano como la vegetación que siembra la niñez en este día.

El País, 17 de mayo de 1901.

El festín de Baltazar

(FANTASIA)

PARA llegar al Palacio del Monarca, cruzó el Profeta una reja de oro que se perdía á lo lejos de vista en todas direcciones, como encerrando inmenso espacio. y halló, al trasponer la reja, un bosque lleno de colores, pero en el cual ninguna flor lucía: árboles, arbustos y hierbas de diversidad enorme se levantaban, llenos de hojas de variadísimos matices, por entre los cuales volaban, inúmeros y silenciosos, pájaros vordes, azules y rojos con collares de oro. De en medio de aquella selva extraña partía una suave escalinata de granito luciente, á veces negro y á veces carmesí, y por ella se llegaba á unos jardines suspendidos en lo alto, en que no se divisaban las hojas, ocultas por las flores de todos tamaños, formas y colores y de un aroma embriagador, y en medio de las flores, sin que se les viera, cantaban el ruiseñor y la calandria.

De trecho en trecho, y como apareciendo de súbito, surgían entre las flores, algunas de las cuales eran gigantescas, blancas estatuas de mármol y alabastro, en actitud indolente y graciosa, las unas como ninfas que van á emprender vuelo y las otras como bacantes cansadas; junto á las flores, que en arena finísima parecían fijas, serpenteaba un verdadero laberinto de mosaico y refrescaban el perfumado ambiente mil juegos de agua, que brotando de duras piedras ó como cayendo de volcados cántaros de jaspe, de tal manera se erguían en el aire, que las gotas cristalinas eran como diamantes heridos por la luz, formando tornasoles refulgentes. Después de perderse dos ó tres veces en el dédalo de mosaico, se llegaba á un palacio de mármol

de todos los colores con siete torres negras, alrededor del que había una fila de guerreros de bronce con espadas de oro en las manos, y al cual daba acceso altísima puerta de labrados metales enteramente cubierta de geroglíficos. Traspasado el dintel, cruzábase largo vestíbulo de granito rojo, á lo largo del cual y junto á las paredes, se dilataba prodigiosa serie de quimeras y esfinges que terminaba en apariencia en muro de fortísima roca. Llegando al muro, por agencia de una mano invisible, abrióse éste y quedó convertido en trozos desiguales de inmersa estalactita, dejando en descubierta un salón lleno de luz y de ruido. Era un vasto anfiteatro techado por una bóveda de malaquita, en el centro del cual estaba suspendida una lámpara que parecía un astro; el techo estaba sostenido por numerosas columnas de cristal de variditas y extrañísimas formas. Sobre el suelo había, como caídos ó arrojados con descuido, tapices diversos y grandes pieles de animal salvajes. En medio del salón aparecía una mesa cubierta con tela de oro, y sobre ella todos los componentes y accesorios de suntuoso festín. Veíanse sobre la mesa grupos artísticamente combinados de flores y de frutas; en macisas fuentes de oro manjares variadísimos y en copas hechas como de aire tejido, vinos de extraños matices que numerosos esclavos semi-desnudos, de gran tamaño ó esclavas donosísimas, semi-desnudas también y caronadas de flores, vertían en ellas de urnas cinceladas y fragantes; en torno de la mesa echados indolentemente en lechos de marfil, vestidos de seda había muchos hombres jóvenes y bellos entregados á las delicias del festín. A lo largo del salón junto á las paredes, se extendía una fila de atléticos soldados que tenían en las manos escudos y relucientes picas, y en un extremo de él, con una pequeña mesa delante, en un trono de marfil y plata, estaba el Rey; cuatro hermosas estatuas mantenían sobre su cabeza un dosel de púrpura, del cual pendían como festones de riquísimas perlas. A sus pies, echado en actitud perezosa, un gran león entornaba los ojos, dejando es-



capar de tiempo en tiempo de ellos, instantáneo relámpago.

El profeta, invisible para todos, se colocó cerca del Rey y observó cuanto pasaba. De repente, el ruido pareció detenerse, y la atención de todos, quedar fija en un punto. Habíase oído la música de argentina campana, y entró en el salón un grupo de mujeres. Una, á su frente, más alta que todas, y de imperial apostura, iba envuelta en un manto que la cubría del todo; detrás de ella marchaban con flotantes túnicas muchas otras bellísimas, ya rubias y blancas, ya de largas trenzas ó cabelleras sueltas, negras y profusas, todas cubiertas de flores y por sus cabellos más que por el traje. La que iba adelante, al llegar frente al Rey, dejó caer el manto de gasa que la velaba, y apareció en todo el esplendor de su hermosura, tendido el cabello por la espalda en ondulantes rizos. Después de hacer una coqueta y casi desdeñosa reverencia fué á colocarse en un sitio que á los piés del trono parecía para ella preparado, y el león, con los ojos bien abiertos y midiéndola con la mirada, vino á echarse junto á ella. Hundió sus dedos en las crines de la fiera, á la que miraba con oír par ombeleso y que parecía ebria de placer al recibir su caricia y juntó las palmas sin ruido la gentil doncella, tomando nuevo aspecto la fiesta del banquete. Surgiend de los muros que lo limitaban y del suelo del salón, flotó en el aire música como de arpas y de flautas, más un murmullo que un canto, pero de carácter intensamente voluptuoso. La leve, blanca vestidura de las mujeres flotaba como plumas y alas de paloma en torno suyo, y avanzaron danzando en grupos pintorescos y á compás ideal con la indecisa melodía; después se mezclaron como pétalos de rosa que el aire arremolina y dieron á sus movimientos, que la música acentuaba, un hechizo diabólico, sensual, lánguido, excitante y vaporoso, á la vez, como desmayo y delirio de una fiebre mortal. Las luces todas fueron debilitándose, como adormecidas, y llegó un momento en que la fiesta quedó hundida en las tinieblas.

El profeta erecto, solitario, invisible, atravesando con su mirada las tinieblas, fué el único espectador vidente de aquella escena entre las sombras.

Media hora después, la luz se hizo y el Rey apareció en su trono: los convidados ocuparon sus sitios; la música que no había cesado un instante, cambió su ritmo y se hizo de una languidez mayor, como de suspiros prolongados, y como si un muro nuevo la separase de los circunstantes y se oyera de lejos. Adelantóse un mancebo cerca del trono del Rey, seguido de un paje que llevaba una lira, y después de preludear en ella, la pasó al mancebo. Vestía éste una corta túnica de seda, tenía sandalias en los pies y ceñida la frente por una diadema de laurel, los extremos de la cual caían sobre sus hombros.

Levantó la voz el bardo, y acompañándose de la lira, á la que arrancaba dulcísimos acordes cantó el placer de la vida con seducción irresistible: habló de las armonías de la naturaleza, de la mañana sonriente, del medio día cálido, de la noche misteriosa, de los perfumes embriagadores, del vino que hace correr por las venas su deliciosa lava, de la rosa en capullo, del canto del ruiseñor en la espesura, de la flor del amor cogida á media noche en el seno de un bosque bañado por la luna, de la juventud ardiente y de la virilidad robusta disputándose la palma de la victoria en los combates del placer, de los arrebatos de la voluptuosa lucha y de su lánguido desmayo; y su acento subía y bajaba con ritmo que le daba nuevo hechizo, y los hombres al oírlo estaban estáticos y mudos, y las mujeres dejaban escapar sordos suspiros y se revolvían en sus lechos, como siguiendo involuntariamente el compás de la seductora melopea, y cuando hubo callado, se hizo por un momento un silencio hondo y luego senaron aplausos atronadores que se prolongaron largo tiempo, y la cortesana que estaba á los pies del Rey vino junto al poeta y arregló el laurel de su frente, y le besó en la boca, y el monarca sonrió satisfecho.

Entonces el profeta se hizo visible, y en medio del general asombro, se adelantó al lugar que había ocupado antes el vate. Una túnica negra, larga y estrecha lo vestía, cayendo sobre ella las ondas de su cabellera y de su barba, blancas como la nieve, y de sus ojos profundos é irritados partían los rayos de una mirada ante la cual se inclinaron todas las frentes. "Ay de tí!"—dijo—"la mano abierta de un Dios clemente ha dejado de hacerte sombra!" Y su acento era como el murmullo de huracán lejano.

Habló el profeta de la vil sensualidad en que se agitaba aquella Corte, de su abuso de los dones de la vida; increpó al Rey por su molicie, al poeta por el envilecimiento de su inspiración, á las mujeres por la profanación de su hermosura; pintó la naturaleza dominada por el pensamiento, la materia avasallada por el espíritu, comparó los placeres ideales con los placeres de la carne; habló de un mediador entre el mundo y la muerte, y en el salón por un momento sombrío, se dibujó una cruz hecha de suave claridad en el espacio; la voz del profeta por algunos instantes muda, volvió á tronar contra las impurezas de la hermasa ciudad y á predecir su suerte. La claridad lívida que precede los albores del amanecer entró en el salón, dándole un aspecto sepulcral, y al pronunciar el profeta sus últimas palabras, oyéronse los roncós gritos de los enemigos, que, como hambrientas fieras, venían sobre su presa; sobre la ciudad opulenta y soberbia cuyo nombre iba á ser borrado del libro de la vida.....

La Poesía de la Historia. p. 59.

El santo de Asís

*A*sís es tierra en que el naranjo florece, que el limonero perfuma, que el olivo sombrea, que corrientes aguas festonan con espumas blanquísimas ó con el azul profundo de sus reflejos esmaltan, y sobre la cual despliega el cielo claridades y nubes, resplandores y hermosuras que superan todos los sueños de la fantasía. Y en aquella tierra nació y creció Francisco rodeado de prodigios, de apariciones misteriosas, de celestos mensajeros, de fenómenos naturales, nunca oídos, de avisos de lo alto, de vaticinios claros, —desde la cuna, desde antes de nacer más bién, marcado por el dedo de Dios para carrera más luminosa que la de la estrella de la mañana.

Su inocencia de niño, no fué la ignorancia absoluta y común de la infancia; fué sólo la ignorancia del mal; era aquella una sombra que surcaban celestes resplandores. Los sacramentos de la Iglesia católica los veía como escalas que bajan de lo infinito de la misericordia divina á lo infinito de nuestra miseria. Oía la misa asistiendo palpitante de emoción al drama de la cruz que ella simboliza. Oraba levantando el vuelo del pensamiento hasta la región de lo inefable, estableciendo con ella la comunicación que la plegaria envuelve. Su fe perfecta era la base de una esperanza perenne, superior á todas las dichas de la tierra, y de ambas se engendraba una caridad abrasadora que lo hacía amar, no sólo á sus amigos y á sus enemigos, sino á la bestia inmundada y pequeñuela, á la flor del campo, á la naturaleza entera, que por obra de Dios tomaba á sus ojos color nuevo y sobrenatural hechizo. Viviendo en una época de vicios escandalosos, de discordias ardientes, de pasiones monstruosas, de contrastes horrendos entre la desventura

y el lujo, se consagró á hacer fraternizar la soberbia y la envidia, pidiendo á la primera su oro y á la segunda su cólera, con humildad y feivor tales, que ablandaban todas las durezas, estableciendo entre un abisino y otro la vía de comunicación que es la gloria del Gólgota. La pasión de Cristo no se apartaba un instante de su pensamiento, hasta el punto de que las señales del martirio sublime acabaron por aparecer en su cuerpo, llevando en su carne las huellas de los clavos crueles que habían atravesado las manos y los pies del Redentor.

Lo ideal lo atraía, y la fiebre de la adolescencia y de las primeras horas de la juventud, el influjo del cielo de Italia, la atmósfera de su tiempo, la holgura de su casa lo llevaron blandamente al cultivo de las artes: fué tañedor elegante y poeta; amó lo bello que resplandece en la superficie de la vida, antes de buscar las perlas de sin par hermosura que sólo se hallan en sus profundidades: se dió á cantar y beber con sus amigos en esos largos insomnios en que los vulgares cuidados de la existencia se olvidan por completo en una media embriaguez de la carne y en una sublime ebriedad del pensamiento: conoció el sueño pesado del vino, pero conoció también su ensueño refulgente: rindió culto pasajero á todas las delicadezas de la forma, desde las del pensamiento sutil que se envuelve en el ritmo y la rima como en túnica y toga de seda y la melodía exquisita que da voz al pensamiento indociso y misterioso hasta la que pone en los pliegues de la tela con que se viste el cuerpo símbolo y marca de la belleza que se ama con ansias de angustioso apetito.

Pero su piedad lo apartó pronto de aquellas disipaciones: encontrósese un día, al dirigirse al punto de cita de sus compañeros de holganza, un mendigo cuyos harapos y cuyas úlceras formaban repugnante espectáculo: de aquella miseria salió para él la voz que oyó Saulo en el camino de Damasco; la pureza moral, la inmensa ternura y la humildad incomparable del Cristianismo brotaron como

de ocultos manantiales en su pecho, y la vida quedó trasfigurada ante sus ojos; cambió por las asquerosas del merdigo sus ricas ropas, y no volvió á comer pan que no fuera el escaso y duro obtenido de limosna. En los abismos sociales á donde descendió en seguida, la lepra, esa enfermedad cruel que pone en la vida todas las podredumbres de la muerte, era la compañera ordinaria de la pobreza. Francisco por su delicadeza ingénita, por lo rico de su cuna, por sus costumbres elegantes, sentía hacia aquella forma de la miseria, repugnancia extrema y lo que hubo de más heroico en su nueva existencia, fue el vivir mezolado con aquellos compañeros inmundos, respirando su atmósfera, lavando sus llagas, bebiendo en la misma copa, besándolas para aliviarlos con los testimonios de su amor inmenso, ansioso de que no hubiera barrera que los separase y exponiéndose á recibir el contagio de sus inmundicias corporales á trueque de esperar contarlos á su vez con la pareza de su pensamiento.

San Pablo lo ha dicho: el Cristianismo es una suerte de locura; la sabiduría común busca el goco, y él se complace en mantener viva la tristeza profunda que se desprende del drama de la Cruz; acordarse de sí exalta en perennes ansias á los hombres, y él predica que hay que olvidarse de sí mismo; el mundo promete sus recompensas á los osados, á los que salen á su conquista con la frente erguida y con pecho de hierro, y él se las brinda á los mansos y humildes de corazón: el mundo se inclina ante la altivez, adora los esplendores de la vanidad, cae de hinojos ante el oro, se deja guiar por una espada desnuda, y él levanta al humilde, besa la miseria y rompe la espada; el mundo busca la riqueza y él anda tras de los pobres; el mundo está lleno de curiosidades, y él sabe lo que le importa; el mundo pasa de un amor á otro amor y de una esperanza á otra, y él está fijo en el amor que lo abrasa y en la esperanza que lo alumbra; el mundo corteja el favor de los poderosos, y él la sonrisa de los

humildes; el mundo corre sin cansarse de un lado á otro anhelando protecciones y favores, *él sabe que su redentor vive*; el mundo quiere vivir y él adora la muerte; al mundo nunca le parece tener lo bastante, y él había pensado y sentido desde el principio la frase que un gran poeta ha dicho: *Al que nada tiene le queda siempre su Dios*.

Hay dentro del Cristianismo una institución que ha sido instrumento de grandes abusos y víctima de no menores injusticias; la de los frailes, como los llama exclusivamente el vulgo. Qué son los frailes? Son sencillamente hombres que renuncian al mundo: hacen votos de pobreza, de castidad y obediencia; sufren sin abrigo la inclemencia de las estaciones, van toscamente vestidos, descalzos á veces; ayunan; se mortifican la carne, unos rezan casi de continuo, otros trabajan casi sin reposo; algunos predicán, otros enseñan: todos viven para los demás, en la abstinencia, en el ayuno, sobre la cama dura, en el sol, en la lluvia en medio de las furias de los elementos y de los desprecios, y de los odios de los demás hombres. Por lo común están obligados á vivir de limosna, sin poseer cosa alguna en verdadera propiedad, ni el sayal que visten, ni el devocionario en que leen: cuando no son grandes criminales, son seres abyectos y sublimes; desposados con la pobreza, verdaderos siervos de los siervos de los hombres: lo que está más abajo de la vida, y por lo mismo, lo que está más alto: las filosofías los han encontrado absurdos, las políticas, peligrosos, el sentido común, ridículos; las legislaciones los han espoliado, las plebes los han befoado ó exterminado. No importa: los pocos que el mundo ha dejado vivos continúan serena y valientemente su camino. Pien-san sólo en estas palabras del Evangelio: "El que quiera ser de veras mi discípulo, que tome su cruz y me siga".

Los que lo han conocido de cerca ó de lejos, recuerdan con espanto al monge ambicioso trastornando imperios, al monje disoluto trastornando familias,

al monje codicioso arruinando países, al monje glotón devorando patrimonios, al monje fanático encendiendo la discordia entre el esposo y la esposa, entre el padre y el hijo; recuerdan los mares de sangre de las guerras religiosas, los potros de tormento de la intolerancia, la ciencia pavorida y silenciosa, la superstición triunfante, los pueblos esclavos teniendo por coyunda la cruz, las iglesias sirviendo de merada sólo para la concupiscencia y de asilo sólo para el crimen; Arnaldo de Brescia asesinado, Savonarola asesinado, Galileo deshonrado; se acuerdan de conventos que eran verdaderas pocilgas, y de otros que eran mataderos, hablan del *in pace*, maldicen á Domingo de Guzmán y á Ignacio de Loyola, y creen que el litigio está definitivamente fallado por la civilización y archivado por la Historia; pero ese no es el proceso, ese no es sino el alegato de una de las partes. La Historia recuerda asimismo la dulzura de Carlos Borromeo, la caridad de Vicento de Paul, la piedad de Francisco de Asís; la Historia ve legiones de frailes doctrinando salvajes, amansando pasiones, encadenando iras, curando enfermos, iluminando ignorancias, amparando orfandades, levantando casas y dando calor de hogar para todas las desventuras, haciendo misiones del Evangelio al centro de todos los peligros, subiendo al Calvario en todos los continentes del planeta—y en tanto que la ciencia resuelve sin apelación la contienda—la poesía besa el bordón del peregrino, la cruz del mártir y el rosario del fraile.

La orden fundada por Francisco se marcaba especialmente por la pobreza y la humildad: su sayal tosco y la soga con que lo ceñía, fueron durante mucho tiempo más venerados que las coronas y los cetros de los reyes. Aquella milicia de amor; apaciguadora de iras, sembradora de amistades, hasta el punto de que infestando un lobo feroz cierta comarca la tradición cuenta que Francisco logró ajustar paces entre la fiera y los habitantes del lugar cercano á sus fechorías y entró en lo adelante

mansamente el lobo á recibir el cotidiano alimento á la casa de los labriegos antes por él de continuo amenazados; aquella milicia, digo, fué durante muchos años rodeada y aclamada por el amor de las muchedumbres, y si, degenerando, al cabo, en vicios se trocaron algunas veces sus virtudes, nada hay en su instituto y nada hubo en su piadosa fundación que no merezca gratitud y alabanza.

La liturgia católica, la pompa de las ceremonias, las grandes bóvedas de las catedrales á donde sube el humo del incienso y en el que se refleja el solenne acento de órgano, las ideales pinturas en que grandes artistas han dado imágenes adecuadas á misterios dogmáticos que son en sí mismos de una hermosura arrobadora, los ritos magestuosos, la mitología hechicera, las milicias angélicas uniendo el cielo con la tierra, el profundo sentido de las fiestas, el lenguaje, admirablemente olegido, por su fondo y por su música en que el catolicismo habla, la asiduidad con que acompaña al hombre desde la cuna en que lo bautiza hasta el sepulcro en que lo rodea de plegarias y bendiciones, la magia de sus esperanzas, los arcanos de su fe, la sublimidad de sus sacramentos, la eficacia de sus consuelos, la multiplicidad de sus recursos, el carácter de sus oraciones, las maravillas de su culto, esa flor de poesía, incomparable en los anales de la imaginación, que se llama la virgen madre—todo eso mundo, toda esa fábrica portentosa de ideas y emociones que constituyen el catolicismo, forma á los ojos de quien sea capaz de darse cuenta de él en todos sus detalles, espectáculo de una grandeza soberana.

En el estado actual del mundo no hay esperanza de dominarlo, empero, por ese camino: la fantasía tiene á cada hora que pasa, menos imperio sobre el hombre y las esperanzas de ultratumba entran por tan poco en la vida contemporánea, que el Nihilista, que no cree en Dios, representa en la actualidad el mismo papel que representó el mártir cristiano ante la tiranía de los Césares y las

fieras del circo. Un Francisco de Asís haría hoy, en cambio, más por la paz del munda que los más grandes estadistas de Europa. La poesía de aquella existencia singular no está á nuestros ojos en los arrobamientos místicos, en los torrentes de lágrimas que llegaron á cegar sus ojos por la idea constante de la pasión del Redentor; no está en las oraciones bellas por él inventadas y que la Iglesia conserva; ni en los milagros múltiples, ni en los trabajos innúmeros, ni siquiera en la vida sin mancha; está sobre todo en su caridad, sólo á la del Cristo comparable; con obra semejante es como puede salvarse aún la civilización, amenazada hoy por la terrible faena subterránea del odio. Hablando de Francisco de Asís ha dicho León XIII: "El más grande santo después de Nuestra Señora": un santo al menos, según los quería Nuestro Señor, añadimos respetuosamente nosotros.

La Poesía de la Historia p. 133.

Mi Biblioteca

PROMETI á los lectores de *Pandominium* hablar en cada número de algún libro curioso, por de arte egregio, ó por de profundo pensamiento.

Y ello sin pretenciones de curso, de método, de enseñanza de *dómine*—como si al azar tomara un libro del estante.

Historia á veces, arte otras; otras filosofía.

Hoy voy á hablarles de un hombre bien oscuro ya, que fue famoso en otro tiempo, y de un pensamiento suyo que vale la pena del recuerdo.

Me refiero á Berkeley, filósofo escocés que vivió parte del siglo XVII y parte del XVIII.

Para él, tan lejos está de ser cierto que no seamos otra cosa que *materia*,—que ésta, después de todo, acaso no exista y venga á ser sólo una ilusión de nuestro pensar.

En efecto,—qué sabe el hombre? qué tiene un cuerpo? No: que piensa que lo tiene. Que existe un universo á su alrededor? No,—de lo que él está seguro es de que esa es *su idea* acerca del asunto. Él dormita, el simplemente ilusionado, el que sueña, cree ver y sentir muchas cosas que no existen. Todos somos *ilusionados* en el fondo. No hay dos personas, acaso, que vean un tamaño ó un color exactamente de la misma manera.

Que vean con qué? con los ojos? Así lo pensamos: de lo único que estamos ciertos es de *pensar* que lo vemos.

Qué contraste tan admirable con el materialismo hoy predominante!

Para este pensador, cristiano por cierto, lo que es ilusión no es el espíritu: la ilusión, probablemente es la materia. Qué necesidad tenía Dios, en efecto, de crear el mundo, si podía crear espíritus que imaginaran que existía?



Dios ha hecho vero símilmente lo más fácil.

El universo no es sino una fantasmogoría. Lo único que existe, de cierto, es el pensamiento humano.

Un loco cree tener calor, ó frío, ó estar á oscuras cuando nada de ello corresponde á las impresiones de los cuerdos.

Por qué los llamados cuerdos no han de equivocarse á su vez?

Un enamorado ve hermosura donde no la hay. Una madre ve en su hijo gracias y talentos que no existen sino en la ilusión de su cariño.

Las pasiones son demencias pasajeras.

La fantasía y el sentimiento están abultando de continuo la vida. Somos un manajo de nervios,—se dice con frecuencia: un manajo de *ilusiones*, aseguraba el pensador á quien me refiero.

El materialista más convencido no puede negar que él *piensa* la materia, ó par eso, y *nada más que por eso*, en ella cree.

Y tampoco puede negar que su pensamiento podrá proceder de un instrumento material pero en nada se le parece.

No puede pasarse, no puede medirse, no puede tocarse, no puede verse, no ocupa lugar en el espacio, no se calienta ni se enfría;—ni duele como la materia,—aunque duele también.

Todo lo que ansiamos, que no sea el bien y la verdad, lo ansiamos por enfermedad de nuestro sér; porque somos espíritus caídos del cielo, que es su patria. Y lo peor es que la servidumbre en que estamos, obedece á puras ilusiones,—á imágenes soñadas.

La realidad es quien sueña en nosotros: el espíritu.

Hasta aquí el pensar á quien me refiero. No es verdad que su doctrina es muy curiosa?

Por supuesto, no tengo que analizarla, y menos que combatirla. En esta sección voy sólo á contar, á veces un poema, á veces un idilio, á veces una filosofía, conversando á la ligera, sin pretensiones de enseñanza: para entretener, nada más.

Los novios

de Manzoni

DESPUES de *El Quijote*, de Cervantes, ningún libro de amena literatura me parece más bello que la novela de Manzoni. Hay en ella la misma sencillez de trama fundamental que en la otra; unos amores, puestos á la prueba de largos infortunios, que acaban por coronarse de ventura. La pintura de la novia y del novio, gentes sencillas, sin artificio, del pueblo, robustos y sanos, han sido soñados por un poeta verdadero que no tiene que falsificar la naturaleza para idealizarla.

El período histórico en que pasa la aventura es como el lienzo del gran cuadro. Período de semi oscuridad atravesada por relámpagos. Tiempo de frailes, que eran como parásitos, tan numerosos y varios como molestos. Tiempo en que los grandes señores de la aristocracia eran verdaderos bandidos. Época de devoción y de infamia. Jamás hubo historiador que hiciera de una manera tan completa é ideal el retrato de una época. Aquel mundo dentro del cual pasa la novela se ve, se palpa, se oye; se siente hormiguar en torno nuestro,

Hay allí el tipo del fraile humilde y bueno, el del sacerdote que ha entrado á servir el altar como quien entra en una compañía de seguros, el de un Obispo que, sin dejar de ser católico, apostólico, romano, príncipe de la Iglesia, parece digno de figurar en el cortejo de Jesús; bastarían esas cinco figuras: las de los novios y las de don Abundio, Fray Cristóbal y Federico Borromeo, para ase-

gurar la inmortalidad de Manzoni,—aunque no hubiera él escrito también los famosos versos del *Cinco de Mayo*.

Los admiradores entusiastas de Emilio Zolá es bueno que lean un libro como este de que hablamos. Eso es *realismo* de buena ley, como el de Cervantes,—como el de Velázquez, tan superior en mi concepto al de Goya.

Hay, entre otros episodios, el cuadro de un movimiento popular originado por el hambre, que no tiene rival, seguramente, en la historia de la pintura literaria.

El estilo es llano, plástico, de elocuencia suma. Por cierto que hay una traducción española del libro, hecha por Nicasio Gallegos nada menos, que conserva el encanto de la forma con toda su frescura.

Eso es literatura de buena ley, no mentirosa, no gazmoña, no encubridora de lo malo, sin ser por ello venduta de sensaciones morbosas ni fuente con efluvios malsanos.

Es un libro que debe ser leído.

Hay allí un idilio que se desliza á través de los problemas sociales, políticos, económicos de un tiempo tempestuoso, como un grupo de palomas que cruzara por una borrasca: el arte verdadero, en que lo real y lo ideal se funden y se trasustancian. Idilio suave y ardiente á la vez, como los primeros ensueños de toda jovencita.

La musa de Alejandro Manzoni tiene, á un tiempo, la gravedad de la Historia y la redondez de los hombros, el terciopelo en la mejilla y el brillo en los ojos de Venus. La suya es una gloria definitiva.

Crítica de la razón pura

de Kant

CON este libro de Emmanuel Kant,—aunque ello se haya dicho: sin tanto motivo, de los de Bacon y Descartes,—se abrió la filosofía moderna, el moderno pensar positivista y sabiamente limitado: la despedida de la metafísica. *Los primeros principios* de Spencer no hacen, en su parte crítica, otra cosa que parafrasear la tesis fundamental kantiana,—la de las inolvidables *antinomias*.

La vida de Kant, de recogimiento, de estudio, de pensar hondo, se deslizó, à pesar de ser larga, dentro de los muros de la pequeña ciudad de Alemania en que nació, sin embargo de que à ella fueron à buscarlo los aplausos del mundo. Pero su interesante biografía, el examen de todas sus obras, nos sacarían de los límites que en esta sección tenemos trazados. Examinemos sólo un libro.

El empeño de Kant en este estudio imperecedero es el de trazar los límites del entendimiento humano; acerca de los cuales todos los hombres solemos hacernos verdaderas y trascendentales ilusiones.

Para ello, el gran pensador fijó una serie de proposiciones dobles en inverso sentido, poniendo de relieve cómo el pro y el contra, acerca de ciertos problemas, están por igual fuera de los límites de nuestra facultad de discurrir,

El mundo tuvo un principio? El mundo no tuvo un principio?

Delirio es creer que puede racionarse acerca de eso. Para responder afirmativamente; habría que concebir la *nada*, anterior á ese *principio*. Para responder negativamente habría que concebir la *eternidad* en el existir. La *nada*, la *eternidad*, son dos vocablos, pero no son dos *conceptos*.

El hombre no puede *concebir* lo uno ni lo otro, por más esfuerzos que haga. La inteligencia humana no tiene moldes para esas ideas. Son, como los llama Spencer, pseudo-conceptos, puramente negativos y sin sustancia, de lo que únicamente en realidad conocemos; lo que es transitoriamente, lo que empieza y concluye, lo que nace y muere: *lo que pasa*.

Con tanta fijeza como Spencer, que lo hizo después, con mayor claridad y exactitud que Demócrito y Epicurio, que lo hicieron antes, La *crítica de la razón pura*, pone de relieve que la inteligencia humana es impotente, no ya para resolver, para plantear siquiera, los problemas que más le interesan.

Qué hacer ante ese escollo? El *radicalismo* militante guarda verdadero rencor á Kant por lo que él hizo.

En la *Crítica de la razón práctica* reconoce, en nombre de lo que llama el *sentido común humano*, las hipótesis trascendentes, cuyo nulo valor científico, es decir puramente racional, había demostrado con invencible lógica.

Dios no es ya una hipótesis, el estudio de la cual carece de las condiciones que dan formalidad y eficacia á la investigación científica. Se convierte en un postulado de la experiencia universal, así interna como externa, de los hombres.

La ley del bien no es el resultado, perfectamente explicable, de nuestros impulsos sociales; es el mandato *imperativo categórico* de la conciencia humana, el cual exige que se haga el bien por el bien mismo, sin atender á sus consecuencias, sino como obe-

deciendo la voz de un oráculo, que no puede engañarse, y que en nuestro interior oímos:

"En el silencio inmenso de la idea"

como diría en su lenguaje sibilino Víctor Hugo.

Reaparece la religión, la espiritualidad é inmortalidad del pensamiento, el Dios personal que semeja un hombre grande: todo lo que la *Crítica de la razón pura* había sacado del campo de la ciencia, sin arrancarlo, por supuesto, del de las bellas ilusiones.

A nuestro ver, lo que Kant llama el sentido común es simplemente un compuesto de fantasía y sentimiento que no tiene parentesco con el nombre. A esa filosofía abigarrada preferimos la lógica del catolicismo, que tiene sus fundamentos como verdades superiores á nuestro entendimiento, aceptadas por el milagro de la fe y que una vez admitidas nos llevan á las más admirables y apetecibles consecuencias.

La *Crítica de la razón pura*, que hizo en su tiempo un ruido enorme, y que reapareció en la esencia con los *Primeros principios* de Spencer,—aunque ya había sido virtualmente repudiada por su autor,—sigue siendo, á nuestro ver, la base de granito de la filosofía contemporánea.

Es la fe,—y no el razonamiento,—lo que puede sacarnos de la imposibilidad absoluta de pensar en serio acerca de lo infinito y de lo eterno.

Lord Macaulay

¡E aquí un escritor que no tiene desperdicio; cualquier nota suya escrita con lápiz en el márgen de un libro, cualquier recado enviado á un amigo, en breve epístola, merecen recogerse y estudiarse. Un sobrino suyo ha escrito sobre su vida un estudio admirable,—que por cierto he visto aquí, con cierta sorpresa, alguna vez, en el muestrario de una librería, no recuerdo de cual, y hasta traducido al español creo, y el libro sabrosísimo está hecho en buena parte con notas y apuntes del tío, hasta el extremo de convertirse casi en autobiográfico. Pues bien, busquen y compren mis lectores ese libro: verán que no exagero.

Y cuidado! no es que fuera un pedante,—todo lo contrario,—es que el detalle más íntimo y descuidado de su prosa encierra casi siempre una pequeña maravilla,

No recuerdo en este momento bien si fué su estudio,—su *ensayo*, como dicen los ingleses,—sobre el Dante, ó el relativo de Maquiavelo, ó el de Milton, el que hizo que todas las miradas de Europa se volvieran hacia su escritorio; de lo que me acuerdo es de que son esos tres trabajos tres joyas de la pluma. Sobre Bacon, el oanciller, tiene otro que es también un portento.

Y otros, y otros; pero lo mejor, acaso, es su trabajo histórico sobre la Segunda revolución inglesa, la que sacó del trono á Jacobo II, plantando definitivamente la libertad inglesa. Fuera de aquellas pinturas de Tucídides acerca de la peste de Atenas y la gran guerra marítima de los griegos, nada hay semejante en la Literatura universal: la pluma de este historiador es un buril.

Los sucesos se ven, los personajes se conocen como si los hubiera uno tratado; aquello no es un cuento: es un teatro.

Y detrás del arte del escritor, inimitable, supremo, está la ciencia del político; no hay curso de la materia que no sea inferior á la lectura de ese libro.

La caricatura histórica que trazó Shakespeare, para complacer, según cuentan las crónicas; cierto capricho de la Reina Isabel, en *Las alegres comadres de Windsor*,—á pesar de su verba Aristofanesca,—palidece junto al retrato del repugnante Ministro é inspirador de Jacobo II dibujado por la pluma de Macaulay. Tácito parece pedante y Suetonio un chismoso vulgar cuando se los compara con eso. No puede darse más.

Cualquier libro cualquier trabajo de Macaulay enseña mejor el arte de escribir que todas las retóricas. Hay ahí, en su obra, la contemplación de toda la escultura, la arquitectura, la pintura que cabe en la palabra: el *Moisés* de Miguel Angel, la *Escuela de Atenas* y la *Virgen de la Silla* de Rafael para qué enumerar? Es la prosa definitiva.

Macaulay fué también orador, —es decir, quiso serlo, y no hizo mal papel en la tribuna; pero quia! esto es otro género.

Hay la elocuencia del libro, la del poeta, hasta la del actor: pero la de la oratoria es diferente de todo ello.

Otro día hablaremos acerca del asunto.

Por ahora, en lo que insisto es en aconsejar á nuestra juventud que lea mucho á Macaulay: es escuela de política, escuela de moral, escuela de arte.

Macaulay es el tipo perfecto de lo que llaman los ingleses un *gentleman* que es un liberal y es un artista: uno de los primeros.

El Contrato social

de Rousseau

JUAN Jacobo Rousseau es una de las personalidades más originales y poderosas del siglo XVIII. Es un complemento de Voltaire: éste destruye, aquél construye. Francia lo ha representado admirablemente con aquél sarcófago del Panteón, del cual parece salir una mano empuñando con vigor una antorcha. Ello da, en forma gráfica, su divisa: *Vitam impendere vero*.

Sus *Confesiones*, su *Emilio*, su *Nueva Eloisa* constituyen toda una literatura; pero su *Contrato social* es como el Evangelio de la nueva Política que la Revolución francesa querrá más tarde implantar por el terror.

Bentham, apesar de que era uno de sus *pares*, no comprende al filósofo ginebrino, lo cual se explica sólo por el hecho de que Inglaterra no necesita el libro: lo *veía* hacia ya tiempo: era en la corte de Luis XV donde se hacía indispensable.

En medio de aquel caos en que la monarquía absoluta, el feudalismo y la teocracia vivían en monstruoso contubernio, es donde el libro suena como un trompetazo de Jericó despertando a los muertos, al recordar al individuo que la *sociedad* no se había hecho para anularlo sino para protegerlo. En su momento histórico, el libro, que ahora parece banal, a fuerza de haberse vulgarizado su contenido, es un milagro de conciencia y de genio: Todo el individualismo moderno ha partido de ahí.

El *individualismo*, que el *socialismo* no debe suprimir, so pena de ser el mismo infecundo.

Basta acordarse de aquel libro de Girardin titulado *El impuesto*, que estudia las gabelas que an-

tes de la Revolución tenía que satisfacer el *pechero* francés, para compender el grito del pensador de Ginebra; para darse cuenta de la importancia de aquella protesta, escrita en estilo árido, como matemático, tan diferente del habitual del gran prosista, sólo á lo mejor de Chateaubriand comparable, pero en que vibra la mayor conciencia de su tiempo.

Los que hemos leído varias veces las *Confesiones* y estamos familiarizados con la intimidad de Juan Jacobo, somos los que podemos darnos cuenta de aquel individualismo poderoso, por ignorancia práctica del cual, la Revolución francesa fue un fracaso.

La comida á la misma hora para todos y del mismo horrible *menú* que se usaba en Esparta, es buen símbolo de la sociedad sin individualismo. El problema que el mundo tiene delante,—y del que Jesús dió la verdadera solución,—requiere la síntesis de una antinomia aparente: la sociedad y el individuo; pero en el momento y en el país en que el libro de Juan Jacobo aparece, el Cristianismo estaba falsificado por completo: las formas pomposas que Roma le ha dado habíau sustituido al fondo, evaporando la esencia; ora liturgia, coremonias, aroma de incienso, música de campanas, lo cual no es malo; pero era eso únicamente, lo cual es horrible. Si algo significa, por otra parte, el Cristianismo, es la grandeza de la unidad individual. Cada hombre es en él un alma inmortal, un hijo de Dios,—tal es su concepto místico del mundo,—y al mismo tiempo, el último de los hombres es un hermano de los más altos, de los más poderosos, de los más fulgentes, tal es su filosofía de la vida.

En la sociedad francesa del siglo XVIII, y lo mismo fuera de Inglaterra, en toda Europa, la mujer existe para el placer del hombre, los humildes para siervos de los poderosos; el libro de Juan Jacobo vino en cierto modo á decir, en otra forma y á otra luz, lo que había dicho el Evangelio, no en nombre de un Dios, en quien casi nadie creía, sino en nom-

bre de la razón humana, que todos invocaban. El servicio fue inmenso.

La vida tiene dos aspectos diversos posibles: un plan divino ó un misterio impenetrable; es de suma importancia mostrar que en ambos casos nuestra conducta debe ser la misma,—para ser eterna é infinitamente felices despues de muertos, dice la Iglesia de Cristo;—para que la vida en el planeta resulte lo menos sucia y lo menos oscura posible, dice la filosofía de Juan Jacobo. Ni á los ojos de un místico, el libro en que lo dice debe ser malsano.

Con menos verbosidad y primor que en cualquiera otro de sus libros, en el *Contrato social* la tesis que envuelve el pensamiento capital de Juan Jacobo se afirma poderosamente.

: Ojalá que en la gran revolución social que ahora se trama no naufragen los derechos, la conciencia, la personalidad del individuo!

El mundo debe volver á leer, en todo caso, ese libro que ya está olvidado.

Pandemonium, Nos. 17, 19, 20, 21, y 22 del año II.

NOTA.—Esta empresa literaria quedó interrumpida por consecuencia de larga y penosa enfermedad.

Colón

COLÓN pertenece al pequeño grupo grandioso; los héroes del género humano; los excelsos representantes de la especie. Nació en Italia; la marina española lo cuenta entre sus Almirantes; pero ni Italia ni España pretenden ni podrían tenerlo por gloria nacional: su sombra no cabe en las dos naciones reunidas.

No es, por otra parte, un marino, ni un soldado, ni un gobernante ilustre, ni siquiera un sabio. Colón no es de los hombres que por el camino de las menudas investigaciones, tras largas veladas, después de cansarse la vista observando, y la inteligencia analizando el resultado de sus observaciones, llegan al fin de sus anhelos, á la tierra de promisión de las soluciones felices; es del corto número de los grandes iluminados. Ciencia no le faltaba; perseverancia, obstinación, voluntad firme, ya las mostrará más adelante, cuando llegue la ejecución de su empeño: lo primero que muestra es la intuición pasmosa, el sentido como divinatorio y la fe sublime del genio; con la luz que alumbraba su pensamiento tratará de alumbrar la ignorancia y las preocupaciones que, oh prodigio! intenta poner al servicio de su convicción; con su fe invencible producirá el contagio de su idea y de su esperanza en pechos y en entendimientos que no estaban llamados á albergarlas. Es una de las grandes tristezas de la Historia; se oprime el corazón; nos sentimos acongojados y llorosos al ver marchar con el recuerdo, al grande hombre, poderoso mendigo! de Corte en

Corte, de tierra en tierra, por el Continente europeo tendiendo la mano para pedir el oro de su empresa cuando lleva su idea, en su intuición, en los pliegues de su voluntad, algo que sobrepuja los tesoros de "Las mil y una noches": la realización del cuento de hadas más prodigioso que concibió la humana fantasía. Con melancólica mirada seguimos al peregrino sudoroso y fatigado; con agonía lo vemos luchando con esa forma de la ignorancia que se llama ciencia oficial, que por sus macizos soportes y soberbia satánica, es la ignorancia más oscura y la más difícil de vencer; pero con gozo inefable vemos también, de súbito, levantarse junto á la figura del genio próximo á la derrota, otra figura, otra personalidad, destinada á compartir con él la inmortalidad de su triunfo; como quien llega al venturoso desenlace de hechicera y semi-trágica ficción poética, que ya con sus poripecias nos desgarraba el pecho, vemos asomar el momento de oro en que una gran reina sale, como por providencial acaso, al encuentro del genio, cercano ya al abatimiento: ese momento es un momento de júbilo para el género humano, es la reversión de una de las más pavorosas catástrofes que se han conjurado en la Historia, y nosotros todos—cómo no hemos de decirlo con orgullo?—pero, principalmente toda mujer de nuestra raza, al recordar á Colón peregrino y errante, tiene que sentir en las sienes la frescura del laurel olímpico que ciñe para siempre la memoria de la magnánima Isabel.

Ella hizo que el sueño de aquel visionario fuera una realidad. Ella hizo que pudiera intentarse aquella aventura inaudita que da á pensar, á un tiempo, en las proezas legendarias del Cid y en las quiméricas empresas de don Quijote. Sólo que esta vez el león no se contentaba con volver las grapas al héroe: el combate iba á verificarse; el océano espumoso, ignoto, inmenso, armado con sus oleajes con sus abismos, con sus corrientes y sus vientos desconocidos, iba á tener de veras bajo sus garras

y entre sus fauces al paladín sin miedo. Por el mar conocido, planificado, detallado, á la manera de un camino público, con los recursos de que la ciencia dispone hoy contra las sorpresas y los asaltos de la ola y el viento, el viaje triunfal de las tres carabelas simbólicas que vinieron á América para solemnizar la memoria augusta del primer viaje, y que no pudieron ser idénticas en lo frágil, en lo desarmado, en lo humilde á las tres de entonces; con todo eso, digo, el viaje de ahora no dejó de verificarse con precauciones, con medidas de protección, con el amparo de otras embarcaciones capaces de protegerlas en el caso de algun accidente. La gallardía del primer viaje apenas puede repetirse con la imaginación, y no sin que sufra vértigos la misma fantasía. Pensad los que me leéis en aquella salida de Palos de Moguer, y decidme si hubo jamás en los sueños de la poesía, en las exageraciones de la leyenda, en las ficciones mitológicas, algo que supere al grupo de insensatos que van á í á meterse en los senos de la aventura casi inconcebible. Si mañana, por caso no previsto, un sabio que reuniera, concentrara ó hiciera dar nuevo y gigantesco paso á toda la sabiduría actual del mundo, propusiera viaje por las regiones del espacio á otro planeta de nuestro sistema,—á Marte ó á Saturno,—y si en la endeble barquilla del aerostato para la navegación temeraria encontrase compañeros, y si estos compañeros fueran hombres que participaran de su audacia, pero que no pudieran participar de la intuición de su genio, ni de las confianzas de su ciencia, todavía ese viaje increíble y maravilloso, tendría un término conocido, una marcha marcada á través de un medio menos misterioso hoy que lo era en el siglo XV el Océano Atlántico; todavía habría menos solemnidad en la despedida, menos grandeza épica en la resolución, carácter menos sublime en el intento, que en aquella arrancada de Palos de Moguer de las tres carabelas inolvidables que van,—palomas de ala sedosa y breve,—á tender el vuelo que pa-

ra los alciones es locura. Ya parten, ya inflan sus velas, ya se alejan, ya apenas se divisan, ya se pierden de vista. Cómo debió brotar entonces de las playas de la España creyente é idealista, cómo debió surgir de aquellas arenas, en que quedaron las madres y las prometidas, el himno sonoro, uno de los más grandiosos que han llenado el espacio: "Que Dios los acompañe!"

Por eso, bien podemos decirlo, aunque sin la pretención ridícula de monopolizarlo: Colón es una gloria nuestra. En un momento crítico de la Historia, nuestra raza y él se comprometieron y se aceptaron mutuamente. Adopción inolvidable que ha dilatado el planeta! El tenía, al menos, ya lo dije antes, la fe de su genio; una claridad privilegiada, á la manera de un ángel que llevase una estrella en la mano, marchaba delante de su pensamiento, disipando las tinieblas del abismo; pero aquellos marineros que lo seguían, tan sencillos, tan inespertos, digámoslo en honor suyo, tan ignorantes,—esos tuvieron la fe que faltó á Pedro para caminar sobre las olas detrás del Redentor. El Océano sin límites; después, al llegar, la solva semejante al Océano; aquellos ríos como mares, aquella raza extraña, aquellos precipicios, aquellos volcanes,—nada los arredró, colocando sobre la orguida cumbre de los Andes la bandera de España, y partiendo con ella como en dos mitades, partiendo con ella como en dos hemisferios distintos el horizonte de la Historia.

El nombre de Colón cifra y expone esas ideas, Gloria de Italia, en cuyo suelo se mecía su cuna; de Italia, donde Garibaldi hubiera sido capaz de emular las aventuras maravillosas de nuestros Corteses y Pizarros; donde nació Miguel Angel, el único digno de levantar la estatua del grande hombre, y Dante, el único digno de cantarlo. Gloria de nuestra raza, que le dió en el Cid y en el Quijote sus dechados, en los marineros de Moguer sus colaboradores, en la Reina Isabel su providencia, con su

bandera sombra, con sus premios aliento, con la conquista la fecundidad de su obra,—Colón, he de repetirlo al concluir, es una gloria humana: tal es el sello y el verdadero carácter de su grandeza. Este Continente prodigioso; el de los montes altos, el de los bosques densos, el de los anchos ríos, el de los pechos fuertes, es el pedestal del monumento que la Historia erige para su recuerdo: pero de todos los pueblos, de todas las zonas, de todas las castas han de levantarse los homenajes y los laureles de su triunfo. Su heroísmo en sufrir, en trabajar, en arrostrarlo todo: las privaciones, la miseria honda, la humillación cotidiana, la muerte misma, para la victoria de su idea, es, no después de su genio, sino con su genio, lo que hace deveras incomparable su grandeza. La Historia no recuerda otro caso de una inteligencia tan alta, puesta en conjunción con un carácter tan noble y vigoroso. Colón es una estrella doble. Es un granito que parece hecho de luz. Por su entendimiento es incomprensible en su época—por su carácter es incomprensible en la nuestra. Todas las conquistas de la ciencia se muestran pequeñas cuando se las compara con la suya; todas las hazañas de los grandes capitanes resultan baladíes en comparación con sus hazañas. Luchó con lo imposible; venció el Océano inmenso; extendió el mundo: prolongó la sombra de la cruz sobre todo el planeta; hizo al género humano, en conjunto, un servicio como divino; que muriera definitivamente cuando cerró los ojos, lo juzgamos imposible; bronce como el de su inteligencia, oro como el de su voluntad, son metales imperecederos. Su nombre es un estímulo perenne, su ejemplo una lección imborrable; su apoteosis, uno de los raros casos en que la Humanidad se yergue altiva, y aliviada de sus desmayos y sus pesimismo, olvidada de su concupiscencia, consciente de su fuerza, retemplada en la religión de lo ideal, exclama con alboroso: *Ecce homo*.

La Poesía de la Historia. p. 125.

*Sobre educación*¹

UN sacerdote ilustre, encargado de pronunciar la oración fúnebre de Luis XIV, llamado "el Grande" por los hechos ilustres de su reinado; después de contemplar por un instante el regio catafalco, comenzaba su discurso con estas palabras: "Sólo Dios es grande, señores".—Señores, sólo la verdad y el bien son grandes en el mundo. Todos los progresos que extienden y realzan la vida industrial de los pueblos pregonan la soberanía de la inteligencia, y mereco bien de la Historia la generación que prepara el hogar en que han de vivir las venideras, depositando en el surco del arado la semilla que ha de alimentarlas, y forjando la caldera de vapor y tendiendo el hilo telegráfico con que han de encontrar dóciles y sumisas bajo su mano, para que la actividad del espíritu brille y domine, todas las actividades de la materia. Pero el porvenir se prepara principalmente no modificando el planeta, sino modificando al Hombre, no preocupándose del hogar, sino de la raza que ha de habilitarlo, haciendo que nuestros hijos, por medio de la educación, sean más cabales que nosotros en el desarrollo armónico de su naturaleza, más dignos de vivir, de corazón más abierto a las nobles pasiones, de inteligencia mejor templada, de alma más activa, hombres, en fin, capaces de llegar al mediodía en estos progresos cuya alborada nos deslumbra, capaces de llevarlos a sus últimas consecuencias por el libre uso de la razón, por el ejercicio per-

(1) Discurso pronunciado el domingo 16 de noviembre de 1879, al terminar el curso académico del entonces Instituto Nacional de Costa Rica. El Doctor Zambrana era en esa época Profesor de Economía Política y de Historia Contemporánea de dicho Instituto.

fecto y desembarazado—que algunos llaman crimen y sacrilegio, de la única facultad que constituye esencialmente al hombre, la facultad de pensar:—triunfo seguro ya, y que ha de dar á nuestra época—pésele á quien le pese—pedestal olímpico y aureola de inmortalidad cuando se confronten los siglos en el severo tribunal de la Historia.

Panteón enorme donde van á dormir las edades, á donde bajan en polvo las generaciones, más fuertes, á donde se desvanecen en humo las empresas más audaces y las glorias más bellas, donde la lápida sepulcral de un pueblo de pastores es igual á la piedra funeraria de un pueblo conquistador y dominante cuando los envuelve á ambos el frío sudario de la muerte, así se presenta el pasado si no lo resucita la Historia, pero por olla los tiempos que fueron se levantan galvanizados del olvido, olla canta con lira imperecedera las hazañas del Hombre y escribe sobre inmortales bronceos el recuerdo de su obra, aunque la combatan las tempestades y la aniquile el tiempo. Para los hombres y los pueblos que vegetan como plantas rastreras, buscando sólo el zumo de la tierra, su desdeñoso olvido tiende nueva noche sobre la sombra del pasado; pero todo el que hace vivir una idea, todo el que da su sangre ó su sudor para que el pensamiento se yerga sobre la materia; todo el que prepara el advenimiento de luminoso porvenir tiene certeza de inapagable gloria,—y así el siglo XVI recibe todavía homenaje por haber hecho la luz en oscuras regiones de la conciencia humana, el siglo XVII por haberla derramado copiosa en todas las ciencias, el siglo XVIII por haberla encendido sobre las tiranías para que se derrumbasen, sobre las cadenas para que se fundiesen, sobre los negros buitres del fanatismo y del privilegio para que se ahuyentasen amedrentados, y el siglo XIX los recibirá siempre, precisamente porque es el siglo de la educación y de la propaganda, el único hasta ahora en que la Ciencia y el Genio han abierto sus alas vigorosas sobre la Humanidad entera, bautizando en el progreso á todas las castas y evan-

gelizando á todas las gentes por la libertad. Señores, vivir en este siglo impone deberes y también los impone vivir en este Continente. La América estaba dispuesta por la naturaleza para ser el mundo del prodigio; ceñida de océanos, cruzada de torrentes, cubierta de volcanes, sombreada por selvas cuya cabellera ondulante y desgredada se mece entre las nubes, la ardiente lava que palpitaba bajo la tierra parecía repetirse sobre ella en fecunda savia, en hálito pujante de vida que erguía el tallo de sus árboles gigantescos, que cuajaba de vegetación pasmosa aun el duro granito, tibio aún con el calor subterráneo; y que en el pétalo de sus flores y en el ala de sus aves y en el aire de su cielo descomponía en iris resplandeciente los rayos del sol, ofreciendo al hombre, para el drama de la vida, una escena cuya decoración maravillosa era superior á los templos de mármol y á los palacios de oro en que había vivido y se había inspirado la musa de la civilización antigua. La América es, en efecto, el mundo de una democracia nueva, la tierra natal de la verdadera República, y la Democracia, como principio de asociación y la República, como forma de gobierno, exigen de consuno que todas las frentes se levanten y se iluminen en actitud de soberanía, que todas las voluntades sean fuerzas motrices del movimiento nacional, que haya una conciencia—que se llama la opinión pública, formada por todas las conciencias, ellas consagran ciudadano al humilde plebeyo, infame hasta ayer—llamárase ilota ó esclavo ó siervo de la tierra,—infame hasta ayer, sólo porque su frente estaba humedecida con el fecundo sudor del trabajo, y porque no descendía de uno de esos conquistadores crueles cuya espada gloriosa ha torturado las entrañas del género humano, sino de uno de esos obreros infatigables que han descuajado las selvas y desecado los pantanos y vestido de blondas espigas y de dorados racimos la tierra, calentando el horno de la abundancia y exprimiendo la alegría en la copa del banquete para que la humanidad, coronada por ellos de flores y por ellos cubierta con suntuoso atavío, to-

me verdadera posesión de la naturaleza y tenga un día de fiesta que le haga olvidar los dolores de la vida. Sí, en las democracias todos mandan y todos obedecen, esta cosa grande que se llama la ley, es hecha por todos y para todos, y precisa que en las democracias, precisa que en las repúblicas la educación sea el el primer negocio del Estado, puesto que puede ser su mayor peligro ó su mayor ventura: importa que donde todo ciudadano puede gobernar, todo ciudadano sea realmente un hombre, importa que donde todo hombre está en la plenitud del derecho, toda conciencia esté en la plenitud de la luz.

Hé aquí la gran tarea de la educación: el educador hace algo que es maravilloso: fecundar la noche,—hace que nazcan estrellas en la sombra, y es un espectáculo admirable ver abrirse en los espíritus sombríos— así como en la oscura bóveda del cielo—el largo cáliz de oro de esas flores resplandecientes. La obra está llena de dificultades; hay que trabajar con tanta blandura como cuando se teje la seda y con tanta firmeza como cuando se esculpe en la piedra. El educador recibe á veces las almas desnudas, deformes y tenobrosas: sobre esas almas él levanta el horizonte constelado, y para levantarlo sabéis lo que hace? un pensador cubano lo ha dicho,—hace lo que la lámpara: arde y se consume para alumbrar á los demás. Con lo mejor de su energía, con lo mejor de su perseverancia, con lo mejor de su pensamiento, derramando su corazón, derramando su espíritu en aquellas almas que lo están confiadas, el verdadero educador los transforma, las eleva, las ennoblece, las lleva dulcemente, sin engaño y sin servidumbre, las lleva á las grandes alturas, las lleva á la ciencia, que es todo lo finito, las lleva al arte que es el límite de lo finito y de lo infinito, las lleva al deber, que es la mayor suma de infinito que cabe en el hombre. La ley sublime de crecimiento y desarrollo que convierte al botón en flor, al gusano en mariposa y al carbono en diamante, espande entonces en perfecta magnificencia, haciendo de los instintos y de las pasiones que produ-



cen á los hombres oscuros y bestiales las grandes almas luminosas, que resplandecen como estrellas fijas en el firmamento de la Historia.

Los procedimientos educacionistas, que bajo la dirección de un pensador distinguidísimo y de acuerdo con el espíritu emiente de su propia enseñanza, se han seguido en este Instituto, estaban en correspondencia, por supuesto, con esos ideales. Aquí nos hemos ocupado de formar el espíritu más que la ciencia de los educandos, no almas medio apagadas, no hombres que parecen haber sufrido y que han sufrido en realidad una mutilación, no contempladores estériles ni resortes con disciplina: conciencias, voluntades, energías, fuerzas vitales de la sociedad, los ciudadanos del porvenir, las inteligencias responsables, los espíritus que merecen la inmortalidad. Les hemos mostrado cómo eso puede hacerse con método científico, les hemos mostrado la múltiple realidad de la vida que en climas y estaciones, en piedras y plantas, en cielos y mares, despliega inmenso asunto á la curiosidad racional; les hemos enseñado á constatar sus leyes, sin sistema preconcebido, sino con sujeción á la eterna lógica, que es en el pensamiento lo que la ley de la gravitación es en el mundo,—sin temor á consecuencia alguna que de ellas se deduzca, porque, cualquiera que sea la sorpresa ó el misterio que envuelvan, es Dios quien ha hecho el universo, y no hay miedo de que para llegar á Dios se necesite cerrar los ojos; les hemos mostrado el vasto panorama de la Historia, no para decirles que hay una fuerza extramundana que la mueve, sino que es el hombre el que la hace, y que por eso es de ella responsable: en ese inmenso movimiento en que instituciones, aspiraciones, dogmas, ascienden y declinan en flujo y reflujo, como entre los pliegues de una ola prodigiosa.—hay algo de providencial: la ley invariable de la naturaleza humana, que no es la intervención momentánea de lo divino en un acontecimiento aislado, sino la constante presencia de lo absoluto en los fenómenos que pasan, y que por la conjunción de esto

monstruo lleno de fuerzas rebeldes é inconmensurables que se llama el Universo y de este átomo deliberante y autóctono que se llama el Hombre produce el milagro permanente, el milagro incomparable, el mayor de todos los milagros posibles: la libertad humana;—les hemos dicho que el hombre es un gusano alumbrado por una conciencia. Los hemos acostumbrado á inclinarse delante de los grandes hombres, lo mismo delante de Newton que fundó la Física moderna, que delante de Kant que fundó la moderna Filosofía. Les hemos leído el martirologio del espíritu humano, acusado y perseguido tantas veces en nombre de Dios, por haber buscado á Dios y por haberlo adorado en espíritu y en verdad. Los hemos predispuesto á bendecir la sublime maldición que sujetó el hombre al trabajo, y les hemos dicho que el trabajo para la inteligencia no es creer sino pensar, y el trabajo para la voluntad no es contemplar sino moverse. Los hemos dirigido á buscar en la belleza del arte, no una concupiscencia exquisita para los sentidos sino la seducción que arranca al hombre de viles goces y apetitos indignos, que lo eleva, aun en la vida planetaria, á la esfera de lo incorruptible, que lo produce un dolor de que está orgulloso,—la nostalgia del infinito, y que lo hace poseer, á veces, en la turbia, oscura y limitada tierra, el cielo sereno y resplandeciente de lo ideal. Los hemos enseñado á amar la familia, pero á amar á la patria,—á amar la patria, pero á amar al género humano; sí,—los hemos hecho entregarse con fe á ese ensueño, ya que así lo nombra con desdén el positivismo desmayado, de ver apagados todos los odios injustos y encendidos todos los santos amores, borrado todo lo que separa á los hombres é incommovible todo lo que los acerca y reúne; de ver—según la frase de la ilustre filosofía humana, tan poco conocida de los ignorantes que la calumnian—“á la Humanidad una en Dios y á Dios uno en la Humanidad”: ensueño augusto, que es una promesa divina, ensueño por el cual abrió los brazos en el infame suplicio de la cruz el Nazareno en el Calvario.

Señores: estas doctrinas tienen que aceptarse ó que rehuírse; entre estas afirmaciones y las que se hacen de contrario, no hay medio. El día no transige con la noche. Ahora bien, un pueblo ó un gobierno que admitiera por criterio de educación las declaraciones adversas, se iría de este siglo, eso es indiscutible;—si gobierno, sería un gobierno criminal; si pueblo, se condenaba al embrutecimiento. Costa Rica aspira con derecho á ser el centro de la confederación centroamericana, aspira á ello?—pues sepa que en la vida social, en la vida espiritual el sol también atrae, como en lo físico, pero no atrae porque es masa, atrae porque es luz; sólo siendo luz será digna de este siglo, para cuyos rayos—que nadie lo dude—por muchas que sean las manos negras que traten de interceptarla, no hay eclipse posible. Porvenir de luz es el que ansío para ella, yo que miro con tanto orgullo su bandera sobre mi cabeza; yo, que tomé los instrumentos de labor y fui hasta hoy, bajo la égida de la libertad, obrero de sus faenas intelectuales; yo que encontré en su corazón hospitalario, cuando puse junto á él mi fatigada frente de proscrito, esos latidos maternales, que nos regocijan y nos confortan en el corazón de la patria.

Un Periódico Nuevo. Nov. 22 de 1879.

Este discurso iba dirigido contra los jesuitas que hacían guerra al "Instituto Nacional".

El Quijote

discurso pronunciado en la velada que se verificó en el Teatro Nacional en la noche del 7 de mayo de 1905, en celebración del III centenario de la publicación del Quijote en San José de Costa Rica.

Señoras y señores:

LA fecha que solemnizamos, cumpliendo deberes que nos imponen la sangre y la lengua, constituye en la historia de la imaginación humana efeméride que ninguna otra supera: la de la publicación de la obra literaria más bella y conceptuosa que ha producido el ingenio de los hombres; una obra que forma por sí sola una literatura, por las imitaciones, sugerencias y comentarios que ha inspirado. Si sólo eso quedara incólume, por cataclismo horrendo, de lo que es español en el mundo, pasarían en vano los siglos sobre el recuerdo de España; porque en los más lejanos tiempos brillará la gloria del mauco prodigioso de Lepanto.

Hay en ese libro inolvidable un encanto singular de la forma: el hechizo de la lengua castellana con todos los tesoros de su música, de su plasticidad y de su elegancia,—con sus ingeniosísimos modos de decir, con su exhuberancia de expresión aquí,—allá con su precisión elocuente, con giros de una gracia única en su especie, con elasticidad *sui par*. No falta en nuestro tiempo, de curiosas excentricidades, quien suponga que no pueda haber genio en la forma literaria; que el genio está por entero en las ideas. Qué magnífica respuesta la que da el Quijote

à esa doctrina, marcando desde las primeras líneas de su prosa el ritmo de aquel verbo singular, que es por sí solo una joya de arte, que todas las naciones que no lo poseen tienen que envidiarnos, siendo ese libro como el ánfora en que con todos sus aromas se guardan las esencias de nuestra lengua peregrina.

Y qué decir de su fondo!

Aquellas figuras de don Quijote y Sancho, tan genuinamente españolas, no dejan por eso de ser admirablemente universales, admirablemente humanas; aquellos retratos tan ideales por la síntesis que encierran, son de una realidad insuperable; aquellas aventuras de que reímos, hacen pensar con hondura. Aquel cuento, exquisito como cuento, es la epopeya del pensamiento humano; aquellas ridiculeces son sublimes; aquella comedia portentosa es, al mismo tiempo, una tragedia imperecedera. Don Quijote con el yelmo de Mambrino en la siniestra mano, con el lanzón en la diestra, con su cimera de cartón pintado, sobre su ruin jamelgo, y el panzón Sancho, sobre su rucio plebeyo, como estatuas o nuestros inmovibles—así los ha llamado Víctor Hugo,—marcan los linderos de lo ideal y de lo real, entre los cuales batalla y gime el pensamiento humano.

En la interpretación ideal de la vida, que es la tarea del arte bello, ha habido poetas elocuentísimos desde los días hermosos de la vieja literatura de la Grecia. El *Prometeo* de Esquilo, el *Hamlet* de Shakespeare, el *Fausto* de Goethe son obras sublimes que encierran interpretaciones magistrales del dolor que está en el fondo de toda humana existencia, de la lucha interna que hace de cada conciencia un campo de batalla, de esta doble esencia del hombre, que así lo encadena, por una parte, à las miserias de la vegetación que chupa el jugo de la tierra, como hace volar su fantasía, águila de luz!—en aspiración tormentosa y nunca satisfecha, à regiones que presiente, à un cosmos diverso del que pisa, à un espacio distinto del cuajado de miasmas que respira.

La demencia generosa de don Quijote es una protesta admirable contra el egoísmo sesudo que ríe de los arranques caballerescos, de las imprudencias nobles, de los arrebatos ideales. La humanidad no vacila en su marcha, sino por el empuje á veces encontrado de esas dos fuerzas que la agitan: la centrípeta del egoísmo y la centrífuga del sentimiento social que la ennoblece. Don Quijote y Sancho compendian el género humano y su larga peregrinación en el planeta. Ahí está el secreto de las grandes guerras, de las grandes matanzas, de las olas de sangre y de las montañas de ruinas, de los despotismos infames y de las revoluciones vengadoras, de los celos feroces y de las envidias fementidas, de las soberbias indómitas y de las codicias rastreras; ahí está el eje, al mismo tiempo, de la adoración inmensa á Jesús en Occidente y á Buda en Oriente, por símbolos y maestros de la abnegación que desarma el egoísmo, de la humildad que triunfa de la soberbia, de la mansedumbre que detiene el paso de las iras, del amor, en una palabra, que acaba por enseñorearse sobre el odio. Un gran poeta lo ha pintado: es el día combatiendo en el espacio inmenso, armado con sus garras de león y sostenido por sus alas de arcángel contra la noche, armada con sus garras de chacal y sostenida por sus alas de murciélago.

Bien sé que para muchos ha de tenerse por baladí cuanto no aumente el predominio del hombre sobre los obstáculos que opone la Naturaleza á su ventura material, y que en ese orden de ideas, celebrar el aniversario de un libro de literatura amena tiene que aparecer como pueril. El criterio utilitarista con que los menguados en el ejercicio de las artes bellas suelen, por ruin envidia, menospreciarlas, no puede darse en ser racional capaz de gustar de sus hechizos, y de apreciar su consecuencia, así en la elevación de los goces individuales de la vida, como en la mejora social que de su influjo se desprende, domando pasiones mal sanas y apartando de ruines esparcimientos. Una nación tan positivista

como Inglaterra se ocupa ahora, con aplauso general del mundo, en conmemorar la grandeza del poeta egregio que significa para ella lo que Cervantes para nosotros; la gloria de los libros hermosos, de los mármoles bellos, de las melodías peregrinas,—de lo que hace con los amores puros y las hazañas nobles, la dicha moral de nuestra especie,—es signo inevitable de que si hay fango, también hay luz en el organismo misterioso que nos tocó en suerte, mezcla extraña de los ensueños de un querube y los apetitos de un demonio.

Habréis discretamente notado que de propósito, y como signo de respeto á la gloria literaria que conmemoramos, he encerrado mi palabra, sin permitirle vuelos ni gallardías, dentro de los límites, como si dijéramos, de un lenguaje oficial; sirviéndome de ella sólo para indicar algo de lo que pensamos, aún los hombres vulgares, acerca de la obra memorable, la aparición de la cual, como la de un astro nuevo, alumbró los horizontes de nuestra lengua y de nuestra raza. Sería de seguro ir demasiado lejos en el sendero de esta cautela respetuosa, dar por terminada mi tarea de esta hora sin aludir á la unidad en que hay que trabajar dentro de nuestro grupo étnico para la salvación y debido esplendor de su destino. Tengo á honra ser de los hombres que se sienten tales, antes que americanos ó europeos, latinos ó sajones, pero soy también de los que piensan que sin abandonar ese criterio, sin dar á las divisiones humanas irritantes que las acorben, cabe tomarles en cuenta para que ningún elemento precioso de los que pueden allegar dicha y civilización común haya de perderse. Admiro y tengo como mías, en cuanto hombre, lo mismo que la grandeza moral de un Washington, que la intelectual de un Shakespeare, lo mismo la sublimidad de un Kant ó de un Goethe que la de un Hugo ó un Descartes; pero no puedo olvidar, sobre todo en esta hora, la gloria de la sangre española que en nuestras venas corre, y creo que en la solemnidad de hoy, que en todo el conti-

nente en que España engendró la civilización, ha de repetirse, con eco siempre vibrante, es fuerza hacer sonar la nota del himno que á la vieja madre, con esta ocasión de una fiesta á su lengua, deben alzar las hijas cariñosas y reverentes Oh España, nación de héroes; nación de mártires, nación de paladines, nación de idealismos sacros, nación tanto de soldados como de poetas invencibles, en este rincón humilde del mundo que tu audacia sacó de las tinieblas, estos tus hijos respetuosos al recordar al hombre que basta para hacerte igual á las más altas de las naciones cultas, como los timbres de Lepanto y Zaragoza bastan para hacerte igual á las más bravas, se inclinan ante tu nombre, besan con el pensamiento tu bandera y la tremolan enorgullecidos, sin abandonar la suya, como símbolo de honor limpio, de gallardía de empeño y como cubierta y envoltura del libro imperecedero en que si el ingenioso hidalgo en algún modo te simboliza, es porque recuerda la fe y el brio con que has pugnado, estando en ocasiones memorables dispuesta á abrirte las venas, por lo que hace hermosa lo mismo la vida que la muerte; la devoción á lo ideal, ya hagan retroceder tus hijos al Africa que se venía sobre la Europa, ya sujeten con clavos de oro tus oradores y tus poetas la atención y el respeto de la Historia, ya domes tus navegantes y tus soldados la rebelde espalda del Atlántico, para colocar sobre la cumbre de los Andes la Cruz del Nazareno.

*La religión de lo bello*¹

*Señor Presidente de la República,
Señoras y Señores:*

COMO parte con entusiasmo en este acto por el que se levanta en Costa Rica un hogar para las letras y las artes, un punto de reunión para los entusiasmos por lo bello y lo sublime. Lojos de ser de los que piensan que sólo la vida material importa, abrigo la convicción de que si vejetamos como plantas que chupan el jugo de la tierra y sobre ella pacemos, podemos aspirar. al menos á no ser inferiores á las plantas que con sus colores la visten y la perfuman con sus hálitos y á las aves canoras que con sus trinos la pueblan de armonías. Vengan las ideas á zumbiar aquí en laboriosos enjambres. Vengan las calandrias y los ruiseñores del arto con sus arpegios y sus rimas. Vengan las mujeres hermosas á esparcir los effuvios de su belleza cuasi celeste, inspiradora y estaciante. Abandonemos por unas horas de tiempo en tiempo, los afanes y los contentos de la vida vulgar, la prosa del viaje entre el apetito y el tedio; alcemos la vista á los altares en que se levantan puras, nobles, melodiosas idons, objetos de casto amor y de sublimes ansias: lo bello llena de soles el pensamiento, esparce en él la fragancia de invisibles pebeteros, le hace crecer las alas, le abre nuevos horizontes en la vida: lo bello, moral ó ma-

(1) Discurso pronunciado en la inauguración del Ateneo de Costa Rica.

terial, es la única revelación que de veras recibimos de lo que debe estar más allá de las fronteras de nuestra vida, más allá de aquellas playas en que se rompen en leves espumas nuestras ansiedades férvidas, nuestra angustiosa aspiración hacia algo que la prosa común no oscurezca con su sombra: lo bello es el reflejo del cielo azul de nuestros ideales sobre la negra realidad de nuestra angustia.

Hace ya tiempo: no había llegado á su mitad la brillante centuria que acaba de extinguirse, cuando comenzó cierto trabajo de zapa contra todas las obras del pensamiento humano que no tuvieran un carácter marcadamente positivo. No satisfechos los demolidores á que me refiero con mirar como juegos infantiles para la humanidad los credos y los entusiasmos religiosos, que intentan un puente imposible entre lo finito y lo infinito, entre lo conocido y lo que parece imposible conocer, querían arrancar del pensamiento todas las flores de lo ideal, encorrandolo en aquellas labores que sólo á la vida material se refieren, como las únicas productoras de ventura, tachando de estériles sus empresas de otro género: bien pudo contestarse á esos mutiladores de la inteligencia, que ciertos trabajos mirados, por siglos, como de pura especulación intelectual, de los matemáticos griegos, han tenido cumplidas aplicaciones en la obra eficacísima de la artillería moderna, con que la suerte de los imperios se decide: pero también puede observárseles que si la envidia del goce no es negada por ellos como característica de nuestra naturaleza,—lo que tachan de especulativo en la labor política,—por ejemplo,—es lo que ampara en definitiva el campo del cultivador, la fábrica del obrero y la factoría del comerciante, lo mismo que el sueño del místico, el taller del artista, el vuelo de la inteligencia del pensador osado; y que si el goce es nuestro anhelo, no lo hay más exquisito que el que las artes proporcionan: la vida ennoblecida, la suerte humana dignificada, el placer trasfigurado, la inteligencia con las alas abiertas, la sacra llama de la fantasía ascen-

diendo refulgente á los cielos, el habla como celesto de las musas ahuyentado de nuestra atmósfera el rugido de las pasiones feroces y voraces,—he ahí lo que desdennan: que el hombre era bestia de las selvas cuando fué traído á vida serena y limpia por el influjo de las bellas artes; del arte, que, como delicada abeja, zumba en torno de nuestro pensamiento, haciéndonos gustar, á través de las congojas de la realidad, la miel del ensueño; que como dorada mariposa vuela con alas de púrpura sobre las espinas de la existencia cotidiana; que como rayo de luz pasa por el mundo de oscuridad y lodo de la vida vulgar.—dejando en ella estela resplandeciente y aromosa; conduciendo á su Dios á los que abrigan la ilusión de conocerlo,—y bastando para los que no lo intentan, como revelación de lo infinito, como vislumbre de lo eterno,—como sombra de lo ideal sobre la vida.

Veinte siglos há que se deshizo en polvo, que se disipó en humo, aquella cultura helénica, tan famosa, que en pedazos de piedra de sus templos en el Museo Británico conservados, en la Venus de Milo aquí, en el Apolo del Belvedere allá, en páginas de una literatura, que al pasar por el cauce de otros idiomas, apenas guarda el nativo perfume, queda sólo en pálido recuerdo, en fosforescencia errática, en eco mortecino de apenas inteligible melodía:—y, sin embargo, qué devoto de lo ideal, qué enamorado de la belleza, al oír sonar el nombre de la Grecia, no siente vibrar su pensamiento á la manera de una lira cuyas cuerdas sacude la mano de una musa? Allá están,—allá están,—allá en la lejanía nos parece contemplarlas, las blancas estatuas; allá los circences juegos atravesados por el canto de Píndaro coronados por un laurel que nunca se marchita; creemos asistir á su teatro: oír el lamento de Prometeo, el silvo de las Euménides, el ronco acento del furor de Medea, el grito de dolor de Edipo, el grito de venganza de Orestes, el clamor de los siete delante de Tebas;—ó aquella carcejada de Aristófanes, senecjarte á la risa de los inmortales con que hace temblar

el viejo Homero los palacios cristalinos del Empíreo; contemplamos como se arremolina la plebe entusiasmada, al caer sobre ella, como lluvia de oro, la palabra de Pericles; al pasar sobre ella, como soplo de tempestad, el acento de Demóstenes;—vemos aquellas islas, jardines flotantes de flores y de ideas,—y la bandada de trirremes emprendiendo la *teoría* al inspirado Delfos; y en medio de singular legión de sabios, de artistas, de guerreros, de legisladores, de filósofos, altos como gigantes, como cumbres alzadas sobre grandes montañas,—miramos á Platón y Aristóteles enseñando, no á la Grecia sino al género humano, no para su tiempo, sino de una vez, el camino de la observación científica y el de la contemplación artística: lo real sin misterio y lo ideal sin nubes,—la doble senda, el doble derrotero que conduce en la epopeya de la humana historia á las grandes cimas, colmadas de claridad celeste, de la verdad, la bondad y la belleza,—que son los tres nombres del Dios eterno y vivo que la naturaleza revela con revelación directa y clara, sin sombras y por lo mismo sin necesidad de sutiles interpretaciones,—en el diálogo entre la creencia y la conciencia, que ha sonado en las cúspides más altas de la vida, durante la existencia planetaria.

Cuando, después de la noche de la barbarie, Florencia empezó á despertar en la memoria del mundo el griego que había olvidado, según la frase de Renán; cuando resucitó en Italia el gusto antiguo; cuando se evocó en ella, con magia irresistible, el sentimiento de lo bello; cuando el arte imperó de nuevo, cuando, en conjunción maravillosa, Italia tuvo lo grandioso en el Bramante, por encima de lo grandioso tuvo lo sublime en Miguel Angel, por encima de lo sublime tuvo lo ideal en Rafael; cuando escultores, pintores, grabadores, cinceladores, arquitectos, formaban como una legión. que con sus pinceles, con sus buriles, sus escoplos, sus martillos, parecían dispuestos á forjar de nuevo la tierra, amasando entre sus fuertes dedos el hierro y el mármol de sus

entrañas durísimas, fundiendo los metales al calor de sus inspiraciones, poniendo en ellos y en las piedras, con reflejo perenne, el resplandor de sus ideas; cuando Buonaroti lanzaba sobre las bóvedas de la Sixtina, aquel poema de la pintura, resumen inmortal de las más grandes concepciones religiosas; cuando Sanzio imprimía en las miradas de sus madonas el secreto de lo infinito, la intimidad con el misterio; cuando Benvenuto realizaba en un botón de chapa ó en el borde de un ánfora el ensueño de su musa; cuando Petrarca en sus sonetos peregrinos, canciones de ángel enamorado, Tasso en las estrofas bronceadas de su Jerusalén, Ariosto en sus delirios caballescicos de incomparable melodía. Dante encerrando en lengua singular, chispeante, armoniosa á la vez, candente y musical, toda la metafísica del catolicismo y toda su mitología, haciendo sonar la flauta cristalina del amor humano, lo mismo entre las llamas del infierno que entre los arrobamientos del cielo, y convirtiéndolo en el serafín más hermoso de todos los de la leyenda; en aquellas cadencias, en aquellos ritmos, en aquellas orgías de estética, en aquellas medallas, en aquellos bustos, en aquellas lirras: sabéis lo que se encerraba? notáis lo que se inspiraba allí? pues, primero vendrán Maquiavelo y Campanella, y después Vico y Galileo, hasta que, más tarde, detrás como de una columna de fuego, del pensamiento de Mazzini, detrás, como de la espada de un arcángel, del acero de Garibaldi, vengan, como los caballeros tempestuosos del Apocalipsis, aquellas falanjes de héroes y de políticos, que en batallas inolvidables, en lidia de púgiles que guardarán las perspectivas de la historia, con la inspiración de sus tradiciones, con el respeto y la simpatía del mundo, por sus grandes artistas como por sus grandes pensadores conquistados, con ese apoyo tanto como con su esfuerzo, rehagan la Italia soberana, independiente y libre que, con serio, y con haberlo sido a tanto precio, luce sobre la corona de sus monarcas el laurel frondosísimo de sus Rafaeles y sus Correggios, de sus

Dantes y Leopardis, de sus Rossinis y sus Verdis; que nada vale, nada siquiera se asemeja al brillo que dejan en la historia de los pueblos, las grandes ideas que pasaron por su mente, las grandes inspiraciones que hicieron de su genio algo como luminoso faro que alumbró á la humana especie en el mar, proceloso siempre, y á veces turbio y encenegado de la vida.

La Francia, la Inglaterra, la Alemania: qué mágicas evocaciones producen en la historia del mundo esos tres nombres! Descartes, Bacon, Kant, Víctor Hugo, Shakespeare, Goethe!—no hay una provincia del pensamiento, no hay una región de la vida en que cualquiera de esas tres grandes nacionalidades no pueda ostentar una legión de cerebros luminosos tan amplia, al menos, como el calendario de la Iglesia Romana. Son naciones en que la ingeniería tiene portentos, en que la industria hace milagros, en que el comercio es un prodigio; proponedles, por ello, que renuncien á las cenizas y á los recuerdos de sus grandes poetas, de sus grandes artistas;—proponedles que se dejen quitar la gloria de sus vates, de sus soñadores, de sus profetas, de las tribunas de las grandes palabras y de los escritorios de las plumas diamantinas que han dado más perdurable resplandor á su suelo.—Mirad si en ellas el afán de las armas ó de los desvelos de la ciencia, ó las balaúndas de las bolsas, ó las ansiedades del agio han tenido poder para que se apague la lámpara nocturna del pensador solitario, ó se cierre el taller del artista, —para que enmudezca la lira del poeta. Qué legión de sabios inclinados sobre la retorta del laboratorio! pero qué legión de inspirados estudiando las posibilidades de la lengua para decir las maravillas de la inteligencial—ésto mirando los portentos de lo pequeño en el microscopio, aquél los portentos de lo grande con el telescopio; el otro usando de microscopios y telescopios que no se ven, para decir la miseria y la gloria del pensamiento humano. Economía política, pero rimas también; grandes batallas, pero gran-

des poemas asimismo; revoluciones en la industria, pero más hondas revoluciones en las ideas. Quién duda que el nombre de Wellington no ha sonado tanto ni ha producido tantos estremecimientos de la columna vertebral como el nombre de Byron en el mundo? Y aun de este lado del Atlántico, donde el industrialismo, el mercantilismo, la mecánica, se han extremado como en ninguna otra parte de la tierra, podría desdeñar algún norteamericano sin ser merecedor de ignominiosa muerte, el rastro que dejaron en las letras, las líras de Bryan y Longfellow, la fantasía de Poe, la prosa de Emerson, los sermones de Beecher, la novela de su inmortal hermana, la pléyade de tribunos y de periodistas que han hecho aquella libertad y aquel derecho, que son como escudos de diamante de todos los desamparados de la tierra y que, como tuve no há muchos días ocasión de recordarlo, lograron que cayera sobre el suelo de los Estados Unidos de un solo golpe, sin conmoverlo, la cadena de cinco millones de esclavos, como eco sublime de la caída de la cruz del Redentor en el suplicio incomparable del Calvario?

Y en nuestra sangre? bastaría el manco inmortal de Lepanto, bastaría el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, cabalgando sobre el huesudo Rocinante, seguido del rústico, pacífico, malicioso escudero en su asno montado, teniendo delante de su pensamiento á la sin par Dulcinea, en la flaca mano la lanza, en el débil cuerpo la armadura, en el ingente ánimo el espíritu del Cid, en torno de las marchitas sienes la aureola de sus propósitos sublimes,—triste y enjuto caballero de lo ideal, mientras lo sigue el robusto aldeano que va en busca de su Insula Barataria, para que en esa compendiosa pintura de la vida,—nunca admirada en demasía,—se coronara el arte español con los laureles del más brillante de los triunfos. Pero no está ello solo. Y el Segismundo de Calderón? y la monstruosa fecundidad de Lope? —y Alarcón y Moreto? y Góngora y Quevedo? y aquella legión, en fin, de genios y de ingenios, de

vates y prosistas, de periodistas y tribunos? y Castellar que, por más que el buen gusto haga remilgos y la envidia vuelva la cara,—fué maravilla como el Niágara; y Núñez de Arco, el del arpa de oro? y en cada siglo de su arte cien nombres más que son luceros? y aun cruzando el mar,—aun viniendo á estas regiones nuestras de América, de naturaleza colosal, en que la civilización comienza, con nuestras selvas más hermosas, nuestras montañas más altas que los genios de Bello, de Heredia, de Arboleda, de Olmedo, de la Avellaneda, de Gutiérrez, de Rojas Garrido, de Darío? No es posible, sin cansancio de vuestro oído y de mis labios, hacer el censo de la tribuna y de las musas.—Ah! hay muchas flores de luz en nuestro cielo, muchas estrellas de hermosura en nuestros pensilos, mucho oro en nuestras minas y en los frutos de nuestra zona, mucha noble hidalguía en nuestro carácter,—mucha angélica belleza y angélica bondad en nuestras mujeres, mucho timbre de grandeza en nuestra breve historia, para que pueda sospecharse que es inútil formar un hogar para nuestras letras, levantar una tribuna para nuestras musas, dar la voz de aliento á nuestra generosa juventud para que se lance á las nobles lides en que la belleza se produce y la gloria se conquista. No, mil veces no: no es sólo sembrando la muerte con la guerra, ó inventando máquinas ó contando fardos, como ha de vivirse en este planeta en que la llama de la inteligencia parece más grande que la de los astros del espacio. No, no es cierto que la tribuna y que la lira sean inoficiosas para la ventura del género humano: nos elevan, nos purifican, nos hacen sentir un goce que no parece de la tierra. Grande es el mar con sus oleajes y sus cambiantes de color y sus espumas; imponente el volcán que deja caer el río de lava encendida por sus flancos, el torrente que se precipita desde la roca, el cielo estrellado, que sobre el terciopelo azul oscuro de la noche derrama su cascada de joyas; pero en todo lo que de la naturaleza conocemos, no hay portento de beldad que se

asemeje á la del pensamiento, puro de egoismos y concupiscencias, que en el horizonte del arte explende en levante deslumbrador y majestuoso y á la de la palabra que como túnica inconsútil y etérea lo viste sin ocultarlo, lo revela sin disminuírlo y parece hecha de su misma luz, al dilatarlo por el mundo— con sinfonía más poderosa que la del concierto de los orbes, que la de la armonía de las esferas.

He dicho.

La Poesía de la Historia, p. 19.

Renan

RENAN ha muerto; haso extinguido con él una inteligencia serena y radiosa que, con suave claridad, alumbraba las mayores alturas de la crítica histórica, filosófica y literaria de nuestro tiempo.

Era el suyo un talento singular por lo perspicuo, por lo delicado, por lo profundo, que entro tantas condiciones sólidas ó brillantes como en él lucían, distinguíase, en primer término, por un equilibrio perfecto. Después de Platón, nadie, ni Macaulay ni Taine han usado un estilo más limpio de redundancias, de adornos falsos, de afectaciones ingeniosas, tan sobrio, tan elegante, tan potente, en cuyas formas se unieran con tan magistral ó íntima armonía todos los recursos del arte sin que hilo alguno saltase ó reflejase con mayor intensidad el rayo de la fantasía en aquella urdimbre á que la soda no podría compararse. El tono de su literatura crítica era de una majestad olímpica llevada con una sencillez ejemplar; algo que trae á la memoria aquellos reyes que eran pastores de pueblos, como los llamaba el viejo Homero.

Era, en efecto, un maestro que servía no sólo como oráculo, sino como dechado, que daba á sus discípulos,—casi todo el mundo literario de nuestros días,—no el canon frío, sino el modelo palpitante: artista supremo de la palabra escrita, al mismo tiempo que Doctor de sus Academias. Su pluma, como la de Taine, pero con una serenidad mayor, era un buril que trabajaba en piedras preciosas. En sus libros nos quedan tesoros de sabiduría; pero, por

fortuna, para muchos que los aprecian más, quedan, así mismo, el perfume exquisito y la atmósfera luminosa de una soberana belleza.

Su ciencia era enorme y estaba admirablemente asimilada. Ello explica, acaso, mejor que cualquier otro motivo, la catolicidad, la amplitud, la noble tolerancia del criterio con que juzgaba así en filosofía como en historia; los ignorantes somos los intransigentes; la sabiduría es siempre plácida; el que ha visto toda la vida del género humano adquiere cierto noble excepticismo, que no excluye el entusiasmo, pero que estorba al apasionamiento febril por opinión alguna de los hombres.

La Historia fue bajo su estudio y bajo su labor, lo que tantas veces se ha intentado: una arte bella, sin mengua de su severidad característica; la interpretación ideal de los sucesos: la reconstrucción, no mecánica, sino con hálito de vida, de un tiempo que fue, de una civilización, de un pueblo, de una raza, que pasaron sobre la tierra y que en ella se hundieron. Pocos hombres, si alguno, han hablado como Renan la lengua de las costumbres, de las instituciones, de las ideas que ya no existen ó que existen á larga distancia de su órgano; tenía en el más alto grado posible la elasticidad plástica que permite á la inteligencia colocarse como la cera en torno de todos los objetos para tomar su molde. No era un pensador indeciso, no era de convicciones levantadas en el aire, sino sobre la roca viva y honda de una sabiduría casi venerable;—su autoridad podía considerarse indiscutible; y, sin embargo, cuán poco autoritario!, cuán poco dogmático en sus juicios! Su existencia, relativamente larga, transcurrió sin un debate violento, sin una frase dura, sin una invectiva, á pesar de haber estado bien adentro en asuntos que apasionan por lo común las opiniones, sin dejar caer en caso alguno de su pluma una sola gota de la hiel de la sátira, á pesar de haber visto de cerca asuntos que para pensadores de su escuela suelen ser ridículos, y de haberse ocupado, más de

una vez, en analizarlos despacio. En medio de aquel París agitado, ruidoso, atronador, la Babel moderna, el laberinto de las doctrinas, el campo de batalla de las teorías, el pandemonium de los sofismas, el circo en que la inteligencia moderna celebra sus combates olímpicos, de aquel París en que las ideas parecen llamas por el resplandor, pero también por lo candentes, que se ve, por lo mismo, de lejos como un incendio, como un remolino, como un caos luminoso, si la paradoja se permite; en medio de aquel París, decimos, es un buen espectáculo, algo que tranquiliza y refresca, el de aquel anciano grave, sonriente, dulce, malancólico, conversando a media voz con los mártires, con los apóstoles y con los sabios de otro tiempo, quizás por no tener verdaderamente con quien hablar en los que corren.

La fisonomía del filósofo no era en Renan menos interesante. Por ciertas condiciones de su espíritu, estaba llamado a ser un *positivista*, y lo fue en cierto modo; era harto metódico, harto dialéctico, harto escrupuloso en la formación de sus juicios, en el examen de los elementos con que los constituía, para que no descubriese su mirada la línea que separa la investigación posible de la investigación insensata; el dato, del delirio; lo que se piensa, de lo que se imagina; lo que se cree en virtud de las leyes de la inteligencia, de lo que se cree porque se quiere creer, volviendo la espalda a la luz de la razón, apagándola cuando su claridad nos importuna. Pero si ante esa línea se detenía circunspecto, nunca tuvo una palabra de insulto para los que la cruzaban; los acompañaba, por lo contrario, con mirada respetuosa, algunas veces con admiración, siempre con amor, y en algún caso, daba suelta a la fantasía para que cruzase también el equinoccio formidable: sólo que entonces la dejaba ir como globo cautivo, conservando en las manos el hilo salvador que debía llamarla a su punto de partida y guardar la señal, en algún modo, del espacio ilícito recorrido, para que no hubiese extravío del raciocinio ba-

jo el influjo de sus narraciones de viaje. Tenía en su entendimiento la balanza que se ha atribuido al de Voltaire, tan fina que en ella podía pesarse un cabello; sólo que la de Voltaire, por lo mismo de ser tan fina, se desequilibraba con un soplo, y sobre la de Renan pasaba sin alterar su fiel el huracán de las pasiones.

Por otra parte, su positivismo era idealista; veía bien el mundo de la materia, pero veía también el mundo de la idea, y estaba animado por lo tanto por el impulso sacro y por la esperanza sublime que acaso se haya cumplido ya en este momento; no era un creyente; pero sí un hombre alta y profundamente religioso; lleno de piedad, de unción, de recogimiento ante el misterio insondable y augusto que envuelve nuestra vida y nuestra muerte.

Su "Vida de Jesús", el más famoso de sus libros, pudo mover la cólera fácil del dogmatismo católico; pero, quién puede negar que es un libro serio, de estudio sincero, de tolerancia llevada hasta el colmo, de pensamientos altos, penetrado todo él por una emoción hondísima y por una ternura infinita? No fue al pie de la cruz en la peregrinación de los devotos ciegos por la fe; llevaba los ojos abiertos, pero llenos de lágrimas; no fue un espectador deslumbrado, pero tampoco burlón, ni indiferente, ante el drama del Calvario, la más hermosa y más patética tragedia que ha pasado ó se ha concebido en la tierra; no trajo del Gólgota escapulario ni reliquia alguna tocada en el monte en que espiró quien ni él ni nosotros vacilaríamos en llamar "Nuestro Señor," porque es nuestro maestro y nuestro ideal; pero de esa romería, nunca en vano emprendida, trajo santas tristezas, una emoción imborrable, nuevo y vigorizante alimento para su idealismo de filósofo y de artista; y cuantos hemos tenido la feliz intimidad de su pensamiento, aunque sea á través de la lectura, hemos saboreado algún sorbo de la miel de sus abejas del Cedrón, algún hálito de sus

rosas de Jericó y de sus lirios del huerto teñidos por el sudor de sangre del Nazareno.

Ahora se ha ido, pero tenía concluída su obra, tenía hecha su tarea: no es un artífice que deja la joya á medio cincelar. No es una columna rota, un obelisco destrozado en lo alto, un día que se eclipsa cuando comienza la tarde: esta calamidad no aflige por lo prematura, sino por lo grande. Es probable que su agonía, es seguro que su muerte han sido serenas y tranquilas, sin sobresaltos, sin inquietudes, sin remordimientos, sin convulsión terrible de ver ó imaginar, sino como un sol que se pone.

La Poesía de la Historia, p. 115.

Octubre de 1892.

*La mentira poética*¹

.....

LA Grecia, antes de ser el hermoso pensil de la fantasía, que tanto admiramos en la historia, fué como la solva virgen de la imaginación, cuando, como ya lo ha pintado un poeta ilustre, parecía adelantarse en el azul movible del Mediterráneo, temblorosa de impaciencia aguardando el beso de la civilización, á la manera de la doncella tímida, pero curiosa, que aguarda la primer visita íntima del esposo. En vez de lo que podría llamarse el rosal florido, la camelia llena de majestad, la dalia opulenta, la violeta de perfume sutil y penetrante, había entonces en ella algo como la vegetación desordenada y pasmosa de un bosque de ficciones: el dominio imperial de la dulce mentira poética, invención feliz de una divinidad propicia para atenuar las realidades horribles ó grotescas de la vida.

Así,—todo á sus ojos se magnificaba: no es un fenómeno físico lo que hace que se rompa con la luz el velo de la noche; es la divina Aurora, que precede el carro fulgente en que Apolo mismo excita la cuádriga radiante; no es el reflejo del sonido en un obstáculo que encuentra en su marcha lo que hace que se repita una ó varias veces: es la bella ninfa Eco, loca de amor, que corre entre la selva; no es la salvaje armonía de agua que se precipita entre rocas lo que precede y anuncia la sirte peligrosa: es el canto de las sirenas crueles, ansiosas de atraer para su pérdida al navegante incauto; no es la sonrisa de una mujer encantadora la que enciende en el pecho la fiebre tormentosa del amor: es la

(1) Conferencia en la velada que en honor de Zambra-
na celebró el Ateneo de la Habana el 20 de Abril de 1907

flecha de rapaz donoso, hijo de Venus, que se entretiene en arrojarnos su saeta. Oís cómo silva el viento entre las ramas? son las ninfas que juegan. Veis cómo se estremece y se hincha el mar que el aire llena? es Neptuno que pasa,—y así, casi sin límites,—sin más límites que los del orbe conocido, la flora de mentiras hechiceras con que la imaginación de aquel pueblo genial cubre y perfuma todas las asperezas de la vida.

En este edén de la ficción, Apolo, la divinidad del día, es también la de los artistas, y así, propiamente, de la misma aljaba, sale la flecha de luz que atraviesa y aniquila la sombra de la noche y la que rompe los velos con que la vida material envuelve nuestro pensamiento; y lo aguija y lo acosa hasta hacerlo volar,—mariposa atraída por la llama de lo sublime,—en busca de las regiones que sólo la fantasía mira sin vértigo, en que la estrella de lo ideal espando el esplendor de su misterio: el arte y la luz tienen así la misma fuente, el mismo origen en lo alto, como tienen en la vida la misma misión, el mismo empeño; hacernos mirar hacia arriba, apartarnos de lo oscuro y de lo mezquino, hacernos sentir aquellas alas de que hablaba (1) Platón, con las

(1) El alma, dice Platón, es semejante á un carro alado, del que tiran en opuestas direcciones dos distintos corceles, dirigidos por un auriga moderador; es propio de las alas llevar el alma hacia lo alto: pero á aquel lugar celeste de sin par hermosura á donde se dirige el vuelo, no se puede llegar con facilidad, por la fuerza del caballo partícipe de lo malo que tira hacia la tierra; al encontrarnos con alguna hermosura, aquel caballo quiere arrojarla sobre ella para disfrutarla, aguijado por el bestial deseo: pero el otro, cuando es enérgico, contiene el impulso y da tiempo al auriga para que piense en la hermosura tal como es en sí, asentada sobre casto fundamento, destello de lo divino ó inmortal, forma y revelación de íntegras, puras y sublimes ideas, inspiradora, antes que de bestiales arrebatos, de santo temor y reverencia. El hombre que no es capaz de estas impresiones y de estas ansias, vasa como un cuadrúpedo tras el deleite. (A. Zambrana: *Ideas de Estética, Literatura y Elocuencia*, pág. 16 y 17).

que subimos sin estorbo à las regiones de la belleza incorruptible.

Sentía aquel pueblo la adoración de la forma, la religión de la belleza: su poesía no fue, como suele ser la nuestra, menguado artificio, en que se finge una vida distinta de la real, y en que la música de la expresión depende casi por entero de una canturía, á veces pueril ó fastidiosa: la poesía griega copiaba la vida como espejo maravilloso, pero con selección tan atinada, con interpretación tan exquisita, con simbolismo tan admirable, que batallan sus héroes ó siéntense á las delicias del festín, esgriman la lanza, ó disputen sobre la posesión de la cautiva, que dos guerreros, pastores de pueblos, como los llama el viejo poeta, apetecen, quedamos, aun asistiendo de tan larga distancia al espectáculo, absortos y deslumbrados, como si presenciáramos que se realizase cuento de magia ó prodigio de hechicería; y advertid que entonces, ruda y sencilla la existencia, no estaba adornada con los embelecocos que ahora nos fascinan, y ni el traje era máquina complicada, ni el tocado una ciencia difícil, ni los utensilios del hogar formaban como confuso laberinto. Cuando nos entramos por las páginas de Homero, como por entre altos y corpulentos árboles de encantada selva; qué espectáculo, sin embargo! tal como si estuviéramos en otro planeta. Y aquella lengua, es decir, aquella forma de poesía, apenas en nuestra ignorancia entrevista, así como si se descubriera un metal nuevo ó una nueva piedra preciosa. Y el ritmo, el secreto de la armonía del verso, música verdadera, no de rimas baladíes, sino de acentos admirables, que dan al lenguaje, no apariencia de juguete de niño, sino estructura tal, que la idea marcha en él lenta y soberna, ó salta y danza en arrebatados giros, apenas disimulada, apenas vestida, mostrando las curvas de su forma íntima, á la manera que en los opulentos mármoles que en ruinas poseemos, sin pudor mentido, desnudos los pechos palpitantes, como dice Núñez de Arce, sin dis-

fraz el torso robusto, sin cubierta que turbe el espectáculo de la egregia visión, luce la Venus que los griegos soñaron, ó el Apolo altivo, ó el Hércules magnífico!, sacramentos de lo ideal, cristalización excelsa, como por genio de dioses realizada, de las ideas de la fuerza, la inspiración, la belleza femenina: condensación magistral é insuperable en que la fantasía griega luce el poder con que penetra hasta el fondo de los abismos recónditos de la Naturaleza, y saca afuera, en mitos singulares, lo que se esconde en las entrañas del misterio que tiende á nuestro rededor sus velos, como telas de araña, en que nuestra perenne curiosidad se agita y nuestro ansioso pensamiento se atormenta.

Bien sé que hay un reparo que oponer al entusiasmo que en pro del arte manifiesto. En Grecia como en Roma, en la corte de Lorenzo el *magnífico* como en la del brillante Luis XIV, el arte ha sido á veces especie de mercenario indigno, que pasaba con facilidad del delirio Apolíneo al Báquico delirio, que puesto de hinojos para implorar la inspiración del númen, permanecía humillado para desempeñar las funciones de vil cortesanía, y el olvido de los intereses vulgares de su fiebre sublime ha soñado confundirse con el olvido de los intereses más altos y de los deberes más sagrados. No es por cierto ese arte el que pondero, y en cuya pro me exalto: rindo homenaje al arte que es elevación de todo el pensamiento, al que ennoblece la vida, al que purifica el deseo, al que agranda la visión de la realidad, y pone en contraste con ella el fantasma sublime de las aspiraciones ideales, haciendo amar lo que es de veras bello en nuestra vida que es lo que en ella hay de grande, verdadero y fecundo. Es aquel arte en la contemplación del cual, que ora luz de su tiempo, se educaban los héroes griegos, para morir por el deber y para beber la cicuta por la verdad el doctor Sócrates, el que hacía sonar como clarín formidable el acento de Demóstenes contra el tirano Macedonio, el que inspiró la tragedia de "Los

Persas", el arte alzado y bello que dictaba sus versos á las indignaciones de Juvenal: tremendo como el arcángel que hablaba á veces junto al oído de los profetas de Israel, jamás abyecto cortesano ni tampoco ministro de la orgía.

Si se estudia con detenimiento la urdimbre de los mitos que los griegos soñaron, á cada paso en el estudio, es más intensa la delicia. Qué invención tan ingeniosa y armónica la de aquella fábula sutil! A quién no hechiza la leyenda de aquellos montes, el Parnaso, el Helicón, el Pindo, en que el laurel, el enebro y el mirto consagran su belleza y su frescura para alivio y adorno de la fiebre del arte, y corre la fuente Castalia sosegada, para ofrecerle la inspiración que sus ondas encierran? Envueltos en los pliegues del *peplum*, hiriendo con el plectro las cuerdas de la lira, los dioses mismos se extasían, cautivos del hechizo que el arte soberano impone aun á los seres inmortales, y ya se narran con magnífico acento, las hazañas de Hércules, ya se celebran las nupcias del sueño con una de las Gracias, ya se recuerda la aventura de Psiquis,—símbolo del alma, que amada por el amor mismo, y advertida por él de que el misterio y la sombra son indispensables para que no se turbe su ventura, cede á la curiosidad que la atormenta, quiere contemplar la belleza de su ídolo, enciende cautelosa una bujía, y absorbe en el embeleso que haber penetrado el misterio le produce, comete una imprudencia que hace que despierte el amor, y huya y se desvanezca, dejándola aterrada y viuda. Símbolo eximio de esta vida nuestra, en que el placer se sueña más que se goza, y en que leve, mínimo contacto con la realidad, basta para que los delirios se evaporen y se desvanescan los ensueños!

No caben en mi plática modesta todas las bellezas de aquel tesoro, ni es mi intento menguarlas diciéndolas torpemente de prisa, fuera de las condiciones, en fin, para que luzcan su primor y lozanía. Levanto sólo una punta del velo que las cubre, que

más no cabe en mi palabra,—las evoco en vuestro recuerdo, las señalo á vuestra mirada, seguro de que con eso se abren horizontes espléndidos y surgen fantasmas de singular belleza y donosura en la mente de cuantos me otorgan en este momento la merced de su atención. Bion está decir que la vida no vale sino por su prosa corriente, por su vegetación oscura, por los intereses materiales que la alimentan y vigorizan: después de todo, lo que eso quiere decir es que no vale sino por los goces que produce,—y no hay manjar terreno ni vena de las viñas que compararse puedan al néctar delicado y á la ambrosía exquisita símbolos del arte y alimento de los dioses del Olimpo en la fábula griega,—que supla ó se asimile al hechizo bien real, á la curia de la sensibilidad, al goce en lo hondo sentido con que el arte nos inunda, haciéndonos olvidar nuestras congojas de la vida común, transformando en sublimes ansias nuestros tedios, consolando nuestras tristezas, dando á la vegetación de la vida nuevo precio, abriendo á la mirada del pensamiento, nuevos horizontes, los únicos que lo son del todo gratos, y que alivian su angustia cuando golpea con el ala impaciente y dolorida la barrera del misterio, —tras la cual se esconde la solución de que no podemos prescindir sin que la vida parezca mentira triste ó enigma tormentoso.

Los griegos vieron en torno suyo fenómenos que no eran resultado de su actividad, de sus agencias, y que á las veces iban en contra de sus deseos: los supusieron, por lo mismo, la obra de una actividad extraña: los vieron múltiples, y no con poca frecuencia contradiciéndose los unos á los otros, é imaginaron con semblante de lógica divinidades varias, independientes, en cierto modo, entre sí; observaron fatalidades misteriosas, que iban, en ocasiones, contra el curso ordinario de esas voluntades superiores, y surgieron en su mente los mitos del ciego azar y del implacable destino, del cual, no sólo los hombres sino los dioses, son en su fábula verdaderos juegue-

tes. Más tarde llegarán con Sócrates y Platón á la concepción del Dios único, y del Verbo, que con el hombre lo comunica; la ciencia experimental, escasa entonces, no alcanzaba á ver la fijeza, á veces terrible, á veces despiadada, siempre indiferente á nuestras cuitas, con que las estaciones ruedan y las lluvias caen y los aires se alborotan ó se amansan, y los sembrados florecen ó se abrasan, y como por el encuentro y choque de esas mismas leyes, que parecen ocasionar indiferentes, quizás por nuestra miopía, lo mismo el goce que la pena para los míseros humanos, ya la tibia y perfumada primavera parece alegrar para siempre los campos, abriendo y pintando los pétalos de la flor, derramando el perfume de su aliento en su crespó seno, hinchando la pródiga simiente, dando verde á las hojas, anunciando el dulce fruto, desplegando en los aires y las aguas, en el cielo y la tierra, virginal hermosura, cuando como por torvo ceño, como por hálito emponzoñado de una divinidad maléfica, viento de muerte arranca la rama; esparce y barre las purpúreas flores, caldea y hace silvar el aire arrebatado, marchita antes de que se redondee la dorada poma, contrasta con el hielo de la muerte la refulgente vida,—y el hombre, loco de angustia y sobresaltado, cae de hinojos en el polvo, y levanta templos, y fabrica altares, y pide, humillado por su dolor, con la fantasía y el sentimiento de su debilidad y de su miedo, la piedad de Ceres para sus campos, la piedad de Neptuno para sus mares, la de Júpiter para sus tempestades, la de Diana para sus cacerías, y vo detrás de cada sonrisa, ó cada aparente arrebató de ira de la Naturaleza, una deidad misteriosa, antes de que aleccionado por su perenne desventura, aguijoneado y engrandecido por su inmensa desdicha, haga penetrar el escalpelo y coloque el crisol del análisis en el seno mismo de la fatalidad que lo envuelve, sujete bajo la garra del puente el furor de las aguas, mida con su compás la órbita de los astros, y los tome para pesarlos en el hueco de su mano, encien-

da con la electricidad un nuevo sol en el espacio, suprime con el telégrafo las distancias, con la imprenta el tiempo, con nueva luz el espesor de la materia, y mientras se prepara á desvanecer otros misterios, á cruzar el aire con vuelo que las águilas envidien y á vencer, acaso, todas las asechanzas de la muerte, vuelve la vista á los albores de su infancia, y no puede soñar otra más bella que aquella que los mitos griegos hechizaron y en la que, sobre las driadas y las náyades y las ninfas esbeltas, se alzaba la vista para contemplar á las divinas musas tendiendo el horizonte de lo ideal á la vista de la vida para consuelo de su angustia y para alivio de sus inexorables dolores.

Vivimos, por lo común, en vaivén miserable entre el apetito y el tedio; apetece con ansia ardiente, que llega á ser una angustia, y que es siempre cuando menos una desazón, y cuando logramos lo apetecido, lo volvemos la espalda con desdén, para sin darnos punto de reposo, aquejados por insufrible vacío, correr tras un nuevo engaño (1).

De esa servidumbre miserable, de ese vagar anhelante del apetito al fastidio y del fastidio al nuevo deseo, tan vacío de realidad como el primero, sólo se escapa por dos puertas; la santidad y el arte. La santidad es el aniquilamiento de nuestra voluntad individual en lo que tiene de concupiscente y egoísta para subordinarla á lo que puede ser para algunos la voluntad conocida de un Dios vivo, aquella ley que según San Pablo está escrita no en tablas de piedra, sino en las del corazón humano, según otros, que miran como impersonal á lo divino, á las grandes leyes de la Sociabilidad humana y del respeto

-
- (1) Victor Hugo admirablemente lo ha dicho:
*Vuelan como el insecto dorado de las flores
 las glorias de la vida, y tras sus esplendores
 nuestro paso se avanza;
 mas ay del ala de oro, de púrpura y de rosa,
 cuando el niño en sus manos coge la mariposa
 ó el hombre su esperanza.*



á la dignidad de la propia naturaleza racional: de aquí la vida ascética ó noblemente empuñada, sin frívolos apetitos ni vulgares tedios, y qué no es raro que hagan terminar el heroísmo y el martirio. El arte es también una emancipación. El artista,— y se puede llegar á serlo, sin producir la belleza, sabiendo gustar de ella; el artista, decía, se distingue del hombre vulgar en que al contemplar la Naturaleza, la mira con desinterés completo, sin ansia de reducirla á ser el instrumento ó el pasto de sus apetitos: la Naturaleza es para él un espectáculo en la contemplación del cual se absorbe, y que le proporciona emociones inefables de un orden excelso: por eso, y sólo bajo esa condición, puede penetrar sus arcanos y alcanzar el privilegio de interpretarla. Mira el mundo y la vida como espectador imparcial, no como histrión ansioso de representar un papel en la farsa, y de tal manera se sumerge á veces en la delicia y el estudio de su observación ansiosa, que está como distraído, sin atender á lo que le dicen los que andan muy interesados en el tráfago de la vida vulgar, sin notar siquiera, acaso, lo que á ellos más les preocupa, y sin cumplir con frecuencia las formalidades ordinarias por ellos establecidas. Pasa por demente, dice Platón, porque ama las cumbres, y desprecia los valles en que la vida vulgar se apacienta; pero este delirio que lo tiene dementado es harto superior á la sabiduría prudente que al vulgo de los hombres enamora. Sólo por él se goza la belleza recóndita, invisible para vulgares ojos, que está en el fondo de la vida. Ella es la que cuentan las mentiras del arte contradiciendo la verdad aparente que está en la superficie. Las locuras del hidalgo manchego, el socarrón buen sentido de Sancho, las visiones de Dante, que trasladan al cosmos de la fantasía los dolores y las delicias de la realidad, sublimándolas,—la angustia de Hamlet, que al tener que despreciar á su madre, mira la vida con ojos espantados, las maldiciones sublimes de la sátira, las emociones épicas y dramáti-

cas, aun las canciones y las serenatas del lirismo sexual,—forman una grandiosa interpretación de la vida, que es el mejor reposo de la que nos rodea y nos atormenta con su realidad miserable y anti-pática. Ello es como un refugio, como un asilo, como un mundo en que podemos descansar, de aquel en que vivimos y en el que andamos agobiados bajo el peso de las angustias cotidianas. Un mundo en que las ideas cantan como los pájaros. ó se abren como flores fragantes que buscan el calor y la luz del cielo. No hay elocuencia comparable á la de los grandes poetas, ni hay verdad comparable á la que se encierra en el fondo de sus farsas, en la esencia de ese tejido de mentiras que encierran la sustancia de la vida,—tal como puede gustarla el pensamiento capaz de comprenderla. Sólo un historiador como Tucídides ó un orador como Demóstenes pueden compararse, por su intensidad de expresión, con los poetas soberanos que han repetido el portento de la creación en el cuadro que forman juntos sus creaciones prodigiosas. La historia, en efecto, y la elocuencia son artes bellas que hacen á su manera con las montiras de la imaginación el mismo milagro que las otras, y el resultado final de sus empeños es unir á los hombres, mostrándoles su común miseria, y su común anhelo de ideal en este buque que hace agua de la existencia cotidiana. Lo que se desprende de las grandes obras de arte y flota como atmósfera de sus prodigios es, al mismo tiempo que la queja del dolor de la vida, á través de sus ilusiones,—que la música dice también, mejor acaso que las otras, sin palabras,—el acercamiento fraternal, que es el mejor consuelo para todas nuestras agonías,—el crecimiento del amor humano, que arranca á todo dolor su ponzoña, á todo acíbar su amargura, á todo quebranto su fatiga, que levanta la luz de la mañana en la noche del odio, que hace que se arrodille la soberbia, que cura las iras, que es la religión definitiva, la ciencia suprema, que trueca en fuego sacro los

ardores de la concupiscencia, que es la panacea y el alboroso del mundo, faro radiante sobre las tempestades de la vida, amor cuyas alas tiemblan en estos momentos sobre nuestras cabezas, mientras llama mi humilde palabra á vuestro pecho; la fraternidad santa, que al unir la desdicha con el amparo, el dolor con el alivio, la piedad con la desesperación, une para el creyente la Tierra con el Cielo.—y es para el escéptico la única estrella de lo ideal que pasa por el horizonte de la vida común rompiendo su tiniebla.

Para este pueblo, que tanto amamos todos, no me infunde envidia el espectáculo de la fuerza formidable ni el de la opulencia brilladora, ni aun el de la ciencia egregia; con vida sencilla puedo ser, por entero, dichoso; colocado al abrigo del trópico, que hace de su tierra pensil y granero á la vez, que lo perfuma con sus hálitos, lo alegra con sus flores, lo sustenta con sus frutos y lo entusiasma é idealiza con claros horizontes en que la hermosura de los astros en todo su magno hechizo resplandece, de noble historia, de viril carácter, de corazón tan bondadoso como noble,—bien pueden sus poetas, que sus turpiales envidian, cantar á su oído el evangelio de la fraternidad hermosa, que al colmo de la ventura lo llevara, si en ella inspirase los actos todos de su vida,

Mientras el sello del egoísmo los sombrea,—la inteligencia alta, el sagaz ingenio, aun el honor pulcro, no logran despertar sino simpatía fugaz en quien despacio los contempla. Sólo el pensamiento que se derrama en luz para los otros, sólo la mansedumbre obstinada en romper cadenas, en curar dolores, en levantar á los caídos, se alzan ante el respeto y la ternura de los hombres en pedestales que ninguna mala pasión hace temblar. Requieran nuestros poetas la lira de oro, y dando la espalda al llamamiento de la Venus vagabunda, entonen los himnos de la concordia, la canción sobria del carbón y el hierro,—el poema de la dulce paz que acabe con la

tristeza de la patria Como llama la gallina á sus palluelos, para que se guarezcan bajo sus alas, si teme que algún peligro los amenace, llamad,—¡oh bardos!—á los que sufren, á los que el frío del aislamiento hace tiritar; á los que se esconden en el rincón oscuro para conversar con su pena, ó con su remordimiento, llamadlos al festín de vuestra musa. Al festín de la palabra de oro, de la palabra que fulge en las tinieblas, de la que cae para refrescar, como el rocío, de la que cae después de volar, y de recibir la fecundidad de las alturas, de la que se transforma al caer en lluvia de simientes para la cosecha de las ideas generosas, de los sentimientos elevados. Decid las dulces montiras del arte á los que lloran las realidades de la vida.

Formas varias, criterios distintos del arte: comprenderéis, sin duda, que no busque en esas regiones de las ideas el material de mi discurso. A mi modo de ver el arte bello es la interpretación ideal de la vida, cristalización análoga á la del diamante: el resplandor aprisionado por el carbono; el carbono transfigurado por el resplandor. Un idealista como Murillo y un realista como Velázquez, geniales ambos, resuelven el problema, sin discutirlo, en obras imperecedoras, que de igual modo aprisionan la admiración y el emboleso. No creo que haya uno solo de mis oyentes que no se dé cuenta de lo que llamo en términos generales, la mentira poética y del sentido en que afirmo que esa mentira es una de las más grandes y nobles verdades de la vida.

Y no quiero continuar desenvolviendo ideas que en mi concepto lo han sido lo bastante,—porque—he de ser franco, deseo, al encomiar el arte, mover el ánimo de nuestros hombres de letras hacia más amoroso estudio de lo antiguo, superior á mi ver á lo moderno con excelencia indiscutible, y me contentaré para finalizar esta conversación, con recordaros al Prometeo mitológico,—que el teatro de Esquilo evoca, permanente, no superado símbolo

del genio: de Prometeo, que castigado por Júpiter por haber robado, para que lo aprovechasen los hombres, el fuego del cielo, es sometido á tormento perdurable, atado con férrea cadena sobre una montaña del Cáucaso, mientras hambrientos buitres devoran sus entrañas, que renacen sin cesar, para que el tormento no se agote, emblema del trágico destino que toca por lo común al genio, sujeto á la roca de las precauciones, mientras lo insulta la calumnia, mientras la envidia lo muerde sin cansancio; y emblema hasta cierto punto de toda la humana existencia atada á la roca de su impotencia, mientras la devoran sus deseos, y sin otro alivio que el que así como en la tragedia del sublime poeta traen el torturado las ninfas del mar con su canto de piedad y de consuelo,—sin otro alivio que el que las artes con su canto egregio dan á nuestra pena, haciéndonos soñar en ilusión incomparable, que hemos abandonado la dura cárcel de la realidad y dejando tras de nuestro paso la barrera de lo sublime, de lo ideal y de lo eterno.

Poesía de la Historia, p. 9.

El desnudo en arte

TAMBIEN es condición del fondo de las obras literarias la decencia, aunque haya mucho desacuerdo acerca de los límites de esta exigencia. En todo caso la decencia no debe confundirse con la gazmoñería. La desnudez no es indecente; ciertos velos y ciertos disimulos son mucho más indecentes y maliciosos que la desnudez verdadera. Visitaba un obispo, célebre por su piedad, el taller de un escultor, y la mujer que servía a éste de modelo se escondió detrás de una cortina; como notara el prelado, mientras conversaba con el artista, que había alguien detrás de la cortina.—“Quién está allí?”—hubo de preguntar. “Es la mujer que me sirve de modelo,”—contestó el escultor;—“y se ha ocultado porque está un poco desnuda.” “Un poco nada más?”—dijo el obispo.—“Si he de ser franco”,—replicó el escultor,—“está desnuda del todo”—“Quo salga entonces, que salga”,—dijo Monseñor Dupanloup;—“la desnudez completa es una especie de vestido”. Contrasta este elevado y piadoso modo de comprender la naturaleza y el arte con el criterio de las gentes conocidas por su corrupción é inmoralidad, que en cierta época protestaban con ardor contra la desnudez de las figuras pintadas por Miguel Angel en la bóveda de la Capilla Sixtina.

La decencia que exige la dignidad del arte es la que consiste en la pureza de las intenciones y no en el disfraz de la naturaleza y mucho menos en su falsificación, porque el arte no ha de ser una especie de *Celestina* exitando de propósito impulsos innobles y sentimientos morbosos; pero tampoco ha de ser una beata gazmoña y remilgada. Ciertó que á la pureza de los motivos del artista ha de añadirse á veces una

suerte de discreción en elegir y en presentar su tema; pero el guía más seguro para ello, mucho más seguro que la moral, es el verdadero sentimiento del arte, que nunca se equivoca en esta materia.

Lo más curioso de las pretensiones exageradas de ciertos moralistas es que los libros de las sagradas Escrituras y de las Vidas de los Santos están llenos de pasajes de una abominable indecencia, y que no es posible siquiera explicar á un niño medianamente el decálogo sin enseñarle cuanto se pretende que ignore. El sistema moderno de enseñar á los niños de ambos sexos nociones de Anatomía, Fisiología é Higiene, produce mejor moralidad que el pretenso candor de la ignorancia antigua.

Ideas de Estética, Literatura y Elocuencia, p. 45.

In memoriam

NUESTRO siglo tiene una fe; lo calumnian ó lo estudian mal los que lo desconocen: es la fe que celebra hoy su conmemoración solemne; la fe en la doctrina incomparable del manso predicador de Galilea: es aquella que habiendo atravesado todo el espacio de la Historia, desde los primeros vagidos de la sociedad rudimentaria hasta las cúspides y los alcázares del moderno progreso, no ha vertido otra sangre que la de sus sacerdotes y sus mártires, ni sufrido otra mancha que la del polvo de sus largas jornadas y el sudor de sus nobles fatigas; la causa en cuya pró se han evaporado tantas lágrimas, se han consolado tantos dolores, han llegado á sonreír tantas desventuras, han tenido abrigo y pan tantos desamparos; la que ha provisto de almohada á la fatiga; de panacea al enfermo, de báculo al peregrino, de sostén al vacilante, de patria al proscrito, de madre á los huérfanos; la causa en cuya pró se han desarmado los cadalsos, se han fundido las cadenas del esclavo, se han emancipado las servidumbres, se han echado en tierra los privilegios de las aristocracias, se han convertido en sentimientos fraternales los odios, se han puesto de rodillas las soberbias, se han apagado las iras; se han vertido en aguas de abundoso y cristalino raudal sobre la haz de la tierra las misericordias; aquella causa por el servicio, por el sacerdocio de la cual,—un hombre,—que se ha adorado desde entonces como verbo de lo divino,—atravesó la calle de la Amargura y subió al Calvario, y tuvo por premio, contemplar, en profética visión, unido y amoroso en lo futuro el género humano, por más que para conseguirlo se encontrase en ese minuto de gloria y sacrificio, con el costado abierto y con la espina del martirio clavada en las sienes.

La compasión, el mito de la sublime piedad levantando al dolor en sus brazos, haciéndolo dormir sobre su seno, no ha sido, como muchos suponen, una invención, un hallazgo del cristianismo: en el centro de todas las religiones venidas del Asia, lo mismo en los templos colosales de la India, cuya techumbre sostiene la alzada trompa de enormes elefantes de piedra y parece mantener en lo alto la crispada garrá de inmensos tigres y leones de granito, que en la China pensadora, en la Persia mística, en todas aquellas fantásticas mitologías, encuentra el moderno pensador que las estudia, alguna consagración solemne de la grandezza del dolor y de la majestad del infortunio; en la selva de graciosas divinidades de la Grecia, en el pensil de poéticas fábulas que forman la religión de los Helenos, álzase el culto de la divina Piedad, como candorosa azucena de penetrante aroma; el severo judaismo, al erguirse sobre la cumbre del Sinaí para recibir, bajadas de la sombra de lo infinito, las tablas de la Ley, encontró en ellas, escritas por el dedo de Dios vivo: *Amarás á tu prójimo con el ardor con que te amas á tí mismo*; la blanda y sensual enseñanza de Mahoma prescribe á sus fieles compartir con la desventura nuestras lágrimas, cuando no tengamos otro tributo que ofrecerle, pero sólo en la palabra del manso predicador de Nazareth, sólo en su evangelio incomparable, encontramos el, precepto sublime: *Amarás á tu enemigo, harás el bien de los que te persiguen y maldicen*. Esta enseñanza de oro, esta perla única en el joyel de las filosofías, esto diamante rosa del pensamiento, brilla como la alborada de un nuevo día, como el amanecer del progreso antes ignoto, como faro que alumbra la entrada de la tierra prometida, y la verdad es que ya no puede decirse con fundamento, el más civilizado de los pueblos, aquel en que las abejas de oro del arte se reúnan en más numeroso enjambre, aquel en que la ciencia abra al entendimiento más dilatados horizontes; aquel en que la industria fecunde con más energía las actividades, aquel en que la libertad misma se

siente á la sombra de más seguro paladío; ni mucho menos, por supuesto, aquel en que sean más sólidas las bayonetas y más certeros los cañones, sino aquel en que con mejor inspirada fraternidad se estrechen las manos de los hombres, y se deshaga con más intenso empeño del mutuo amor la nube de lágrimas que enturbia, en medio de los esplendores del progreso, el cielo de la vida, aquel en que, menguadas nuestras soberbias, apagadas nuestras iras, debilitadas nuestras concupiscencias, nos pongamos con más ardiente implso á la obra santa de corregir amorosamente al que yerra, de vestir al desnudo, de alimentar al hambiento, de enseñar al que no sabe, de dar amparo al que lo ha menester, de erguir con cánticos ó sin cánticos, con ceremonias ó sin ceremonias, con incienso ó sin incienso, con esperanzas ó sin esperanzas de ultratumba, templo grandioso á la caridad sublime, que funde el consuelo con el dolor, la sombra con la luz, la muerte con la vida; á la caridad, admirablemente simbolizada por la mujer, virgen ó esposa, madre, ó sin más familia que la ajena; pero símbolo siempre del amor y la misericordia; por la mujer, cuyo cuerpo es una obra de arte, superior á todos los portentos de la naturaleza, y cuya alma es como una flor del cielo que se abre sobre la tierra, para combatir con su divino aroma todas las impurezas de la vida.

Dos civilizaciones admirables y cuasi perfectas alumbraron el mundo antes de la aparición del cristianismo: la una, la griega, con miriada de pensadores maravillosos que llevaron tan alto y tan á lo hondo la inteligencia humana por los senderos de la especulación racional, que ninguna obra verdaderamente nueva en esa región ha podido hacerse desde entonces; que tampoco ha sido superada en el arte: que en el ritmo del decir como en el vuelo del imaginar, en las cadencias de todos los movimientos de la vida, en las armonías gloriosas de las concepciones estéticas, en las delicadezas del gusto, en las esquisiteces del ingenio, guarda todavía sobre su tumba el

cetro de la primacía. La otra, la de Roma, que celebró, como propia, la apoteosis de la fuerza, que llegó á tener en el hueco de su mano la esfera del mundo, que fatigó los ecos con los himnos de sus victorias, y vió á sus plantas cautivas las naciones, y encadenada á su carro de guerra la gloria y enronqueción á la fama. Y ambas á dos, esas civilizaciones, murieron de sensualidad y de egoismo; dentro de la griega cupieron el esclavo y el ilota, la sensualidad apuró en copa de oro el licor de sus enervantes embriagueces, y la mujer, no emancipada aun por el bautismo cristiano, la única iniciación religiosa que la igualó del toda con el varón,—esclava de sus placeres, teniendo por sola emancipación posible la del vicio, por única corona la corona de las cortesanas, educaba á las generaciones, por lo mismo, en la religión de los placeres materiales y dábales á beber, en los manantiales de sus pechos, la leche que había de degenerarlas y convertirlas en siervas de otro pueblo más fuerte. En cuanto á la romana, por sus armas, poderosa; por sus conquistas, rica: por sus artes en lo exterior del Derecho, admirable,—fué dura como el escudo con que esquivaba los golpes en la pelea, recia como su espada, sumióse en la posilga de sus colmados apetitos, cantó en la lengua de oro de sus poetas los primores del festín,—*toda entero el tierno cernatillo que no ha comido la primera hierba y al que corre leche en vez de sangre por las venas*,—apuró los vinos, por decirlo así, de todas las arterias de la tierra; miró con ceño al extranjero, puso á la mujer, tal es la frase de la ley, en la *mano* del marido; encadenó, vendió, repartió los trozos del cuerpo del deudor entre sus acreedores en caso de concurso; embreó y encendió á los cristianos, como antorchas vivas, en los jardines de Nerón, y á pesar de su poderío, á pesar de su riqueza, á pesar de su genio jurídico, á pesar de su sentido práctico, la contemplamos más tarde, atropellada por el caballo de los Bárbaros, abofeteada por Atila, repartido en trozos su cuerpo yacente en el fango de la derrota y á travez de los crepuscula-

res resplandores de la decadencia, vemos la sombra de la Cruz que empieza á extenderse victoriosa sobre todo el espacio del planeta.

La civilización de hoy es multiforme, de heterogéneos elementos compuesta, imposible de apreciar en una mirada y de medir con el criterio de un dogma ó de una escuela: impía para éste, religiosa para el de más allá; soñadora para unos, positiva para otros; artística y enamorada de las formas si por cierto punto de vista se la considera; preocupada sólo del fondo, de la sustancia, si en otro concepto se la estudia; tiene muchos nombres, símbolos, distintivos que son propiamente suyos y entre los cuales no parece caber inteligencia y armonía. Es la época de la resurrección del Imperio Alemán y de la consolidación de la República Francesa; la época de la infalibilidad de los Papas, del Espiritismo, del Materialismo y del Excepcionismo generalizados; es el tiempo de los portentos de la Química y de los portentos de la Estética; es el ciclo de Pasteur y de Victor Hugo, de Garibaldi y de Bismark, del dogma de la "Inmaculada Concepción" y de la apoteosis de Hebert Spencer: el tiempo de Wagner y de Edison; la hora del descubrimiento de la luz X y de la peregrinación á Lourdes; Mecánica aquí; Retórica allá; un pueblo que se abre las venas porque no se resigna á ser esclavo, una nación que resucita la edad Media porque quiere vencer en las batallas; sociedad de Cínicos, de Platónicos, de Fanáticos, de Mercadores, de Poetas, de Obreros que yerguen la libertad iluminando el mundo, y de obreros que levantan el templo del "Sagrado Corazón"; de Italia una y de Polonia dividida, del *Dinero del Papa* y de la canonización académica de Darwin; á través de ese laberinto, la mirada fija de los pensadores preocupados descubre la ascensión persistente hacia la igualdad, la libertad, la fraternidad de los hombres; hacia el reinado de la verdadera justicia sobre el mundo: ó murió inutilmente, ó para eso murió Jesús en el Calvario.

El Herald, 25 de diciembre de 1896.

*Aegri Somnia*¹

ESTABA yo noches pasadas,—la última del año que espiró hace poco,—desvelado por mis achaques y mis desventuras, y hube de pedir á mi botella de láudano el alivio que el dios Morfeo se obstinaba en negarme; no fué ella más piadosa, y desconsolado y sin paciencia me revolvía en el lecho, cuando tras súbito y espantable resplendor, irguióse en mi aposento figura que más de Arcángel del Averno que de los Cielos parecía. Y no que careciera de hermosura: singular era la suya; rostro como de Apolo; el tronco del cuerpo, brazos y manos, en mármol gris y por soberano artista se hubiera dicho que estaban esculpidos; de las piernas se sospechaba magnífico dibujo entre la niebla color y olor de rosa en que acababan por perderse, y de las alas, que en el espacio lo mantenían sin duda, sin que del todo se vieran, había vislumbres de plumas de cisne oscuro, ó, para hablar con más exactitud, de niebla que con indefinibles y maravillosos dibujos las remedara idealizándolas: era en la angustia profunda y contagiosa de sus ojos donde el Infierno se veía.

Quise moverme, quise hablar; pero ni pensamiento ni músculos correspondieron á mi intento.—“No te molestes”,—dijo entonces,—“figúrate que sueñas,—inmovilidad y sopor buscabas hace rato: por qué no aceptas de buen grado los que te proporciono?” Después, tomando de una mesa junto á mi cama un número de *El Herald* que en ella había,—“Aunque imaginas lo contrario”,—añadió con un espectro de sonrisa, “no acabo de llegar y espacio ha habido para que lea cuanto escribiste aquí acerca del bendito Na-

(1) Sueños de enfermo.

zarenos"; el gesto con que dijo *bendito* no puede describirse; la alusión se refería probablemente á mi trabajo *In memoriam*, de Navidad.—"Lo he leído",—añadió,—"no te envanescas, como tienes por costumbre,—lo he leído porque no había cosa peor que hacer mientras notabas mi presencia".

Con esfuerzo incomparable, venciendo la torpeza de mis nervios y como quien levanta una montaña con el pecho:—"Y bien",—dijo, entre acobardado y arrogante,—"no hablemos de sus méritos ni de sus defectos literarios: para eso bastan unos pobres *zeilos* que han aparecido por aquí; hablemos de su fondo".—"Fondo?"—exclamó con sardónica sonrisa—"el cristianismo ateo que está de moda en el liberalismo color de rosa?—Qué llamas fondo?—eso no es fondo, ni siquiera superficie.—Jesús es hijo del *otro*, exactamente como dice el Catecismo, y los misterios que la Iglesia predica, y que ustedes no aceptan, por idiotas más que por soberbios, las mayores verdades que en este planetilla se conocen.—"Sólo que....."—y volvió á reír con una risa que me helaba de espanto,—"sólo que hay algunos detalles de que no tienen noticia los humanos.—Con tu permiso",—añadió, sentándose junto á mi cama y encendiendo uno de los cigarrillos que sobre la mesa cercana á ella abundaban—"magnífica invención esta de fumar el tabaco que solamente de ese modo perjudica, teniendo mil virtudes medicinales que no han llegado á sospechar ustedes todavía".—"Estábamos", dijo, tras momentánea pausa en que se ocupaba en absorber y lanzar caprichosamente por narices y boca el humo de su cigarrillo. "Estábamos en la fe de erratas de esa historia; pues sabrás, mi estimado compañero, que, digan cuanto quieran predicadores y poetas, no fui vencido por Miguel: vencido yo...."—y aquí volvió la carejada.—"Si te describiera esa lucha harías fortuna con un poema en prosa, bien superior á cuantos se conocen en la Tierra. Es el caso,—agregó con voz opaca, y como procurando que sólo yo pudiera oírlo;—"Es el caso que lo tenemos prisionero. Cran-

do volvió el que andaba por acá, lo sorprendimos fácilmente, y en jaula como para locos, digna de ese don Quijote divino, también está para siempre asegurado.—Cómo? por qué recursos?: misterios son de que no llegarías á darte cuenta por mucho que los explicase; pero, por los efectos, bien hubieran ustedes podido calcularlo”

—“Pues qué?”,—siguió diciendo,—“según la idea de lo que llaman ustedes bondad paternal y misericordia infinita, está gobernado el Universo? Nacen ustedes con podredumbres latentes que en sus venas corren y todo su organismo inficionan, así en lo moral como en lo físico; nacen para tísicos ó para escrofulosos, como nacen para hipócritas ó para avarientos; la desgracia con que, por excepción, no nacieron, la toman de la nodriza, del clima del país en que se meció su cuna, ó de mil accidentes que la existencia rodean y que á cada paso en ella ponen influjo y dirección. Naciste hijo de rey? Qué ventura gracuita! Naciste hijo de presidiario? Qué inmerecida desesperación! Y la belleza física, que tanto importa? Y el talento, que de tanto vale? Y lo que llaman ustedes virtud, que no es más que discreción y temperamento, qué otra cosa son, además, sino accidentes de la suerte....?”

“Y luego, habrá entre ustedes alguien que sea dichoso? Embriagueces pasajeras, triunfos furtivos, venturas de una hora, no niego que contiene la humana existencia, pero, dicha....? Quien no padece del cuerpo, padece de deseo, cuando no de tedio. Sufre éste por necesidad de dinero, por males de salud el otro, quién por amores malogrados, por ambiciones ó codicia que no se satisfacen, por injusticias de la suerte ó de los hombres; y no por cierto los que ustedes llaman malos, que los que llaman buenos suelen caer en abismos de desgracia. De Fulano se dice que por vicioso y por inconstante atrajo su desgracia, pero, ¿y Zutano?, que fué dechado de virtudes y que murió de oscura y angustiosa muerte y en lo mejor de su carrera....? La casualidad hace los im-

perios y los hunde, como hace y deshace las familias y los individuos”

“El otro comprendió al cabo la justicia de mis críticas cuando envió al mundo su Ministro Plenipotenciario; la pugna entre nosotros vino después, por no ser conocida en el cielo esa admirable institución de ustedes que se llama la libertad de imprenta”,—y la carcajada que aquí dejó escapar, fué como trueno sordo y prolongado.

“Por lo demás”—añadió tras leve pausa,—“en lo único que mienten los devotos es en suponer que procuro intervenir de continuo en los sucesos de la tierra; tentaciones mías llaman á la voz de su sangre, á las palpitaciones de sus nervios, á las enfermedades incurables de su naturaleza. No hago otra cosa que impedir nuevas embajadas, pues en cuanto á la primera, ya sabes sus resultados:—que ni siquiera comienza á alborear el cristianismo. La situación en lo infinito es exactamente la misma que en Europa: la neutralidad armada.

“Dejaré al ciego azar que siga gobernando la familia humana, y cuando mi tesis esté perfectamente demostrada”....aquí se perdieron para mí sus palabras en el sopor profundo que sucedió, por dicha, á la espantable visión de mi vigilia.,....

La Revista Nueva. N.º 6 del 1.º de febrero de 1897.

Estudios Jurídicos, p. 126.

Discurso

pronunciado en la vejada consagrada al centenario de
Victor Hugo

Señor Presidente, señoras y señores:

EL siglo pasado tenía dos años, lo dijo el mismo Hugo en versos, como suyos, inolvidables, cuando nació en Francia el último gran poeta lírico que tendrá probablemente el mundo. La amplitud de su canto, los tesoros de música de su lira, su ciencia profunda de la lengua del entusiasmo, las maravillas de su fantasía,—caleidoscopio gigantesco en que todas las escenas de la naturaleza y todas las emociones del pensamiento trazaron imágenes excelsas,—todas las singulares condiciones exteriores,—así las considero,—de su talento de poeta hubieran sido suficientes para títulos de una gloria sin par en el dominio de lo que se llama el arte puro, el arte sin trascendencia,—él mismo inventó la frase,—el arte por el arte. La Francia estaría con sólo eso orgullosa de su nombre, y el mundo lo recordaría con pasmo de admiración: esta fiesta solemne se hubiera dado siempre, quizás con sólo eso; pero no sería el humilde orador que os habla quien hubiera venido, en tal caso, á ejercer el ministerio de la palabra en este día. Entiendo que estamos aquí, y es bueno decirlo desde el principio, para hacer homenaje al pensador antes que al artista, al que estremeció con su palabra emocionada las entrañas de su época, sembrando la piedad en los corazones, al autor de la

“oración para todos”, al creador de Fantina, de Juan Valgean y Bienvenido Miriel, al que sobre las alturas que sólo su genio,—es verdad,—hubiera podido erigir en medio del mercantilismo de la sociedad moderna, se puso de rodillas para pedir á Rusia que emancipara á Polonia, á Francia que hiciera la República y al mundo que desarmara el cadalso. Su obra fué inmensa. Niño sublime lo llamó la primera autoridad literaria de la época cuando salieron á la luz sus primeras odas,—á la manera que en bosque largo tiempo silencioso se oye de súbito la melodía del ruiseñor,—y después de los ochenta años todavía las musas acudían á su reclamo. A vuestra memoria, —estoy cierto de ello,—vienen en estos instantes los nombres sonoros de aquellos volúmenes de versos que Europa y América se arrebatában de las manos para aprenderlos de memoria: *Odas y Baladas*, las *Orientales*, las *Hojas de Otoño*, los *Cantos del crepúsculo*, las *Contemplaciones*, las *Canciones de calles y de bosques*, *La leyenda de los siglos*, los *Castigos*, el año *Terrible*, el *Arte de ser abuelo*, los *Cuatro ruidos del espíritu*, *Toda la luna*, y á través de eso, como si no hubiera faena bastante en aquellos torrentes de armonía, las novelas que empiezan con *Bug Jarga!* y el *Han de Islandia*, para llegar primero á *Nuestra Señora de París*, y más tarde á *Los Miserables*, los *Trabajadores del mar*, *El hombre que ríe*, *Noventa y tres*; los libros, folletos y discursos *Claudio Guér*, *El último día de un condenado*, *Napoleón el pequeño*, *Antes del destierro*, *Guillermo Shakespeare*, *Durante el destierro*, *Después del destierro*, y en esta materia no quiero mencionarlo todo, ni siquiera los folletos en verso, y aparte, y á veces por encima de eso, la obra del dramaturgo, suficiente para una vida como labor y para una gloria como éxito: *Hernani*, *María Tudor*, *Marion de Lorme*, *Cromwell*, los *Burgraves*, *El Rey se divierte*, *Tisbe*, *Amy Blas*, la formidable *Lucrecia Borgha*, y ya junto al sepulcro, *Torquemada*.

Las variaciones progresivas de su pensamiento, —lo que el vulgo necio llamaba sus inconsecuencias,

—fueron muy atacadas; empezó su tarea como monárquico ferviente y al morir bien podía mirársele como socialista: él mismo ha parecido querer retratarse en aquel Mario de *Los Miserables*, hijo de una legitimista y de un bonapartista, exactamente como Hugo, que pasa de la fe de su madre á la de su padre antes de llegar á ser republicana. Portaestandarte en Francia del siglo XIX, su pensamiento sufrió los vaivenes de su tiempo; experimentó la piedad profunda con que la Francia, después de la fiebre revolucionaria y la epilepsia de la época imperial, se empeñó por una hora en restaurar la venerable monarquía del pasado y el templo derruido de las viejas creencias; sufrió el hechizo de aquella empresa curiosa que deslumbró al mismo Laffayette: la monarquía democrática de Luis Felipe; contribuyó como poeta, sin prestar su complicidad como hombre político, á la construcción del segundo imperio, entre cuyos sillares no puede menos de distinguir la mirada del crítico hermosos versos suyos y grandes trozos de su prosa ciclópea, y desterrado como republicano el día en que, según sus ardientes palabras, al "asesinar la democracia, asesinó Luis Napoleón su propio juramento," el que había prestado como Presidente de la República, fué fiel hasta su último suspiro al noble ideal que consiste en que los pueblos se gobiernen por sí mismos, en que las aristocracias desaparezcan, en que los hombres vivan como hermanos, en que el Evangelio sea la cara fundamental de la sociedad, en que los continentes formen federaciones de democracias, en que no haya plebes ni feudalismos, en que las razas se den la mano, los caídos se levanten y surja de todos los ámbitos del planeta el himno del trabajo y la concordia: "gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad."

Acabo de pronunciar una palabra sobre la cual es bueno que me explique. Víctor Hugo creía en Dios, creía en el espíritu, creía en la inmortalidad personal del pensamiento. Los que nos empeñamos,

sin pretender descifrar los misterios que esas creencias dan por resueltos, en la libertad y la iluminación de los hombres, no podemos ver como perniciosas esas ilusiones en creyentes que, como él, sacan de tales dogmas el elevado idealismo de su vida, la fraternidad universal como inspiración perenne de su obra y una tolerancia característica, tan honda como amplia, con respecto á todos los credos. La fe definitiva del gran poeta no se encerraba en ningún santuario: su templo era la naturaleza entera, su Dios era el del Cristo al mismo tiempo que el de Buda. En el punto en que concluye la percepción de la inteligencia para nosotros, empezaba para su imaginación un cosmos lleno de visiones sublimes, los fantasmas de los cuales comunicaban á su genio una fuerza incomparable para elevar y ennoblecer la visión de la vida. Aun los menos dispuestos á entregarnos á esas embriagueces, debemos al bardo de que os hablo muchas horas de letargo delicioso en que se olvida el dolor de la vida y en que las miserias de la realidad se velan con vapores fúlgidos. Todas las generaciones jóvenes y de adolescentes de la segunda mitad del siglo recién pasado lo deben á Hugo lo mejor de sus generosos arrebatos y de sus abnegaciones sublimes. Sus libros, sus versos lo mismo que su prosa, han hecho, aun para los no creyentes, el papel de evangelios fortificantes, que daban á todas las buenas causas de que el servicio del bien y de la verdad dependen, un resplandor de belleza y una inspiración de entusiasmo capaces de formar, como lo han formado, una religión nueva: la que consiste en buscar la verdad, en practicar la justicia, en querer la libertad, en procurar el progreso, en sentir por el universo una piedad profunda y en sumergirse en las traiciones de la vida lo mismo que en las emboscadas de la muerte con la frente alta, sin pedirle á lo infinito su secreto, como gladiador vencido que no saludara al César caprichoso al caer á sus pies, sobre la arena; no como rebeldes frente á la causa incógnita del universo, sino como soldados

que para cumplir la consigna del deber no aguardan que el director de la guerra les revele la secreta intención de la batalla.

Ser el primer poeta lírico del mundo, y en mi concepto, el primer poeta lírico de la historia; haber producido en el teatro y en la novela creaciones singulares por la potencia imaginativa que reveían y por detalles de una hermosura sin rival; haber dicho en la tribuna frases de una elocuencia soberana; haber escrito cincuenta volúmenes de inspiración excelsa,—todo esto forma sólo á mis ojos el tema de los relieves que han de esculpirse en el pedestal de la columna. Vivió y murió como poeta: esta es su grandeza característica. Enseñó con su ejemplo, no sólo el arte de ser abuelo, sino el de ser padre, el de ser esposo, el de ser ciudadano, el de ser patriota, el de ser hombre; pues no fué sólo ciudadano de su país: fué como Sócrates, ciudadano del mundo. No hubo en la Olímpica antigüedad griega poeta caballero sobre el *Pegaso* que llegase con tan majestuosa marcha ó tan furiosa carrera á la altura del Pindo. Su vocabulario, su fraseo, sus juegos de luz y de sombra, sus prodigios de pintura, la grandeza escultural de sus imágenes, la arquitectura, ya clásica, ya gótica, ya bizantina, de su obra, encierran enorme materia de estudio para los aficionados á tratar el pensamiento como tratan los naturalistas los insectos, á diseccionar las ideas, á rellenar con con la paja de sus comentarios las frases muertas de los grandes hombres. Enrique Heine, el crítico de más talento que ha habido seguramente en el mundo, encontraba que carecía de gracia y de buen gusto. Hay pasajes de su obra, sin embargo, de una delicadeza exquisita, de una sobriedad suprema, de una ternura emocionada á que nada puede compararse sin sacrilegio, y como otro crítico, inferior á Heine en el genio, pero superior en la perspicacia, el inolvidable Saint Beuve, lo hizo notar alguna vez, había en Hugo un león regio y poderoso, cuyo rugido sorprendente sonaba de pronto en su obra más mezquina, y

al rey de la selva no es dable pedirle los suaves movimientos que en seres más humildes nos encantan: es indiscutible que si sus *Castigos* son dignos de Juvenal, hay pasajes de sus novelas y de sus versos,—algunos de los dedicados á la muerte de su hija, por ejemplo, de una ternura penetrante, como dichos por una voz que velan las lágrimas; hay hechiceros movimientos de niño en algunos juegos de su ingenio; todo, en fin, menos la gracia desvergonzada, el cinismo desnudo, ó la voluptuosidad latente. Decía Alejandro Dumas hijo, que él no podía encerrar el arte en los límites de lo que una niña de 15 años no podía ver ú oír sin ruborizarse; Victor Hugo encerró el suyo,—que comparado con el de Dumas, es como el Himalaya junto á la colina de Montmartre—dentro de esos límites estrechos. Fué casto como Virgilio, grandioso como Esquilo, sombrío como Dante, suave como Teócrito, desmesurado como Shakespeare, fecundo como Lope de Vega, tínicamente infantil como Homero.

Su canto fué ya como el de órgano sonoro en Catedral inmensa, ya como el de flauta cristalina que se oyera á la media noche entre las olas del océano; ya como el de la guzla enamorada junto á morisco alcázar, ya como el de trompa de guerra en la batalla; pero siempre fué casto y puro. El león, el águila, el océano desgredado por la tormenta, el bosque lleno de misterios, la montaña que rompe las nubes con la cresta, el torrente coronado de iris, el volcán con entrañas de fuego y penacho de humo, son las imágenes con que es lógico que nos representemos su genio hurao, extraordinario y rugiente; pero á través de aquellos arrebatos y convulsiones nos parece oír siempre una mujer que llora ó un niño que canta y que se imponen como las primeras figuras del cuadro prodigioso que nuestra imaginación y la del poeta trazan de consuno; un mar encrespado que tiende la espalda dócilmente á la barca del pescador humilde, una avalancha que se detiene de súbito para no arrastrar á la destrucción un insecto,

una llama que no consiente en quemar el ala de una mariposa: he aquí las visiones que complacían á Víctor Hugo. Su musa ha sollozado con patética grandeza junto á todas las tristezas de la vida. Los débiles, los desesperados, los humildes, los oscuros eran, por decirlo así, tomados en los brazos y calentados junto al seno de la egregia hija de Apolo que estaba siempre junto á él.

No retrata á la mujer perdida, Fantina, ó al borracho, Grantaire, para que se admire su habilidad de pintor, como lo harían otros grandes escritores de nuestro tiempo, sino para arrancar á las entrañas del género humano un sollozo convulsivo. Va, en la historia del pensamiento, detrás de Cristo, con la lira en la mano, traduciéndola á la lengua del arte las frases divinas de la misericordia infinita. Ha entusiasmado; pero, sobre todo, ha conmovido. Ante su genio, la historia admira: ante su ternura, la historia bendice y adora. "Yo no quería ser un grande hombre, ni un hombre poderoso,—decía él sollozando en sus versos, cuando la muerte de su hija:—yo no quería ser sino un hombre oscuro que pasa por el camino de la vida llevando á su niña de la mano:" así ha quedado para siempre su imagen en el alcázar de la gloria.

Lorenzo Montúfar

Discurso pronunciado en el Palacio de Justicia, en la noche del 17 de junio de 1898

Señor Presidente, señoras y señores:

POR honra señalada, que recordaré siempre con legítimo orgullo, tengo la de ofrecer, á nombre y por encargo del Colegio de Abogados de Costa Rica, público y solemne homenaje á la memoria del prócer recién caído que toda la región de Centro América recuerda y llora en estos días con sincero, hondo lamento y merecida gratitud.

Pudo Lorenzo Montúfar varón preclaro, de aquellos cuyo nombre la historia inscribe en sus anales; de los que la patria conmemora; de aquellos que una generación recuerda con lágrimas, y de que otra aprendo con admiración la biografía; de aquellos de quienes los nietos de su sangre ó de su afinidad, guardan y heredan el retrato como una joya, y de quienes los nietos de sus contemporáneos lo compran y se lo enseñan á sus hijos con reverencia; de aquellos cuyos timbres de inteligencia y de conducta sirven de blasón á una familia, en estas tierras sin otros blasones de la América; de aquellos por los pormenores de cuya existencia la historia propia investiga y la extranjera curiosear; de aquellos de quienes una ciudad dice: aquí nació, y otra ciudad dice: aquí estuvo; de aquellos á quienes muchos se enorgullecen de haber conocido y de quienes otros lo fingon; de los que originan que se dé un nombre propio á una ciudad, ó á una aldea, ó á una calle, y que se distinga con un recuerdo perso-

nal un año ó un mes y aún el lapso de una generación; de aquellos de quienes se dice con altivez antes que con vanagloria: fué mi pariente, fué mi amigo ó fuí su discípulo; yo lo oí, yo he leído tal libro suyo; yo fuí de los que le ayudaron en su obra; de los hombres que hacen su país, que hacen su tiempo, que hacen su generación; de los que siembran la de mañana; de los que ponen, con lo mejor de su sangre, con lo mejor de sus nervios, con lo mejor de su actividad y de su pensamiento, la semilla del progreso, el germen de una generación mejor, de un momento histórico más fecundo y luminoso, en las entrañas del presente, dispuestos á dar,—en la fortuna ó en la adversidad, reconocidos ó menospreciados,—dispuestos á dar el reposo de hoy, la riqueza de mañana ó el abolengo de ayer, por una gota de luz con que alumbrar la marcha de su generación, ó por una rama de laurel con que decorar el escudo de la patria.

Decano y maestro lo llama cierto partido político centroamericano, cuyo estandarte,—abrigo acerca de ello la más serena confianza,—jamás flameará sobre nuestra casa, sobre el hogar de la Escuela de Derecho; y lejos de rehuir ese recuerdo, me apresuro á despertarlo, porque como no nos reunimos aquí á fabricar moneda falsa, es bueno, y aun indispensable, entrar en la explicación sincera y cumplida que dé á nuestro homenaje su carácter, sin permitir confusiones lastimosas. Bien saben cuantos mo oyen, cómo ha dado en apellidarse de liberalismo en Centro América, y aún en regiones que están fuera de sus límites, la obra de bandos políticos que, lejos de caracterizarse por aquel respeto hondo y bien sentido á los derechos individuales que á la verdadera escuela liberal distingue y enaltece, lejos de colocar en torno del poder público más brillante y extenso del Estado las barreras y responsabilidades sin las cuales el régimen republicano no es posible, aclaman y ponen sobre el pavés á cualquier ambicioso, con tal de que no ayune por cuaresma

y de que no respete las fiestas de guardar de la Iglesia Católica: la enemiga al catolicismo y la más cordial protección á la gente nueva, á "la gente no ubicada", como me decía una vez con aticismo un gran político chileno; á personas que por odio á las aristocracias huyen de la ilustración, el talento, la decencia y en ocusiones del baño cotidiano; esto se apellida de liberalismo y osa hacer flamar los estandartes que los próceres americanos, aquellos caballeros cumplidísimos, y á las veces devotos, alzaron en sus limpias manos para llevarlos por los caminos del heroísmo, entre relámpagos y truenos de nuevo Sinaí, á los altares de la libertad. La presencia de un hombre como el Dr. Montúfar en ese campo y su alistamiento en esas filas fué accidental: explicable por la naturaleza caótica del movimiento de estas nuestras sociedades latinoamericanas, que sin hábitos heredados ni temperamento propicio para el caso, entraron á ser señoras de sí mismas y á vivir como entidades *sui juris* en bien adversas circunstancias. Desulado tras la conquista segura y establecimiento sólido de la libertad religiosa, corría sin vacilar á donde lo llevaba la esperanza de que estos pueblos la ganasen por entero, y ni notaba de quién se ponía cerca, ni con qué tropezaba, absorto por entero en la contemplación de aquel su ideal, por el que estudiaba y escribía como un benedictino, pasando del libro al periódico y de éste á la tribuna, aun con desprecio y menoscabo de las dotes altísimas que recibió de la naturaleza; no curando de la gloria literaria, de la fama de historiador imparcial ó de jurista hondo, maltratando su pluma, enturbiando su palabra, levantando del suelo el arma llena de polvo, con tal de no llegar tarde á la pelea cuando sonaba el clarín de sus anhelos, como un paladín de la Mesa Redonda, como un amigo del rey Arturo, que por entre endriagos y vestiglos y saltando fosos y costeanado abismos, fuese á libertar á su dama de rugiente monstruo ó de peligroso encantamiento.

Otro ideal suyo, no menos hermoso y no mejor servido en ocasiones, lo llevaba á las filas á que me refiero: suponéis, sin duda, que aludo al famoso contubernio que por unión santa y legítima de Centro América se aboua. Sin acercar estos pueblos los unos á los otros; sin tender entre ellos los vínculos de comunicación moral y material imprescindibles para enlazarlos en familia; sin dar á sus gobiernos el fundamento de elecciones libérrimas, á sus peculiares haciendas orden, á sus peculiares administraciones la descentralización necesaria ¿qué resultado de prosperidad puede producir el juntar deudas, ni de grandeza el de unir deficiencias, ni de libertad el de allegar servidumbres, ni de salud el de poner cerca enfermedades contagiosas? Lo que es apetecible es crear la unidad moral de la familia centroamericana; acercar sus pueblos, multiplicando sus comunicaciones de todo género; descentralizar interiormente sus repúblicas, dando á la vida de los Municipios y de sus actuales provincias, la actividad propia y ensanche de movimiento que por ley natural les corresponde, colocar sobre bases de granito así el sufragio libre como los derechos individuales del ciudadano, sin todo lo cual la unión será una farsa, cuando no el punto de partida de incesantes discordias ó de tremendo y asfixiante despotismo.

Bien sabéis que el Dr. Montúfar anhelaba en el fondo todo eso; bien notorio os parece, de cierto, que no eran sus ambiciones personales, ni sus anhelos mezquinos; pero dejad que me lamente de que hombres de su altura, que no es caso singular el suyo, mal inspirados por el fanatismo que algún particular y noble anhelo les produce, no se decidan á liquidar la sociedad del liberalismo, poniendo casa aparte con las huestes que sus prestigios personales han de llevar tras ellos, marcando bien las fronteras de su idea, haciendo cabal y escrupuloso inventario de sus miras políticas, desechando el funesto, venenoso aforismo de que el fin justifica

los medios, estableciendo, por fin, así, la patria pequeña, primero, la patria grande después, en esta región privilegiada que el sol del trópico enriquece y hermosea, que bellísima naturaleza decora, y en cuyas playas dos océanos cantan sus himnos majestuosos, doblando la cerúlea espalda para conducir sobre ella, de meridiano en meridiano, de zona en zona, los dones del comercio y los mensajes de la fraternidad humana y los verbos refulgentes de la civilización universal.

Un insigne profesor alemán que, por haber encontrado refugio generoso para persecuciones en su patria sufridas, en la tierra y ciudadanía norteamericanas, como de aquel privilegiado país se cuenta, y en inglés ha escrito sus libros magistrales, el conocido Lieber, ha trazado en obra admirable sobre "la libertad civil y el gobierno propio" la línea divisoria entre lo que él llama la libertad francesa, que bien pudiera calificarse de latina, y la que él llama inglesa, que como anglosajona pudiera distinguirse. Alude él, acaso con demasiada severidad, en esos nombres, á competencias é incompetencias de raza que no considero tan decididas y evidentes como él las presume; pero es lo cierto que mientras los pueblos que pueden considerarse como de nuestro abolengo se manchan y ensangrientan pugnando para subir á las alturas ideales del gobierno propio y de la libertad bien gozada, los pueblos ingleses las ocupan en calma, contemplando con desdén inevitable nuestra pugna, á las veces candorosa, y otras no tan inocente, y nuestro rodar despeñados á la sima cuando gallardeábamos de haber conquistado definitivamente alguna agria cuesta de las que hay que trasponer en la ascensión. Es claro que, como él lo explica, la libertad ha de ser modo de vivir y de estar en las costumbres, antes que tema de cantos y retóricas y conquista de pluma y de líricos discursos; es claro que han de levantarse sus instituciones con la calma que trae la solidez del material, con el sosiego que

trae la columna bien erecta, con el cimientto hon-do y proporcionado, sin el cual la edificación es juguete del viento; es palmario que los pueblos ingleses tienen instituciones,—esto es, algo levantado despacio y con solidez hecho, en tanto que los latinos hablamos mucho de la libertad á la manera como suelen hablar los poetas de sus Elviras y Leonoras, á las cuales son tan infieles de continuo; y en nuestro eterno afán de encontrar lo mejor, jamás nos fijamos en lo bueno. Permitid que una vez más insista en que la descentralización administrativa y el respeto profundo y firme de los derechos individuales son las únicas bases sobre que puede erigirse la libertad política, y que en materia de religión, como en toda materia, la reverencia á la libertad de los demás es el más sólido fundamento de la nuestra.

Ah! si la lozana y valiente juventud que me escucha, emprende esta labor, en la vida del ilustre varón que honramos esta noche ¡cuánta lección puede encontrar de infatigable constancia y noble esfuerzo para servir sus ideales!

Pláceme, por otra parte, con el poder de la fantasía, abstraer al Dr. Montúfar del escenario agitado de la vida pública, y contemplarlo en nuestra antigua Universidad, platicando como un padre con sus alumnos, derramando sobre ellos los tesoros de su sabiduría y los fulgores de su palabra fervorosa, abandonando sólo la cátedra para ir al seno de aquella familia amantísima suya, que tantos tesoros encerraba de angelical virtud, de entendimiento preclaro y de femenil belleza, y de la que fue padre modelo; pluguiera al cielo que hubiera corrido siempre así la trama de sus días, y que lo tuviéramos vivo aún, aquí, entre nosotros, presidiéndonos y hablándonos con su verba inagotable y exquisita del último libro que había leído ó del primer libro que iba á hacer. ¡Cuánto nos han quitado las luchas de la política, y con qué cariño y con cuánta filial

piedad lo recuerdan los numerosos discípulos que tuvo en Costa Rica!

Y sin embargo, su vida tal como fué, á pesar de las reservas que mi sinceridad característica y el respeto al lugar en que hablo me exigían antes que aconsejaban, su vida tal como fué, forma un espectáculo, como el de las grandes montañas, como el de los grandes volcanes más bien, ó como el del mar arrebatado. Ese hombre, juzgado con imparcial serenidad aparece como un coloso: hablando, escribiendo, enseñando, desempeñando embajadas, dirigiendo Ministerios, alborotando Congresos, registrando archivos, recopilando noticias, devorando volúmenes, surcando mares, peregrinando por Centro América ó por la América del Norte, y con la mirada del alma clavada siempre en una idea fija, que era como una estrella fija, hubiera dicho Victor Hugo. En medio de tantas inconstancias como nos rodean, de tantas dignidades que se inclinan de, tantos valores que retroceden, de tantos caracteres que se doblan, el fanatismo desinteresado por una idea constituye espectáculo precioso, casi inestimable. De piedra, de la piedra nuestra, brillante y dura, no de los mármoles y broncees que otros usan; de piedra, de la piedra nuestra, hay que hacer su estatua, majestuosa y colosal; de cara al océano hay que ponerla, y bajo la cúpula del cielo; de cara al mar, de tremendo incesante movimiento, como su vida; bajo los cielos, no más puros que su pensamiento; emblema todo ello de su tenacidad incontrastable; con un libro abierto en la mano, como explicándoselo á las muchedumbres, símbolo del activo propagandismo de su apostolado; y con los labios entreabiertos también y como convulsos por la electricidad de su elocuencia: el día en que el monumento se levante, la Escuela de Derecho colocará sin duda una copia de él en sus modestas aulas: me entre tanto su voz, aunque por intermedio de la débil mía, al *requiem* sonoro, al himno de admiración y gratitud de la gran patria centroamericana.

He dicho.

¡El Siglo XIX!

*Discurso pronunciado en la cena ofrecida
por el señor Presidente de la Repú-
blica de Costa Rica, á muchas personas
distinguidas del país, al cerrarse el si-
glo pasado.*

Señor Presidente, Señoras y Señores:

AHORA se cumplen diecinueve siglos desde que, en condiciones maravillosas, que ya no podrán repetirse, empezó á enseñarse á los hombres que deben mirarse como hermanos. ¡Cuántos resplandores han pasado, después de esa hora memorable, por la humana historia! La dilatación del Imperio Romano, con todas las trágicas grandezas del poder guerrero y con todas las iluminaciones de la ciencia jurídica; las irrupciones de los bárbaros, que parecen como gentes que llegaran de otro planeta á visitar la Tierra; el feudalismo, con sus vasallajes entre cruzados y sus cortes de amor y sus reglamentos de caballería, conjunción fulgurante de la poesía y de la historia; las monarquías absolutas, con sus centros radiosos, que se dirían á veces lugar-tenencias de un poder divino; la revolución francesa explosión como volcánica del pensamiento; el establecimiento de la libertad inglesa, monumento humano superior á todos los del arte griego; las hazañas napoleónicas, encarnación cumplida de los antiguos ensueños mitológicos; la ciencia llegando á los dinteles de lo infinito, pesando los astros en su mano y persiguiendo con su vista las evoluciones del átomo cósmico en las tinieblas del misterio biológico; el arte repitiendo el milagro de la creación con universo nuevo de imágenes, con cons-

telaciones de armonías que en líneas y colores la pintura agita, y en verbos de intensa eficacia, da cuasi omnipotente influjo, la poesía, la música y la elocuencia mueven, levantando el cosmos de lo ideal sobre las sombras y las tristezas de la realidad vencida; la industria, con actividad titánica, abandonando las alas de los vientos para montar el caballo de vapor y la quimera de la electricidad resplandeciente. Pues bien, entre tantos portentos industriales, entre tantos fulgores de las artes, entre tantas adivinaciones de la ciencia, entre tantos movimientos ciclópeos de la política y la guerra, entre tantos hermosísimos fantasmas como los tormentos y ansiedades de los hombres han hecho volar por los espacios de su fantasía, nada supera ni aun se acerca á aquel ensueño prodigioso de unir en una sola familia á todos los habitantes racionales del planeta, apagando las iras y humillando las soberbias que nos dividen, sustituyendo las concupiscencias y los egoísmos con corrientes de generosidad y abnegación, que arrastren en sus limpias aguas nuestras desventuras, y si hoy, á pesar de los portentos de la industria, de las hazañas del comercio, de los milagros de la ciencia, hay todavía guerra perenne de nación á nación y de casa á casa, grandes sombras de tristeza sobre el mundo, presentimientos de desconciertos y trastornos en lo social y en lo político, es porque está sin cumplir sobre la tierra el testamento inolvidable de aquel mártir sublime, y porque en vez de hacerlo sólo con misti-ismos, ceremonias y dogmas, no consagramos su recuerdo humillándose los soberbios, perdonando á los soberbios los humildes y juntando todas nuestras manos para la obra del amor, la libertad y la justicia, esos tres astros en el cielo de nuestro pensamiento, cuyos irizados é inapagables resplandores vencerán, al cabo, todas las tinieblas de la vida.

El siglo XIX ha sido el siglo de la industria y ha sido el siglo de la ciencia. El siglo de la geología, el de la química, el de la biología; por excelencia, el del comercio, el de la Economía Política;

como ninguno, el de la mecánica; el siglo de la ingeniería, y así como el XVI el de las matemáticas teóricas, el siglo de las matemáticas aplicadas; el siglo de la música, el siglo de la electricidad, el de la actividad incesante, el de los viajes al Polo, el que deja casi resuelto el problema de la navegación aérea y el de la navegación submarina; el siglo de la fotografía, el siglo del espectroscopo, el del fonógrafo, el del teléfono, el del cañón rullado, el de los rayos X, el de la mecánica industrial científica; el siglo de la pedagogía y el de la lingüística; el siglo de las investigaciones internas bien dirigidas; el de la estética, el de la crítica, el de la antropología penal; el siglo de la curiosidad infatigable y el del análisis paciente; el siglo de la ubicuidad intelectual, que así se ha ocupado, con febril ardor, la inteligencia, de la vacuna de todos los virus, y del telégrafo sin hilo conductor, como del ensayo de fundir la poesía y la música en un arte nuevo; el siglo de los códigos, el de las leyes hipotecarias y el de los registros; el siglo de la cirugía; el siglo, por antonomasia, de los Bancos; el siglo de los viajes rápidos; el siglo de la propaganda incansable, el del periódico, el folleto, la hoja suelta, la novela,—todo en condiciones excelsas;—el de la estereotipia, el siglo que substituyó las cruzadas con los misioneros; el siglo de todas las formas de la asociación; el siglo de la policía de higiene y de la instrucción primaria obligatoria; el siglo de la comunicación incesante,—el siglo del correo; el siglo de las grandes empresas y el de las sociedades anónimas; el siglo de la minería y del carbón de piedra; el siglo de la calefacción multiforme para vencer los grandes fríos y de la ventilación y renovación del aire multiformes para los grandes calores;—el de la lieuefacción del aire; el siglo del cartón-piedra y del acero; el siglo del galvanismo; el siglo de la contabilidad; el siglo del sufragio, el de la abolición de la esclavitud, el de la abolición del cadalso, el de la emancipación de las Américas, el del arbitraje, el del *seguro*, en todas las formas imaginables, el de las cajas de aho-

ros; el siglo en que ha comenzado la emancipación de la mujer; el siglo en que, con pedazos de todas las razas y fracciones de todos los pueblos, se ha formado una nacionalidad nueva, la más compacta y sólida del mundo, no por la mano de hierro de una dictadura imperial, sino en la descentralización y la república y la democracia, para anunciar, nadamás, la humanidad libérrima y asociada de mañana, nación en que todas las religiones tienen templo respetado y todas las opiniones periódico y todas las ideas tribuna, larva—insisto en ello,—larva nada más, y aun protoplasma de los Estados Unidos de mañana, de la gran asociación universal de los hombres en que, así como allí hay Estados soberanos dentro de nación, haya pueblos y aun razas soberanas dentro de la unidad sustancial de la familia común, unida por el amor racial humano y por la libertad y la justicia.

Sucede con los grandes inventos de la industria, sucede aun con los grandes descubrimientos de la ciencia, que se deben á que algún estudioso nota de golpe lo que ha estado años, y aun siglos, á la vista de todos sin que alguien se fijara en ello. Tal pasa en el fondo con el secreto de nuestra dicha, así particular como social. ¡Cuán fácil sería, después de todo, algo que parece hoy lejano y aun casi imposible,—que una de nuestras pequeñas sociedades latino americanas fuera de veras libre, fuera de veras republicana, si cuarenta ó sesenta personas de las que viven en las primeras capas sociales, se lo propusieran de veras, con firmeza de voluntad y con abnegación y patriotismo! ¡Cuán fácil sería, del mismo modo, llevar á cabo una reforma social tan honda como pueda necesitarse en el mundo, con un poco de desinterés de los unos y un poco de arrojo y de perseverancia de los otros! Recordad, si no, aquel día sublime en que en el seno de la Convención francesa se alzaron con entusiasmo los privilegiados, para abandonar sus privilegios, se alzaron los nobles, para renunciar sus derechos feudales, para romper sus pergaminos, para destruir el muro que los sepa-

raba del pueblo. Ah! si un cristianismo sincero nos inspirara á todos! ¡Si viniera por movimiento unánime, en paz y concordia, lo que vendrá en otro caso cuando las muchedumbres sufrientes ó ignorantes lo pidan entre los relámpagos y los truenos de la gran revolución del porvenir! Dentro de cien años,—lo aseguro en nombre de la experiencia de la Historia, lo aseguro en nombre de la conciencia humana,—dentro de cien años el feudalismo del oro habrá terminado, como á fines del siglo pasado terminó el feudalismo del hierro y la superstición; dentro de cien años descolgaremos al Cristo de la Cruz, no como lo descolgó antes Voltaire para robarlo á la admiración y el amor de las gentes, sino porque la redención que él soñó estará deveras consumada; porque nadie alzaré la frente altiva como dueño y nadie la tendrá abatida como siervo; ni siervos de la raza, ni siervos de la preocupación, ni siervos del feudalismo del dinero, ahora vigente, ni siervos del miedo ó de las malas pasiones:—ningún siervo;—ningún yugo, ninguna cadena, ninguna sombra: tal es el porvenir cercano.—La operación de la catarata para toda ceguedad intelectual,—las manos juntas contra todas las iniquidades;—los pechos juntos contra todos los odios, las inteligencias juntas contra todas las preocupaciones; las conciencias juntas contra todo despotismo imaginable; el milagro fantástico de Josué realizado de veras, un día prolongado—un día definitivo; el hombre de pie sobre el planeta, con el cuerpo erecto, con la frente luminosa, con las manos limpias de toda infamia y de toda servidumbre y cayendo á torrentes sobre la conciencia la luz de lo ideal, la luz de la fraternidad que nos une, de la justicia que nos eleva y de la libertad que nos consagra en el pontificado augusto de la razón sobre la naturaleza

Sobre Arbitraje ¹

Señoras y señores:

Cada vez que una inspiración de la humana conciencia ha chocado contra una iniquidad sólidamente establecida, se ha producido el mismo fenómeno social: los intereses ilegítimos amenazados tocan á rebato y los interesados en alguna forma en que el abuso continúe, y los que sirven por amor á lo poderoso lo que está establecido, encuentran bien pronto un ejército auxiliar, compuesto por los inconscientes, que forman la fuerza de inercia de la Historia. Ser partidario de lo que existe, aunque sea infame, es pasar por hombre de juicio, por persona seria, por hombre que está dispuesto á no dejarse gobernar por la imaginación, que no es romántico, que no es poeta, en fin. Cuando San Pablo predicaba en Atenas en favor del Cristianismo, encontró, según cuentan testigos fidedignos, dos clases de adversarios: los que especulaban con las supersticiones populares, fabricando y vendiendo pequeños bustos de los falsos dioses, de Diana sobre todo, que estaba entonces de moda, y los hombres instruidos, formales, idiotas ó cobardes, que juzgaban que aquello que decía el apóstol era demasiado teórico, demasiado vaporoso, demasiado poético, en una palabra. Después de diecinueve siglos sigue pasando lo que en tiempo de San Pablo. Personalmente conozco el fenómeno de cerca: á los diez y ocho años me encontré en el seno de una Sociedad profundamente enferma, compuesta por esclavos negros, por siervos blancos y por explotadores de lo uno y de los otros. La culpa no

(1) En el Teatro Nacional. Junio de 1901. Costa Rica:

era principalmente de España, la culpa era de malos españoles y de la institución de la esclavitud, á cuyo contacto todo fermentaba: no había allí justicia que no se vendiera, derecho que no pudiera ultrajarse impunemente, ley buena que pudiera cumplirse, principio social que no pareciera desconocido; perteneciendo á una familia bien colocada dentro de aquella situación, estaba á mi arbitrio alistarme en el grupo de los que granjeaban ganancias ilícitas y copiosas, luculentas é infames, ó en el de los que, no queriendo aquello, estaban expuestos á toda suerte de peligrosas aventuras; había cerca de mí un joven de mi edad colocado en situación análoga á la mía, que era de menos inteligencia que yo, pero no lo bastante para que no cupiera disputa en el asunto. Este joven era positivista, en el sentido que la vulgaridad chocariera da á esa palabra, lo que quiere decir que sin ser malo ni tener esclavos él mismo, no vituperaba á los que los tenían, sino que procuraba obtener su favor con buena gracia; no veía inconveniente en recibir sueldo de los gobernantes que mantenían en Cuba régimen turco, y se hubiera guardado muy bien de comprometerse en la empresa quijotesca,—así lo llamaba,—de atacar por su base el orden establecido para curarlo de aquellos inconvenientes inevitables. Persona seria, de importancia para ambos, que nos oyó discutir alguna vez, se apresuró á declarar que la inteligencia de aquél muchacho era muy superior á la mía, que yo era tonto de remate, y como descubriera más tarde que había hecho unos versos, no me regañó porque eran malos sino porque eran versos, y tuvo por definitivamente resuelto el problema de mi estupidez incorregible; han pasado unos pocos lustros de aquellas nuestras discusiones; todo lo que parecía inenmovible se ha venido á tierra; la Capitanía General y sus bajalatos subalternos, las aduanas llenas de ladrones, las prebendas infames, la servidumbre de los blancos y la esclavitud de los negros; en estos días se preparan los norteamericanos á entregar á los cubanos la entera posesión de la isla, don-

de no lucen ya en còntaste, como lo lamentaba el más elocuente de sus poetas, el inolvidable Heredia;

las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral

y yo vuelvo melancólicamente la vista hacia la hora de mis ensueños primaverales y de mi noble juventud, y me digo con serena y honrada convicción; nó, la justicia no es un ideal de necios; el progreso moral del mundo no es un sueño de cerebros enfermos; la libertad, la igualdad, la fraternidad humana no son grandes mentiras; la misión de San Pablo no es locura: allí, en el fondo de la conciencia, está el mundo de la idea, surcado de radiosos esplendores, por luz que quedará para siempre en la historia, por armonías ideales que se combinarán en música sublime; por derechos, que son como astros vencedores de la iniquidad tenebrosa; por ansias que florecen como en perfumes y colores, en impétus hermosos del pensamiento, en resoluciones de heroísmo sereno para combatir con lo abominable, en obstinaciones en lo verdadero, en las abnegaciones supremas para desafiar la burla de lo mediocre, que es casi siempre lo poderoso, en la pugna, con sangre ó sin sangre, pero alada, como combato de águilas con murciélagos inmensos, en que se rompe la cadena de los esclavos; en que se desarman cadalsos, en que se pone de pie á los oprimidos, es que se tiende la mano á los desesperados, en que, con violación sublime, se encarna lo ideal en la realidad; en que se alza el líbano de las redenciones sobre los cesarismos rebeldes, la libertad sobre la infamia, el derecho sobre la ignominia, y en que se alzaré, al cabo, como en la hermosa leyenda cristiana, el arcángel resplandeciente sobre el demonio jadeante y vencido, la fraternidad sobre el odio, la vida sobre la muerte, la luz sobre la sombra; el día de la paz sobre la noche de la guerra.

¿Cuál es si no la enseñanza de la Historia? El hombre fue una bestia cuando surgió sobre el

planeta; ha saltado de rama en rama como el mono; ha vivido bajo la tierra como la garduña; ha disputado su alimento á las fieras, y lo ha devorado ensangrentado como ellas; ha esclavizado á los otros hombres que eran más débiles ó estaban menos alumbrados por la inteligencia; ha gozado de sus amores, como el león, sobre el cadáver de su rival, y la mujer fué una presa del botín de guerra atada á la cola del caballo del vencedor osado; canibal, desnudo, hirsuto, asqueroso, horrible, así aparece por vez primera en la cámara oscura de la Historia, y cuando pasan ante nuestros ojos los panoramas de las civilizaciones primitivas ¡cuánto de sombra, de dolor y espanto encierra nuestro árbol genealógico! ¡cuánto de las violencias de la fuerza bruta, y ¡cuánto de los excesos del egoísmo! Y no es preciso para eso detenerse en los primeros días de ese pasado de voragüenzas. Ayer no más era, en Europa, el plebeyo víctima que parecía sin esperanza, de un verdadero torbellino de iniquidades, de una servidumbre cruel é ignominiosa. Estudiad, solo—un detalle basta,—en un país de los más iluminados hoy,—en Francia, por ejemplo, la lista de los impuestos que pagaba el plebeyo,—estudiad un momento su situación respecto de aquella aristocracia corrompida, de aquel clero simoníaco, de aquella monarquía absoluta; considerad aquella máquina de privilegios, de gabelas y de estorciones, compuesta de tres pulpos superpuestos, cada uno de los cuales hubiera bastado para chupar toda su sangre; el plebeyo no podía gozar en paz, entonces de la décima parte del fruto de su trabajo desproporcionado en su fatiga; pero más desproporcionado en su recompensa; su hijo era para el ejército ó la marina, para algo peor su hija, si por fea ó desmedrada no quedaba también para bestia de carga; un poco de pan negro y algunas hierbas para el hambre, agua sucia ó vino agrio para la sed, sin abrigo en el invierno, sin aire en el verano, su vida era un largo martirio, algo como una caricatura grotesca de la existencia de los mismos irracionales, cebados, al fin,

algunas veces para los placeres de la mesa ó atendidos en la cuadra para la comodidad y el orgullo de quien los montaba, ¿qué orden de ideas puso abajo en el mundo pagano la cruz del cristianismo? ¿qué orden de iniquidades no se llamaba en el siglo antepasado el orden público? Volved,—os lo suplico,—los ojos á la historia. Estudiad un tanto las civilizaciones que fueron, los sistemas de ideas que han ido poniéndose en ocasos sucesivos, las monstruosas desigualdades entre el noble y el plebeyo, entre el rico y el pobre, entre el varón y la mujer, entre el fuerte y el débil. Volved los ojos á las violencias del fanatismo, por ejemplo; ved los protestantes acuchillados por María Tudor y los católicos perseguidos por su hermana Isabel. Recordad aquellos procesos contra las brujas y contra los hechiceros, que no existían sino en la imaginación enferma de las muchedumbres fanatizadas y haced la cuenta de los suplicios espantosos, de la ola de llanto, de los vendabales de gemidos, de las nubes de humo de las hogueras, de las convulsiones de aquellas largas y cruentas agonías, y reflexionad, para mayor espanto, que lo que se erguía sobre aquellas matanzas, sobre aquellos suplicios, sobre aquellos dolores, era la cruz del Gólgota, la cruz del cordero inmolado, precisamente, por el fanatismo, la imagen del maestro del amor, del apóstol de la mansedumbre, del mártir de la fraternidad, de quien en los tormentos del calvario, parecía abrir los brazos en la cruz para estrechar sobre su pecho dolorido á la humanidad entera, que había querido curar del odio, curar de la guerra, curar de la violencia; entregando sus carnes á la espada, para romper la espada, y derramando toda su sangre sin protesta, para lavar con ella la mancha de sangre de Caín, del hombre asesinando al hombre, la mancha de sangre que no podrá lavarse, que no podrá extinguirse en la frente de la Humanidad mientras exista, mientras esté suelto entre nación y nación, entre grupo de hombres y grupo de hombres, el monstruo insaciable de la guerra.

Para el triunfo de esta obra necesita el pensador sólo dos colaboraciones: en un concepto, la de los poetas la de todos los que sienten hondo y piensan alto, según la admirable definición del crítico español; en otro concepto, la colaboración de la mujer. Una mujer divina estaba al pie de la cruz del Redentor; con el precio de las joyas de una mujer augusta se hizo el descubrimiento de América; con la novela escrita por una mujer genial se dió el más rudo golpe que recibió, antes de caer en los Estados Unidos, la esclavitud de los negros; poetas y mujeres, sentimiento y fantasía, ésta da alas al entendimiento, aquél se las da á nuestros corazones, ésta hace llegar al entendimiento palpitante de emoción sacra, hasta el dintel de lo infinito, aquél le inspira la ilusión sublime de que lo ha traspasado. ¡Sentimiento y fantasía! Suprimid esas dos fuerzas de acción y de pasión en el hombre y lo convertiréis en una bestia de carga que sabe sacar cuentas y poner á interés el dinero. ¿Qué sería el mundo sin pájaros gárrulos y sin flores perfumadas? ¿sin aromas múltiples y colores varios? La belleza es un sacramento; belleza hablada, belleza cantada, belleza de líneas, belleza de colores, belleza de sonidos, belleza de emociones y de ideas. Pero no hay belleza como la de la idea que es grande y verdadera, y la de la pasión que la adora y da su vida, si es preciso, por implantarla y hacerla fecunda en el planeta. Poetas, delirantes, locos se han llamado siempre á los héroes y á los mártires de las grandes causas. Esta locura luminosa que consiste en no contentarse con lo real, con lo que está al alcance del racional común sentido, en querer de continuo trasfigurar la vida, ahondarla, levantarla, ennoblecerla, modelarla bajo nuestro pensamiento como modela el escultor la piedra que convierte en estatua,—esa locura ha hecho la Historia; esa locura es ciencia, es arte, es civilización,—ha seguido con la mirada de Newton el movimiento de los astros, ha llegado con la mirada de Pasteur al movimiento de los átomos vi-

vientes; esa locura ha hecho la música de Beethoven, la poesía de Víctor Hugo, el drama de Shakespeare, la oda de Píndaro,—la poesía, la elocuencia, la armonía, el Parthenon de Atenas; la civilización humana.

La mujer, sin presentarse, sino rara vez en primer término, ha sido, cuando no la sacerdotiza oficiante del progreso, su inspiración oculta. Musa para el poeta, sibila para el pensador, su mirada y su sonrisa son los premios más altos que nos disputamos los hombres, en las gímnicas luchas de la vida y su corazón es el ánfora sagrada de donde se derrama la embriaguez eléctrica de las grandes inspiraciones. A esta obra de piedad altísima su colaboración no ha de faltarle. Disputen los sofistas, sometan los calculadores fríos á su barómetro y á su termómetro y á su máquina de contar y á su tabla de logaritmos, este nuevo sueño de Colón de llegar al mundo de la paz, este nuevo delirio de abolir la servidumbre de la espada,—esta nueva interpretación,—esta nueva aplicación, quiero decir, del inolvidable sermón de la montaña,—la mujer no ha de faltarnos. Sacerdotiza de la mansedumbre, vestal del amor, profetiza de la armonía humana, mártir, cada vez que se hace preciso, de la belleza moral del mundo, marchará á nuestro frente, como el astro que condujo á los magos al establo en que nació Jesús, como la columna de fuego que guiaba á los israelitas en el desierto, como la estrella de la mañana, que anuncia los resplandores del sol, cuando va á desvanecerse, bajo su rayo de oro, la sombra de la noche.

Por Italia

(Cuando las grandes inundaciones.)

AL sonar este nombre, que es por sí solo ya una música—Italia,—la memoria se estremece, la fantasía se siente conmovida, á la manera de un laúd, las cuerdas del cual pulsara la mano ebúrnea de una Musa. ¡Qué procesión de sombras! Los *comites* en que cada hombre del pueblo viene por sí mismo á aceptar ó á rechazar la ley; el ara de los sacrificios en que el sacerdote escruta las entrañas del misterio al escrutar las de las víctimas propiciatorias; el estrado en que el Pretor dice el derecho; el tribuno de la plebe, inviolable, interponiendo el veto, —en nombre de los humildes, que más tarde han de interponer los poderosos; César, el primero de los grandes capitanes, despertando con su trompa guerrera los ecos de las selvas desde Inglaterra al Africa; Cicerón la tribuna, Virgilio con la lira en la mano, Tácito esculpiendo la historia, Juvenal emprestando á la indignación su lenguaje; los legionarios férreos, los Emperadores áureos, los jurisconsultos sabios. El Senado, asamblea de Reyes; el templo, asamblea de dioses; el mundo entero como una presa y Roma como un león con las garras encima. Las invasiones de los bárbaros: aquellas jaurias de hombres extraños que deslumbrados por la hermosura de la *urbè romana* se arrojaban sobre ella para poseerla. Un momento después, la Edad Media sombría, pero surcada de relámpagos: los Papas, vicarios de lo eterno, acentos de lo infalible, llevando en la mano la hostia, que es Dios vivo, las cortes de amor y las

hazañas de la caballería. Ariosto con su poema lleno de todas las joyas de la imaginación y de todas las músicas de la palabra, Petrarca con sus canciones de ángel enamorado. Dante explorando lo infinito, Maquiavelo retratando las mentiras de la política, Galileo destrozando el velo que envolvía la marcha resplandeciente de los astros, los amantes de Verona, Shilock avaro, y el more de Venecia agitando con su lejana silueta los ensueños de Shakspere, Benvenuto encerrando la majestad de Dios el padre en una piedra preciosa que ocupa el campo de una pulgada; Miguel Angel haciendo hablar al mármol; Rafael, divinizando á Maria, al pintarla, más que los concilios ecuménicos y los Pontífices infalibles, al declararla, nacida sin pecado; y por último la Italia moderna, la de Victor Manuel á caballo dorando su corona al reflejo de la camisa roja de Garibaldi; la que hubiera hecho morir de gozo y orgullo á Leopardi resurrecto; la Italia, antes rota en cien pedazos, reconstruida con cohesión de monolito; la Italia de Cavour, la Italia de Mazzini, la de los sueños generosos, la de los sabios, que estudian el crimen, no para proscribirlo, sino para curarlo, la de los doctores de la electricidad y los doctores del pensamiento nuevo que no quieren que la fraternidad sea una farsa; la Italia en que se trabaja para hacer el porvenir. ¡Oh madre! ¡Oh musa! ¡Oh nodriza augusta de la civilización! Tu historia es un poema incomparable: hoy, que estás triste, hoy que estás llorosa, sentada en tierra *neglecta, conselata*,—como te pintaba Leopardi, con la cara escondida entre las rodillas; hoy eres más grande que nunca—porque todos los corazones latinos palpitan por tu dolor,—y la humanidad entera lo hace suyo, al inclinarse, conmovida y piadosa, ante la majestad de tu desgracia.

El arte bello, en que Italia es maestra, idealiza la vida, la transporta á la región de las ideas serenas, la limpia de su escoria; pero la piedad vale más que la belleza. La piedad, que parte su pan con el necesitado, que levanta al caído, que arroja al des-

nudo, que enjuga el llanto del quejoso, que alivia el dolor, que cura el infortunio, que pone el calor de un pecho junto al desamparo, que perdona la injuria, que cubre con su manto el frío de la desesperación, que se llama con el nombre más dulce que han pronunciado los labios humanos,—que se llama misericordia, es el arte bello por excelencia, porque lo que transforma y trasfigura no es lienzo ni piedra, sino nuestra propia vida, imprimiendo á su vulgaridad valor nuevo y nunca superada hermosura. Por eso la mujer, que es la sacerdotiza de lo bello,—la encarna. La mujer, que es madre de todo niño enfermo, amiga de toda alma doliente, ángel de consuelo para todas las lágrimas,—la mujer, á los pies de la cual ha desgranado el poeta la letanía de los epítetos sonoros, pero que no vale tanto por poder llamarse rosa de la alegría y estrella de la gracia como hermana de la caridad, madre de los desamparados y refugio de los afligidos. La de la fraternidad es la más alta y la única completa de las civilizaciones. Una fiesta suya va á celebrarse en Costa Rica. A ella acudirán los poetas y los oradores; la palabra,—con ser la palabra,—se pone en venta para los que sufren, por eso la música tenderá al aire sus alas de éter luminoso. Por eso nuestro homenaje humilde, que la piedad y el arte elevan, es cántico y poema, explosión de entusiasmo á la Niobe llorosa, á la madre del arte que tiene en esta hora triste la lira rota entre las piedras del camino.

La catástrofe italiana es la más grande de cuantas recuerda el mundo; pero tampoco recuerdo más universalidad de emoción, mayor empeño de piedad en la historia que los que ha despertado en todas partes. Ello marca un exponente de cultura moral que alivia y reconforta á los que estamos tristes por el desamor de los hombres. Pueblos italianos enteros vendrán á la América del Sur, donde hay ya listos hogar amplio y ternura de hermanos para recibirlos, y la del Norte, con su esplendidez acostumbrada, abre la caja de sus millo-

nes y al auxilio fraternal se apresta. ¡Que no falte nuestra modesta ofrenda en el concuaso!

No faltara: el teatro se llenará mañana. ¡Honor y gloria á los artistas y á su público! Costa Rica,—herida también por sus recientes infortunios,—vuelve los ojos hacia la pena magna, y toma su puesto entre los que entonan el himno del consuelo. Es la humilde dádiva de la viuda la que ella coloca en el platillo en que se juntan las ofrendas. Pero si logra enjugar una sola de las lágrimas de la ilustre matrona, recordará siempre con orgullo que no fué indiferente al grito lamentable: "atended y mirad los que pasáis por el camino si hay dolor como mi dolor!"

El Nihilismo Ruso

*Conferencia en la Escuela de Derecho, de San José
de Costa Rica, el sábado 8 de julio de 1899.*

Señor Presidente, señores:

LAS tormentas revolucionarias han dejado en bien distinta situación la América y la Europa; tras tanto oleaje de ideas, tras tantos huracanes de iras, tras tanto anhelo de fraternidad allí por los poetas soberbiamente cantado;—si la aristocracia secular sufrió verdaderos derrumbes, si de sus prerrogativas feudales quedan sólo poco más que símbolos ó menguados privilegios palaciegos, no por eso deja de seguir habiendo desigualdades tan hondas entre unos grupos sociales y los otros, tal desnivel de situaciones, que á veces se diría que las revoluciones fueron como nubes de verano, y que el feudalismo soberbio ha ganado con ellas en frondosidad y lozanía. En la próxima y última conferencia hablaremos de la América—volvamos, por ahora, los ojos al viejo Continente. Fermentan en su seno, así como en las ciénagas inmundas los organismos putrefactos, las ignorancias y los vicios que la riqueza fácil y la miseria extrema originan de consuno, y jamás salió del pantano que hierve bajo el sol fiebre asoladora, ú otro envenenamiento del aire, que en desastrosas consecuencias se apareja con las pestilencias morales que de esa fermentación continua se escapan, y que con sus vapores mefíticos enturbian y manchan la atmós-

fera de las civilizaciones más altas y mejor cumplidas que sobre el planeta se asientan.—Gentes sin pan, en indolencia forzada, con hambre de trabajo para ganar la vida, contemplan con ojos tristes, y por ley incontrastable envidiosos, los banquetes del rico indolente, que nació entre el oro, y que sin más esfuerzo que el de cambiar de capricho, despilfarra en su tedio, con lujos insolentes, lo que bastaría á calmar la ansiedad de los desheredados numerosos. Ni es posible siempre que el honor resista, ni aun que no agonice la veigüenza del necesitado á través de las complicaciones múltiples que envuelven como en red asfixiante la honradez y la honestidad de los pobres. Con indiferencia que no parece humana, mira pasar el hambre sin alimento, la enfermedad sin alivio, el frío sin amparo, el pudor sin defensa, la ignorancia sin luz, por junto á su palacio espacioso con provisiones ámplias, con surtidores de agua perfumada, lleno de aire bruído, por la electricidad iluminado, por ténues vapores tibio, con portentos de arte en cada muro y vestigios de ciencia en cada piedra, el potentado que no tuvo sino que alargar la mano para empuñar en ella uno de los cetros de la vida.

El pobre, que no tiene hogar, porque no pueden constituirlo las tierras frías de su casa;—que no tiene familia porque la miseria le rompió el pulmón á su compañera, y le quebrantó el hijo ó se lo hizo soldado y le agostó primero en flor la belleza de la niña y más tarde se la convirtió en cortesana; que no tiene esperanza, ni en un mundo que le parece tan duro, ni en un Dios que encuentra tan sordo, ni en su único amigo—el trabajo—que de súbito le falta;—ese hombre,—hecho una fiera por su angustia,—se rebela al fin contra la tierra y contra el cielo; mira la vida como una burla inmensa, como una maldición despiadada, como una iniquidad permanente, y encerrando sus iras en una bomba, transformando en proyectiles sus ideas; coloca la máquina explosiva junto á los pilares de la sociedad,

porque no le es dable en su impotencia escalar las nubes, y poner la semilla de la destrucción, como quisiera, en medio de los ejes del Universo y bajo el trono del Destino.

Cuando sueña en América el eco de una de esas catástrofes; cuando nos dice el telégrafo que han dado una puñalada á un Ministro de Estado ó á una emperatriz, no falta quien crea que eso es lo que se conoce con el nombre de Nihilismo Ruso. Voy esta noche á hablaros de este fenómeno curioso, y empiezo, por lo mismo, rectificando el error que en el caso que he señalado se comete. La palabra *Nihilis-*
mo se usó por vez primera en una novela de popularísimo escritor de Rusia, el célebre Turgueneff, y lo que se designaba con ella era un estado mental y no un sistema de política, ni mucho menos una suerte de guerra sigilosa contra la sociedad de nuestros días. El *Nihilista* era entonces simplemente lo que llamamos un pensador, un revolucionario teorizante ó especulativo: un hombre que no creía lo que el mundo oficial de nuestros días aparenta creer y manda que se crea. Pensaba él, á poca distancia de Epicuro y Demócrito, que bien puede haber una fuerza sobre natural que haya creado el mundo y la vida é impreso á la portentosa máquina el primer empuje que la puso en movimiento: pero que ni de ella cura ni providencialmente la gobierna, y que el método de adulaciones temerosas, constantes y ridículas que las religiones constituyen, no es más que signo de vileza que en nada altera el curso del sordo y ciego destino que nos mueve; pensaba que lo que se llama la Patria y con tan delirante entusiasmo se exalta, no es más, en su origen, que el resultado del instinto que hace amable para el cerdo su pocilga y para el rumiante su pasto,—y no es, más, después,—que una extensión de nuestra vanidad pueril, apeteciendo que nuestra patria, por ser la nuestra, valga más que la patria de los otros; pensaba que la Comuna Municipal rusa, la que más se parece por cierto á la primitiva de los

Estados Unidos, de que he de hablaros otra noche y si en algo de ella se distingue es en la mayor fraternidad que encierra, es el único Gobierno que en todas partes se requiere;—y pensaba,—por último.—que la familia actual, que tanto idealmente se pondera,—sigue siendo la familia primitiva, de la mujer esclavizada por el varón, á fuer de más robusto y vigoroso: que á la mujer la educamos para nuestro regalo, con mengua de su naturaleza racional, haciéndola débil, puoril, cobarde, supersticiosa, porque así nos conviene; especie de esclava de nuestra voluptuosidad, hecha á mirar sólo si le cae bien el atavío con que ha de cantivarnos; preparándose en sus primeros años para nuestro p'acer, como se prepara en la ceba el animal que hemos de devorar para la muerte, incapacitada por el desarrollo intelectual que le permitimos y la esfera de ideas y de sentimientos en que la encerramos para ser, como hipócritamente la decimos, la compañera de nuestra vida; con cuyo corazón y cerebro, en fin, hacemos lo que se hace, allá en Asia, con el pie de las chinas aristocráticas, el cual se coloca desde su infancia en una máquina de compresión que estorba su crecimiento fisiológico. Otros pensadores, llegando más allá, opinaron que dar la vida á un nuevo esclavo de la Naturaleza, es crimen sin disculpa; que la generación es una vergüenza si se la mira como la servidumbre de sucio instinto y si en sus consecuencias cabales, una infamia, y doctrinaron á su pueblo contra ella, y hasta la mutilación llegaron si temieron no resistir con energía bastante los apetitos de su carne. Ya veréis luego como las ferocidades del despotismo convirtieron estos ideólogos inofensivos en revolucionarios tenaces y sin merced, en virtud de un conjunto de circunstancias que marcan la curva histórica constante, tránsito de las soberbias del despotismo á las catástrofes revolucionarias, así como la extrema presión del vapor sutil lleva consigo la explosión de la caldera y destruye acaso con su golpe, la mano imprudente que lo aprisionó demasiado. A

la curiosidad ansiosa, al interés despertado por algunos escritores rusos acerca de los problemas sociales, siguió la lectura incesante y febril de los libros franceses que habían tratado esos problemas, y como en Rusia ni era casi posible reunirse para los comentarios de aquellas ideas fosforescentes, ni podía darse á las mujeres educación independiente y alta, empezó un éxodo hacia Francia, Alemania, Suiza,—Suiza sobre todo, donde la vida era más fácil y barata. Por millares fueron los peregrinos hacia el Poniente, que era en este caso donde la luz nacía, no á frugar conspiraciones de revuelta, ni á esperezarse al sol de aquellas regiones, para ellos tibias y voluptuosas, sino á laborar sin reposo y á estudiar sin tregua: á ganar las mujeres la dignidad de la vida por uno mismo trabajada, á ganar los hombres la altura de la vida que se piensa á sí misma. No andaban las unas ni los otros en los talleres de pólvora, analizando explosivos, ni compraban armas, ni se decían mutuamente planes de revueltas; compraban libros, negando á los placeres y á veces á las necesidades su importe; trabajaban antes que el sol saliera para mantener la frugal existencia y mucho después de puesto, estaban escuchando al maestro ó juntos en el Club hablando de la fraternidad humana, pacificadora y suave, ó de la ciencia serena, ó preparándose para la lección y para el examen de la doctrina del ingeniero que doma los montes y tapa los abismos, ó del médico que ahuyenta la muerte y que alivia el dolor, y aprendiendo como se educa la lengua humana y se le hace decir lo que se esconde á veces, sin dejarse expresar, en los abismos recónditos del pensamiento; vida como de frailes sinceros, aunque no con rezos y con fórmulas de piedad, sino con piedad vivida y con esa oración inarticulada que, si lo Absoluto oye, debe oír piadoso, escapándose de las acciones santas, y de los discursos serios—que no lo son del egoísmo, y de las obstinaciones sublimes en hacer un poco de luz sobre los precipicios de la concupiscencia y del egoísmo, que por todas partes nos

cercan atrayéndonos con los aromas suaves que de ellos se desprenden y con las voces de Sirena que cantan en su fondo: vida austera de estudiantes pobres,—de aquellos que no toman estimulantes y no fuman, de los que no saben el camino del garito ni de la taberna, sino el del anfiteatro donde la vida se averigua y el de la Escuela donde la averiguación se comenta; la vida del taller por la mañana, y de la biblioteca por la noche, y del libro abierto junto al plato en el cuarto de hora en que se come; harto más fecunda que la del monge que canta sus aloluyas y sus misereres; harto más hermosa, en verdad, con sus estrecheces de hoy y sus carencias de mañana, que la del estudiante de forma que va á gastarse á los centros científicos la plata que su país ó su familia le envía y consume más tiempo y más dinero en las curiosidades de su sangre y de su médula espinal que en las de su ignorancia bien acomodada y perezosa. De golpe, el capricho y la suspicacia de la tiranía vinieron á turbar estos idilios; un *ukase* inesperado y terrible cayó como una bomba en medio de aquella colonia de abejas zumbadoras y laboriosas; se les llamaba á Rusia; se temía que aprendieran demasiado; se temía la irrupción de aquella luz que se estaba forjando en Occidente; se temía que viniera más tarde á hacer la aurora en la media noche del Imperio aletargado y sombrío. So pena de perder para siempre el suelo de la patria, adorado por aquellos corazones puros y tonaces, de perder para siempre el hogar oscuro donde había quedado la madre enferma ó la abuelita venerada ó los hermanitos en flor, se les ordenaba retornar sin tardanza á su existencia de súbditos taciturnos y semi sonámbulos, viviendo como el buey bajo el yugo, como el caballo en torno de la noria, como el topo en la sombra, marchando á tientas hacia el pau y hacia el lecho, rodeados y marcados por la vergüenza de la servidumbre, en el país donde estudiar era delito y saber leer motivo de sospecha. Aquel grupo de estudiantes que no querían perder la pa-

tria, emprendió su viaje de retorno, dejando el libro que tanto interesa con la página doblada en la esquina, aunque no haya la menor esperanza de abrirlo por ahí otra vez; con el curso de la ciencia sabrosísima á medio hacer, con la plática del sabio profesor no concluída, con el grupo de conferencias sólo por la mitad. ¡Destino sombrío! una de las formas del destierro del Satán imaginario: dejar la luz, para vivir en las tinieblas. Los estudiantes llegaron y se pusieron á vivir tranquilamente, bajando un poco el pensamiento para que cupiera en la orgástula; apagando un poco la mirada para que no llamase la atención de la policía; pero ¿quién contenta á los tiranos? Por lecturas altas, por comentarios vivos, por un poco de altivez ó de desonfado, un joven, noble y generoso, es aprisionado por la policía; ya en el cuartel, para averiguar algo ó para hacerle bajar la cabeza, lo azotan; su novia, casi una niña, toma una pistola, se acerca al General, favorito por cierto del Emperador, responsable de aquella infamia, dispara contra él; presa, el jurado la absuelve: libre, el pueblo la victorea; el Emperador, loco de ira, da orden para que, apesar del fallo del jurado, la prendan viva ó muerta; pero el pueblo la esconde. El drama va á comenzar;—parecen oírse aquellos golpes misteriosos que en el teatro francés anuncian que va á levantarse el telón. El pistoletazo de Vera Zassulic es, en efecto, el comienzo de una nueva faz del Nihilismo. Ha sido hasta ahora especulativo: va á ser ahora activo. La obra,—aquellos espasmos, aquellas convulsiones, aquellos delirios de sangre que se conocen en Rusia con el nombre de *la obra*, van á desenvolverse sin miedo y sin reposo. El tiro de pistola de Vera Zassulic es el punto de partida de una de las tragedias más patéticas y memorables de la Historia.

Figuraos un país donde ninguna libertad se conoce, donde ningún derecho individual existe, donde para la omnipotencia del Gobierno no hay freno, ni siquiera nominal; donde no sólo pasa, sino que es

lícito, matar á latigazos á un hombre que no ha sido procesado; donde, en torno del Poder Público hay una camarilla de aviceces que comercian con el hambre del pueblo, y de adulaciones que lo embriagan, y de miedos de perder el botín que lo enloquecen; donde la policía es más numerosa que un ejército y tiene más formas que Proteo; pero figuraos al mismo tiempo un país donde la débil novia del azotado hiere; donde, al cabo, ese delito se somete al jurado, porque el despotismo europeo, aun en Rusia, no tiene los descaros del de la América Española; donde la heroína es absuelta; donde, dado el veredicto, se le concede la libertad; donde ya libre, el pueblo la toma junto á su seno y la ampara contra el monstruo de mil ojos que la acecha; y donde, por último, apesar de la vigilancia enorme, de las miríadas de bayonetas, de la policía densa, del terror en el aire,—tres meses después del atentado de Vora, un hecho semejante al que lo originó se verifica, como reto lanzado á la muchedumbre sierva, y el General Mesenteff, el jefe de los aduladores y de los espías, cae muerto á los pies del trono, sentenciado y ejecutado por la Revolución inespugnable.

Difícil es formar idea en estos países, del sol á la mano, por decirlo así, como calentador gratuito, del aire fresco ó tibio, de la tierra pródiga, de la riqueza barata, de las costumbres suaves,—en que, aun el despotismo, parece, por lo común, femenino,—difícil es formar concepto entre nosotros de aquella tierra del pan escaso y del agua helada, de aquellos calabozos inmundos, de aquellas flagelaciones crueles, de aquellos verdugos sin reposo, de aquellas deportaciones en masa, de aquella Siboria, que ha hecho pensar á los rusos en un infierno nuevo, el infierno de hielo, de aquellas separaciones súbitas del novio y la prometida, del hermano y la hermana, del padre y la hija, de la madre y el hijo, que rompen los corazones al desatar con violencia el lazo que los une; de aquella vigilancia siempre despierta, siempre intranquila, nunca ociosa, que re-

gistra el agua que bebéis y el aire que respiráis, que abre vuestra carta en el correo y vuestro cofre sin que lo advirtáis y escudriña vuestro pensamiento en una sonrisa, ó en una lágrima: ó en la frase dicha á media voz á la mujer que amáis; mirada que os sigue en la sombra, oído que se pega á vuestro sueño, por si habla, círculo de hierro en que no os es dado vivir tranquilo en el fondo de vuestro hogar, ni encerraros en el seguro de la amistad y del amor, ni platicar con vuestro propio pensamiento. Pues bien, en ese país de la vigilancia perenne, y del látigo en el aire y del verdugo de platoon,—en ese país de las cárceles llenas y de los hogares vacíos, en ese país de la tiranía sin disfraz y del poder sin freno, todos los días, al sentarse á la mesa, encontraba el Emperador un número del periódico del Nihilismo junto á su plato, y al pasear por las galerías de su palacio, veía de repente estallar el reloj en que acababa de ver la hora, en esa galería fijo,—ó al ir á tomar el tren del ferrocarril para pasearse, sabía pavorido, que una máquina infernal había estallado bajo el carro listo para recibirlo; y llegó un momento en que él, cuasi omnipotente, envuelto por la vigilancia de millares de ojos, protegido por el celo y el valor de millares de brazos, con mil escudos de oro y de diamante en torno de su vida, con millares de aceros levantados para protegerlo, recibió en la frente la bomba explosiva preparada por el valor de sus esclavos, y cayó en tierra sin vida y sin corona, herido por la indignación de la justicia.

Ese atentado, que por sus circunstancias no tiene semejante en la Historia, no se realizó sin forma de juicio, y sin notificación cumplida de su amenaza y de la manera de evitarlo. Lo que el Nihilismo quería ahora,—¡sombra de veras su moderación!—era simplemente una Constitución para la Rusia; quería el derecho común de las naciones civilizadas; la libertad de la imprenta, la libertad de la tribuna, la asociación á la luz del día, el

sufragio para el Parlamento, y el Parlamento para la ley. ¡Pobres ilusos,—no sabían como todo eso se falsifica y se corrompe!—Esperaban la imprenta libre para decir sus ideas, y la tribuna libre para impartirles la electricidad de la elocuencia, y la asociación libre para realizarlas en fraternal consorcio. El Czar había abolido la esclavitud en el Imperio, con poquísimo fruto, porque las circunstancias financieras, políticas y sociales del país hacían preferible la suerte del esclavo, con su pan seguro, á la del proletario, sin asilo; y con mansedumbre y reverencia pidió el Nihilismo al Czar que colocara á Rusia en el meridiano de la civilización occidental, y que tuviera Ministros responsables y que dejara hablar al país y que rompiera el látigo con que le ensangrentaba las espaldas.

Ah! señores —el Czar no contestó con un acto de cordura aquella noble invitación; dejad que me detenga un momento para lamentar su ceguedad ó intransigencia; era aquel hasta cierto punto un noble Czar, un hombre generoso hasta donde la soberbia de la tiranía con la generosidad es compatible: la Historia no puedo menos de lamentar ese desacuerdo memorable. ¡Quién sabe cuánto de adulación infame, cuánto de engaño por los sicofantas y los cortesanos de los grandes poderes mentido,—cuánto por los policiales falsificado, cuánto por los falsos amigos contrahecho, entraba en aquella imprudencia temeraria con que arrojó las santas iras de su pueblo ó hizo rodar por el polvo, con su cabeza, la sacra corona que su orgullo insolente anteponía al resplandor del derecho!

El temple moral de los conspiradores rusos á ningún otro puede compararse; por cientos los llevan á la cárcel sombría, al calabozo inmundo, á dormir sobre el fango, á vivir entre la podredumbre; por cientos les rompen las carnes con el *knot*, látigo para fieras; por cientos van por la calle de la Amargura de un proceso que parece interminable al infierno de hielo de la Siberia, casi sin comer, casi sin beber, casi



sin dormir, casi sin abrigo contra el viento helado que parece ponerse de parte de sus verdugos, y les rompe los músculos y les atormenta los nervios: la tiranía desata la familia hecha, arranca el hijo de los brazos de la madre, separa el hermano del hermano; impide la familia por hacer: manda á la novia á un tormento y al novio á otro. Aquella revolución no es para el triunfo de ahora á un rato, ó de hoy á mañana: nadie piensa en la victoria y se prepara para el botín ó para la apoteosis. Los conspiradores viven casi siempre bajo nombre supuesto, y por lo común, para la policía, para la cárcel, para el presidio, para el patíbulo, tienen un número por única designación. En este mundo no se tienen prometida victoria alguna; en el otro sólo aguardan la nada, proque no creen en un Dios personal y providente, sino en un azar sombrío ó en un sobrenatural maléfico; algunos pocos conocen de otros pocos el artículo de periódico admirable por la lógica, el corto discurso sublime por la elocuencia, la hazaña increíble, el rasgo de ingenio, de bravura ó de tenacidad realizado en la sombra; no tienen fiestas, ni reuniones vocingleras; no se dedican versos los unos á los otros; no usan metáforas sonoras: dicen: *la obra* cuando hablan de su empresa, dicen los *ilegales* cuando hablan de sí mismos; le quitan un hermano á la policía, ó lo arrancan acaso del cadalso, y el uno no se para á dar las gracias, y el otro no se detiene para dar la enhorabuena, si no que cambian una consigna ó un aviso, y siguen, cada uno por su lado, como esas hormigas que vemos con frecuencia encontrarse, juntar sus cabezas un segundo, y seguir atareadas su faena; no se entusiasman con lo que nos entusiasma, no se conmueven con lo que nos conmueve, no se asustan con lo que nos asusta; hablan poco: algunos han estado años sin hablar; otros han vivido años sin ver el sol, en un subterráneo humedo, manejando una impronta secreta, por ejemplo; sin saber de su familia; sin cambiar ideas con sus compañeros, á

quienes no conocen; sin comer todos los días; durmiendo sobre un poco de paja, á veces podrida; vi- viendo sin goce y muriendo sin gloria; ésto, doblan- do papel desde el alba hasta el sueño; aquél levan- tando tipos, el otro llenando cuartillas de ideas y de hechos, desnudas las primeras, escuetos los se- gundos, ahorrando palabras, ahorrando sílabas, por- que eso es ahorrar faena para los demás; el otro ha estado mucho tiempo: meses ó años, en peligro de todos los minutos, repartiendo impresos, por ejemplo; aguardando sin cesar, de día y de noche, durmiendo ó despierto, el momento en que la po- licía le ponga la mano sobre el hombro, y lo lle- ve á la pocilga, al látigo, á la cárcel sin aire, al calabozo sin luz, al destierro sin piedad, al cadal- so sin espectadores: innominados, sin gloria, sin Dios, sin patria, sin familia, sin éxito posible, sin esperanza de este mundo ó del imaginario. Cuan- do se habla de ellos; la gente seria y bien pensa- te dice: esos infames. La historia buscará, en cam- bio, en vano, algún día, nombre bastante alto para decir la grandeza de su locura, y tendrá que con- tentarse con llorar de rodillas á su recuerdo.

Uno hubo entre esos hombres sobre todos ellos interesante. Era millonario y noble y se llamaba Demetrio Lisogoub. Sus hermanos lo negaron el derecho de mezclarse en sus tramas, y eso fue el mayor dolor de su vida. Eres rico, le dijeron; *la causa* necesita tu fortuna antes que tu persona; si andas en nuestros trabajos, acabarán por descubrirlo y se confiscarán tus bienes; si los entregas á *la cau- sa* llamará la atención el cambio de propietario; ad- ministralos para ayudarnos; esa es la mayor utilidad que puedes prestarnos. Demetrio aceptó el pacto, comprendiendo las razones de la propuesta. Priva- do, entonces, del goce que ambicionaba en la vida, vivió extraño á la fiebre de la conspiración y á la actividad, para él deliciosa, de las diarias faenas re- volucionarias; solo, aislado, en la única intimidad del propio pensamiento, en la miseria negra, porque no

pudiendo participar de los peligros, quiso, al menos, participar de las privaciones y llevar la existencia de los más pobres y sufridos de la asociación; menospreciado por avaro y aun por demente á los ojos del mundo, sin que, fuera de algunos jefes enterados de su sacrificio y que con excepción de cortísima suma recibían de sus manos la renta enorme de sus bienes, supieran sus mismos hermanos de conspiración lo que hacía: con frío en invierno, con sueño y sin poder á veces dormir en su habitación lóbrega y pestilente; con hambre siempre; ignorado, oscuro, humillado á sus propios ojos, por no participar bastante del sacrificio común; por no poder aspirar al látigo, ni á los sofiones de la policía, ni á las angustias de la Siberia, ni al cadalso ignominioso. Tuvo una amiga, y su vida se refrescó un poco: era una joven encantadora, cristiana, educada por una inglesa en la religión protestante, que quiso comunicarle su fe y que se contagió con la del Nihilista. En el oasis de aquella intimidad vivió muy poco tiempo; la joven supo, por acaso, la historia de aquel héroe, que con tanto empeño embosaba la propia grandeza,—la amistad se transformó en amor y él llegó á notar, ¡a pesar del pudor de la niña. Entonces se alejó desdeñosamente de ella: su doctrina miraba al amor como una voluptuosidad cobarde. Antes habían discentido sus credos. En dos puntos no estaban de acuerdo: en la mansedumbre para buscar el triunfo de la Justicia y en las esperanzas de ultratumba. Jamás comprendió Demetrio que el cristianismo renunciara á la espada. Con la palabra,—decía la niña, ha triunfado sobre el mundo. ¿Triunfó ya, por ventura? contestaba el conspirador sombrío, ¿triunfó porque hay iglesias? ¿triunfó porque se cantan oraciones?—¿Dónde está su victoria? ¿viven los hombres como hermanos? ¿se acuerdan, siquiera, de que lo son, atareados como andan en robarse, engañarse y deslumbrarse mutuamente? ¿Es hermano el déspota del oprimido, el amo del siervo, el verdugo de la víctima?

A la postre el mayor de sus anhelos pudo satisfacerse. ¿Hubo algún traidor que lo denunciara? ¿Inspiró sospechas su modo de vivir? ¿Sorprendieron sus relaciones con *la obra*? El abismo de aquella tiranía es insondable. Cierta noche la policía llegó á su tugurio, sus bienes fueron confiscados y algunos días después, sin proceso, sin ruido, sin formas, subió al cadalso en el patio de la cárcel. El largo calendario de los devotos no menciona una vida más noble que la de aquel rebelde, más valerosa que la de aquel soldado sin fusil, más santa que la de aquel ateo. Si lo infinito no está vacío, y el pensamiento que nos anima es inmortal, la imaginación no concibe trono más alto que el que la conciencia de lo ideal debe tener reservado para ese atleta de la indignación humana ante la burla de la vida.

Es verdad que para el criterio del cristianismo, que de una manera irregular predomina en nuestro tiempo, los procedimientos nihilistas tienen que aparecer inaceptables, y aún el simple sentido común los rechaza en cierto concepto. El cristianismo, según los nihilistas, informó con su espíritu de fraternidad muy poco espacio la vida de sus secuaces, convirtiéndose, después de haber alcanzado las alturas del favor de los poderosos de este mundo, en un conjunto de recetas para ganar el cielo sin mengua de seguir siendo ricos y soberbios y en la tierra, contra la terminante declaración de su maestro. El egoísmo, que es nuestro movimiento *centrípeto* es siempre más poderoso que el *centrífugo* de nuestros impulsos sociales, y para colomar el desequilibrio, las sociedades humanas, sin necesidad de expreso acuerdo, practican todas, como por instinto, las artes de la hipocresía, que nos hacen aparecer muy benévolo y suaves los unos para los otros, aun en medio de la lucha tenaz de nuestros intereses y pasiones. De aquí las sentimentales propagandas contra las servidumbres de las razas inferiores hechas en pueblos que se aprovechan de la menor inferioridad

de los otros para imponerles su albedrío; de aquí las jeremiadas contra el cadalso, á pesar de que la propia defensa social, que es en el fondo más importante que la individual, exige á veces su erección, y de que el argumento más poderoso contra él, que estriba en la falta de responsabilidad de nuestros actos, hijos todos de nuestro organismo, de nuestra educación y circunstancias, en realidad no puede emplearse en su defensa, ya que el miedo es el estímulo más poderoso entre los que mueven á los hombres, que *el loco por la pena es cuerdo*, muchas veces, y que en cuanto á la injusticia necesaria que se comete, matando á quien no lo experimentó lo suficiente para que otros con el espectáculo se acobarden, es de poco momento comparada con las ventajas que produce, é indigna de tomarse en cuenta en una vida social y natural que no es más que un conjunto de iniquidades por los contrastes y desequilibrios que ésta crea por sí y que aquella se ve forzada á fomentar. El cristianismo es una exageración enfermiza de los impulsos contrarios al egoísmo, pretendiendo que midan con el mismo rasero las satisfacciones de su organismo el enteco y el vigoroso, por ejemplo; que no seamos de carne y de huesos, cuando no nos componemos de otra cosa, y que amemos á nuestros enemigos, cuando ni el amor se manda; ni la enemistad lo produce. El sentido común ha disuelto estas máximas extremas en una cantidad enorme de interpretaciones ingeniosas en virtud de las cuales pueden llamarse cristianos y aun aspirar á la bienaventuranza eterna hombres que están bien lejos de vender sus bienes para dar el producto á los pobres, como exigía terminantemente el maestro, con tal que algo de ellos le den á la Iglesia, y en virtud de las cuales pueblos cristianos se desgarran mutuamente en guerras fratricidas, y los representantes de los apóstoles cantan en ellos sendos *te deum* para solemnizar las hecatombes de sus asesinatos. Es ridículo, por lo mismo, acusar de cruel el procedimiento nihilista: lo que á nuestros ojos lo condena es su falta necesaria

de método y, por lo mismo, lo ilógico de su conducta; si tres sucesivos Emperadores Rusos hubieran caído en tierra, la Rusia tendría á estas horas seguramente el beneficio de las torpezas y ficciones del absurdo Parlamentarismo, que los nihilistas en su inexperiencia con inocentes arboles apetecon. Este mundo no está hecho para dar la túnica á quien nos pidiera la capa, ni presentar la otra mejilla á quien nos hiera en la una, so pena de ser muy pronto conjunto de desnudos y descalabrados; como decían algunos críticos excépticos acerca de los primeros cristianos que vivían en común: "imbéciles que se dejan explotar y picaros que los explotan". Nada se gana con estarnos engañando los hombres mutuamente acerca de estos puntos esenciales.

Desde que la especie humana alcanzó algún desenvolvimiento de sus facultades racionales, debió notar que se verificaban en torno suyo hechos de grandísima importancia que de su voluntad no dependían: La imaginación común, y el arte de los primeros taumaturgos, crearon una serie de cultos y divinidades que tenían por comunes raíces el misterio de la vida y la característica curiosidad humana, y por comunes formas las adulaciones más abyeetas hacia esas grandes voluntades desconocidas. El genio de la raza semítica dió un gran paso en esta esfera de los humanos ideales estableciendo, con el inmortal *decalogo* de Moisés, que la gran causa desconocida se complace en que la justicia y el amor inspiren las humanas relaciones, y unificando todas las fuerzas misteriosas que manejan el Universo en una entidad fabricada con la sustancia de más precio que los hombres tenían á la mano: su propio pensamiento. El misterio impenetrable se personificó entonces en un pensamiento análogo al humano, pero al que la fantasía agrandó desmesuradamente, con atributos puramente verbales, llamándole infinito y eterno, sin que ninguno de esos vocablos pudiera responder á un verdadero concepto inteligible, y procediendo para cons-

tituirlo por medio de sublimaciones y de negaciones de las cualidades intrínsecas que nos caracterizan. La piedra bruta, por decirlo así, con que el ídolo nuevo quedó representado, la proporcionó, aún á otras ilusiones religiosas menos dignas de aprecio, un fenómeno natural y casi cotidiano: el ensueño. Producto de un sueño incompleto, en que la actividad del cerebro no cesa por entero, y en que esta actividad característica tiene que trabajar con ilusiones y recuerdos, porque la comunicación con el mundo exterior presente está del todo, ó casi del todo, interrumpida; operación mental que hoy científicamente se explica,—hacia creer á los hombres anteriores y exteriores á la ciencia en una entidad que en nosotros vive fuera y hasta cierto punto extraña á nuestra carne, y el salvaje pensaba de buena fe que había estado cazando, por ejemplo, mientras su cuerpo reposaba en el lecho de hojas secas que le era habitual; lo mismo hubiera podido pensar de su perro, ya que estos animales dan con frecuencia trazas, mientras duermen, de agitarse en imaginadas cacerías. Un místico sublime, cuya superioridad moral incomparable sólo en su raza y en su pueblo se concibe, arrojó sobre esta religión monoteísta, que ya era un prodigio de potencia imaginativa, un encanto y un prestigio nuevos, superiores á cuanto los hombres han creído. La religión mosaica había dicho ya que los hombres deben amarse los unos de los otros como se aman á sí mismos y el precepto, imposible de cumplir, había originado, como era natural, una refinada hipocresía; el profeta nuevo quería producir una reacción contra este género de humanas relaciones compuestas de mentiras y en que un exagerado egoísmo se dejaba ver á cada paso, y mandó amar á quien nos ataca y envilece. El maestro nuevo, aunque debió ser de simpática figura, pues fué muy amado y seguido por los mujeres; de que su carácter era dulcísimo, su vida intachable y de que estaba dotado de un magnetismo personal poderoso, pasó por demente aun á los ojos de su madre y sus hermanos, según cuenta el

Evangelista Marcos, y como era necesariamente poco grato para los sacerdotes judíos que gobernaban á su pueblo, ante el cual ponía á cada paso de relieve la hipocresía refinada de aquellos, después de tenderle un lazo, en que no cayó, para que como agitador político se le persiguiera, acabaron por fijarse en que, si bien de un modo vago y aun contradictorio, daba á entender que era hijo del Dios por ellos adorado, no como ellos decían que lo eran todos los hombres, sino por una generación como sexual; la blasfemia que esto envolvía era de cierto grande, y dada la estrechez de ideas de aquellos tiempos, la condenación del blasfemo enteramente lógica. Siglos más tarde, la Iglesia fundada en su nombre hubiera recurrido á penas harto más fuertes que el suplicio de la cruz para castigar un atentado semejante. Es positivo, por otra parte, que los prodigios de su magnetismo personal han sido muy exagerados por los discípulos que han contado su vida; porque aun en nuestros tiempos de escepticismo, un hombre que curara ciegos y paralíticos y resucitara muertos, no podría ser perseguido judicialmente sin que una sedición en su favor se produjera, y discípulo alguno suyo estaría dispuesto á venderlo ni á negarlo. Su carácter profundamente humano, afeinado á veces, su agonía del huerto, tan distinta de la serenidad de Sócrates, su grito en el suplicio: señor ¿por qué me abandonas? que indica una quimérica esperanza de que alguna legión de ángeles viniera á protegerlo,—en vez de amenguarlo, dan mayor realce á su serenidad definitiva, á su valor, en resumen heroico y á la sublimidad de su mansedumbre: el Nihilismo no lo mira con odio, sino con respeto, aunque confíe más que en los resultados de una propaganda exagerada, sentimental y definitivamente estéril, en establecer por la fuerza la igualdad racional entre los hombres, como producto, no del amor, sino de la convicción y del derecho, y un progreso moral y científico en que las enemistades resulten absurdas y se curen,

como se cura la anemia y la fiebre, por medios que la ciencia proporcione.

Para exponer toda esta parte de la doctrina que debo mostrar por entero, he debido hacer violencia á mi respeto por las convicciones religiosas de algunos de los que me oyen; pero sin la explicación de los puntos que acabo de tocar, el Nihilismo resultaría en verdad, perfectamente incomprensible.

Casi no menos sagrados que aquel á que acabo de referirme son para las sociedades contemporáneas otros tres conceptos que la doctrina del Nihilismo desconoce: la propiedad, la herencia y la familia: Un ilustre economista de la época ha dicho que el hombre nace propietario, indicando que la apropiación exclusiva de algunos objetos, por lo menos, le es tan indispensable como el oxígeno que toman para sí de la atmósfera los pulmones del infante; sin la herencia la propiedad no existe de veras, y en cuanto á la familia, bien puede decirse que la civilización no existió de veras en el mundo sino cuando el hombre y la mujer se juntaron en uno para la juventud y la vejez, para la próspera y la adversa suerte; ni hay sueño hermoso del mancebo y la jovencita semejante al de buscar abrigo para las inclemencias de la vida entre los sacros muros del hogar honrado que la bendición de los padres cubre, que el aprecio de la sociedad protege, que la infancia alagra, que la adolescencia hechiza, en que la vejez se ampara y reverencia, dicha que si perdura es la más alta que en la tierra puede disfrutarse, y que si, por faltas propias ó por decreto del hado se turba y desvanece, hermosea y perfuma con su recuerdo los abismos que la orfandad y la viudez abren en nuestro atribulado pensamiento, que el frío de la soledad hiela y espanta.

Conviene notar que hay algo de declamatorio y esencialmente falso en la defensa que de la familia, y que de la propiedad se hace. Ya el divino Platón había atacado lo uno y lo otro, como os lo recordé en la primera conferencia de esta serie. Imaginó el

sublime pensador la comunidad de los bienes y de las mujeres para suprimir muchos inconvenientes que el matrimonio y la familia entrañan de seguro: educados sin diferencia bajo el influjo del gimnasio y de la música, los ciudadanos de su República ideal, crecerían juntos como hermanos, desenvolviendo en igualdad de condiciones su naturaleza; extinguiéndose la enorme injusticia que coloca, ya en toaca, ya en dorada cuna á los hombres; que los destina desde los vagidos de la infancia, ya á esplendores heredados y no merecidos, ya á privaciones y dolores precoces; proporcionando, por lo contrario, á todos educación sana é idéntica, haciendo germinar en ellos desde la niñez fraternidad bien inspirada y mantenido, liberando á los padres de los cuidados y desvelos que la protección y cultura de la prole acarrea, haciendo desaparecer las disputas domésticas, apagando la fiebre de los celos, desterrando el tedio de las largas uniones conyugales, que convierten no pocas veces el vínculo del matrimonio en algo como cadena de forzado y el hogar en una cárcel, desvaneciendo de golpe diferencias de condición y de aptitud para la dicha, gérmenes de discordia, causas de sobresalto y de tristeza, las más frecuentes sin duda que en lo común de la existencia aparecen, y atacando por la base y aniquilando desde la raíz las pasiones y los intereses que hacen de las sociedades humanas algo menos armónico con frecuencia que la piara de bestias que pastan juntas, tranquilas, bajo el sol y aun que el grupo de flores que el azar junta á veces en paz en las profundidades de la selva.

Está fuera de duda que la educación y la vida de la mujer actual son en lo más esencial incompletas. Su traje mismo, que atormenta y desfigura su cuerpo, y está sobrecargado de embarazos y ridiculeses, propias algunas de estas últimas de las tribus salvajes, es como un signo de la reclusión en que vive, dentro de la esfera en que nuestro egoísmo y nuestra soberbia se empeñan en mantenerla. El traje actual, aunque parezca pueril la ob-

servación, fuera de conformarse mucho menos á las exigencias de la higiene, de la comodidad y de la estética, que los que antiguos griegos y romanos emplearon, es motivo, con sus complicaciones ostentosas y caras, de verdaderas perturbaciones sociales, muy principalmente en lo que á las mujeres respecta, y una evolución en este punto es bien de apetecerse. Lo repito, habrá quien ria de estas reflexiones, y sin embargo ¡cuántos sufrimientos entraña para una gran parte de la sociedad el conjunto de fórmulas que encierran el vestido y el tocado! lo cual se agraba con la contemporánea pretensa democracia que ya no aguarda, y, casi no tolera, las diferencias que en estos puntos eran de rigor en las sociedades antiguas. Respecto de la mujer actual, su traje indica á primera vista que está destinada casi exclusivamente á agradarnos, y como la inmensa mayoría de los hombres carece de buen gusto, y como el cosmopolitismo se exagera lastimosamente en el asunto sin parar mientes ni en la diversidad de los climas, la mujer de hoy es una esclava de los caprichos de modas insensatas y, un ser humano que dedica la mayor parte de su tiempo, por ley ineludible, á preocupaciones propias de muñeca consciente, ó cuando más de una niña de pocos años. De aquí la tiranía conyugal, á que la entrega la sociedad contemporánea casi sin defensa. Su debilidad excesiva, la cual depende sobre todo de la existencia en que la encerramos, sin gimnasias útiles, y sin ocupaciones que den á su organismo otros desarrollos que los que nuestros egoísmos apetecen; su carencia de vida mental, para la cual no tiene preparación ni estímulos; la posición de aparente supremacía y de inferioridad verdadera en que la sociedad la confina, mutilan la actual civilización del mundo, al privarla de colaboraciones importantes, cuyo precio no puede ahora medirse, pero es dado calcular ya, por la trascendencia de la obra femenil, aun en esas condiciones desfavorables, desde que el cristianismo primero, y más tarde, en mucho mayor grado, la reforma religiosa y el individualismo sajón,

dieron algún campo á la mujer para el ejercicio de actividades superiores. El matrimonio y la familia cuando sean las obras de dos seres incontestable y completamente iguales llegarán á ser algo bien distinto de lo que en tales conceptos conocemos.

¡La propiedad privada!—es cierto que la vida no puede concebirse sin ella; el socialismo moderno no lo desconoce; lo que pretende es que la explotación de la tierra y las fuerzas naturales por nadio pueden apropiarse, y mucho menos dejarse como herencia y en la manera de cambiar de sistema en el asunto conciben atenuaciones y tanteos. Supongamos que en Costa Rica una revolución triunfante ó un dictador á lo Carrillo expropia los patios de beneficiar café, y si no los expropia, los fabrica, llevando á cabo en lo adelante esa tarea, y la de la conducción y venta en Europa del precioso grano, por cuenta del Estado, sin especulación alguna, deduciendo sólo del precio del café el gasto intrínseco de esas operaciones: es claro que si la práctica pudiera ajustarse exactamente á la teoría del caso, el resultado sería maravilloso.

Existo hoy un complicado feudalismo creado por las diferencias de fortuna: unos hombres son verdaderos y cuasi omnipotentes señores, y otros humildísimos vasallos. Es fábula lo de que la fortuna es el premio del trabajo: la mayor parte de las veces,—la regla casi absoluta,—es que provenga del azar, cuando no de las artes más pecaminosas, y el resultado del reparto, llamémoslo así, de las condiciones sociales, hecho por la culpa y la casualidad, no sería más justo si dependiera de lo que se llama el mérito,—que es premio de otra lotería en que apuntan números las condiciones ó predisposiciones, hereditarias ó no, con que se nace, y las que la educación y las circunstancias contingentes producen. ¿Y cual es la consecuencia formidable? Esto en el fango, en la picota, en el presidio, aquél en el palacio; aquél hambriento, harto el

otro; quien en el pináculo, quien en la cima, y el veces, por turno, uno mismo en ambas partes. Que las iniquidades de la distribución social son inmensas está fuera de duda, y no lo está menos que ello depende del azar.

Dada la constitución social del momento histórico, hay grandes injusticias inevitables, incurables, mientras esto no cambie, que son como matemáticamente precisas: las ambiciones torpes y las envidias ruines tienen éxito seguro. Y aun cabe más en las costumbres de la época: cabe que un gran inventor agonice de hambre sin encontrar los medios de realizar su obra redentora, en tanto que un gran talento de garganta, un tenor soberbio ó una sorrona de raras facultades,—ocupe el ápice de las alturas envidiables.

La religión no da remedio para el caso. Ho tenido ya con otros propósitos la oportunidad de contarlo. En el siglo XV, un fraile, Gerónimo Savonarola, fué quemado vivo por rebelde á la autoridad de la Santa Sede y por hereje; para obtener el suplicio, el Papa amenazó la ciudad que lo servía de abrigo con un *entredicho* universal, que hubiera arruinado su comercio. Antes de morir sufrió siete veces el tormento de la cuerda, abriéndose, al fin, su cuerpo por bajo de los brazos, siendo preciso interrumpir el suplicio por miedo de privar á las llamas de su presa. Pero semejantes crueldades no pudieron triunfar de su prestigio. Hubo grandes glorificaciones artísticas de su recuerdo y de su nombre en bronce, telas y medallas; la Santa Sede dejó vender en Roma imágenes suyas á cuyo pie se lo llamaba Doctor de la Iglesia y se lo invocaba como mártir; durante más de dos siglos, las jóvenes de Florencia mantuvieron sembrado de flores el lugar de su tormento; Rafael de Urbino lo colocó entre los Padres del Catolicismo en un cuadro suyo pintado en el recinto del Vaticano. Santa Catalina de Ricci lo invocaba en sus oraciones. San Felipe Neri se conmovía hasta las lágrimas.

mas pidiendo á Dios que restaurase su nombre. La Italia entera veneró su memoria. La cristiandad pidió su intervención en el cielo para purificar el mundo. Nadie que de imparcial se precie puede desconocer que fué un cristiano en el único sentido lógico que puede tener ese vocablo.

La hermosa Florencia era entonces impía; el galanteo acudía todas las noches á la reja de los conventos, sin otro velo que el de las sombras, que daban mayor hechizo á la cita. Cortesanas impúdicas servían de modelo para las imágenes de María,—y en general los retratos de mujeres hermosas y no muy orueles representaban todas las santas imágenes.—Cuando los artistas buscaban modelos en las novicias de las comunidades religiosas, las consecuencias eran peores, como en el caso de Fra Filippo Lippi. Hubo fortunas que se disiparon en los gastos de una boda ó de un entierro. Todos los usos, todos los trajes, todos los detalles de la vida tenían extravagante magnificencia. La adoración por las bellas artes rayaba en locura, y los gastos que esto traía consigo acarrearba enormes despilfarros. Las carrozas antes desconocidas, los utensilios, antes nunca vistos, los trajes, llevados á una delirante suntuosidad, se modificaban á cada momento. La prodigalidad, la lascivia y la soberbia eran como las tres virtudes teologales de aquella vida: Florencia era la capital del arte, del buen gusto y del vicio.

Es cierto que el veneno estaba en el aire de la época. Era aquel el tiempo en que Fernando el Católico, Rey de Aragón, decía serenamente: recuerdo haber hecho muchas promesas: pero ni de una sola que haya cumplido. La época en que la Canosa no era la única cortesana que tenía parte en el manejo de la Iglesia. El tiempo en que se vendió alguna vez la tiara en pública almoneda. La época en que más preocupaba á los Príncipes el hallazgo de una medalla desconocida que la pérdida de una provincia, y el lujo de sus amigas que el hambre

de sus pueblos. La época en que todos los crímenes quedaban cubiertos con una indulgencia comprada al Cielo ó á la Tierra ó excusados por el despliegue de algún talento artístico. La época en que el Aretino ponía en una balanza ante los reyes y los grandes señores las más viles lisonjas y las más torpes calumnias, y los invitaba á colocar oro en un platillo para que la balanza se inclinara en su provecho. Era aquel el tiempo en que la hija de un Papa era disputada por dos hermanos suyos, uno de los cuales mataba al otro. Era el tiempo que "El Príncipe" de Maquiavelo, que había de pasar por una sátira enorme, copiaba, haciéndole favor en la pintura. La época en que por la rencilla de dos príncipes, dos pueblos se obstinaban en desangrarse mutuamente; el tiempo en que, bajo el manto de la razón política, lo más ilícito parecía permisible y en que, bajo el manto de la Iglesia, nada parecía ilícito. La época en que un valiente general italiano estrelló contra una muralla á los hijos de un enemigo suyo, degolló á la mujer, que estaba en cinta, y clavó en la puerta al pequeño, siendo muy aplaudido por lo duro de su venganza; la época en que César Borgia era Cardenal á ratos, á ratos Duque, bandido siempre. Era aquel un tiempo en que la hipocresía era la única forma de la virtud; pero no por eso se empleaba muy á menudo; sin exigirse, por ejemplo, de un papa en ejercicio, que dejara de reír francamente de los tontos que creían en Dios. En ese momento en que toda frontera moral, toda línea divisoria entre lo bueno y lo malo parece borrada, y en que Savonarola gemia por los pecados del mundo con elocuencia cuyo ostro era el fervor de sus convicciones y propósitos, apenas se concibe que en nombre de Cristo se le persiguiera. Si de él podría decirse, acaso, que tuvo intemperancias de predicación que irritaron, con motivo, á la Santa Sede, nada de eso pudiera alegarse en el caso del famoso santo de Asís, cuyas predicaciones sublimes, virtudes preclaras y supuestos prodigios, no

fueron inferiores á los de Fray Gerónimo, llegando á oponerse á que se cazara un lobo que hacia grandes perjuicios en los rebaños y yendo á conferenciar con él en medio de la selva. El "hermano lobo", como lo llamaba el Santo hombre, aceptó el trato de ser alimentado sin hacer daño; pero los lobos humanos de aquel tiempo continuaron sus rapiñas de costumbre, sin que se arrodillaran las soberbias y envainaran su espada las iras, como, en medio de prodigios, aceptos á la fantasía é ignorancia del tiempo, lo pretendía el apóstol de Asís. La idea de que estamos dispuestos por la naturaleza para convertirnos en ángeles, de que quien duorme ó se desmaya es como un trozo de piedra; pero quien se muere, sigue pensando y existiendo mentalmente para siempre, á pesar de que su cerebro se pudre y acaba por desaparecer,—no ha sido hasta ahora, ni hay anuncio de que será en lo futuro, preventivo eficaz contra los embates del egoísmo y de las malas pasiones que su propia naturaleza inspira á los hombres; las cuales, sea dicho de paso, como no han sido inventadas por él, hay que cargar en cuenta á la inteligencia soberana é infinitamente buena creadora del cielo y de la tierra, sin que se salga de la dificultad con acudir al Diablo, lugarteniente y especie de verdugo de nuestro padre misericordioso, según el mito á que aludimos, pero obra é invención de su sabiduría y bondad inconmensurables en la misma leyenda. Quien sacó de la nada la vida, pudo sacarla, si era omnipotente, sin sus posibilidades tormentosas y nefandas, y si era infinitamente bueno, así debió hacerlo: tal es el punto de vista del Nihilismo.

Se llaman leyes las condiciones de enlace y dependencia entre varios fenómenos distintos; las que se refieren á la vida social humana constituyen el Derecho. El hombre, lo repito, tiene dos movimientos, como nuestro planeta: el centrífuga de sus instintos sociales y el centrípeta de su egoísmo, por lo común triunfante, aunque con atenuaciones de

no pequeña importancia y casi incesantes disimulos. A través de los siglos, el impulso social ha progresado paso á paso, hasta el punto de confundirse con su antagonista y aun de supeditarlo. En el desarrollo de lo que se llama la vida moral humana, la familia de pueblos que se conoce con el nombre de raza latina, y la que se llama anglo-sajona, encarnan principalmente dos aspectos distintos del Derecho. El *individualismo* en el progreso anglo-sajón, y la costumbre de *vivir* el Derecho, en vez de considerarlo como un artificio exquisito, han hecho posible la libertad personal casi completa en medio de una sociedad tan fuerte como feliz, si bien para esto no se ha mostrado por ese grupo de pueblos traza del talento técnico en los latinos, de los romanos heredado, hasta el punto de que lo que forma entre ellos el Derecho privado, y aún gran parte del público, es un conjunto de lo que con aversión justificada llamaba el rey Alfonso X de Castilla "juzgar por fazañas ó albedríos".

Los latinos, por otra parte, en asuntos de la mayor importancia, han estado en situación análoga á la de aquellos hambrientos de quienes habla el humorista Heine, que para calmar los tormentos de su apetito, se entregaban á la lectura de un manual de cocina.

Con más racional acercamiento del que hoy existe entre ambos grupos humanos, caben grandes influencias y enseñanzas mutuas de trascendentales ventajas.

Lo que ese contacto podría traer de más benéfico entre nosotros es el respeto y la tolerancia de la opinión y el interés ajenos; la práctica sincera del sufragio, para que la autoridad resulte, á la manera de la razón en el individuo, el exponente moral é intelectual de la sociedad que dirige; el verdadero principio de autoridad, que no consiste, como nosotros lo entendemos, en que los errores y los crímenes de una autoridad, aunque lo sea simplemente de hecho, deben encubrirse y sostenerse, sino en que no se

tolere como autoridad de hecho la que no lo sea de derecho, y en que ésta sea perfectamente responsable de sus actos; la organización independiente del Poder Judicial y su carácter de árbitro supremo en las controversias entre gobernantes y gobernados; la descentralización de todos los servicios públicos, siendo elegidas, además, por el país sus autoridades inmediatas, sin lo cual jamás habrá libertad en estos pueblos, por la falsa noción de que el nombramiento del último agente de la autoridad en la región más remota debe depender del Jefe del Estado, mientras que en los Estados Unidos del Norte es frecuente el caso de que el Presidente de la República pertenezca á un partido político y á otro los Gobernadores de estados de grande importancia, sin que haya, ni pueda haber, por eso, conflictos que no es dado concebir donde la administración esté excentralizada,

Ahora bien, nada tiene de incompatible un individualismo radical en cierta región del Derecho, y un bien entendido socialismo en otra. La cuestión religiosa, por ejemplo, es de aquellas en que no se concibe la menor intervención social, porque la hipocresía podrá imponerse, pero no la creencia, y porque en este terreno las más amplias libertades individuales coinciden sin estorbarse mutuamente. El derecho de creer, el de pensar, el de decir, sin cortapisa alguna, su pensamiento; el de asociarse para fines lícitos, son tan espontáneos y sencillos en el anglo-sajón como puede serlo en nosotros la función respiratoria, y no se estima por ellos, de cierto, como de menos importancia.

La idea del divino Platón de educar en común á los ciudadanos de la República, ha tenido la aplicación que era discreta, en los tiempos modernos, por medio de la instrucción primaria gratuita y obligatoria. Entiendo que tiene la mayor importancia el punto que ahora toco, y voy á decir cándidamente cuanto á cerca de él pienso, por más que no se esconda á mi noticia cuánto de visiona-

rias pecan mis ideas á los ojos de importantísimos criterios.

Soy de los que creen que no ha llegado para el mundo la hora feliz en que las sociedades racionales puedan prescindir definitivamente de la guerra, y pues que no ha llegado, estimo que ciudadano y soldado de la patria son dos aspectos de una entidad indivisible, y juzgo que no puede haber democracia donde los elementos que merecen tenerse en primer termino por varoniles se sacan del pueblo y se colocan en cierto modo frente á él como en son de amenaza y desafío. La milicia nacional debe estar formada por todos los ciudadanos del país, prestándose el servicio por turno riguroso, que á nadie excluya, y que ningún arbitrio altere, y en las escuelas públicas debo empezar el ciudadano á someterse á la saludable disciplina, que no forma autómatas como algunos ilusos entienden, si va acompañada de la educación que al ciudadano corresponde. Una página sólo añadiría yo á la excelente cartilla de *Instrucción Cívica* que el país posee, y con las nociones y los conceptos en ella contenidos, á más de lo que ya reúne, desafío á que haga autómatas de los niños, que con su enseñanza se familiaricen, la disciplina militar; por lo demás, sólo el día en que soldado y ciudadano sean términos que se correspondan y completen, cesarán las funestas cuarteladas que á estos países empobrecen y deshonoran. Completada la cartilla de la instrucción cívica con algunas cortas explicaciones, que á mi ver le faltan, acerca de los derechos individuales, de la función municipal, y del ministerio verdadero y completo de la Justicia del país, así como del carácter y la trascendencia del sufragio, debía añadirsele un libro de lectura que diera las ideas fundamentales de la ciencia moderna: conceptos claros y sugestivos de los métodos con que el pensamiento humano ha conquistado la ciencia que posee, de los puntos de partida de ésta, de sus horizontes actuales, de sus instrumentos y caminos. El

libro en que aprendemos á leer graba para siempre en la memoria su enseñanza y su influjo, y ya, por otra parte, que todos los ciudadanos no pueden ir á Institutos y Liceos, en el camino que señala hallarían cierta compensación para la gimnástica mental que pierden, algunos que, acaso, hubieran sido por ella los más aprovechados! Como lo dije en una de las conferencias anteriores, la ciencia no comenzó de veras su marcha majestuosa sino después que la Reforma religiosa rompió los lazos que la aprisionaban en la Sacristía. No pueden, los que sostienen lo contrario, negar que con Galileo, y sobre todo con Newton, ha empezado la verdadera ciencia del mundo y de la vida. La admirable fijación de la ley de la gravedad, así como el descubrimiento del cálculo indirecto, forman con los trabajos astronómicos y físicos de Galileo, el verdadero punto de partida, no sólo de la ciencia, sino del modo de pensar científico. La conquista y manejo de la electricidad; la geología y la química, que sólo nuestro siglo ha sabido de veras, dan las bases de la investigación única posible acerca de los problemas que más nos interesan. Los trabajos de Pasteur han abierto ante nuestros ojos el mundo de lo infinitamente pequeño; nos han enseñado á comprender las fermentaciones; nos han explicado la vacuna, que empíricamente practicábamos, y han iniciado por lo mismo una medicina nueva, que llegará un día, según legítima esperanza, á modificar nuestro organismo moral por una higiene trascendente y una alteración, que no juzgo irrealizable, de nuestras condiciones orgánicas. Sólo el mundo moderno ha podido por el anfiteatro anatómico, que el fanatismo hubiera mirado con horror, por las atrevidas investigaciones que lo precedieron acerca de la circulación de la sangre, por ejemplo, y por los inmortales hallazgos de Cuvier sobre la anatomía comparada, penetrar hasta donde es posible á la inteligencia humana el interesante misterio de la vida. Sólo nuestra época hubiera podido encontrar

la luz X y el telégrafo sin hilo conductor de la corriente eléctrica, y ponerse á la tarea, de no lejano éxito, de andar bajo las aguas, y cruzar el aire con vuelo que las águilas envidien, y sólo en ella no parece demencia soñar en la trasmutación de la materia y en vencer al cabo todas las asechanzas de la muerte. Dar la base y esencia de la sabiduría moderna é indicar sobre todo sus métodos y sus caminos, es perfectamente posible, aunque no faltan pedantes que lo nieguen, en libro sencillo y de interesantísima lectura, que se agarra á la mente y se clave en la memoria de los niños. La educación física, de que tanto cuidan los ingleses, y de que aquí ni siquiera se tienen nociones adecuadas, completaría la educación intelectual, contribuyendo, además, á su buen éxito. No es quimérico ni vaporoso, como no faltará quien lo pretenda, enseñar á nuestros niños á decir sus ideas y á discutir las sobre todo; que los gobiernos de libertad son gobiernos de opinión, y por lo mismo de controversia y de palabra, y el miedo cerval que nuestros gobiernos tienen á la prensa y la tribuna, muestra de una parte su falta de educación en la materia, y se origina, en algo, de la otra, en nuestros vicios para discutir, y en nuestra propensión á perder la calma y á envenenar con elementos malsanos nuestras discusiones. Hay que hacer ensayos en la vida escolar del ejercicio del sufragio para ciertos asuntos; hay que amaestrar á los niños en la distinción esencial de lo que pertenece á la disciplina que honra á quien la obedece, lo que atañe á la discusión, en que el voto de la mayoría debe en calma aceptarse, y lo que toca al reducto de la conciencia individual y á su autonomía sacrosanta. Hay que darles menos de lo antiguo y esto de manera que sientan el sabor añejo de lo que tomen de ello, y no se les escape el aroma peculiar suyo, y mucho más de lo moderno. Hay que dejarles ver de la historia aunque sea sólo lo esencial, pero no como cadáver de anfiteatro, sino como drama en movimiento.

De las lenguas muertas un análisis suscito; que las estudie por dentro quien á ello especialmente se dedique. Que aprendan á servirse de su idioma, y que no queden sin saber el misterio de la belleza poética y la intensidad de expresión que caracteriza la elocuencia. Todo esto que he dicho, y que cualquiera llamaría programa largo, en el libro de lectura cabe, en cuanto á las nociones, y en la disciplina de una escuela elemental, en cuanto al ejercicio, si con buenas reglas se conduce. Y no lo he dicho todo.

Hay todavía por ahí quien enseñe *Psicología* y aun quien enseñe *Metafísica*. Lo único que es sensato, en esta parte, es enseñar lo que conocemos de la función y de la disciplina de nuestra inteligencia: claro concepto de nuestro organismo cerebral, y del de los sentidos, lógica de la reflexión, además, en vez de lo que por psicología se entiende, lógica de la voluntad, en vez de la moral, lógica del arte, lógica de la historia, lógica del Estado; y más que todo, el estudio crítico histórico de las falacias en que ha caído el entendimiento humano, influenciado por la imaginación y el sentimiento, y de cómo se ha levantado de sus caídas y llegó á la mayoría, no hace mucho tiempo. Con decirles á los niños, en breve y claro concepto general, cuál era la astronomía de los antiguos y cuál la de los modernos, se les enseña, quizás, más de filosofía verdadera, que con laborioso curso de los que todavía andan por ahí, los libros de los cuales deben ir ya á reunirse con los volúmenes de versos á los cabellos de Dorila y á los suspiros de Filis, que hay quien siga escribiendo sin darse cuenta de que el tren pasó hace tiempo por esa estación y está mucho más adelantado.

Y de la educación matemática de la inteligencia, que á nadie es bueno que le falte, dará primicias al niño el libro de lectura, estractando algunas ideas del magistral trabajo en que Augusto Comte dejó explicada la historia de su lógica especial y en que, sin que el maestro se fijara en ello, quedó tam-

bién hecha la lógica de la elocuencia. La matemática, como él lo explica, no hace otra cosa que buscar el camino para medir *indirectamente* lo que por el camino usual no puede medirse, y su procedimiento queda patente con el ejemplo de quien estando junto á un abismo no tiene instrumento que le diga su profundidad; pero tiene una piedra y un reloj, y por el tiempo que tarda en oírse el sonido de aquella en el fondo sabe con exactitud la profundidad de la sima. Cuando se raciocina; no hacemos otra cosa: buscamos la cantidad mental que sirva de piedra de toque, por los dos contendientes aceptada, á las doctrinas que ambos sustentan, y si ese criterio común, que sirve de *función*, en este caso, para hablar el idioma del álgebra, se encuentra y se fija con cuidado, el resultado de la controversia, confiéselo ó no la vanidad del derrota-lo, es el que los derechos de la verdad pueden apetecer. Siento que mi plática, por su índole, no pueda detenerse más en esta materia, entrando en detalles que son de tanto interés como importancia.

La propaganda serena, desinteresada y persistente de la verdad, acaba siempre por asegurarle el triunfo, alcanzandose por ella, bien pronto, la asociación de esfuerzos racionales en un mismo sentido; la Histeria lo demuestra con ejemplos numerosos. A la forma transitoria de los *mecanismos* con que actualmente la ley de sociabilidad se cumple, ha de sustituirse, en plazo no remoto, el conjunto de *organismos* que la asociación espontánea constituirá para reemplazarlos y llegará la hora en que el *egoísmo* de cada hombre no esté satisfecho sin la satisfacción cabal de sus impulsos de sociabilidad, hallándose la fórmula que á la dicha de toda nuestra naturaleza responda. Entonces nadie tendrá que tender la mano para pedir socorro y nadie se alzarà estúpidamente soberbio sobre los hombros de otro: un cristianismo sin espasmos ni alternativas y contradicciones, reinará sobre la tierra; hay que prepararlo, jóvenes que me oís: jamás se dió mejor negocio,

y más alta hazaña, ni más noble andante caballería que trabajar en algo para tan altos fines! ¿Qué ideal de los que actualmente parece contemplar el mundo puede compararse con éste? El de las religiones,—si de éste, el de la íntima y fraternal sociedad humana, se le separa,—no es más que un egoísmo que anhela bienaventuranzas más allá de la tumba; el del arte, el de la ciencia, meras vanaglorias personales, si á su contemplación ne atienden; el de la política, juego de palabras é hipócrita encubrimiento de vanidades y soberbias, si en la dicha del mayor número no se cifra, en resumen. Somos, aquí en el planeta, en medio de las crueldades de la naturaleza y las imperfecciones de nuestro organismo, como pasajeros de un buque que hace agua en el centro de arrebatadas olas. Si no nos acercamos y nos unimos, si no nos auxiliamos y nos confortamos mutuamente ¡miserable destino el de este pretense rey de la creación, inferior, en suma, á todos los demás seres que la pueblan, más capaces, en definitiva, de compatibilidad y de concordia en todo caso on que ven de cerca un gran desastre común, é incapacitados, en su feliz ignorancia, para estar mirando, como nosotros, de hito en hito, el gran desastre de la vida!

Conferencias sobre *Derecho Administrativo*

(En la Escuela del Ramo—en San José de Costa Rica)

EL problema fundamental entre los que encierra la administración de los pueblos, es el que se refiere al origen y formación de los gobiernos. En lo antiguo tuvieron por base el genio militar y los engaños sacerdotales, que constituyeron gobiernos absolutos y hereditarios; en lo que puede llamarse la vida moderna ha habido una fuente de poder que raras veces se utilizó en la antigüedad, lo que se ha llamado el sufragio, ó sea la elección hecha por los ciudadanos de un país de las personas que han de desempeñar los Poderes Públicos. En ocasiones este sufragio se ha limitado á determinadas categorías, otras han disfrutado del Derecho de elegir todos los ciudadanos mayores de edad, esto es, que han llegado al pleno desarrollo mental.

Á primera vista parece completamente desatinado el concepto de que todos los ciudadanos de un país, cualquiera que sea su capacidad moral é intelectual, puedan determinar con acierto la elección de sus gobernantes; pero, por otra parte, nada puede resultar tan desatinado como dejar semejante designación á las casualidades de la herencia, que donde quiera que han existido, como criterio del

asunto, han tenido las consecuencias más abominables. En cuanto á establecer en un pequeño grupo de privilegiados,—lo que se llama una aristocracia,—el derecho de formar el gobierno, como sucedió, por ejemplo, en cierta época en Polonia, la experiencia enseña lo que el sentido común bastaba para dejar en claro: que no cabe orden ni ventaja común en semejante entronizamiento de un grupo de egoísmos. Comparado con el sistema hereditario y con el aristocrático, el del sufragio universal, lo mismo en la teoría que en la práctica, resulta de un modo evidente preferible.

Pero cabe constituir algo que no sea una aristocracia hereditaria y que dé, acaso, la mejor solución para el conflicto. En tal concepto pudieran citarse las elecciones de los Pontífices romanos, encomendadas en la Iglesia Católica al Colegio de Cardenales, personas que no llegan á serlo, por lo común, sino después de larga vida de estudios y merecimientos, y la elección de los presidentes de la república francesa, hecha sólo por los que como diputados y senadores constituyen el Poder Legislativo.

La experiencia ha demostrado que el sistema del sufragio universal para constituir el supremo poder de la nación, sobre ser malo en sí, por la incompetencia esencial de los por él llamados al desempeño de la más alta y difícil función pública, se presta á tales ficciones y abusos tan frecuentes que bien puede decirse que casi nunca se ha empleado de un modo sincero. El método parece insustituible para lo que se refiere á la función legislativa: los poderes de esta función es natural que se confieran directamente por la mayoría de cada país á los hombres encargados de desempeñarlos, y ni por racional análisis ni por los resultados de la experiencia hay motivos para desochar el procedimiento en esa parte. Con respecto á lo judicial, como con respecto á lo administrativo, debe haber carreras en que se entre por oposición, se ascienda por antigüedad de buen servicio y se pierda el puesto sólo en virtud de un

expediente formal en juicio contradictorio. En cuanto al cargo especial de Jefe de la nación, aunque no fuese sino para evitar las fiebres periódicas y las luchas civiles, en ocasiones sangrientas, que tales elecciones acarrearán, sería acaso discreto emplear algún sistema análogo al francés, ó establecer algún otro artificio, como el que consistiría en que por turnos los presidentes de los otros dos poderes públicos pasarán á serlo del Poder Ejecutivo. Las ideas que reinan en esta materia en la América de nuestro sangre son muy equivocadas, en nuestro concepto: se quiere que siempre el Jefe del Estado, popularmente elegido, en la apariencia al menos, haya de distinguirse haciendo un ferrocarril, una moneda, un empréstito ó algún otro disparate por el estilo: acaso, sin embargo, sería el mejor de los Presidentes aquel en cuyo período no hubiera habido innovación alguna de esa clase. Las grandes reformas, lo mismo las políticas que las económicas y administrativas no son negocios de los presidentes: deben estar en la opinión del mayor número primero, por propaganda bien hecha de los que las conciben, y á su hora en la Cámara Legislativa, que es la entidad llamada á realizar esas hondas modificaciones en el modo de ser de un pueblo. Los Presidentes no son para eso, aunque por desgracia en todas partes se metan en lo que no les incumbe, lo mismo aquí que en la gran República de los Estados Unidos, donde el Presidente por salirse de su papel, acaba de dar origen á ruinas y cataclismos espantosos. ¿Por qué un hombre sea Presidente sabe más que todos los ciudadanos y conoce mejor todos los asuntos que los que son especialmente competentes en ellos? Eso es lo que se figuran lo mismo Mr. Roosevelt que nuestros pretensos estadistas.

Y sin embargo, nada hay que esté en más radical contradicción con la esencia del sistema republicano que esas apoplegías de dirección y poder en lo que á la vida pública se refiere. Con la excepción de lo que pasó en los primeros años de la re-

pública norteamericana, nunca se ha ensayado en realidad este sistema en el mundo, y eso que á Jorge Washington lo consideraron como un déspota muchos de sus contemporáneos. En Grecia y en Roma hubo república conservadora, imitación de la monarquía, ó demagogía organizada: todavía está, por lo tanto, por ensayar el sistema. Y el mal consiste en que nadio cura de modificar las instituciones, sino de aprovecharse de sus defectos; se grita otra cosa, pero es lo cierto que cada cual quiere valerse de los defectos que encierra la ley del sufragio, por ejemplo, para falsificarlo á su favor, y nadio piensa en restringir las facultades enormes de que está investido en estas democracias el Jefe de Estado mientras abriga la esperanza de que pueda emplearlas para provecho de su grupo: el desorden patológico resulta de ese modo incurable. Lo más curioso es que se aceptan por todos ciertos principios, pero ni se llevan á la práctica de veras, ni en lo que se aplican se procede con verdadera lógica: hace más de cien años que todo el mundo culto parece estar de acuerdo en cuanto á lo que se llama la separación de los poderes públicos, y en estas repúblicas nadie aceptaría la presidencia del Poder Ejecutivo sin estar cierto de que tiene á la mano la manera de manejar los otros dos, con lo que el principio famoso resulta en lo práctico sin efectos de ninguna especie.

Ello no se nota; pero está por entero reñido con el principio á que acabamos de aludir, que los gobiernos tengan iniciativa en la formación de las leyes y derecho de veto respecto de las decisiones del Legislativo: se dico, para defender eso, que los gobiernos tienen á veces datos y noticias de que el Legislativo carece: que se los comuniquen entonces, contestamos, porque es al Legislativo, y no al Gobierno, á quien debe tocarle la resolución de los asuntos trascendentes.

La justicia del país debe gozar de una completa independencia, so pena de no poder sustentar su ministerio á la altura que le corresponde. ¿Y cómo

puede disfrutarse de ella en Costa Rica, donde los diputados hacen la Magistratura, y donde por otra parte, los diputados están á la merced del Jefe del Poder Ejecutivo?

Y sin que el país tenga una verdadera justicia, independiente y soberana dentro de su ministerio, ningún gobierno puede haber que merezca llamarse republicano. En efecto, la esencia del sistema republicano, apenas comprendido por los que con más entusiasmo lo proclaman, consiste en el reinado impersonal de la ley, y sin que haya quien guarde y mantenga la ley, no puede haber República. En las nuestras las garantías individuales están casi siempre en el suelo: sin garantías individuales no puede haber ciudadanos y la República es un conjunto de ellos. Esta es una verdad fundamental de que nuestras gentes parecen no hacer caso, empeñadas como andan en la brega de disputarse los dineros públicos, que es en lo que suele consistir por acá la política; en cuál es el grupo de personas, los parientes y amigos de los cuales reciben el maná del presupuesto: eso se llama aquí, con el mayor cinismo, cuestiones de política. Que ello siga en buena hora, pero al menos démosle á tal disputa de intereses mezquinos un barniz de civilización que á todos aproveche. El monstruo se mata con que los destinos públicos no dependan de la política; pero el desorden que ello produce se atenúa considerablemente con que los derechos individuales se encuentren á salvo bajo la égida de la justicia del país. No puede ni debe depender de modo más ó menos indirecto del sufragio la competencia para desempeñar importantes funciones del Estado, y del capricho de nadie debe depender del ejercicio de aquellos derechos sin los cuales sólo puede haber reunión de hombres salvajes; conjunto de ciudadanos jamás.

Aquí en las escuelas públicas debiera doctrinarse á los niños en el ejercicio de la ciudadanía; por falta de ello, el resultado es lastimoso. Lo que en

otros países constituye el gran problema de la prensa es la eliminación de las doctrinas perniciosas que por su medio pueden propagarse: aquí no hay sombra de eso; aquí para lo que se quiere que sirva la prensa es para decirle á los rivales en la lucha por los puestos públicos que son cojos ó vizcos y que tienen una suegra que bebe aguardiente y un primo que es jugador.

De otro punto importantísimo hay que acordarse por desgracia: el relativo al carácter de las mayorías y minorías en el desempeño de lo que se llama según la consagrada frase inglesa el *gobierno propio*, lo que equivale á decir, el gobierno del pueblo por el pueblo. Empecemos porque aquí no hay mayorías legales: el gobierno ó se hereda ó se usurpa, y lo peor del caso es que de esa manera suele andar menos mal; porque si fuera verdaderamente la expresión del parecer del mayor número, es probable que resultara más desdichado que los que se conocen, por falta de educación popular acerca del asunto. En efecto, la gran masa de los labradores, que es lo que constituye el verdadero pueblo de Costa Rica, como es trabajadora y honrada y nada espera ni desea de los vaivenes de la política, es por lo general indiferente cuando se trata de las agitaciones de ésta, y lo que se llama el pueblo viene á ser en resumen compuesto por algunos artesanos, pedantes, pretenciosos, llenos de ambición, y de algunos charlatanes intrigantes que son quienes los manejan. Eso no tiene remedio que pueda ejercer buena eficacia en menos de treinta ó cuarenta años, y lo peor del caso es que en todas partes la cosa anda mal por ese lado, desde que el disparate del sufragio universal vino á sustituir el otro absurdo de las clases privilegiadas y los gobiernos hereditarios. Hasta ahora—en toda la historia,—no ha habido más que un pueblo que haya demostrado verdadero sentido común en la materia,—y este pueblo pasa hoy por casi salvaje: el pueblo chino. En China los oficiales de la administración se educan especialmente para el de-

sempaño de los puestos respectivos, y éstos se ganan por examen de competencia, mientras que aquí no hemos llegado sino de un modo muy embrionario é imperfecto á alcanzar algo que se parezca á esa ventaja, aunque de lejos, sino en lo que respecta al poder judicial y á los puestos de la enseñanza pública. Y esta es la razón de todo lo que afea y perturba el gobierno republicano, porque ello es lo que trae la lucha por los puestos públicos de ventaja pecuniaria ó de lucimiento social. Bien organizadas las carreras administrativas quedará dependiendo en poca parte, si en alguna, del influjo de las corrientes políticas el goce de los buenos puestos en la vida pública, y ello tiene que amansarlas por lo pronto, y que serenarlas definitivamente á la postre.

No ha dejado de originar conflictos en los países, de sangre española sobre todo, la cuestión relativa á las relaciones de la Iglesia con el Estado, la que trasciende al sistema de educación común de cada país. En España, principalmente, la iglesia católica tuvo durante siglos un predominio absoluto en el manejo de los asuntos públicos, lo que vino á producir intelectualmente una especie de castración de la nación entera, y originó después, por el ansia de los hombres generosos que quisieron sacar á su país de situación tan humillante; una multitud de trastornos. Es claro que muchas personas de las que viven hoy piensan con el vulgo de las gentes que vivieron en el siglo XV; pero quienes son en realidad ciudadanos del XX, juzgan como quimérico todo intento intelectual de romper el velo que cubre para el entendimiento humano, el conjunto de problemas que se refieren al origen y al destino de la vida planetaria, única que nos es dado conocer, según lo que sabemos hasta ahora. Toda concepción religiosa envuelve cierta teoría sobre esas cosas que el sentido común entiende que no pueden ser teorizadas, y cuando semejantes conceptos ilusorios trascienden á la política y á la ciencia, las consecuencias tienen que ser y han sido deplorables. Sociedades hay, como la Nor-

te Americana, en que ese problema ha tenido una solución bastante satisfactoria, que viene á ser en cierto modo una tregua: la de la perfecta neutralidad del Estado en las cuestiones de índole religiosa, cuidando sólo de mantener el derecho y la libertad de todos, así en lo que se refiere á la vida pública y privada, como en lo que se contrae á la educación común de la infancia. Pero no se crea que, los libre pensadores, como se llama á los que no aceptan las iusiones y las fábulas religiosas, podemos estar del todo satisfechos con semejante solución; porque es lo cierto que hoy casi nadie de mediana cultura cree de veras en los cuentos ridiculos á que nos referimos, y estamos por lo mismo ansiosos de que se eduque al menos fuera de su influjo directo é indirecto una generación de hombres, quienenos llegados á la mayoría examinen imparcialmente lo que á las creencias religiosas se contrae, y adopten entonces el camino que juzguen más atinado. Entre tanto, es de apetecer, al menos, que el Estado guarde una perfecta neutralidad acerca del asunto, y haga observar el respeto á la creencia ajena y la perfecta autonomía de cada conciencia con relación á estas cuestiones.

Se dice mucho que las fábulas religiosas sirven para restringir las malas pasiones, que disminuyen los vicios y los crímenes, que hacen puras á las mujeres y resignados á los infelices; pero no es eso lo que la experiencia enseña, y por lo contrario, los países en que más abunda lo que hay que llamar hablando con exactitud el paganismo católico, son aquellos en que parecen andar con la rionda suelta lo mismo los dolitos que los vicios. Hay quien piense que la predicación de un cristianismo despojado de ceremonias y liturgias pomposas, tal como la profesan algunas sectas protestantes, puede ser más eficaz; pero es lo cierto que Londres y Nueva York no presentan en esto mejor espectáculo que las ciudades latinas, por más que en ellas, sin ritualidades paganas, se predique bastante el cristianismo puro. Lo que la experiencia enseña es que las costumbres no

se modifican profundamente, sólo en virtud de teorías: lo que necesita el mundo de hoy es otro modo de vivir: arbitraje obligatorio para todas las disputas, educación sana y práctica para todos los hombres, verdadera fraternidad humana, verdadera sociedad racional entre las gentes. Quien mire despacio la Historia tiene que abrigar el profundo convencimiento de que lo que se llama hoy la sociedad civilizada hará bancarrota antes de un siglo, de que los hambrientos, los desamparados, los desesperados no se irán al Monte Aventino, como hicieron un día los plebeyos de la antigua Roma, sino que aventarán en cenizas la vanagloriosa é hipócrita sociedad de ahora, que se apellida en casi todas partes cristiana, á pesar de sus guerras, de sus ejércitos permanentes y de sus concupiscencias organizadas para el disfrute de unos pocos.

¿Cómo puede durar lo que hoy existe, si va contra la naturaleza? ¿No la contradice, acaso, el inmenso desnivel social que producen las minorías hartas junto á las muchedumbres haraposas? Muy lentamente se va extendiendo por el mundo el verdadero concepto de la fraternidad humana, que es el cimiento de la vida social, y mientras ello no quede en firme, no hay esperanza de orden y concierto para las sociedades humanas. Cuando Roma era pagana distribuía gratuitamente el trigo al pueblo, todo el trigo que éste necesitaba, haciéndolo llegar á la gran ciudad en galeones que lo cargaban principalmente en Egipto y en otras regiones del Africa. ¿Qué se hace hoy que se parezca á eso en las sociedades que cristianas se apellidan? La vida íntima en Grecia como en Roma estaba más llena de piedad que la de los cristianos de hoy.

No estamos por la fórmula que dico que el gobierno, para ser bueno, debe ser por el pueblo, si ella se entiende de manera que haya que llamar á los incompetentes al manejo de la cosa pública; pero creemos, en cambio, que el gobierno civilizado debe ser para el pueblo, es decir, inspirado por el interés

común; porque si unos pocos se ponen á gobernar para el interés exclusivo de una clase privilegiada con grandes puestos y grandes sueldos que paga en definitiva el sudor del obrero miserable, sin que ese grupo se preocupe de mejorar su suerte, tiene que llegar el día en que los desahogados de hoy concluyan por acometer contra los cimientos del desorden social que hoy prepondera, y que como orden se bautiza, para que surja la sociedad nueva en que vivan de veras como hermanos los hombres reunidos. Ya la protesta ha comenzado, y se oye con frecuencia, en Europa al menos, la explosión de los odios: en América nos salva, por lo pronto la bondad del clima y la fecundidad de la tierra, que hacen que en parte alguna de ella se conozca la miseria extrema; mas no hay que confiar en esto demasiado, pues esas mismas condiciones predisponen á la concupiscencia, y si aquí hay menos causa para la desesperación de los desdenados, hay más facilidad para irritarse por el desdén inmerecido, y tiempo es ya de hacer Gobierno con menos pujos aristocráticos y mayor atención al interés legítimo de las muchedumbres descuidadas.

El principal remedio para los males de la actualidad consiste en plantear y mantener con vigor lo que debe llamarse un sistema de educación común; porque lo que hoy con ese nombre se designa está muy lejos de serlo en realidad. En un libro de lectura bien hecho se pueden reunir todos los conceptos de las ciencias y las artes que es bueno que todo hombre conozca: síntesis bien formada de cosmografía, de geografía, de historia, de física, de química, de biología é higiene, de historia natural, de sociología y de derecho y de moral bien entendida; si se enseña por otra parte á leer, escribir y contar, lo demás de la educación común debe consistir en la práctica del aseo y de todos los ejercicios físicos, morales é intelectuales que preparen á los niños para ser hombres y ciudadanos cumplidos,—los de exposición de las ideas y discusión serena inclusivas. En los ejer-

cicios constantes de la vida escolar puede llevarse suavemente á los alumnos de las escuelas que indicamos al conocimiento y práctica de las virtudes privadas y públicas que constituyen la dicha y el honor de los grupos humanos que viven de una manera racional en el planeta. Hasta en los juegos y esparcimientos á que los niños y los cercanos á la adolescencia se entregan con delicia, cabe una dirección atinada que haga útiles esos derroches de la actividad para altos fines educacionistas, los cuales, no sólo en las escuelas, sino en cuarteles de tropa y policía, lo mismo que en cárceles y presidios, deben servirse con buendiscernimiento para altísima trascendencia social. La principal educación es la de las costumbres, porque, como con razón se ha dicho, el hábito es una segunda naturaleza, y si es cierto que hay organismos humanos que nacen con vicios hereditarios, también lo es que la costumbre bien dirigida puede si no curarlos, aliviarlos en buena parte. Este asunto de la verdadera educación común constituye la base del porvenir social, si se entiende como debe entenderse, y no como semillero de disputas vanas como son las famosas pedagógicas, que ahora están tan de moda, acerca de si conviene ó no que todos los niños tengan elementos del idioma griego en que escribió Homero, y acerca de cuestiones gramaticales que tienen por muy interesantes ciertos pretendidos sabios que son unos verdaderos mentecatos. Hombres, y no académicos, es la necesidad de la época, como dijo un maestro de escuela que era un profundo pensador. Conviene, pues, una educación intelectual que prepare para la vida, en la cual entra ejercitar á los niños en la práctica de decir con claridad sus ideas, y de defender con serenidad sus opiniones, que de eso estamos bien necesitados.

Es importa, asimismo, mucho que se cuide de la educación física, ya que un pueblo de raquíticos no es dable que sea feliz ni grande. En cuanto á la moral, la que consiste en catecismos, está ya demostrando que no es buena; nada de disertaciones ni de

reglamentos teóricos, sino de costumbres, porque lo que se practica es lo que importa, y en una escuela bien organizada ha de respirarse, por decirlo así, la atmósfera de los principios racionales de la moral, que no van de acuerdo con cumplimientos y salameñas y exageraciones de prácticas cortesas ni con hipócritas encubrimientos de la naturaleza humana, sino con los sentimientos de mutuo respeto y recíproca fraternidad que deben marcar los procederes de los racionales que viven reunidos. Con educación concienzuda y tenaz es como hay que hacer la humanidad de mañana. Pequeños sabios atiborrados de hechos sueltos de una erudición sin digerir, no son niños llamados á llegar á hombres de pro; lo que hay que preparar es personas que sepan servirse de sus facultades y vivir en paz sin humillación con los otros.

Y para que haya la mejor disciplina que es posible ha de tenerse muy en cuenta, cual es el verdadero principio de autoridad, que no consiste en admitir toda autoridad de hecho como autoridad de derecho, ni en suponer á quien de derecho la ejerce, infalible, ni aceptar los errores y las faltas de la autoridad constituida sin que se pongan en descubierto y se rectifiquen los primeros y se subsanen las segundas. Las tres educaciones de que hablamos, discretamente impartidas, remedian lo que es en ello dable, las malas tendencias que son naturales en los hombres por vicio orgánico ó hereditario. En las escuelas y en las penitenciarias se trabaja para la construcción de mayor trascendencia que puede cobirse: la construcción del porvenir.

Uno de los problemas más interesantes entre los del derecho administrativo, es el que se contrae á la intervención que toca á la fuerza y cuidado de los Gobiernos,—ó dígase del Estado,—en cuanto á los intereses comunes. Con este punto se enlazan lo mismo las cuestiones que tocan á los intereses morales, que las que á los materiales se contraen; así lo referente á haber una religión exclusivamente



permitida, ó en alguna forma privilegiada, y á existir un sistema de educación común que el Estado imparte, impone y costea, como á dispensar protección y favor á ciertos métodos educativos; y á enseñarse por cuenta y bajo la vigilancia del Estado, ciertas profesiones, que á exigir simplemente determinados requisitos para su ejercicio; lo mismo á ejercer por los Gobiernos la caridad pública, que á prestar protección y ayuda á la privada; lo mismo, por último, á ayudar el Estado en formas diversas las industrias de un país, que á ejercer en las Aduanas severa vigilancia para que los productos de la extranjera no puedan entrar, ó entren á mucho costo suyo, á competir con las nacionales en las ofertas del comercio.

Hay una escuela de pensadores partidaria de la tutela absoluta del Estado en todos los detalles de la vida social, y como ideas de ese orden predominaron por mucho tiempo en Europa acompañadas por una tiranía insoportable; y como, aun sin eso, los servicios que el Estado presta, no fomentados por el interés particular, han solido ser tan mediocres como caros, tuvo que originarse una reacción entusiasta y vigorosa contra la entromisión de la autoridad social, en todo lo que no se refiere al orden y la seguridad común y á las relaciones internacionales de cada país. En los Estados Unidos del Norte se han dado los mayores ejemplos de la autonomía individual, municipal, y aun de la que pudiera llamarse provincial en casi todos los capítulos de la vida pública: allí el Estado consiente, sin proteger ninguno, todos los cultos religiosos que á la moral común se ajustan; la imprenta tiene una libertad ilimitada; las doctrinas más extravagantes, cátedra y libro: las empresas de todo orden son de la competencia individual, teniendo á su cargo el Estado poco más que las tareas de la política exterior y de la política general, aunque por extraño contraste ha existido durante muchos años una Adua-

na de miras rigurosamente proteccionistas en lo que á las industrias domésticas se refiere.

La imparcialidad del Estado en materias de embelecos y ficciones religiosas, que sean mentiras inocentes, de disputas científicas y literarias que no trasciendan de un modo pernicioso á la vida práctica, de empresas industriales de carácter inocuo y de agios y especulaciones que no tiendan á constituir monopolios perniciosos, bien puede encomiarse como bienhechora, aunque la línea fronteriza entre lo que en esos asuntos es permisible ó puede ser funesto, no es bien sencilla de marcar; pero que el afán individualista se empeñe en desconocer la necesidad de que el Estado se ocupe en servir de tutor á las ignorancias densas y de amparo á las miserias extremas, es locura manifiesta. El Estado representa, por ejemplo, el derecho del niño respecto de su padre,—poco importa que quien ejerza esta tutela se llame Gobierno Central ó Municipal simplemente,—todo ello es en cierto sentido, el Estado,—ya que quien trajo á la vida á un ser capaz de razón está obligado á no impedir su iluminación intelectual y que clamar en este punto por la libertad de los padres equivale á defender la de los malhechores más funestos. En el país que ha sido la fuente del individualismo práctico, así como del teórico, ha existido un impuesto especial para la caridad pública y es el criterio más aceptable á nuestro ver que en tal materia se ensanche considerablemente la esfera de lo coercitivo, porque es exigencia hasta de la higiene, que no exista en el país miseria honda y desvalida, foco siempre de podredumbres morales y físicas para las sociedades descorazonadas que en su seno las tienen. La América Latina, por su clima, por su fecundidad excepcional y porque todavía es superficial en ella la imitación de los lujos y de otras vanidades que en el Viejo Mundo preponderan, está admirablemente preparada, si sus clases dirigentes cumplen con su deber, para que la fraternidad humana tenga la victoria de que no existan en estas

hermosas tierras el desvalimiento y la desesperación consiguiente de ningún grupo humano. Lo que hay de malo es el empeño de copiar lo peor de la vida europea, en vez de dar impulso y calor á los brotes espontáneos propios de una naturaleza, asombrosa por lo rica como por lo bella, y de una raza de hombres que no tienen, por fortuna suya, solamente en las venas la sangre fiera, mezcla de la de los Godos y de la de los Sarracenos, de sus padres españoles, sino también la de aquella gente cándida, suave y angélica que poblaba este hemisferio antes de los horrores de la conquista.

Las ideas acerca de la intervención posible de la autoridad social en las costumbres privadas, han sido muy heterogéneas. En unos lugares, por ejemplo, se ha prohibido en absoluto el comercio de las bebidas alcohólicas, y en otros se ha establecido acerca de la materia una multitud de disposiciones, diversas en cada pueblo, para limitar más ó menos el vicio de que se trata, presentándose acerca de ello en este país uno de los casos más curiosos de la diversidad á que nos referimos; porque el Gobierno de Costa Rica, á la vez que fabrica y expende, con privilegio exclusivo en cuanto al nacional, el veneno alcohólico, limita la libertad de venderlo ciertos días determinados. Lo que la lógica exige en esta grave materia es que el alcohol, en cualquiera de sus formas y medidas se trate lo mismo que los demás venenos, usándose para su expendio, en todos los días de la semana, las mismas reglas que se guardan con el del opio ó cualquiera otra pócima de análogo carácter, ya que es cosa demostrada que tiene un influjo funesto, no solo en la salud física y mental de quien lo ingiere, sino en las generaciones futuras, por estar fuera de cuestión que origina, en cuanto á esto, seres enclenques, ruinos en lo intelectual y lo moral, y con frecuencia dementes peligrosos. Una de las necesidades de más urgente satisfacción en el país es acaso la que se refiere al cambio de una de las bases más importantes de la

hacienda pública, que sobre el comercio interno del alcohol descanza, en no pequeña parte.

Con respeto á la prostitución femenina se da también anarquía de criterios; prohibida en algunas regiones es objeto en otras de reglamentaciones cuidadosas, que tienden por una parte á alejar el roce de las mujeres impuras y su espectáculo corruptor, de las miradas inocentes, y que procuran además atenuar cuando no impedir los males posibles de las enfermedades que engendra. En Costa Rica, por vicio de un sentimentalismo excesivo, se suprimió, después de corto ensayo, el servicio de la profilaxis venérea, que si por mal organizado daba lugar á abusos, debió en buena hora perfeccionarse con el auxilio de la experiencia que países cultísimos tienen en tan grave materia, y de ningún modo dejarse de la mano como se hizo, dando amplio curso á uno de los males que en mayor grado menguan las aptitudes morales y físicas de las generaciones nuevas. Perseguir la difusión de los malos influjos á que acabamos de contraernos, tiene no menor importancia que obrar contra la vagancia, los juegos de azar, los duelos y las riñas.

Todas estas tutelas á que acabamos de referirnos deben ejercitarse en el grado solo de la necesidad que las exija y con la tendencia de impartir educación social hasta el punto de que pueda prescindirse de ellas en lo futuro; porque es claro que el ideal político y administrativo consiste precisamente en que no haga la autoridad nacional lo que puede hacer la que tiene carácter de municipal, y en que no haga la autoridad municipal lo que el ciudadano puede hacer por si mismo; pero ¿quién duda que nuestros municipios no están lo bastante preparados para manejar por si mismos la instrucción elemental y la higiene pública, que constituyen, á no dudarlo, asunto de su resorte, y que la educación general todavía es en estos países bastante insuficiente para que la autoridad social pueda prescindir de su tutela protectora? El individualismo

es natural que proteste contra gobiernos de hecho, —casi nunca de derecho,—que se meten en todo, de mala manera y sin fines útiles; pero allá en lo futuro tendrá que venir el verdadero gobierno social que no consienta opulencias vanas ni miserias tristes, y desde luego, y entre tanto, tiene que haber gobiernos que impidan que haya miserias desesperadas, que eduque á la fuerza, que riegue por todas partes nociones útiles, que tenga escuelas lo mismo en las cárceles que en los cuarteles, que vigile la higiene y el aseo de mataderos y de acequias, que impida las pesquerías imprudentes con que aquí se han agotado los criaderos de ostras, hasta de las perlíferas; que tenga cuidado de las aguas, para que no se agoten ni se pudran; que cuide escrupulosamente de hospitales y de cuarentenas; que haga arbitramentos para las disputas del capital con el trabajo; que atienda con suma diligencia las condiciones de la moneda del país, no sólo para que sea de buena clase sino para que exista en la cantidad que el volumen de los negocios requiere, lo cual es perfectamente posible si con pericia se procede creando moneda de papel que no sea ficticia, sino que sobre base hipotecaria escrupulosamente se levante; dando á las tierras del Estado útil empleo, promoviendo inmigración de excelentes condiciones, no sólo para el presente, sino también para el porvenir; llevando á cabo, en una palabra, todos los cuidados que un buen padre de familia tiene en su hogar, de acuerdo siempre con la voluntad del país, en los comicios manifestada, pero procurando alumbrarla por los amplios medios de que la autoridad central dispone y tendiendo, por otra parte, en todos sus actos á la fraternidad humana, que es la idea central y el poder dirigente de la civilización verdadera.

No están bien atendidos por lo común ni reglamentados como el estado de la ciencia actual exige, los mataderos, lo relativo á la crianza de animales, las industrias peligrosas por sus emanaciones, las salinas, los monopolios del Estado, los ferroca-

triles, la navegación de mares y de rios, las tierras públicas de uso municipal y común, los cuidados que exigen las enfermedades contagiosas. Debe prestarse atención y vigilancia á la limpieza de los excusados, á los trabajos en calles y plazas, á ciertas industrias como las de panaderías y carnicerías, paseos y jardines cloacas y cañerías: á la conservación de los bosques; á la reglamentación de la caza y de la pesca. Debe establecerse de acuerdo con la ciencia todo lo relativo á vacunaciones y cuarentenas. Deben existir prohibición y vigilancia, ó medidas especiales, acerca de juegos de azar, rifas y loterías, espectáculos de peleas de animales y de hombres. Debe cuidarse de las vías de comunicación, procurándose además los recursos de la inmigración y todos los que demandan la agricultura. Debe ejercitarse vigilancia sobre las posas y medidas del comercio, sobre los espectáculos públicos. Los cuarteles, cárceles y presidios han de ser modelos de higiene moral y material, oncominándose además el sistema penal del país á la reforma moral posible de los penitenciados. Debe impedirse la vagancia, lo mismo que la mendicidad, dando faena á los que no la encuentren y abrigo para sus necesidades á los que de él carezcan. Debe tenerse empeño en que el país sea agradable para los extranjeros y en que no encuentren en él perjuicio sus derechos personales ni sus bienes.

Debo existir una legislación que impida con severidad el uso de la prensa para injurias, que son siempre de mal efecto, asegurándolo á la vez la más amplia libertad en lo que se contrae á la difusión y defensa de las ideas y á los cargos concretos, hechos en buena forma, y que puedan justificarse y se justifiquen, contra todos los enrolados en la vida pública del país, por alto que sea su puesto. La sociedad de hoy está llamada á inspirarse en todos sus pasos en el criterio de la fraternidad humana, que es la civilización futura.

Aparecen hoy en completo desprestigio cier-

tas ideas que se miran como ilusorias y que sin embargo son la consecuencia natural del movimiento hacia la civilización verdadera que caracterizó el siglo recién pasado. Entre esas concepciones figuran la de la descentralización administrativa, la del arbitraje obligatorio para poner término á las contiendas internacionales, y la de toda tendencia á lo que pueda considerarse como una idea impregnada de lo que se ha llamado el socialismo. Hay en esa animosidad mucho de irracional: no es preciso desconocer que las sociedades de nuestra raza están, no sólo por su historia, sino hasta por su sangre, en mala preparación para la libertad civil completa y para el manejo de sus propios intereses, ó sea lo que llaman los ingleses y norteamericanos el Gobierno propio, para que se combatan las malas tendencias que acerca de ello existen y para que se procure ir las habilitando á fin de que lleguen algún día á tales alturas de la dignidad racional humana.

El asunto parece preñado de dificultades casi imposibles de vencer; pero ello no es más que la apariencia: con que se lleven á cabo en Centro América dos empresas que están hoy en proyecto,—una de las cuales tendrá que realizarse, quieranlo ó no los centroamericanos, porque tiene padrino que no la dejará morir en aborto;—con que se realice el arbitraje obligatorio y el instituto de educación centroamericana, organizándose éste en las condiciones del caso, no pasarán veinte años sin que haya aquí democracia racional y paz segura, lo que quiere decir: civilización de verdad. Todos nuestros males, y aun los sociales del mundo entero, tienen remedio perfectamente conocido: siglos antes de que Jesús predicara en la Palestina la fraternidad humana, había enseñado Budha en la India doctrina en lo esencial idéntica; y mucho tiempo antes que Moisés lo dijera á los judíos, había dicho Confucio á los chinos: "procede con los demás como tú deseas que los demás procedan contigo". Las pasiones que el egoísmo crea son las que han estorbado el triunfo de

la paz humana; pero la amarga experiencia acumulada por nuestra especie, ya es tiempo de que dé sus frutos.

Y eso es lo que importa. Aun la forma de gobierno, detalle que parece de tanta importancia, es cosa que tiene muy poca, si se la compara con el espíritu que anima las instituciones: no puede concebirse gobierno peor imaginado ante el criterio político de nuestros días, que el establecido para el manejo de los intereses de la religión católico-romana, por absoluto y por irresponsable, por infalible, y sin embargo, ninguno ha habido que en perfección se lo compare, entre los que el mundo conoce y practica, cuando estaba sentado en la silla apostólica el inolvidable León XIII. Sean los hombres racionales y perfectamente educados y ya encontrarán el camino para gobernarse así mismos con arreglo á derecho: en esto cabe bien recordar una de las frases místicas del predicador de Galilea: "buscad primero el reinado de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura". Lo que hay que hacer aquí es educar al niño desde que nace, cuidadosamente, para la libertad, para la igualdad y para la fraternidad;—que eso es el reinado de Dios y su justicia. La escuela,—no para enseñar á leer y á contar, sino para modelar todos los movimientos de la vida,—esto es la terapéutica y la farmacopea de todas las desventuras que nos afligen y envilecen.

Las reglamentaciones, por exquisitas que sean, pueden poco en la materia: hombres, y no reglamentos, es lo que se necesita. Por mucho tiempo estuvo siendo la admiración del mundo, por lo correcta y bien organizada, la policía de New York, por ejemplo, y hubo de descubrirse un día que era una institución podrida hasta el hueso, vendida á los tahures, á las prostitutas y á los vagos; en tanto que, una policía de hombres sanos con menos sabio reglamento, hubiera dado resultados bien distintos. De aquí una grito indiscreta contra las reglamenta-

ciones hábiles. No es cierto que éstas sean inútiles y que no haya de cuidarse de tener las buenas, por más que no basten para impedir grandes inconvenientes. Es cierto que las buenas leyes, si no se cumplen, son baldías; pero leyes malas con hombres malos son mucho más funestas. El caso es que en New York, á consecuencia de las buenas leyes, resultó todo averiguado, y fueron á presidio los grandes delincuentes, lo que dependió sobre todo del admirable sistema político en aquel país vigente, que tiene, entre otras grandes consecuencias, la de arrojar mucha luz sobre todo lo que se conecta con la vida pública, y la de que no puedan excusarse ni resulten ilusorias las responsabilidades de los que desvían, para su propia ventaja, los intereses del procomún que tienen á su alcance. Hombres excelentes resultan á veces fuerzas sociales ineficaces para el bien, por falta de reglamentación sana en los servicios de la vida pública. El mundo ha adelantado mucho en materia de higiene pública,—pongámonos por caso,—y es gran lástima vivir en la Edad Media, hedionda y oscura, por falta de noticias ó de cuidados para apropiarse los medios de defensa que se emplean contra las infecciones de los aires y las aguas en los pueblos que tienen, por decirlo así, el calendario de la centuria en que vivimos. Hay, pues, que cuidar de las dos cosas.

Es de gran importancia, lo que se relaciona con la cuenta y razón en el manejo de los dineros públicos, debiendo haber en esto el sistema de contabilidad sencillo é ingenioso que hoy conoce el mundo y que permite de una simple ojeada notar el desfaldo, y llevar además á la práctica un método de inspección continuo, que sirve por lo menos para evitar abusos de gran monta, cortando á tiempo los malos manejos que se encuentren.

Si cada oficina administrativa está encargada á personas idóneas, lo mismo en lo intelectual que en lo moral, el resultado tiene que ser por entero ventajoso, y á ello atiende el criterio que inspira

la ley de servicio civil de los Estados Unidos del Norte, recientemente adoptada en la isla de Cuba, con las modificaciones del caso. Este sistema de proveer los puestos administrativos es el único que pueda tener como consecuencia una administración competente y sana, serenando de paso la política del país, enferma en estas tierras á causa de las disputas, por el disfrute de los puestos públicos, que la saca de quicio y la corrompe.

Parece mentira, pero es lo cierto, que existe entre nosotros un sistema para la distribución de las tierras públicas análogo en el fondo al que produjo tantas injusticias y desórdenes en la Roma primitiva, en que los patricios despojaban á la plebe de sus derechos, y que dió ocasión á las famosas leyes agrarias; y hoy no es, por desdicha, la sangre noble, que llevaba consigo entonces cierta elevación y cultura de la vida, lo que constituye privilegio, sino la posesión del oro, que forma el más funesto de los monopolios. Tiempo es ya, lo decimos una vez más, de que los desheredados de la fortuna sean atendidos por aquéllos á quienes ella sonríe, so pena de las más terribles consecuencias.

Importa que los establecimientos destinados á la represión y castigo de los delitos estén en condiciones para que la vida en ellos sea completamente asada é higiénica, y que allí lo mismo que en los cuarteles de la fuerza pública y de la policía, se dé instrucción moral á todos, é intelectual primaria á los que la necesiten, para que siquiera obtengan esa ventaja, que no es pequeña, de su residencia en tales sitios. Importa,—y ello es parte de la educación fundamental,—que se acostumbre también á los niños como á los ignorantes, á no mantener agrias disputas y á someter las indispensables á amigables arbitramentos. Interesa sobre todo que, para gobernar á estos pueblos provechosamente, se estudien con cuidado sus relaciones económicas con los otros, de modo que su vida sea lo menos cara que pueda

conseguirse, y que los productos de su labor obtengan el premio que merecen, en lo cual, gobiernos que sepan llenar sus funciones, pueden hacer mucho.

Aquí, por las condiciones benignas de la Naturaleza, por el clima templado y la tierra fértil, no se conocen las grandes miserias de otras partes, y lo único que se necesita para la general prosperidad, es que las vías de comunicación se expediten lo suficiente para que no quede sin mercado por falta de ollas, su producción exuberante. Se necesita así mismo encontrar la manera de que el industrial tenga la posibilidad de emplear con alquiler barato, como auxiliares y no como tiranos; los capitales de que no puede prescindir para el fomento de sus labores: este es de seguro el problema más grave de cuantos pueden preocupar la atención de los estadistas de nuestra América Latina. Una solución del asunto que parece llana es la de levantar fondos en alguna forma hipotecaria sobre nuestras tierras feraces, creando, por ejemplo, una suerte de moneda de papel que tenga por respaldo, no un puñado de oro ó de plata, como la de nuestros bancos, sino una cantidad de tierra arable ú ocupada por edificios, en las ciudades. Si esta operación se realizase con suma prudencia, dando á la base de esa moneda su valor mínimo, parece que podría ser fecunda en halagüeños resultados para el país. Entraña, sin embargo, el gran peligro de que especuladores extranjeros puedan, por ese camino, llegar á ser más fácil y rápidamente que por otra vía, los verdaderos propietarios del patrio solar, riesgo más cercano y temible que el que ciertos pensadores superficiales ven dibujado en el horizonte para la ruina de nuestras nacionalidades, por la invasión injusta de los americanos del Norte: lo que es de temer no es que conquisten nuestra tierra, sino que la compren, pues es claro que pueblo que vive en la tierra de otro, no vive en su casa.

Con el establecimiento de un sistema de sor-

vicio administrativo por el que los puestos públicos no puedan ser grangerías de la política; con la perfecta independencia de la justicia del país, que la constituya en poder autónomo, independiente y soberano que resuelva todas las disputas; con economía severa, que deje de lado las parodias ridículas de los faustos europeos y vuelva à Costa Rica, à su primitiva sencillez y con resolver acertadamente los problemas económicos que son los que aquí importan, y no los agrícolas, como algunos pretenden, ya que por acá no hay hombres ni dinero para nuevas empresas de esa índole, ni estamos necesitados, como otros, de devolver à la tierra su fuerza perdida, que es el empeño agrícola dificultoso de resolver con que otros tropiezan; con buena educación, en fin, se tendrá aquí cuanto es necesario para la bienandanza de este pequeño, pero privilegiado país.

Conferencia sobre *Historia del Derecho*

(En San José de Costa Rica)

EN todas las sociedades humanas de que la historia ha tomado nota, por alejadas que aparezcan unas de las otras, se descubren, como es natural, dada la esencial homogeneidad de la naturaleza de los hombres, rasgos fundamentales que son comunes. En todas el anhelo de penetrar el misterio que envuelve el origen de la vida, la adoración á las causas y fuerzas desconocidas del universo que contemplamos, y alguna teoría acerca de la manera de hacer propicio lo invencible ó ignoto á la consecución de los planes humanos. Y obsérvaso en ello mayor uniformidad de la que por un examen somero pudiera sospecharse. Entre los chinos, que son de los más antiguos habitantes del mundo, el filósofo Confucio, creador en su mayor parte del sistema religioso del grupo, predica una máxima muy análoga en el fondo á la que Moisés anuncia á su pueblo como expresión de la Voluntad Divina: "procede con los demás como deseas que los demás procedan contigo"; máxima más discreta en buen análisis que la del gran maestro judío, que ordena amar á nuestros prójimos como nos amamos á nosotros mismos, lo cual no concierne, sino por excepción no-

table, con las leyes de la naturaleza humana. Y es digno de recordarse que Moisés no pudo tener conocimiento de lo que enseñó Confucio. Siglos antes de la aparición del cristianismo, enseñó Budha en lo India un sistema de vida muy análogo al de los primitivos cristianos; el abandono de todo lo que hay de egoísta y concupiscente en la vida, la caridad sin límites y el dominio completo sobre las pasiones egoístas.

La doctrina de Jesús fué la más perfecta y la más hermosa de todas las de su carácter. Pero, como alrededor de Budha y alrededor de Moisés, origináronse en torno de las ideas excelsas del profeta de Nazaret, métodos de vida y de adoración á lo desconocido, que aunque falsificaban el sello de sus ideas, estaban muy lejos de responder á la esencia de su apostolado, sustituyendo lo que había de total en su enseñanza, con fórmulas y ceremonias bien tejadas del núcleo de sus ideas.

Los indios imaginaron una divinidad del bien y otra del mal, para explicar las contradicciones y complicaciones de la vida; pero si se examina despacio su doctrina, se encuentran asimismo la humildad y el amor como piedras angulares de su edificación religiosa.

Y ello se muestra de la misma manera en la historia del pensamiento filosófico que se independizó de las religiones generalmente admitidas. Los griegos habían adoptado una religión que no era otra cosa en el fondo que el culto á los antepasados, que encontramos asimismo en los pueblos más antiguos, transfigurando á aquellos por la fantasía, en tipos grandiosos de las más notables condiciones humanas, pero dedicando adoración especial á la piedad, y sus pensadores independientes, aun apartando la mente, como Demócrito, del mundo de lo sobrenatural, dan origen al sistema filosófico de los estoicos, que consagra el abandono del egoísmo, la pureza de la vida y la benevolencia para todos los hombres, hasta el punto de que leyen-

do ciertos escritos de Séneca, contemporáneo de Nerón, parece que se leen doctrinas de un pensador cristiano, habiendo llegado á pretenderse por los colosos partidarios de la divinidad de Jesús, sin el más leve fundamento histórico porsupuesto, que el filósofo romano había sufrido el influjo de las predicaciones de San Pablo, y que Sócrates y Platón habían recibido una revelación especial del cielo.

Siglos después siguió habiendo pensadores independientes que, sin atingencia, con teorías, ni aun siquiera con hipótesis acerca de lo sobrenatural, han seguido enseñando que la fraternidad humana es la panacea más eficaz para los males que afligen nuestra imperfecta naturaleza; y precisamente cuando dió lo que se ha llamado racionalismo, ó sea el movimiento de la inteligencia humana independiente de toda hipótesis metafísica, más abundantes y selectos frutos, fué el momento histórico en que más se ha hablado con entusiasmo y calor, de la fraternidad de los hombres. Rousseau, aunque en forma imperfecta que dió lugar á muchas malas inteligencias, sostuvo que toda sociedad humana debe considerarse como formada en virtud de un pacto para la dicha de quienes la constituyen y Bentham explicó que debe tenerse por bueno lo que es conforme al interés del mayor número de los hombres y por malo lo que lo contradice. El filósofo alemán Kant, en dos libros inolvidables: (la Crítica de la Razón pura y la Crítica de la Razón práctica), explicó de un modo magistral como es imposible para la inteligencia humana formar concepto del origen de la vida, con razonamiento que puede llamarse matemático, llamando la atención por medio de sus célebres *antinomias*,* al hecho de que tan imposible es para nuestro entendimiento concebir la nada, como concebir una sustancia eterna, que no haya empezado alguna vez; nada y siempre son ideas antitéticas, imposible, de aparecer como verdaderos conceptos del entendimiento; ¿qué significa eso? Que el hombre no puede pensar lo absoluto, lo infinito, lo eterno, ni como afirmación ni como negación. En

el segundo de los libros que acaban de citarse, Kant desarrolla la idea de que sin necesidad de que ello sea un concepto concreto, imposible acerca del asunto, el hombre tiene por su naturaleza sensible, que aceptar la existencia de una gran sustancia incognoscible directamente, como origen y explicación de la vida, y que, de esa manera, sin conocimiento más directo, la inteligencia humana no fuerza sus leyes, sino que las obedece dando por existente, con sentimientos de adoración y reverencia, un ser, el conocimiento del cual supera las fuerzas de nuestro entendimiento:

Después de Kant, Comte en Francia, y en forma muy superior Spencer en Inglaterra, han preconizado un sistema de moral atea en que el hombre practica y debe practicar el bien, movido por lo que se ha llamado el altruismo, y es más discreto apollidar el impulso social que lo caracteriza, de la misma manera que lo caracteriza el egoísmo, explicando por el juego de estos dos resortes, por estos movimientos del ánimo que podrían llamarse centripeta y centrífuga, todas las acciones humanas.

El resultado de las ideas filosóficas que de una manera sintética acabamos de exponer, es que, ya con un culto vago á lo que se llama divinidad, ya aún prescindiendo de todo concepto de lo divino, se haya consagrado, principalmente del siglo XVIII para acá una suerte de religión que no mira al cielo, ni tiene esperanza de ultratumba, que consiste en procurar la armonía racional de los hombres, la compatibilidad de sus impulsos egoistas, y la proclamación como dogmas nuevos de la libertad, la igualdad y la fraternidad que entre truenos y relámpagos, harto más efectivos y tremendos que los del Sinaí dió como su expresión, el movimiento revolucionario con que se cerró en Francia el siglo antepasado.

Hay, pues, un derecho nuevo, latente por lo menos en las sociedades verdaderamente civilizadas, que tiene como base la religión de lo humano, y mira como inaccesible todo elemento divino del problema.

A esta religión se le hace con frecuencia el reproche de que es ineficaz, sin notar que el cristianismo tiene veinte siglos de fundado y sus consecuencias, prácticas resultan bien mediocres. El, antes que la nueva doctrina, debió modificar de un modo muy hondo el derecho internacional de los pueblos, que solo por los esfuerzos de ese humanitarismo desdeñado por los sacerdotes dogmáticos, empieza en la actualidad á retocarse, estableciendo reglas prácticas que amancen las guerras, reglamentos sabios en lo que corresponde al derecho internacional privado, acerca del valor de las convenciones y de los actos todos del derecho privado, realizados en un pueblo y que pueden tener trascendencia á los otros y manifestándose el anhelo de que se desarmen las naciones y de que el arbitraje obligatorio termine sus disputas. Existen hoy acerca de estos puntos esperanzas fundadas, así como relativamente á la constitución de un derecho universal que á todas las naciones civilizadas alcance y que establezca una común vida culta en el planeta.

El derecho político y el administrativo se han modificado como era natural, bajo el influjo de las ideas de armonía humanitaria legadas al mundo por la Revolución Francesa, y hechas más fecundas bajo el influjo de cualidades exquisitas de carácter moral é intelectual en los pueblos anglosajones.

Ya la antigua Grecia y aun la misma Roma conocieron todas las formas de gobierno hasta ahora encontradas como posibles por el trabajo de nuestra inteligencia; y no puede decirse que se está ahora mucho más adelantado que entonces para construir organizaciones políticas que satisfagan, sin injustos privilegios, los anhelos de las muchedumbres, y que no tengan el inconveniente de ser manejadas por los más, que son los ignorantes y los estúpidos. Se ensayó, antes, como se ha ensayado ahora, la monarquía electiva, así como la hereditaria, la república aristocrática, lo mismo que la plebeya, la dictadura militar y el despotismo civil más ó menos restringido. Los sistemas administrativos enteramente cen-

tralizados, ó con alguna forma de local autonomía, han hecho hasta ahora el mismo naufragio que los políticos.

La fórmula del caso parece ser la que ya en la Grecia antigua presentó un pensador, definiendo la aristocracia: el gobierno de los mejores; pero la dificultad consiste en hallar el método para que los mejores sean quienes gobiernen, habiendo demostrado la experiencia que no son hereditarias las condiciones excelsas, intelectuales y morales, por lo que, ya las monarquías, ya las repúblicas aristocráticas en que los cargos públicos en algún modo se heredan, ante el sentido común están desprestigiadas. En las repúblicas de hoy, en que el sufragio universal se usa, los designados para el poder llegan á su puesto en virtud de intrigas ó de atentados contra el derecho, estando á gran distancia, por regla casi absoluta, de ser los mejores, ni siquiera buenos. En Francia existe un sistema de sufragio muy indirecto, que ha sido menos malo que el de todas las demás repúblicas conocidas, pero que no puede tenerse por del todo aceptable. El remedio del mal parece consistir en que el Jefe del Estado no tenga las enormes facultades de que hoy disfruta. Por lo pronto es absurdo que indulte y que rebaje penas: ello debe quedar á la justicia del país, en condiciones perfectamente reglamentadas por la ley, y hallándose el poder judicial organizado con perfecta independencia, de manera que en el ejercicio de sus funciones se entore por muestras adecuadas de competencia moral é intelectual, por ejercicio de oposición, ó por lo que en España se ha llamado concurso de méritos, ascendiéndose por antigüedad y no perdiéndose el puesto sino en virtud de expediente con prueba contradictoria completa, esto es, del acusado y de quienes lo acusan. Dada una sociedad política en que ni el jefe de la nación ni sus delegados puedan regalar puestos públicos ni privar de ellos á quienes los sirven, y en que no tengan tampoco influjo alguno esas personas en la administración de la justicia, la

designación por sufragio del jefe del Estado carecería de inconvenientes, porque no habría intereses malsanos que lo entorpecieran y extraviaran.

En cuanto á lo administrativo, ha habido dos sistemas distintos que con mayores ó menores exclusivismos se han observado siempre: el descentralizador y el de la centralización administrativa típicamente implantado en Francia por el Emperador Napoleón. La experiencia ha demostrado en esta materia lo que el sentido común basta para presu-poner: que quien gobierna de lejos tiene que hacerlo mal; que hay materias por otra parte que dadas ciertas condiciones transitorias, conviene que estén centralizadas, á lo menos mientras la competencia que el ramo demanda para su dirección, no esté lo bastante generalizada para que deje de haber peligro en entregar ese negocio á los criterios locales.

Lo que se deduce de la experiencia de toda la historia, es la necesidad de implantar en todos los países civilizados un sistema de educación común, que tienda cuidadosamente á inspirar sentimientos de fraternidad, al mismo tiempo que de dignidad moral, única panacea para los males sociales en la generalidad de los casos, y único alivio posible, además, para las organizaciones enfermas, que por vicio hereditario sufren aberraciones graves en cuanto al sentimiento social, que en nuestra especie puede con tanto éxito cultivarse: ello dará un derecho futuro que sea la verdadera concordia y por lo mismo la dicha terrenal posible para las sociedades humanas.

Solón estableció en la Grecia antigua una legislación civil que puede considerarse en lo fundamental como el molde de todas las que han reglamentado la vida de los pueblos civilizados, si bien los jurisconsultos romanos lo dieron un desenvolvimiento admirable. Muchos años después, esta reglamentación recibió, dentro de su sistema, los últimos toques, por decirlo así, en el famoso "Código Napoleón". Lo que se nota, fuera de eso, en la historia jurídica, son detalles variados sin verdadera trascen-

dencia. Y con respecto á eso, la obra legislativa más original es el "Fuero Juzgo" de los españoles, es decir, de los visigodos, en el que se establecieron la tutela de la madre y la abuela, los gananciales y la dote que daba el marido en vez de recibirla.

Las pretenciones de originalidad que algunos pueblos han mostrado en esta materia, carecen de verdadero fundamento: un estudio concienzudo de las instituciones jurídicas de Inglaterra, por Glasson; de "El Derecho Germánico", por Lehr; del código actual del Imperio alemán, del Svod, especie de Digesto ruso, ó del derecho musulmán, según lo explica Sawas Pachá, pone de manifiesto que aun en las reglamentaciones más lejanas de la materia, está la huella del profundo genio y del saber de los romanos, que influyeron, por ejemplo, á los musulmanes por conducto de la Siria, donde se guardaban sus tradiciones acerca del asunto; y lo mismo pasa con otras legislaciones que muestran algunos empeños de originalidad, como la de Escocia y la de Irlanda, y de una manera evidente, aunque en mayor ó menor grado, en las de Bélgica, Holanda, Suecia y Noruega, Italia, Dinamarca, Suiza y Portugal. En cuanto á España y las naciones de sangre latina en América, sus códigos son copias con pocas variantes del famoso de Francia.

Todos los pueblos de la antigüedad que se dedicaron al comercio: la India, Fenicia, Egipto, Cartago, Atenas, Roma, tuvieron usos ó leyes y prácticas especiales relativas al tráfico mercantil. Hoy, con excepción de los pueblos alemanes y anglosajones, que han conservado tradiciones sobre este asunto, y del Japón que los ha seguido en buena parte, casi todos han copiado con modificaciones mayores ó menores el código emitido por el Emperador Napoleón de Francia, en el cual, con claridad suma se fijan las condiciones en que el comercio puede ejercerse en sus distintas formas, los registros de la materia, la manera de llevar la contabilidad de sus operaciones, el carácter de sus contratos especiales, y

las reglas á que han de sujetarse los concursos de sus acreedores, así como lo relativo á las sociedades de indole mercantil: todo ello en esencia es bien antiguo. La letra de cambio, por ejemplo, fué inventada por los judíos en la edad media, para evitar el transporte peligroso de valores metálicos y por las relaciones que en sus negocios en toda Europa había, y la palabra bancarrota procede de la costumbre, del mismo tiempo, de romper públicamente en Italia, caso de concurso fraudulento, el banco ó banca que en la plaza pública tenían los cambistas ó negociantes para celebrar sus tratos. De aquí procede así mismo el llamar Bancos á los establecimientos de crédito.

La ciencia de la Economía Política, como estudio especial, puede considerarse iniciada por la publicación en el siglo XVIII de la obra de Adam Smith: "La Riqueza de las Naciones", á la que siguieron las originales observaciones de Ricardo, sobre la renta de la tierra, y de Maltus, sobre el crecimiento de la población, adquiriendo gran desarrollo por la controversia acerca del libre cambio, promovida por Cobden y Bright en Inglaterra, á propósito de las leyes sobre cereales, que con tanto brillo analizó Federico Bastiat en Francia, y las publicaciones que acerca de las ideas socialistas sostuvo Proudhon.

Después se han hecho menudos estudios económicos sobre moneda, impuestos, crédito público y privado y todo lo que se relaciona con la producción, la circulación y el consumo de lo que se ha llamado la riqueza, esto es, todo lo que sirve para la satisfacción de las humanas necesidades.

El sentimiento de venganza que aun en los pueblos más civilizados los ataques al interés y al derecho individual provocan, fue sin duda el origen de la pena. Las sociedades primitivas acabaron por preferir la venganza colectiva á la venganza individual, que tenía, entre otros inconvenientes, el de legar de padres á hijos, entre las familias de los

ofensores y de los ofendidos, animosidades perpetuas con perturbación notable de los intereses sociales. Durante mucho tiempo la penalidad se re-intió de este carácter: castigos feroces y crueles, delitos imaginarios y procedimientos de averiguación de índole á la vez estúpida y salvaje, se encuentran en Europa, por ejemplo, muchos siglos después, de la adopción general del cristianismo, que parece incompatible con tales procedimientos. Las protestas de Voltaire contra ciertos famosos procesos penales de su tiempo, los esfuerzos de los filósofos franceses y la famosa disertación del marqués de Beccaria, sobre los delitos y las penas, iniciaron un sistema de pensar acerca de esta materia, muy diferente del que había predominado hasta el siglo XVIII. Y no deja de ser dato elocuente sobre la imbecilidad humana, el que la iglesia de más importancia entre las llamadas cristianas, usara, y no sólo en España por cierto, como algunos imaginan, los procedimientos de averiguación más insensatos y los castigos más crueles de que hay memoria entre los hombres.

Lo que ha venido después es una literatura enorme, y una serie de disputas como escolásticas sobre este asunto, más bien, que un conjunto de reformas prácticas y en todas partes adoptadas, como lo pide la civilización de nuestro tiempo. Es verdad que el procedimiento de averiguación ha avanzado mucho, dándose á los procesados generalmente toda clase de garantías sobre los errores judiciales posibles y acerca del trato que merecen mientras no sea evidente su culpa, y habiéndose adoptado casi universalmente el juicio oral y público para lo que á los delitos respecta. También es cierto que los castigos actuales son por lo general, de carácter racional y humano.

Pero se está en muchas partes lejos todavía de las reformas que esta materia particular demanda. En la época de la Revolución Francesa, un genial jurisconsulto inglés, Bentham, regaló á los revolucionarios de Francia su famoso libro titulado el "Pa-

nóptico", que encierra la única doctrina propia del tiempo en que vivimos. Este proyecto, hoy realizado en los Estados Unidos, obedecía á los siguientes principios:

1º. La sociedad no debe atormentar á los penados, conformándose con someterlos á una vida en todos conceptos higiénica y de constante trabajo.

2º. Los penados deben considerarse como enfermos de afección contagiosa, el perfecto aislamiento de los cuales es indispensable para que no contaminen á otras personas.

3º. En este aislamiento en que están de continuo frente á su conciencia y en diálogo no interrumpido con ella, deben sentirse constantemente vigilados, acostumbrándose así á obrar siempre bajo el influjo de una mirada tutelar.

Una torre central del edificio se construye de tal manera que un vigilante en ella colocado, tiene bajo su inspección todas las celdas en que los penados trabajan, cada uno completamente sólo. Es claro que en un mismo momento no puede mirarlos á todos, pero el penado ignora cuál es el momento en que lo mira, lo que es bastante para el efecto moral del caso, siendo de advertir que las celdas están siempre iluminadas. tres ó cuatro años de esta disciplina moral y física producen casi siempre resultado eficaz.

Hay penitenciarías de esta especie en que no se han presentado más de tres casos de reincidencia criminal en un período de cinco años. La higiene y el aseo son perfectos en estos establecimientos. Para el que no quiere trabajar hay castigos adecuados, de índole análoga al instituto, como por ejemplo: la celda á oscuras, que ha acabado siempre por tener consecuencias prácticas. Las únicas visitas que recibe el aprisionado son las del criado silencioso, la del médico que lo atiende en su caso, y la de la persona encargada de darle, en visitas periódicas, instrucción intelectual y moral. Esto es el tipo de los castigos que la sociedad tiene el derecho de imponer

à los criminales más ó menos natos, que se encuentran en su seno.

En efecto, la sociedad actual, la del tiempo luminoso en que vivimos, está obligada, dado el grado de racionalidad que posee, al arbitraje obligatorio de toda disputa, de las de nación á nación, de las de la política, de las posibles entre el capital y el trabajo: à la iluminación de toda ignorancia, lo mismo de la que consiste en no conocer las leyes generales del mundo, que la que consiste en ignorar las leyes morales de la vida racional humana; al socorro ó al alivio de toda miseria. Todo esto se dice en una sola frase: la fraternidad, la libertad verdadera y la igualdad sensata, son las reglas de la vida, como lo dijo al empezar la nueva era del mundo, la revolución formidable que hizo salir de la historia la sombra y la ignominia de los errores del pasado.

Las relaciones existentes entre los pueblos antes del establecimiento del cristianismo, se inspiraban exclusivamente en el interés egoísta y en el abuso de la fuerza bruta para dominarse mutuamente. Pero el cristianismo no ha llegado á producir un cambio esencial en la materia. Ha habido hasta ahora cambio en la situación de los prisioneros de guerra, tratados con relativa humanidad y otras medidas que no vale la pena de enumerar, ya para hacer menos rudos los encuentros armados y sus naturales consecuencias, ya para crear un derecho internacional privado que dé valor en cada país á los actos más importantes de la vida civil que en los otros se verifican, ya para conceder la extradición de los que habiendo cometido crímenes en un territorio nacional, se refugian en otro. Mientras el arbitraje internacional no sea forzoso en los pueblos cultos, no podrá decirse que la verdadera civilización cristiana ha comenzado. Ese día tiene que venir, y las mismas invenciones nuevas que hacen cada día más terrible el arte de la guerra y que tienen agobiados á los pueblos bajo el peso de los gastos que ellas demandan.

dan, tienen que apresurar su llegada. Poco importan las objeciones pueriles que algunos hacen contra la practicabilidad de ese progreso: de mayor peso y aparente fuerza las encontraría un salvaje á quien se dijera que en las naciones civilizadas las disputas sobre la propiedad y la represión de los delitos no se deciden por la contienda individual, sino en virtud de procedimientos judiciales y por autoridades serenas. Esperanza legítima cabe en nuestros días de que la ciencia encuentre los medios físicos para combatir los arrebatos pasionales que originan las riñas de los individuos y de las naciones: entre tanto, los esfuerzos de las inteligencias generosas deben tender á que el derecho se inspire en el anhelo de establecer la fraternidad, que es la verdadera civilización de los seres humanos.

La evolución social

LA constitución de la sociedad que puede llamarse vigente, se considera por muchas personas firmó como una roca; pero no deja de mostrar señales de vacilar sobre su base.

El ejemplo de lo que pasa en estos momentos en Rusia, en Turquía y en Persia pone on claro que un régimen puede parecer muy fuerte y estar interiormente carcomido. Algo semejante sucedió cuando Luis XVI convocó los Estados Generales en Francia, sin la menor sospecha de las consecuencias que aquella sencilla convocatoria había de producir.

Entonces, se dirá, la sociedad entera era un conjunto, en cierto modo armónico, de las más tremendas injusticias. El "tercer estado," es decir, el pueblo, estaba devorado como por dos cánceres, el clero y la nobleza,—y el poder Real era á la manera de un buitre que picoteaba la poca carne que escapaba de las úlceras. Los privilegios entrecruzados de la gente ociosa no dejaban al trabajador plebeyo más que un pedazo de pan negro y un poco de agua corrompida.

La sociedad de hoy, contestamos seronamente, —no está en el fondo mucho mejor organizada,—si bien es principalmente el despotismo del oro acumulado el que ha sustituido las dominaciones, los privilegios y los prestigios de otro tiempo. Ya se vende, por lo común, lo que se decía antes "no es-

tar en el comercio de los hombres," y á cada día que pasa se hace más marcado el desnivel de las fortunas con consecuencias tales que constituyen amenaza grave para todo lo que todavía se denomina y se tiene en apariencia como sagrado.

Y acerca de esa crisis del momento, cabe invocar un antecedente harto característico, recordado por un gran filántropo norteamericano, á propósito de la agitación de los ánimos en toda la República, con motivo de la lucha de ideas entre los partidarios y los opositores de la emancipación de los negros.

"Solucionen ustedes con dinero la cuestión agraria de Irlanda, escribía á un eminente político inglés! que eso cuesta mucho, me contestará usted de seguro. Me rio de la objeción. Aquí aconsejé lo mismo, á propósito de las luchas de opinión entre el Norte y el Sur por la esclavitud de los negros. Comprémosle al Sur sus esclavos, para redimirlos, exclamé. Para eso se necesitarían más de mil millones de pesos—me contestaron—burlándose de mi absurdo proyecto. Doce mil millones entre gastos y perjuicios directos é indirectos, á más de miles de vidas,—suma inestimable,—trajo como consecuencia el no aceptar tal iniciativa".

Esa lección de la experiencia no puede ser más elocuente. El desnivel social de ahora tiene que ocasionar á la postre tremendos cataclismos. Es preferible buscar cuanto antes sea posible su remedio. El inolvidable León XIII dijo con razón en una de sus encíclicas sublimes que el Cristianismo verdadero hacía supérfluos todos los planes socialistas. Es claro que si todos se mirasen y se amaran mutuamente como hermanos, ¿qué conflicto podría surgir entre los hombres? Pero esa solución es más difícil que la otra. Recen ó no en los templos,—la diferencia es nimia—los hombres no se sienten hermanos los unos de los otros. Por eso es indispensable acudir al buen sentido. En el actual movimiento legislativo de Costa Rica se ha trabajado por el ho-

gar del obrero, por la conocida "pena condicional," —conquista para los de abajo,—que es entre quienes la tentación del delito hace más fácilmente su presa,—y se ha pensado, por último, en poner la tierra arable al alcance del trabajador pobre—por más que no se descubra como, sin auxilio pecuniario, pueda ello servir á quien no tenga sino sus brazos para la tarea, que es precisamente el que más necesita protección. Esto se llama oír y atender la consigna de nuestro tiempo.

Que se calcule por un momento lo que el mundo civilizado de hoy gasta para la guerra. Es casi incalculable. No es sólo la cantidad de pólvora y de dinamita, las armas, los acorazados, las vituallas: es, asimismo, la suma de trabajo malogrado,—sustancia más preciosa que el oro y los diamantes.—y á la postre la guerra misma: la cosecha perdida, la casa en ruinas,—la marca de la desolación sobre la tierra,

Y todo ello, sin tener en cuenta otro mal inevitable,—la obra del odio,—y la semilla del odio para una plantación definitiva entre dos pueblos,—bien sean ellos dos pueblos ilustres de la América, como el Perú y Chile, bien sean ellos dos pueblos insignes de la Europa, como la Francia y la Alemania.

La paz interna no es menos importante que la externa, y para alcanzarla y mantenerla es indispensable, antes que satisfacer la codicia y la vanidad de los que como caudillos pueden perturbarla, ocuparse en aliviar la miseria y en llenar las necesidades urgentes de las plebes. Con los recursos de la ciencia de ahora, con los elementos de que hoy se dispone, las exigencias de que hablamos pueden atenderse si se les da la importancia que merecen.

Mucho nos hemos empeñado en que, por cuidado de la policía, se forme en Costa Rica un verdadero censo de los desvalidos,—diligencia que es la base necesaria para emprender trabajos á fin de que, por el oficio de sociedades filantrópicas, ayudadas por el gobierno, reciban socorro á domici-

lio, ó en hospitales y asilos, todos los de ello necesitados.

Debe ayudarse á los artesanos para que lleguen á poseer hogar propio, que sea limpio y atractivo y á que por medidas análogas á las de Francia, Alemania y Bélgica, tengan la manera de hacer frente á las enfermedades y al desvalimiento de la vejez, así como á dejar asegurada la suerte de su viuda y sus huérfanos cuando llegue su muerte.

No es necesario para que se adopten los planes que acabamos de indicar que vengan artesanos al Congreso legislativo: su dedicación incompleta los hará equivocarse con facilidad, aun en el manejo de sus propios intereses,—no produciendo ello otra cosa que vanidades pueriles y pretenciones insensatas.

Se ha comparado el talento desprovisto de buenas condiciones morales á la luz del fósforo, que alumbraba pero no calienta; pero como algún pensador lo ha hecho notar, la buena intención sin cultura puede ser la tiniebla que abrasa, la combustión umbria, el incendio sin resplandores,—no menos devastador por eso.

No queremos una sociedad nueva en que entren á ser exploradores algunos de los deshonorados de hoy; esa es una reforma miserable.

Nada se gana con que quien no está preparado para ello, por educación adecuada, sea juez ó diputado ó gobernante: funciones tales requieren preparación y competencia, lo de que el sentido común basta para el caso no es más que un dosatino enorme. Que hombres competentes en lo intelectual puedan ser inmorales, y tanto más pernicioso, acaso, cuanto más inteligentes, lo único que pone en claro es que si carecen de virtudes cívicas no deben ser escogidos los inteligentes para llevar esas tareas. Lo uno y lo otro, y el conocido intento de hacer República que sea "para todos", han de exigirse en el legislador de estos países.

El pasado presentó ya,—en cuanto á humanas,

sociedades,—algunos espectáculos brillantes; la monarquía francesa de Luis XIV, ó bien la de Napoleón I, la Italia de los Medicis en Florencia, ó de los Papas amantes de las bellas artes en Roma,—la de Bounarotti, la de Rafael de Urbino, la de Benvenuto,—la España de Carlos V y de Felipe II: lo mismo Alemania que Inglaterra, y aun naciones más modestas podrían citarse en momentos esplendorosos de su vida. Los Estados Unidos, por sus libertades políticas y sus portentos de mecánica é industria ocupan, en ese concepto, lugar prominente en la memoria. Y sin embargo, todas esas sociedades tienen la misma lepra en las entrañas,—engendrada por la misma soberbia indiferente de los unos y la miseria desesperada de los otros.

No queremos ser brillantes, opulentos ni poderosos,—ni siquiera grandes artistas: no lo podemos, de seguro. Podemos, en cambio; nuestra misma pequeñez nos hace aptos para ser en cambio el pueblo más cristiano,—esto es, el más fraternal de entre todos los pueblos de la tierra. Aquel en que el verdadero dolor de la vida sea menos intenso,—en que el frío de la desesperanza no exista,—en que nadie esté á solas con su pena. La legislación nacional, los cuidados del Congreso Legislativo, deben tener ese criterio. Que no haya desamparados, que no haya ignorancia extrema, que á nadie, ni al criminal más obstinado, se arroje en el aislamiento de su angustia. Una sociedad que ya empieza á saber volar, que tiene el telégrafo sin hilos y la vacuna de la rabia, que llegó al Polo Norte y está llegando al Polo Sur, no debe tener guerras, ni debe alborgar en su seno miserias sin alivio. Cuando había esclavos en Cuba, todo cubano noble de alma padecía de una tristeza indecible. Yo deseé mil veces que se envenenaran las cañas, porque hombres doctos me aseguraban que esa riqueza enorme hacía indispensables los esclavos,—como he deseado aquí que se envenenen los bananos si ellos han de traer la castración de Costa Rica. Ya no hay esclavos en

el mundo, porque la familia humana no ha sido hecha para que doble la cabeza, sino para que la hierga. Perfectamente posible es,—en un país pequeño como éste, sobre todo, que no haya siervos de la miseria, desamparados de la sociedad, casa sin pan, ni sueño sin hogar, ni dolor que viva solo. La actual sociedad acabará por modificar, sin duda, la propiedad y la herencia para que haya mayor equidad en el reparto; pero León XIII ha dicho bien: qué importan los desniveles, las desigualdades,—qué importan los abismos,—si el amor los colma? El hombre de nuestro tiempo debe recibir este bautismo,—de agua pura y limpia,—que es la del cristianismo. Que la república se gobierne por los que, siendo sanos, sean los más doctos; pero que sea república de veras, es decir, para todos, y que los más doctos sean de los que alumbran con su doctrina á los demás.

NOTAS

El Derecho en la Edad Media

NAY un curioso período histórico que es discreto estudiar aparte de toda designación geográfica ó étnica. Nos referimos á lo que se ha llamado la *Edad Media*: la época de la Escolástica, de la tiranía religiosa, del Feudalismo, de las pruebas por el tormento, de las brujas, de la Caballería, que se ha juzgado por muchos como una interrupción, como un trastorno pasajero de la ley general del progreso en la Historia.

Tanto el fanatismo como la intolerancia religiosa, que es su consecuencia, acarrearón entonces grandes males: fué inmenso el número de asesinatos y de horribles tormentos que las pasiones religiosas produjeron, y tuvo que ser trascendental en todos sentidos el error de que se tenía una comunicación directa con lo suprasensible, por lo cual toda investigación científica y toda labor autónoma del pensamiento venían á ser, no sólo innecesarias, sino perjudiciales: la Escolástica, imponente elaboración sobre el vacío, constituyó entonces, como un gran pensador lo ha hecho notar, una gimnasia al revés, no para crear atletas, sino para producir cojos y mancos.

En el derecho, lo mismo que en la ciencia en general, se sustituyó la luz del sentido común con la de luminares fantásticos, que constituían dogmas tan estrechos como absurdos.

He aquí la síntesis: toda autoridad viene de Dios; justificación y amparo para todos los despotismos posibles, lo mismo el del padre sobre el hijo y el del marido sobre la mujer, que el del amo sobre el siervo, el del rico sobre el pobre, el del gobernante sobre el gobernado, el del fuerte sobre el débil: la posesión privilegiada por unos pocos de los oráculos del cielo tenía que colocar el resto de la tierra, en las tinieblas de una esclavitud ignominiosa.

De aquí brotó lógicamente lo que se ha llamado el jesuitismo: el principio absurdo de que un buen fin justifica todos los medios que para su servicio se empleen, y eso unido al desprecio demente de la carne que es lo único que somos, transformando el pensamiento humano en una entidad aprisionada dentro de ella, y que tiene que aborrecer su cárcel, por la lógica que encierra lo mismo lo absurdo que lo razonable, hubo de engendrar una cabal desorientación de la conciencia.

El Derecho fué, por lo mismo también, vuelto de revés, sustituido por el monstruo de mil formas del privilegio, que es su verdadero antagonista.

Por dicha, la esterilidad mental que hubo de aquejar entonces necesariamente al pensamiento, castrado y en otras varias formas mutilado, impidió que las semillas maléficas á que nos referimós dieran la progenie de maldición que era de temerse. Pero por leyes misteriosas, el sentido común había de tender á la rebeldía del despotismo multiforme de que era víctima: renació el estudio de la Historia: evocóse del sepulcro en que yacía la cultura antigua y como Lutero tuvo la idea genial de traducir la Biblia, la catástrofe espantosa para la humana inteligencia pudo conjurarse.

De justicia estricta es, sin embargo, hacer constar que la influencia del predominante catolicismo

debe descomponerse en las consecuencias de los dos factores distintos que la constituían; porque suponer que no había católicos que fuesen cristianos sinceros apesar de sus supersticiones, es cerrar los ojos á la evidencia de la Historia. Un fraile, Bartolomé de las Casas, fue como un evangelio vivo, que ejerció ministerio de amor y amparo y consuelo á través de las iniquidades de la conquista católica de este Continente. Santo Tomás de Aquino, enseñó que la ley, para tener autoridad, debe ser expresión de la voluntad general; pero que ni entonces será aceptable cuando traspase los límites del derecho individual, de los principios esenciales del cristianismo; ni Rousseau, ni la Revolución Francesa, propagaron doctrina más benéfica y trascendental en el asunto. Los monges fueron los únicos maestros y los únicos limosneros del período; la Iglesia redimió cautivos, redujo las matanzas, predicó y obtuvo treguas en la guerra incesante, salvó muchos tesoros de la cultura antigua; fué á veces el único muro con que tropezó la corriente de la iniquidad entonces desatada,—por más que el oleaje de los vicios y de las pasiones de aquel tiempo la salpicara con su lodo.

La guerra, la adoración al valor físico, y á la fuerza bruta, tuvo tanta parte como cualquier otra causa en la ocasión de aquellas desventuras; el régimen militar engendra siempre el privilegio, y éste desconcierta el Derecho. Aquella sociedad era como una pirámide invertida en el ápice de la cual agonizaba el plobeyo. Los vasallajes de unos señores á otros, que constituían el feudalismo,—especie de enfiteusis de hombres y tierras, venían á pesar en definitiva sobre el que trabajaba con las manos sin usar para ello la espada. En cuanto á la labor de la inteligencia, un tanto desdeñada en ocasiones, no dejaba por lo común de alcanzar grandes honores, siempre que no consistiera en socavar los dogmas de la Iglesia. aun del más indirecto modo, y cuando consistía en el manejo atinado de las armas, por os-

curro que fuese el origen de quien la empleara, lo llevaba á las cúspides de la vida. Los haudidos, á veces oscuros de la conquista normanda, fundaron la pretenciosa aristocracia inglesa de hoy;—por descender de uno de aquellos piratas, dice Byron, soy una persona decente,—y la aristocracia sajona, por vencida, fué á confundirse con la plebe.

La época á que nos referimos, que no puede considerarse cerrada á pesar de la reforma religiosa y de la Revolución Francesa,—refleja una lucha,—sorda á veces,—entre elementos antitéticos: la fuerza bruta y el poder del oro, por una parte, la conciencia humana por otra. La religión,—no lo que así se llama, sino la de los corazones sinceros y los principios vívidos, el arte que ennoblece la sensibilidad y doma las pasiones, pero que puede también profanarse y usarse á la inversa, la ciencia que redime de muchas esclavitudes de las que impone la naturaleza, la bien entendida libertad política, acabarán por crear una democracia universal, sujeta en todas sus disputas al arbitraje obligatorio, y limpia, por higienes hoy no sospechadas vulgarmente, de las mayores miserias, no sólo físicas, sino morales, que ahora nos pudren y aniquilan. La Edad Media,—que hoy miramos aun reinante por ciertos caracteres esenciales suyos,—fué época de principios proclamados y no vívidos, de cristianismo más aparente y formal que hondo y de exacto concepto, de divisiones y subdivisiones entre los hombres, de soberbias y concupiscencias con frecuencia disfrazadas. El feudalismo de nuestro tiempo es el del oro, pero ya no se roba exclusivamente por medio de batallas, hazañas de bandoleros en grande escala, y la Economía Política, enemiga aparente del espíritu ideal y religioso, con ser la filosofía del trabajo, lo sirve en el fondo en trascendental concepto. Nuestro tiempo es el de la química y el de la mecánica, pero es también el de la elocuencia y el de la música. La civilización que es el ideal de hoy, tiene ya sus elemen-

tos principales predicados por incesante propaganda. En cuanto á lo que se ha llamado *Edad Media*, el más falso de sus conceptos del Derecho estriba en el sacrificio exagerado de lo individual á lo social y de lo esencial á lo formal, así como en la ausencia de libertad y de igualdad, sin las cuales la fraternidad del cristianismo tiene que resultar una gran mentira.

Había cuudido entonces por toda Europa el catolicismo, y el servicio directo ó indirecto de la Iglesia se hizo de gran va'ia, acudiendo á ello muchodumbre de ambiciosos y codiciosos hipócritas, no como servidores del principio que era su eje, sino como parásitos de su bodega y de su mesa.

El cristianismo se adulteró por completo, se hizo supersticioso, verbal y farisaico; trocó en pompa su humildad característica, dependió de las formas y no del espíritu, contra la terminante abmonición del Nazareno. Simón el *mago*, el coetáneo de los apóstoles, sirvió de tipo á muchos. Todos los dones del cielo formaron una inmensa venduti, una almoneda repugnante. El manto burdo y los pies desnudos del fraile, equivalieron á la púrpura y á la corona. Los conventos fueron asilos de concupiscencias, el misticismo real fué una neurosis epidémica, y el afectado una lepra que llegaba hasta el hueso de todas las instituciones. Delirios de voluptuosidades ináuditas y de crueldades inverosímiles se desenvolvieron entonces, como en las épocas de los primeros y los últimos céсарes: el paralelismo es tan indiscutible como prodigioso.

La doctrina de las indulgencias que la Iglesia vendía y que dió origen á la revolución más importante que se ha realizado en la Historia del cristianismo, basta para juzgar ese período. La tal doctrina, á la luz de nuestro tiempo, parece en realidad un

disparate portentoso: supuesto que el Hijo de Dios derramó toda su sangre por salvarnos y que una gota de ella era bastante para el caso; la Iglesia como depositaria del tesoro de *gracius* en tal sacrificio encerrado, lo vendía al pormenor para cubrir sus necesidades, no siempre nobles y elevadas. El disgusto con que los soberbios alemanes se veían en dependencia de un grupo de prelados italianos no tuvo, poca importancia en el asunto: toda la Historia está hecha con esa mezcla de materiales, puros los unos y groseros los otros.

La Edad Media parece expirante sólo porque lo está en el cerebro de los pensadores privilegiados, á pesar de tantos tronos de emperadores y de reyes, de tantos templos para la idolatría, de tantos conjuntos de bayonetas y de cañones, de tantos privilegios y desigualdades; de tanto como parecen pesar todavía el oro y el hierro en los destinos humanos en el momento histórico que atravesamos.

Y sin embargo, de todo lo antes dicho; hay en ese período histórico, tan lleno de sombras, algunas irradiaciones maravillosas de la luz del cristianismo: algo en realidad ideal y poético en el sentido más exacto de esas palabras; el culto á la belleza, á la pureza y á la debilidad de la mujer, las cortes de amor, los torneos, la caballería sobre todo,—tipos de guerrero y tipos de fraile que son maravillas de la Historia, anhelos de amparar al débil, de aliviar lo desesperado, propósitos de humillar la fuerza al derecho; una multitud de actos y de ideas que son acazo lo que más resplandece en la Historia. Quien lea el *Orlando Furioso*, por ejemplo, si se da cuenta cabal de lo que aquellos desatinos significan, comprende que, como un testigo lo ha referido, Voltaire derramará lágrimas de entusiasmo oyendo recitar en italiano ciertos trozos del poema. Es claro que para el puritanismo inglés todo lo que la edad media en-

cierra, puedo aparecer como sencillamente abominable; pero para un criterio más amplio é imparcial las viejas torres góticas y los grandes conventos y las lides caballerezcas y los torneos de amor no carecen de notable trascendencia en la Historia. En cuanto al estudio del derecho, no hará, el que lo haga, viaje en vano en busca de los documentos que forman la herencia y como el testamento de la Edad Media con respecto á inspiraciones y leyes que sirvieron la causa de la fraternidad humana,—fórmula la más cabal de la sociedad futura, que el verdadero derecho tiene que buscar sin descanso. La Edad Media puede ser ventajosamente estudiada en ese concepto, resultando en realidad que no es un período donde el progreso humano se detuvo del todo, sino que, por lo contrario, hay ahí destellos que son como avisos de la gran iluminación del porvenir.

El Derecho en Francia

II

EL Derecho francés comenzó bajo auspicios muy análogos á los que presidieron los primeros pasos del Derecho español. La dominación romana y las irrupciones de los bárbaros llevaron sucesivamente á Francia legislaciones diferentes y que concluyeron por mezclarse. Vinieron más tarde, durante el feudalismo, costumbres jurídicas, fruto de la época, que formaron el núcleo de un derecho nuevo; sustituyólo después el predominio de la monarquía con el derecho estatuido por las ordenanzas de los reyes; y á la postre, pensadores atrevidos implantaron un orden de cosas en que se buscaba el mejor servicio de la naturaleza humana, sin respeto alguno por lo que no tenía otro apoyo que la fuerza de las tradiciones; tal fué el derecho según la revolución famosa que cerró el antes pasado, y abrió el brillante siglo que terminó recientemente. Reflejo de la época, en cierto modo enciclopédica, que rigió el genio del Emperador Napolón, época en que se restauraron instituciones de los tiempos anteriores á lo que puede llamarse *diluvio revolucionario*, á la vez que se establecían precipitadamente osadas reformas, fué la monumental codificación francesa comenzada por el código civil de 1805. Allí no se olvidó, por cierto, el derecho romano ni las primitivas costumbres y legislaciones de la Francia, ni dejó de darse á eso, como sello nuevo, el de las ideas que los antecesores de la revolución y la revolución misma habían esparcido por el mundo. Este Código, por responder al espíritu del tiempo

de transición en que aun vivimos, tuvo general y legítima influencia en todas las legislaciones latinas, y aun en todas las modernas.

Distínguese el derecho francés por su sabiduría técnica y por la claridad y exactitud de expresión, que dan á la lengua de sus juristas el carácter de una matemática, así como por el método para organizar las instituciones y para enlazarlas; todas las cualidades que brillan en el genio francés, y que prestan sabor de arte á sus creaciones más áridas, se han marcado; como era natural, en el derecho de esa nación privilegiada. En cuanto á los vicios de que adolece, dependen de haberse extremado ciertas tendencias que en sí mismas eran aceptables. La primera es la tendencia filosófica que en contradicción con la histórica, produce cada vez que se manifiesta una revolución en el Derecho, introduciendo en él de prisa, toda idea nueva que puede ser un estímulo y un medio de acción para el desenvolvimiento humano, sin atender lo bastante las condiciones del medio ambiente social, ni las raíces de las viejas instituciones, que no es posible arrancar de cuajo y de un golpe sin agrietar el suelo. La otra de las tendencias á que nos referimos, es la socialista, que desconfiando de la iniciativa individual y del libre juego de las actividades particulares, procura resolver por la fuerza y extraordinarios recursos del Estado, los grandes problemas que interesan á la vida esencial y desarrollo progresivo de los organismos sociales.

En cuanto á la tendencia socialista, las ideas que han marcado su huella en el derecho francés, han sido de un carácter artificioso, incompleto y contraproducente. Hubo en el período revolucionario tentativas de establecer una nueva organización social guiadas por aspiraciones vagas y mal encaminadas, y se ha dado después una multitud de sistemas, mal concebidos todos, en cuanto á la reforma social, uno de los cuales trató de llevarse á la práctica por el Estado con lastimosas consecuencias: el

sistema llamado del derecho al trabajo y apadrinado por el célebre Luis Blanc. En virtud de este orden de ideas, se intentó crear trabajos públicos para dar ocupación bien remunerada á inmenso número de obreros que se quejaban de no tenerla. Un intento de esa clase era de una insensatez notoria dada la organización social de ahora.

Pocas naciones pueden influir hoy de una manera tan seria y en el mismo grado que la Francia en la marcha de la civilización humana: la gracia, la elasticidad de ánimo, el ingenio, la generosidad expansiva, que imprimen carácter á su inteligencia, á su lenguaje y á su conducta, han hecho que la ligereza, el sensualismo extremo y la inmoralidad honrada, que han marcado con frecuencia sus procedimientos, se disimulen muchas veces y acaben casi siempre por perdonarse. En la región del Arte, que tanto influye en la vida social, sin dar en la esfera de la producción espontánea, sino muy excepcionalmente, los frutos prodigiosos de Inglaterra, Alemania, Italia y España, ha sido investida con el carácter de Juez del buen gusto y de *arbiter elegantiarum*, á veces con gran ventaja y otras con verdadero perjuicio para la civilización. Movimientos políticos, en Francia más frecuentes y convulsivos que en ninguna otra región del mundo, pueden traer allí, lo mismo que un cambio en la organización del derecho que nos acerque á un grado mucho más alto en la evolución social que aquel en que nos encontramos, una tremenda reacción que nos haga perder mucho de lo conquistado y afirmo por largo tiempo las trabas que estorban el progreso racional humano. Ha sido el país más notable por la habilidad y la elocuencia con que ha hecho contagiosas sus ideas y trascendentes sus conquistas. En la esfera del abstracto pensar filosófico, lo mismo que en la del concreto pensar científico, ha iniciado procedimientos intelectuales de grandes frutos en la historia del pensamiento.

Descartes, ya como pensador, ya como geóme-

tra, fué uno de los creadores del progreso moderno. Laplace y Leverrier ocupan altos puestos en la historia de la mecánica y la astronomía. La química, la geología y todos los demás estudios nuevos deben á Francia algunos de sus mayores pasos, y en parte alguna del mundo se ha empleado en mejor forma el arte de escribir y hablar con elegancia y elocuencia ni se ha trabajado con mayor entusiasmo por la propagación universal de los pensamientos generosos y de las verdades útiles.

En Francia, primero que en España, se procedió á la reconstrucción del Derecho, reuniendo con sabiduría técnica admirable y con genio singular, á los elementas viejos del derecho romano que merecían conservarse aún, todos los que el aluvión de su historia había acumulado, en una construcción imponente: el famoso Código Napoleón, que ha sido imitado ó copiado por casi todos los pueblos cultos y que tiene grandes reflejos en la legislación de Costa Rica. Un exámen atento de esta obra inmensa pone de relieve, sin embargo, que en ella nada ha añadido el tecnicismo francés al romano sino una parte,—fuera de reglamentaciones de detalle verdaderamente exquisitas,—la relativa al Registro de la Propiedad ó Hipotecas;—pues el registro del Estado Civil se deriva del censo romano,—institución tan importante que constituye una gran conquista del derecho, y que es de esperar que origine con el tiempo el establecimiento de un registro de valores que haga imposible el engaño en materia de comercio, impidiendo la impunidad de las insolvencias de mala fe, lo cual, mientras se mantenga la egoísta organización social hoy establecida, es de un interés notabilísimo.

Hay un aspecto de las ideas jurídicas característicamente francesas, digno de especial atención: lo que puede calificarse como la tendencia á la uniformidad: es lo que constituye al carácter homogéneo de los movimientos más diversos. Las asambleas revolucionarias revelan, si se las estudia con

cuidado, el mismo propósito en el fondo que hubo de realizar más tarde Napoleón I. La mano de hierro del déspota pudo hacer lo que la mano sin nervios de la revolución había intentado en vano. Una sociedad simétrica, una máquina llena de resortes armónicos en que toda organización posible estaba sustituida por un mecanismo. Lo más curioso del fenómeno es como las entidades más esencialmente opuestas desempeñan un papel análogo: es cómico y trágico á la vez ver en la corte del corso singular los Obispos conocidamente ateos, las grandes señoras que han sido antes lavanderas y que lo son un poco todavía, los soldados de fortuna y otras figuras semejantes, constituyendo en el movimiento social resortes idénticos á los de la gran nobleza y el alto clero que la revolución francesa había destruido antes. Lo que explica superficialmente el fenómeno es el carácter poco sólido y nervioso que las ideas francesas tienen por lo general. La Francia, por su imaginación impresionable y su sensibilidad viva es siempre como un niño á quien se engaña con facilidad y á quien hay que divertir constantemente, y hay en sus arrebatos más nobles como en los más grotescos un carácter femenino que explica así sus grandes puerilidades como sus grandes abnegaciones. Es aquel un país capaz del gusto más exquisito y de las extravagancias más chocarreras; en que se han dado los excesos más grotescos entre aquellos de que se burlaba Fray Gerundio, á propósito de los malos predicadores y en que un Bossuet y un Fenelón han impreso, respectivamente, á la palabra de la Iglesia el sello que hubieran podido darles, por una parte de primeros predicadores del evangelio que habían oído al Redentor, y por otra los profetas terribles y abruptos de Israel, y ese contraste ocurre en todas las esferas: al lado de la tragedia pedante, aunque grandilocuente á veces de Corneille, y de los trabajos fríos y académicos de Racine, aparecen las comedias idealmente humanas de Moliere y las fábulas, dignas de

los mejores tiempos de la Grecia, del ingenioso La Fontaine.

Con respecto al derecho futuro, Francia puede contribuir en primer término dando calor, brillantez, eficacia á las ideas de la reforma social, originada principalmente en las regiones alemanas.

Francia contribuirá al triunfo del derecho nuevo con su lengua flexible, con su talento para la exposición y nomenclatura de las ideas, con su elocuencia concisa con su gusto exquisito, con su fecundidad y su ingenio. Será el primer país, probablemente, en que las artes bellas servirán con devoción sincera la propaganda y siembra del evangelio que ahora se necesita; y ya, aunque en forma bien imperfecta aún, ha comenzado esa tarea. La lengua tersa, desnuda de inútiles redundancias, ágil, fresca, elegante, nerviosa, intensa de expresión que el nuevo derecho necesita, la tiene ya la Francia. Y no hay tecnicismo jurídico, antiguo ó moderno, que luche en perfección con los que ella posee.

Con respecto á la situación de la mujer, las ideas francesas no están á la altura de las inglesas, en cuanto á la independencia ó importancia que le corresponde; pero no hay en Francia preocupación alguna fuerte que se oponga á las modificaciones que en esta parte la sociedad actual requiere, y ya ha comenzado en ese concepto en su seno un movimiento revolucionario. El matrimonio, la familia, la herencia, el respeto supersticioso por la propiedad privada, tienen en la actual sociedad francesa, aparentemente, un carácter de formidable estabilidad, pero todo ha sido atacado reciamiento por la discusión y el equilibrio de que goza no es en realidad estable. Hay en Francia numerosa gente devota y temerosa de la Iglesia, pero también la había muy poco tiempo antes de que la *diosa razón* fuera paseada en triunfo por las calles de París y todavía mucho más en los mismos momentos en que Voltaire lanzaba sobre la superstición religiosa la lava de su crítica.

En la literatura jurídica de la Francia se refleja de un modo completo todo el movimiento de las ideas que á esta región del humano pensar corresponde. En materia de derecho civil, sólo el romano puede parangonarse con el francés; en lo político y administrativo la libertad y el régimen racional del gobierno no se han vivido como en Inglaterra, pero en todos sus esenciales conceptos se han admirablemente teorizado y discutido; el punto de vista del socialismo ha engendrado allí más sistemas originales de ideas que en ninguna otra parte; no ha sido inferior al de los ingleses el cuidado así como la reglamentación de las complicadas relaciones industriales y mercantiles que pueden concebirse y practicarse: las nuevas ideas que con respecto al delito y á su castigo han dado en dos señaladas ocasiones tanto lustre á la Italia, primero con Beccaria y Filangieri, y más tarde con Lombroso y otros investigadores de la patología mental, tuvieron para quien conozca bien la filiación de las ideas modernas, su origen y fundamento en estudios é investigaciones francesas. Sin admitir indiscretamente la preponderancia absoluta y mucho menos el exclusivismo de su influencia, quien quiera penetrarse del pasado, el presente y el porvenir de los ideales jurídicos, tiene que dedicar estudio preferente á la obra portentosa del genio y la ciencia de los franceses en ese ramo interesantísimo de las actividades mentales.

El Derecho Anglo-sajón

III

*D*OS caracteres distinguen el derecho inglés.

La tendencia individualista y el método histórico son sus marcas especiales.

Por su respeto al derecho individual, los países ingleses son los únicos donde la libertad política ha existido de veras. Favorece este individualismo sano un conjunto de circunstancias morales de un valor incomparable para el caso. Un privilegiado equilibrio mental y físico hace á estos pueblos prudentes, discretos, señores en lo general de sus propias pasiones: sin esa calma y la tolerancia que ella inspira hacia las opiniones ajenas y el respeto que produce hacia los ajenos derechos, la libertad política no engendra sino la guerra civil y la anarquía. En virtud de esas prendas, el más humilde ciudadano inglés ha podido decir, hace ya siglos: mi casa es mi castillo, aunque sea una choza casi destechada; el aire y la lluvia podrán entrar en ella sin mi permiso, pero el Rey no.

El otro carácter del derecho inglés ha engendrado inmensas ventajas y no pequeños inconvenientes.

Ha sido ventajoso porque en su virtud el derecho para el inglés no es la fórmula escrita, sino la costumbre vivida, hasta el punto de que en Inglaterra no hay constitución promulgada, y su gobierno es constitucional por excelencia. La constitución se considera allí formada, en primer lugar, por las tradiciones, y además, por tres documentos

memorables: la *petición de derechos* dirigida por el parlamento al Rey Carlos I, la *declaración de derechos* hecha por Guillermo de Orange al ocupar el trono, y allá en las nieblas del pasado, la *carta magna* del rey Juan Sin Tierra á los Barones de Inglaterra.

Si en la política no deja de traer grandes embrazos la falta de una constitución escrita, esto sube de punto cuando se trata del derecho privado: lo que se llama en Inglaterra y en los E. E. U. U. el *Common law*, monumento por el cual sienten inmenso orgullo, es una colección de más de diez mil infolios conteniendo las sentencias de los Tribunales desde los tiempos más remotos. Esas sentencias forman al arsenal de los *precedentes*, que es lo que se invoca en concepto de costumbres, á la manera de ley, en esos países. Y lo peor es que ni siquiera á los precedentes está obligado á sujetarse al Juez, pudiendo declarar la *costumbre* como él la entiende, y aún sustituirla por reglas de equidad natural; añádasé á esto, que el Juez no es recusable por causa alguna, ni porque se trate de un litigio en que él mismo se encuentre interesado, y que en toda cuestión de hechos, no sólo en lo criminal sino también en lo civil, puede intervenir el Jurado para dar por justificados ciertos puntos, y se tendrá idea del enorme atraso técnico en que se encuentra en los países ingleses el derecho.

Para mayor desorden, hay puntos en que existen *estatutos*, ó sea reglamentaciones escritas, en Inglaterra, y aún verdaderos Códigos, como alguno de comercio, por ejemplo en los Estados Unidos, donde sea dicho de paso, á más de la ley común, y de las leyes federales, obligatorias en toda la República, cada Estado puede dictar sobre el derecho civil ó penal las que á bien tenga, con tal de que no estén en contradicción, con la *carta fundamental* de la República; porque allí si existe Constitución escrita, y no solo de la nación, por cierto, sino que cada Estado tiene la suya calcada sobre aquélla.

Dase, pues, en los países ingleses el contraste de la mayor libertad de hecho, la cual depende principalmente de las virtudes cívicas y del carácter de la gran mayoría de la población, con la más torpe forma posible del artificio legislativo. A propósito del *Habeas Corpus*, pongamos por caso, la absurda, abigarrada, antiquísima, deficiente legislación de la materia no puede sufrir paralelo, en cuanto al tecnicismo, con la magistral legislación mexicana, conocida con el nombre de *Recurso de amparo*.

En cambio, el principio en los E. E. U. U., se respeta de veras en la práctica, y en Mexico la admirable reglamentación del caso es en muchas veces una letra muerta. En Inglaterra, un Diputado que se negó á jurar por Dios, porque no creía en él, el buen cumplimiento de sus funciones, produjo un conflicto sin salida, mientras que en la católica ó intolerante España, hace mucho tiempo que cada diputado jura por Dios ó prometo por su honor según lo prefiere. En compensación, en España la libertad religiosa está sobre arena y cualquier gobierno reaccionario puede desconocerla, mientras que en Inglaterra semejante catástrofe no es dable que se sueñe por el más torpe de los conservadores. Se ha dado el caso en Inglaterra de que un procesado ponga en gran apuro á sus jueces pidiendo el combate judicial con su acusador, porque esa vieja costumbre de la *edad media* no está allí expresamente derogada; y si hemos de creer al más ilustre comentarista del derecho penal Inglés, un niño fué una vez condenado á muerte por un homicidio, porque no había ley que distinguiera edades en el delincuente, así como lo fueron unos naufragos que confesaron al llegar á tierra, haberse bebido la sangre de uno de sus compañeros después de muchos días de hambre y sed, y previo el sorteo respectivo; debiendo en ambos casos acudirse al expediente de *graciar* á los condenados, por falta de una buena ley sobre circunstancias eximentos y atenuantes de responsabilidad penal. Bentham refiere

que un hombre casado con tres mujeres escapó de la pena de bigamia, porque la ley no hablaba sino del que era casado con dos. A un célebre republicano inglés le preguntaban unos republicanos franceses cuándo se establecería la República en Inglaterra. Cuando la vote el Parlamento, contestó con calma el radical inglés: vaya lo uno por lo otro.

Enorme atraso técnico, muy poca arte en las reglamentaciones y las nomenclaturas; pero al lado de eso virilidad y constancia para vivir el derecho, calma á veces glacial para discutirlo, mútuo respeto en las controversias del caso, y después de tomada la votación, general obediencia á lo que la mayoría ha decidido.

Ni es todo cuestión de mayorías; porque en el derecho inglés no es vana fórmula, en lo general, el principio que ampara ciertos derechos individuales, y fuera de la creencia en Dios, las ideas religiosas más diversas tienen en las tierras inglesas la libertad que les corresponde. En la República norteamericana señala el Presidente un día para dar gracias al Ser Supremo por los beneficios que la nación ha recibido, y en ese día, católicos, protestantes, judíos, etc., llenan sus templos respectivos acatando lo dispuesto por el Jefe de la Nación. Es muy curioso y característico que no hay ley alguna que haga obligatoria la creencia en la divinidad; pero como en los pueblos ingleses las facultades de los jueces no están restringidas por reglamentación alguna, se ha dado el caso de rechazar un juez el testimonio de una persona honorable sólo porque se negó á jurar por Dios, invocando la excusa de que á lo desconocido no era racional distinguirlo con un nombre propio.

La falta de unidad, de armonía, de lógica, de nomenclatura, de talento técnico, en una palabra,— es en realidad enorme. Los procesos son deveras interminables; los más absurdos excesos de lo que llamamos *tinterillismo*, son pecados veniales comparados con las costumbres forenses que en Inglaterra rigen.

La anarquía no puede ser mayor; en el *Times* de Londres salen á cada rato á luz pública las incongruencias del jurado. El arbitrio judicial sin freno, es cosa corriente. Un juez obliga á un individuo á pagar fuerte indemnización á una señorita por haberla besado y no querer casarse con ella; pocos días después, se contenta otro en un caso idéntico, con reprender al acusado, advirtiéndole que la práctica de besar es sucia y poco higiénica. Las fianzas á que se somete en los casos respectivos la ex-carcelación de los reos es de un monto caprichoso. En los Estados Unidos, en unas comarcas, el divorcio es casi imposible, en otras ridiculamente fácil. La jurisdicción es un caos, principalmente porque hay un apego tal á las tradiciones, que eso hace que se conserven formas y nombres de enjuiciar y de competencia jurídica, reñidos con toda regla posible de tecnicismo.

Lo que los latinos llamamos un principio jurídico, es para los ingleses cosa verdaderamente desconocida. Su jurisdicción de policía,—hay en esa materia una especie de juzgados que deciden sin apelación,—sería calificada entre nosotros como verdaderamente tiránica y en el terreno de los hechos lo es con mucha frecuencia. Aun la misma libertad de la prensa, que por costumbre antiquísima está allí resguardada, se desconoce de repente por una medida del parlamento ó por un fallo judicial. Entre nosotros los latinos la práctica es muy inferior á la teoría; en los pueblos ingleses, inmensamente inferior la teoría, en general absurda, contradictoria ó incompleta. Un gran Estado latino sería perfectamente capaz de estar, como los Estados Unidos, sometiendo de veras las Filipinas á su imperio, ó como los ingleses á el Africa del Sur; pero ya habrían inventado una teoría para el caso mientras que en Inglaterra y los Estados Unidos casi nadie se fija en la inconsecuencia de semejante conducta con las ideas que en ambos países se pregonan como verdaderas. En parte alguna del mundo parece más fija

la propiedad privada del suelo y los demás elementos esenciales de la sociedad de hoy; pero si los franceses harán mejor la teoría y aún la metafísica de la reforma que esos males necesitan, en el terreno de la práctica es muy posible que se anticipen los ingleses con los dos procedimientos que ellos acostumbran poner en juego para tales emergencias: la propaganda persistente y la asociación rápida: mientras nosotros estamos discutiendo algún detalle ó trazando en estilo elegante y acaso elocuente un plan de acción, los ingleses, en forma abigarrada, inconsecuente, digna de risa, conservando nombres añejos, dando mil rodeos para que parezca que siguen una tradición cuando estén enterrando todas las tradiciones, arreglarán algo posible y ejecutable de momento con cuenta y razón, es decir, con su correspondiente teneduría de libros. Como hicieron por propaganda y asociación la libertad de los negros de los Estados Unidos ó una relativa libertad de comercio en Inglaterra, se hará en ambos pueblos la fraternidad universal, mientras nos ocupamos los latinos en teorizarla. Si á comparar vamos, por ejemplo, la organización municipal escrita de París y de Londres, quedan por muy inferiores los ingleses; que se estudien, sin embargo, los portentos que ciertas juntas de barrio que hay en la capital de Inglaterra, que no se llaman corporaciones municipales, ni tienen las exquisitas reglamentaciones francesas, han llevado á cabo. Londres es una ciudad por muchos motivos notable, pero no es el más insignificante el de sus construcciones subterráneas: bajo el suelo es tan grande como encima.

Tiene allí sus cloacas, sus ferrocarrilos para ir de un punto á otro de la inmensa ciudad y otros muchos servicios municipales: todo eso lo han realizado sin que el gobierno nacional tenga que poner la mano en ello; por una parte, la iniciativa particular, y por otra las juntas de barrio, á que pertenecen todos los vecinos de él, lo mismo el lord que el zapatero. Este es el paralelo que se impo-

ne: los latinos tenemos el mejor método para hacer la cosa; los ingleses tienen la cosa misma, hecha quizás sin mucho método, realizada mientras nosotros nos ocupamos en teorizarla. Es claro que en ello hay de bueno y de malo.

El derecho inglés es un caos, como lo reconocen ya en Inglaterra y los Estados Unidos las inteligencias que se han libertado un tanto de las preocupaciones nacionales. Nos parece indiscutible que un ingenio latino que fuera capaz de vencer sus repugnancias características á la confusión y la falta de nomenclatura y se pusiera á la tarea de introducir algún método en aquel dédalo, haría á los pueblos ingleses un servicio incomparable; pero es dudoso que aceptaran el beneficio, porque aplicando al caso la frase exactísima de Mirabeau, cada pueblo, como cada hombre, tiene los defectos de sus cualidades. Insistimos en ello, no por eso es buena la admiración sin reserva que algunas personas consagran á lo inglés; es bueno admirar á beneficio de inventario, por decirlo así.

Existe, pongamos por caso, una costumbre inveterada en los Estados Unidos; en cierta región al menos, del país: lo que se llama la ley de Linch: cuando se ha cometido un crimen que hiera la conciencia pública de un modo notable, el pueblo, prescindiendo de códigos y tribunales, se hace la justicia por sí mismo; asalta la prisión, se apodera del reo, lo juzga sumariamente y lo ahorca enseguida. En casos extraordinarios, como sucedió cuando los negros del Sur dieron en cometer atentados contra el pudor de las blancas, quemaban vivos á los criminales. Hay otros rasgos distintivos del derecho inglés: la responsabilidad del funcionario. La policía de New York no ha cometido acaso menos abusos que la de cualquiera otra gran ciudad, pero esa policía fué al cabo juzgada y castigada. Lo fué asimismo la Corporación Municipal, culpable de haber vendido una concesión muy importante á una compañía de ferrocarril urbano, y podrían citarse varios

casos de personas de la más alta posición social que con millones de fortuna, no escaparon por esos motivos, al proceso y al castigo á que se habían hecho acreedores. El tecnicismo del derecho atrasadísimo, las relaciones sociales no siempre bien fijadas; pero el principio de autoridad perfectamente comprendido: esta es la crítica que al derecho inglés corresponde. Lo cual no impide que haya puntos de detalle, reglamentaciones de algunos servicios públicos ó de algunos asuntos de comercio, en que el tecnicismo general inglés ó el especial de los E. E. U. U., pudiera copiarse con ventaja por nosotros: ellos, en cambio, mucho ganarían con ciertos tecnicismos y reglamentaciones de nuestro derecho.

La gloria del derecho inglés estriba en la majestad de su característico individualismo. Y lo más importante es que no hay la incompatibilidad que á primera vista parece entre un individualismo sano y un socialismo bien entendido, sino que pueden armonizarse y hacerse perfectamente compatibles, y cuando las fórmulas de tal armonía se encuentren, sólo por medio de esos admirables instrumentos que los ingleses con tal perfección manejan, la asociación y la propaganda, es como podrá conseguirse el triunfo de la civilización cristiana, que parece ser la forma definitiva de la civilización humana, porque responde en conjunto y armónicamente al desenvolvimiento de nuestra naturaleza racional.

En los países anglo-sajones—de un modo especialmente admirable en los Estados Unidos—la fuerza pública no interviene ni puede intervenir en la política: se oponen á ello todas las ideas fundamentales, costumbres, instituciones de esos pueblos.

En los Estados Unidos, país de más de setenta millones de habitantes, la fuerza pública regular,—el ejército, no llega á cien mil hombres;—la mili-

cia nacional, democráticamente organizada, pasa de diez millones. Esto constituye, de seguro, el fundamento más sólido de sus libertades.

La *justicia del país* es, por entero, independiente, y todos bajan la cabeza ante sus resoluciones.

El Presidente de la República norteamericana, que no tiene prácticamente el ejército ni las *Cortes de justicia* en la mano, tampoco tiene la hacienda del país en el bolsillo, no sólo porque no dispone del Congreso, sino porque los ferrocarriles, los canales, los telégrafos, el alumbrado público, están á cargo de empresas enteramente privadas, porque en los asuntos municipales y en los generales de cada región en ningún sentido interviene, y porque los empleos públicos, en su inmensa mayoría, se ganan allí por oposición, ascendiendo en cada línea de ellos por antigüedad de buen servicio y no perdiéndose el destino sino en virtud de inepticia intelectual ó moral debidamente comprobada. Por otra parte, no hay una sola autoridad política en el país que no sea sinceramente elegida por el pueblo.

En los Estados Unidos no hay religión oficial; en ningún país del mundo, sin embargo, se ven templos más suntuosos, cristianismo más hondamente sentido, mayor caridad común, socorro más amplio para toda indigencia. Cuando la miseria se hace sentir en el pueblo, úbrease en seguida casas de alimento y abrigo para los necesitados, todos los bolsillos particulares se derraman en la calle: la caridad es un Proteo.

Allí todo favorece la libertad y el empuje de las iniciativas particulares: la del distrito, la del municipio, la del grupo, la de la familia, la de cada industria ó arte de la vida, la del individuo.

Allí se *manda* lo menos posible; allí todo depende lo menos posible del arbitrio de una persona, con excepción, por incongruencia paradógica, de la justicia,—y á ésta la salvan las costumbres.

La ley suele ser abigarrada; la vida en que ella se encarna es admirable.

La libertad de hablar y de escribir es absoluta, y como es natural, se abusa de ella. En ningún otro país dice la prensa pública tantos horrores y tan absurdas mentiras. El sentido común del pueblo hace, por fortuna, la rebaja lógica de lo que hay que imputar á la pasión de los partidos, y la opinión no se extravía.

Hubo un tiempo en que aquel país de las grandes libertades era uno de los pocos civilizados en que se daba la vergüenza de la esclavitud de los negros. Nobles propagandas de espíritus generosos hicieron su oficio, y llegó el día en que la cadena de cinco millones de siervos se quebró en un minuto.

Porque aquel es el país del individualismo sano, de la propaganda y de la asociación de los esfuerzos en el mayor grado y en más excelsas condiciones hasta hoy usados en el mundo.

Allí,—en general en los pueblos anglo-sajones:—se da también impulso bien encaminado á la emancipación de la mujer. Importa, en verdad, reconocer que es una esclava todavía. Esclava de nuestra fuerza física y de nuestro entendimiento, más que el suyo vigoroso, por más que en ciertos dones de ingenio, fantasía, delicadeza de percepción y de gusto, á veces, nos supere: su desarrollo craneano, á la luz de la ciencia actual de la materia, basta para decidir contra ella el punto sin que haya alzada imaginable. La colaboración femenina en el progreso, si la precede un mayor desarrollo mental, que de la educación depende, puede obrar milagros inesperados en la cultura humana; hay quien se preocupe de ciertas consecuencias que tal variación en su índole presente puede aparejar á nuestra suerte, temiendo que se amengüe el tesoro de sus dulces influjos y de su manso cesarismo. Nosotros contamos á esas vacilaciones con aquella valiente frase de Sócrates al discípulo que dudaba de la ventaja en cumplir un deber penoso. "Marchemos siempre sin miedo

por donde es Dios quien nos conduce",—siquier no sea tan místico nuestro pensar en la materia.

El derecho del niño, el derecho del débil, el derecho del desamparado, en la cultura anglo sajona, tienen grandes defensas. La propaganda es allí más pujante y libre que en el resto del orbe, la muchedumbre es más dichosa. Hasta ahora el número no ha dominado en regiones interesantes del individualismo.

Se ha encontrado allí la manera de resolver las disputas entre el capital y el trabajo, sometiénolas al arbitraje obligatorio. Por cierto, que acerca del particular tiene en cartera el Ministerio de Justicia de Costa Rica un proyecto de ley que este humilde Profesor tuvo la honra de presentarlo, y que zanja esas peligrosas cuestiones.

El problema más interesante, á nuestro ver, de la actual sociología está en la fusión de los humanos grupos; de los más altos, sobre todo.

Lo latino, lo sajón, lo anglo-sajón, ¿cómo pudieran combinarse? Quizás con mayor trasiego de unas poblaciones en otras. De ello, por la inmigración, constante y multiforme, ofrecen ya los Estados Unidos señales que no son de despreciar.

Hay intrínsecas condiciones latinas, alemanas, anglo-sajonas,—aún rusas, p r ejemplo, entre elementos humanos menos favorecidos,—dignas de conservarse con aprecio: la familia humana futura en que todo ello se diera en proporción y en equilibrio, sería de ciorro, una humanidad mayor que la de hoy, un *homo sapiens* que no llevara con tanto desgarmo su dictado. Ocupémonos, mientras ella llega, con aquella elasticidad de índolo propia de los nuestros, en estudiar con atención y traducir con prudencia á nuestra vida,—tomen ellos ó no la doctrina y progreso de nuestros tecnicismos,—las grandes artes de libertad y de justicia que aquilatan la civilización anglo-sajona.

El Derecho futuro

IV

*A*UGUSTO COMTE ha convertido tres estados posibles del pensamiento humano en tres edades sucesivas suyas, que designa con los nombres de teológica, metafísica y positiva.

Judíos, egipcios, persas, chinos, caldeos crearon bajo el imperio de la fantasía y la curiosidad y ansia de la inteligencia de resolver el misterio que nos envuelve, hipótesis múltiples y desmesuradas acerca del origen y del destino de la vida.

El genio judío ganó la palma en la tarea: Jehová es la sublimación del hombre.

Sólo que, al fin, es simplemente un hombre grande: se irrita, se hace adular, profiere un pueblo á los otros, cambia de propósitos de vez en cuando.

La religión judía es, sin embargo, sublime: la obra más alta de la razón humana.

El cristianismo, desenvolviéndola, ha creado otra maravilla: la Iglesia Católica Romana.

El pensador más frío siente vértigos de atracción al contemplar desde esas cimas de la hipótesis los abismos que rodean tales sistemas de pensar: sirtes en que cantan las sirenas de una mitología deslumbradora.

Las iglesias protestantes, todas inconsecuentes, bambolean, sin punto de apoyo, fuera de aquella que las demás aponan toleran á su lado: el Unitarismo, que enlaza á la doctrina cristiana el severo monoteísmo de los hebreos: los libros modernos de la religión judía y los incomparables discursos de un

predicador unitario, el hombre más elocuente, á mi ver, que ha existido en el mundo, encierran la concepción más imponente del hombre grande á quien llaman Dios los que se empeñan en explicar lo inexplicable.

La porta estandarte de la solución metafísica, es Grecia.

¡Qué miriada de sistemas! De Tales á Pitágoras, de Pitágoras á Demócrito, de Demócrito á Platón, de Platón á Apolonio de Tyana surgen, como grandiosas epopeyas, aquellas interpretaciones del milagro incomprensible de la vida: de la maravilla, tan oscura en un sentido como radiante en otro, del humano pensar, de este anhelo de vivir siempre y este perecer de continuo que nos caracteriza. ¡Nunca! ¡siempre! ¡la nada! ¡la eternidad! ¡términos vacíos de concepto, abstracciones quintaesenciales, ídolos verbales, que vendrá á arrojar de su trono la crítica de la razón pura!

Demócrito fué el Kant de los griegos como Spencer ha sido el de los ingleses y Comte, fuera de su triste demencia final, hubiera sido el de la Francia. Y sin embargo, ¡cómo después de Kant, por ejemplo, comienza la hipótesis, con los grandes panteístas alemanes, á envolver en la redidumbre de su enorme tela de araña al pensamiento!

Fichte, Schelling, Hegel, sobre todo en el dominio de la estética,—encontraron grandes verdades, pero en cuanto á su propósito de sustituir las religiones con metafísicas soñadoras hicieron bancarrota. —Shopenbauer y Hartmann dejaron acerca de la naturaleza y de la vida hallazgos tan preciosos como acerca del arte los soñadores connacionales suyos que los precedieron.

Spinoza, Mallebranche, Leibnitz, por una parte, Locke, Berkeley, Hume por otra; no hay siglo ni gran país de Europa que no aporte al tesoro común de la civilización algún ensueño metafísico, menos adecuado, después de todo, que la doctrina de la vieja iglesia central cristiana para satisfacer la sed de



lo que el hombre llama lo infinito sin ser siquiera capaz de concebirlo.

La literatura, el arte en general,—han sido tocados por ese anhelo. La arquitectura y la estatuaría helénicas con su grandeza colosal y su orden supremo ó su ideal de belleza y de gracia: el viejo Esquilo fulgurante,—Homero, con su cuento para niños que fueran al mismo tiempo gigantes, las estupendas burlas de Aristófanes, los hermosos delirios de Platón, que más pertenecen á la Historia del Arte que á la de la Filosofía,—aun la Historia, que encuentra bajo el estilo de Tucídides su forma definitiva, están llenos, en los tiempos pasados de esas incesantes quimeras de ver lo que no puede verse y dar por sabido lo que está más allá de la posible ciencia humana.

Pero en la literatura de todos los tiempos se oye el grito de dolor del hombre que no puede alcanzar á comprender la vida ni á vislumbrar el infinito: Prometeo, Hamlet, Manfredo, Fausto son hermanos, y quien estudie despacio á Don Quijote, encontrará el aire de familia que con ellos los reúne.

Lo que Comte bautizó con el nombre de Filosofía positiva aparece en Grecia con Demócrito, se afirma con Epicuro, tan calumniado por los eruditos á la violeta, y se expone de un modo magistral en el poema de Lucrecio.

Pero para que el hombre se contentara con la ciencia de lo finito, era preciso que esta existiera de veras. Sin desdeñar la empeñosa investigación de los antiguos, innegable nos parece que Descartes y Bacon pusieran los cimientos sólidos del moderno pensar filosófico y científico, así como Kant trazó los linderos de la investigación humana. La transformación que bajo el genio de Descartes, Newton y Leibnitz experimentó la ciencia matemática con el establecimiento de la Geometría analítica y del cálculo de las funciones, dotaron á la ciencia con un instrumento nuevo y poderoso. Con Newton, empiezan, por otra parte, así la Física como la Cosmografía. Copérnico, Keplero, Galileo, Newton, transforman en

ciencia astronómica, tan admirablemente afirmada por los sublimes cálculos de Leverrier, las pacientes observaciones del pasado. El hallazgo de Servet respecto á la circulación de la sangre pone de una vez en fuga las preocupaciones que impedían estudiar de cerca la vida y sirve de punto de partida á los estudios bien hechos que han de hacer gloriosos los nombres de Darwin y Pasteur, sin eclipsar el lustre de Cuvier y Lamarck. Nace la Química, Volta y Galvani abren al pensamiento una nueva vía de descubrimientos y conquistas: la ciencia posible está fundada.

Ahora bien,—resumamos: porque conocemos la causa primera del mundo y sabemos sus intenciones y propósitos, porque estamos dotados de un espíritu inmortal destinado á una eterna dicha si realiza el bien en el mundo, ó simple y modestamente, porque somos animales destinados á vivir en sociedad por los caracteres esenciales de nuestro organismo, y no podemos hallar reposo y satisfacción cumplida sin cultivar nuestros impulsos altruistas,—la armonía, que sólo el derecho asegura, nos es indispensable. La experiencia enseña que los hombres no son mejores ó peores, sino según las condiciones hereditarias de su organismo y según la educación que han recibido.

La verdadera educación de los impulsos humanos, bien puede decirse que no ha comenzado todavía. Vendrá á su hora. Una ciencia más honda que la ya alcanzada de la fisiología, patología y terapéutica de nuestro superior organismo físico la pondrá sobre su base. Entretanto el Derecho es la vida, como un notable pensador lo dijo: la vida de la Sociedad, de lo que hay de más alto y noble en nuestra complicada naturaleza. Gobierno ganado por la habilidad y la fuerza de las armas, ó por las supercherías de los llamados sacerdocios, ó por los caprichos de muchedumbres indoctas, irán siendo sustituidos por tal separación de las funciones públicas, y tales pruebas de competencia para ejercerlas que el riesgo del mal gobierno llegue á ser mínimo. En.

tre los chinos los puestos administrativos se ganan con educación especial y examen de competencia.

Las reglamentaciones de herencias, de contratos, de litigios, de ciudadanía, de mayoría, de familia, las mismas, en el fondo, por lo menos desde Grecia, irán cada vez más sustituyendo á los predominios egoistas que hoy las caracterizan, las exigencias de la racional fraternidad humana, que todo lo remedian.

El delito acabará por tratarse como una enfermedad, si la escuela futura, que educará de veras, no lo vence.

¡Oh, jóvenes que vais á consagraros á los estudios y servicio de la ciencia del Derecho! Notad bien cuales son los votos característicos del sacerdocio que abrazáis. Se trata de sustituir, por vuestro empeño, la justicia del impulso social á la brutalidad del egoismo, la razón á la fuerza, la armonía á la discordia; se trata de implantar en el movimiento de las voluntades algo semejante al orden majestuoso de los astros. La ley del bien es la ley de la gravedad en lo moral: la música sublime del rodar de los orbes en el espacio indefinido. ¿Esperáis una felicidad inespirable, triunfadora de las miserias de la muerte? Con el Derecho se prepara. ¿Os resignáis á nuestra impotencia incurable para resolver el gran misterio? De esto lado de la tumba, el Derecho es como el Verbo para los creyentes: la encarnación de lo *divino*,—es decir, de lo ansiado, de lo adorado hasta donde ello puede ser comprendido; lo ideal hecho carne y hueso, no para redimir mediante propio martirio, sino por la irradiación serena y perenne de su luz sobre las borrascosas olas de lava del egoísmo humano. La conciencia reflexiva, cada día de la historia que pasa, más alta y más fulgente, es el Sinaí de nuestro credo. El Derecho es para el pensamiento humano lo mismo que el sol para el planeta.

Por España

*Discurso pronunciado en la velada
que se verificó el 3 de Noviembre de
1907 en el Teatro Nacional á bene-
ficio de los damnificados por las inun-
daciones en España.*

EL ATENEO de Costa Rica me encarga de traer á esta fiesta, que es un homenaje de piedad y una prenda de fraternal amor, el testimonio de su concurso, y yo me enorgullezco de ser el heraldo portador de su mensaje. La hermosura femenina, que aquí resplandece, y las galas del arte bello, que van á hechizar nuestro pensamiento, pueden contarse, de seguro, entre los grandes placeres de la vida. El deleite del arte no parece, por su carácter ideal, propio de la vida que conocemos, sino de otra que la fantasía vislumbra; su idioma, por lo mismo que indeciso y vago, se diría de la región de la quimera, de los paraísos del ensueño. El arte es un cielo que se comunica con la vida y que nos hace soñar en otro que se comuniqué con la muerte; con los ímpetus que nos producen la poesía y la música, la inteligencia parece pronta á escapar de la cárcel oscura y fría en que vive como desterrada y oprimida; y la mujer bella completa, con su presencia, la ilusión sublime de que estamos en un mundo mejor que el que nos es habitual, ya que ella luce como un ángel cautivo que nos acompaña; por eso, para muchos la vida se con-

centra en esos dos conceptos: la mujer y el arte: lo bello que vive y lo bello que se sueña y uno de los títulos de gloria del siglo resplandeciente que acaba de extinguirse es que sus maquinarias múltiples y sus empresas industriales y mercantiles prodigiosas no hicieron que se descuidase la conservación del fuego de Vesta del entusiasmo estético. Nunca esa maravilla compleja que se llama por italiano bautizo, la ópera, y en que la poesía y la música se enlazan en intimidad tan hechicera, se dió en los prodigios de desempeño como en ese siglo, que casi puede llamarse, por eso, su inventor verdadero; nunca los detalles de la pintura, sus recursos maravillosos y las formas de sus exquisitas variantes alcanzaron tan eximio desenvolvimiento; la poesía tuvo nuevos ecos, y precisa reconocer que la variedad de sus instrumentaciones, por decirlo así, y su penetración, más íntima que nunca fué antes, en los abismos del pensamiento y en los misterios de la naturaleza, hicieron de ella un arte como nuevo, como si una musa, antes no conocida, hubiera llegado á aumentar el coro memorable de las nueve, y á pedir nuevos compaces á la batuta del divino Apolo. No ha mucho que, en la inauguración del Ateneo, tuvo la oportunidad de decir á un público que, en buena parte al menos, es el mismo que me dispensa en estos momentos la merced de su atención, mi reverencia y entusiasmo por el arte bello, que deja caer sobre la naturaleza y el pensamiento un manto de esplendores; especie de Tabor en que lo humano se transfigura y resplandece como con luz junto á la cual se diría noche la de los soles del espacio.

Pero la devoción á estas ideas, que no vacilo en confesar por mi parte, ha producido fanatismos lastimosos. Urge protestar contra cierto paganismo hoy existente que exalta con tendencias inadmisibles los delirios imaginativos hasta consecuencias que tienen que considerarse, después de bien pesadas, como lastimosas. La vida ha llegado á concentrarse para muchos en estos dos conceptos: la mujer bella y el

arte bello, y ello envuelve una religión de la forma que puede colocar veneno en todas las fuentes de la vida. Vosotras valéis mucho más porque sois buenas que porque sois bellas, y no hay obras de artista alguno que puedan compararse en hermosura con las que llama un catecismo de la doctrina cristiana,—ese libro, el más humilde de todos,—las obras de misericordia: esas son las verdaderas cúspides de la vida: lo más elevado y lo más bello que puedo pensarse y que puedo realizarse en el mundo. Levantar al caído, consolar al triste, dar arrimo á quien lo ha de menester: la poesía no tiene sueños de mayor altura; en esa esfera de las emociones y de las ideas lo humano llega al colmo de su grandeza. Emancipar esclavos, hacer hogar al huérfano, ir tras el desvalido que vaga en la noche del desamparo y traerlo al calor de la hospitalidad, preparar para el enfermo el lecho del alivio, tomar la mano que estaba fría y calentarla entre las nuestras, abrir para los ciegos de la ignorancia la escuela de primeras letras, honrar al trabajador humilde, acordarse de que los que sufren son nuestros hermanos y hacérselos sentir: eso quiere decir el cristianismo, la paz del mundo, eso reconocemos al colocar sobre los tronos de nuestra soberbia la cruz del Gólgota; eso es lo que hace veinte siglos pugna, por una parte, con la hipocresía, y la religión de la forma, por otra, con la concupiscencia y con la ira: eso es lo que labora para que la familia humana esparcida sobre el planeta, se una, al cabo, bajo la cúpula del cielo, en el concierto de la amistad definitiva, de la excelcitud del trabajo honrado, del imperio de la razón sobre las pasiones. Este teatro es, por ello, ahora un templo: el del acercamiento humano, el de la mansedumbre, el de la mano extendida hacia el que implora, el de los corazones abiertos al llamamiento de la pena, el de la fraternidad humana, el de la piedad: eso y la pureza adoráis, en esencia, vosotras cuando en la media luz de la capilla levantáis el pensamiento á lo alto, llamando á María rosa del cielo, consuelo de

los afligidos, madre inmaculada y reina de los pecadores.

Tengo la dicha de no ser de los que miran con aversión ó con antipatía raza ni grupo alguno de los hombres. Puedo repetir con sinceridad perfecta la frase memorable del escritor latino acerca del asunto. Ello no estorba que por español me tenga y si el azar de las disputas políticas ha roto en pedazos la familia, en cuanto á la ficción,—que ello no es otra cosa, en el fondo, de lo que se llama las nacionalidades,—la voz de la naturaleza, más poderosa que todas las ficciones, me llama, con llamamiento ineludible, á las dichas y á los dolores de la casa. Por eso no era posible que guardara silencio en este acto, en el que venimos á decir: ¡Oh España! aquí estamos, aquí nos tienes, no á socorrerte de veras, que á tanto no alcanzamos, sino á tomar nuestra parte de tu pena, á hacer nuestro también tu quebranto, á comulgar contigo en la santa comunión de la tristeza; á que sepas que en tu mitad de América, todo corazón generoso quiero impartir calor á tus manos ateridas, que en toda ella tiene eco el dolor de tus madres tristes y de tus huérfanos desolados: que ella daría con entusiasmo todas las flores de sus pensiles inmensos para cubrir las tumbas de tus muertos. Bien sé que no alcanzo á decir lo que todos quisiérais; dígalo el latido de tanto pecho de ángel, el fulgor de tanta mirada estelar que aquí palpita ó brilla; dígalo la música con su lengua, por inarticulada, precisamente, más que toda humana palabra poderosa; un pueblo entero, de los que tú sembraste de este lado del mar, te envía, no de cortea corte, como hace la diplomacia, sino de corazón á corazón, el mensaje de simpatía y de ternura que á tu pena corresponde. El rey ha muerto,—so decía en la antigua monarquía francesa al exaltar al trono el nuevo soberano,—¡viva el Rey! En España so muere hoy de dolor; señoras y señores: ¡viva España!

Allons Enfants

A los estudiantes de Derecho, en San José

de Costa Rica

EN el día de la patria, natural es volver los ojos á ella, en contemplación tierna,—que aquí tengo que ser, al mismo tiempo, regocijada y orgullosa.—Envanézcanse otros con sus alcázares dorados, con sus monumentos prodigiosos, con sus artes eximias: aquí tenemos cielo y tierra espléndidos,—que á ninguno en hermosura ceden, mujeres que harían morir de envidia las que soñó Muhoma para hechizar su paraíso,—el hombre recio y firme de nuestros campos, tipo en lo escultural, soberbio, y en lo moral, insuperable; tenemos el bosque denso, de penetrante aroma, el agua copiosa, las tierras de oro: permitidme que me enorgullezca con vosotros por Costa Rica, mi otra,—no mi segunda patria, ya que soy un hombre á quien propicia suerte otorgo el privilegio maravilloso y exquisito de tener dos madres.

Yo he conocido en los largos viajes de mi pensamiento á través de la Historia, y en mis no cortas peregrinaciones sobre la luz de la tierra, algunos pueblos que hacen pensar hondo acerca de lo que se busca como la dicha, y aun acerca de lo que es busca como la gloria. En lo antiguo hubo una pequeña república que se llamó Atenas, y otra á su lado que se llamó Lacedemonia,—hace años, hace menos de medio siglo, hubo en Centro América otra pequeña república que se llama todavía Costa Rica—hablo de la Costa Rica en que no se conocía el lujo. La de los tiempos viejos, que tenía algo de Lacede-

monia y que podemos resucitar ahora. En Grecia, en Atenas, por lo menos, hubo grandes pensadores y grandes artistas, que no tenemos por aquí; pero la luz de la conciencia vale más que la del genio,—el arte, lo mismo el de la melodía, que el de la palabra, que el de la pintura,—que aun el de los atletas, hace dichoso al que con sana intención lo cultiva y á quien con fervor lo contempla, y la noble vida de los griegos dependió más, en mi concepto, del resplandor de su conducta que de la llama de su inteligencia. Hay una bella arte de la vida práctica que consiste en ser bueno, y la más bella de todas las artes que pueden cultivar los hombres es la que estriba en el perfecto cumplimiento del deber. Las bellas niñas de aquí siguen siendo nobles y puras, como lo fueron antes sus madres: en eso no ha cambiado Costa Rica,—y en cuanto á los hombres no tienen más,—y serán dignos á sus antepasados,—que seguir marchando, como en estos días lo hacen,—por el sendero de la república sin sombras, de la vida política alta que en estos instantes se realiza; la de los comicios limpios, la de las garantías individuales, la del dinero del pueblo honradamente gastado y severamente por el pueblo intervenido,—la de la república sin falsías, que es el más grande monumento, humano que se ha levantado hasta hoy sobre la superficie del planeta.

Si es fraternal, sin embargo, es bueno que se diga.

Uno de los más grandes artistas de la palabra que han existido en el mundo, el gran historiador inglés, nos ha pintado, con aquel dibujo firme y elocuente en que nadie lo iguala, como podía emplear un día de los suyos un ateniense de los buenos tiempos de la ciudad de Minerva: los edificios y las esculturas que podía contemplar en la calle, ó acaso visitando los templos, los teatros en que le era dado extasiarse, los oradores que podía escuchar—todo aquel mundo de sin par belleza y donosura que estaba como un libro abierto delante de sus ojos; — deleitado y absorto repasaba yo un día las páginas

de Macaulay, cuando me asaltó el recuerdo de la "Flor de Mayo", la pobre y casi desvalida nave en que algunos ingleses honrados y atrevidos desafiaron los furios del Atlántico para llegar á las costas setentrionales de América desde la vieja Inglaterra, con el objeto de leer en paz su Biblia, sin que los turbara el despectismo, trabajar del alba á la noche con la conciencia limpia y vivir serenos bajo la égida de la libertad al amparo del deber cumplido y de la hermosa fraternidad humana realizada,—y á la contemplación de los dos cuadros me dije, tras un momento de meditación, que este segundo excedía en mucho, por su significación moral, los hechizos y las maravillas del primero. Grande es haber levantado el Parthenon ó poseer los lienzos de Apolo, esculpir el Apolo del Belvedere ó la Venus de Milo, escribir los "Siete delante de Tebas" ó "la guerra del Peloponeso"; ver en la tribuna á Demóstenes ó á Píndaro con la lira en la mano; pero más grande es observar á Washington rechazando una corona de Monarca, ó el tercer término de la Presidencia á que lo convidaban sus amigos políticos y la devoción de su pueblo, ver á Vicente Paúl velando sobre los huérfanos ó á Francisco de Asís asistiendo á los leprosos, á Cincinato labrando su campo después de dejar la dictadura: recordar á los hombres que han muerto por una idea ó que han vivido para ella,—más grande,—por eso puede ser sublime la república,—que no existe de veras sin ella,—es la fraternidad,—que á Costa Rica caracteriza y que debemos fomentar sin descanso—consolando á los que lloran, levantando á los que están abajo, alumbrando á los que la obscuridad rodea, haciendo la operación de la catarata en la ignorancia,—ya que la fraternidad humana es la civilización futura,—como la luz de la vida social, como el centro de gravedad de las voluntades libres y racionales, como la panacea de todos los dolores—como el sol de la Historia.

San José, 15 de septiembre de 1910.

El Derecho en la *América Española*

LA conquista y el exterminio de los pobladores de este continente no pueden recordarse sin tristeza. Por lo que hace á los del territorio que ocupa hoy nuestro grupo étnico, hay datos numerosos y de indiscutible autoridad, para considerar á los aborígenes como hombres de notables virtudes y de simpático carácter. "Aquí no se conocía, antes de que viniéramos, el robo; aquí no se conocía el adulterio", escribe al Emperador Carlos V uno de los conquistadores del Perú. El fanatismo religioso y el espíritu guerrero, característicos en la época en que España vino á nuestro mundo, y la cuasi fabulosa riqueza de las gentes y de las tierras, que despertaron su codicia, trajeron como consecuencias inoludibles la sorvidumbre de las unas y el pillaje de las otras. En aquella hora histórica la espada era la ley suprema.

El gobierno fué como el de las tierras lejanas cuando la tiranía imperial de Roma, templado en algunos casos y lugares, exacerbado en otros, por el influjo de los numerosísimos frailes, que iban como cuervos tras las aves de presa de los pindones españoles. La tiranía se hizo devota, pero no menos dura ni codiciosa. Se encomendaba á los soldados de la conquista rapiñadora cierto número de almas, es decir, de siervos, que eran los despojados señores del lugar, para que cuidasen de enseñarles

ó hacerles enseñar el Evangelio;—ésta era la *forma*, —y en el *fondo* para que los hicieran trabajar á *l*atigazos, hasta rendir la vida en la faena, espulgando la tierra en busca de oro.

Otras infamias se cometieron por otros pueblos en el Norte de América; pero al menos allí los europeos no hicieron sus barraganas de las indias, y no se levantó, por lo mismo, un pueblo nuevo de mestizos, menospreciado por sus padres. Lo contrario produjo en la del centro y sur un régimen opresivo, de mutua desconfianza y aversión, siempre creciente, entre los aquí nacidos y sus ultramarinos gobernantes, y aquellas famosas leyes de India, que tanto Castelar pondera, y en que se ocuparon, más que en otra cosa, en fijar el ceremonial y el puesto de honor para los intrusos europeos en las casi incesantes fiestas de la iglesia, á que eran tan aficionados, y en que casi exclusivamente hacían consistir el cristianismo.

Al cabo de cierto tiempo, es claro, y aunque flanquendas, rodeadas y superadas por disposiciones especiales de la Corona, y por decretos militares de los Procónsules que aquí gobernaban, hicieron po- rezoso viaje á ultramar los Códigos de España, y el de "las Partidas" sobre todo, que vino á ser la base general del tecnicismo jurídico de estas tie- rras.

Lo que había de altivez indómita en la san- gre española que, si bien mezclada, en sus venas co- rría, el influjo lejano de la *reforma* religiosa euro- pea y la revolución francesa, y el cercano de la independencia norteamericana, acarrearón, al fin, el movimiento que rompió en estos países el víncu- lo de sumisión á la metrópoli. Puestos á vivir por sí, encontráronse los nuevos ciudadanos, sin expe- riencia, y casi sin instinto, para el caso. El dere- cho herodado, en lo que toca al tecnicismo y á lo que debe mirarse como social ú orgánico, como do gentes en algo herodoras de la genial vocación de Roma, no era malo: en lo que mira á lo político y

administrativo, no podía ser peor: el centralismo, la perversión del principio de autoridad, dependiente de la fuerza, bien ó mal, regularmente mal ganada, absoluta é irresponsable en sus determinaciones, la intolerante superstición religiosa, la falta completa de cultura en las masas populares, la riqueza fácil de adquirir del privilegiado suelo, que induce á disputarse la posesión del tesoro hecho, ó casi hecho, en vez de laborar para crearlo, dieron como imposible, por regla general, que se pusieran en firme cimientos de república en estas sociedades nuevas, caducas, por juro de heredad, en grave parte.

Así como en España, entre diversos elementos étnicos, se ve por acá, que lo latino prepondera. Fantasía, sentimiento, genialidad para las formas del derecho, garrulería, blandura que no perjudica el tesón viril en ciertos conceptos del carácter, facilidad de irse á las manos, afición á teorizar, culto por lo exterior, hidalguía aún barajada con el crimen, tendencia á asimilarse lo de fuera y elasticidad para lograrlo, pereza de lagartos gozando el sol, inestabilidad femenina en los propósitos, nada de firme en la conducta, ni lo que es bueno ni lo malo,—las sociedades latino-americanas, ansiosas de progreso, de mejora moral, de cristianismo, de república, sin dar motivo á que el patriotismo de sus hijos se sienta alborozado por el éxito ganado ya en las artes de la vida, tampoco mueven si se miran despacio, á la desesperación, ni á gran sonrojo.

El derecho se espera, no como Mesías que ha de venir sin que lo traigan, sino buscándolo sin tregua. Por la civilización se pugna. Hay impetuosas corrientes de sentimientos y de ideas hacia el cristianismo y la democracia de verdad. La tierra está bien preparada. Somos de los que abrigan la esperanza del todavía lejano fruto. Nos favorece la herencia de muchas calidades inclitas.

Por lo pronto tenemos un pensamiento de flexibilidad asombrosa; lo griego y lo latino,—nada nos

choa por su sabor exótico; en todos los torrentes metemos nuestra copa, cuando no nos echamos de bruces sobre las aguas para be'er en el raudal sin intermedio. Es una vida en formación la nuestra, y la imparcialidad para apropiarse elementos extraños que la caracteriza, es prueba de su empeño para afirmarse y robustecerse: su esperanza no es demente.

En todos los países en que se transformaron las viejas colonias, hay dos grupos de ideas, que aunque no lleven siempre el nombre de familia, tienen parentesco. Conservadores los unos, liberales los otros, es común que se llamen los que están separados en sus aspiraciones al triunfo de un común derecho. En unas partes es la pugna por cuestiones que afectan á las creencias religiosas, en otras predomina el carácter social de las opuestas tendencias: las divergencias puramente políticas vienen de esos orígenes. Por desgracia, aún los que se inspiran en el fanatismo tienen un móvil puro, comparados con los que,—y esto, por desdicha es bien frecuente,—no tienen otras aspiraciones que las del grado de parentesco ó de los intereses. La cuestión es, con frecuencia: ¿quién manda? ¿el grupo de mis aliados y mis paniaguados, ó el de mis rivales? Más arriba de eso no suele andar la brega en parte alguna. Por lo que mira, repetimos, al derecho crágico, al que así creemos que debe llamarse: leyes civiles, penales, de averiguación de ambos ramos, de lo mercantil, se ha copiado, por lo común con acierto, lo de los pueblos viejos: leyes de Francia, de España, de Inglaterra, de Alemania, de Italia, con imparcial criterio; pero el derecho no es eso: sin base de administración y de política ¿qué importará que las leyes sean buenas si muchas veces no se aplican?

Sociedad civilizada es sociedad libre: sociedad libre es concierto de ciudadanos; grupo de siervos no.

Aquí, en nuestra América, aún en Chile y La

Argentina,—que son las dos únicas naciones de nuestra sangre semi-respetables,—falta mucho que hacer para que la democracia sea sincera, para que cese el empeño de imponerse mutuamente ideas, para que las mayorías sean mayorías, en lo que deben serlo,—en cuestiones secundarias, y el derecho individual esté sin recelos en la órbita en que debe vivir inexpugnable.

Servidumbre por indio, servidumbre por hijo ó nieto de indio, servidumbre por estar mal con el Obispo ó con el cura, por no estar bien con el Gobernador ó con el Alcalde, catecismo forzado ó prohibición de catecismo, gajes de concesión y de venta los derechos, privilegios en todo, casi nada por la voluntad general, sino por la de un grupo ¿qué importa cual sea? miedo cerval á la verdad, religiosidad impía de pura forma, pedantería ignorante y vocenglera, ansia de convertir lo público en privado, lo nacional en feudo:—el cuadro parece muy feo, pero así son los hombres; sin convertirlos en ángeles, cabe ir organizando lentamente el Derecho: si colocamos el presente en comparación con el pasado, si notamos lo que se ganó ya en reforma del mal y en esperanza del remedio, tenemos que empeñarnos resueltamente, al verla tan posible, en la edificación de libertad y de justicia de un luminoso porvenir.

El movimiento de la colonización española, encaminado principalmente en busca de metales preciosos, regó á los pobladores, en pequeños grupos, por una area inmensa de terrenos: un anhelo indiscreto procura hay, á veces, constituir una sola nación con grupos casi incomunicados entre sí y con mayor separación que en lo físico en las costumbres y tendencias. Juntar enfermedades no es salud, reunir ruinas no es riqueza y establecer un cuerpo social en que el centro nervioso esté casi sin relaciones con los extremos, es antifisiológico. Sin agrandar los funestos resultados de la centralización vigente, cabe hacer un derecho internacional latino-americano

que sirva de ejemplo á los futuros Estados Unidos de Europa, que traiga en condiciones máximas la unión sin la confusión, la vida unísona en lo que importe sin mutilaciones dolorosas, sin lecho de Procusto. La armonía, la concordia, el empuje armónico hacia el progreso y la riqueza no requieren formaciones artificiales de nacionalidades que serían artefactos, y no cuerpos vivos: contra la Naturaleza no es bueno maniobrar,—las naciones no se inventan. La unión de los países latino-americanos, brotando del cristianismo y de la democracia, será verdadera, sólida y fecunda; por otra vía sólo puede llegarse á nuevos sangrientos y ruinosos disturbios.

La común resistencia estúpida,—por el formidable espíritu de rutina sólo explicable,—al arbitraje obligatorio en asuntos internacionales, políticos, —hasta privados,—será vencida con el tiempo. En esa vía es lógico que marche la primera nuestra familia de la América. Con ello y otros esfuerzos para acciones comunes en industria, comercio, ciencia y arte tendremos la fraternidad que es necesaria: la otra, ensayada ya con mal fruto, es sueño de dementes.

El sermón del abismo

SE afecta mucho desdén, lo mismo en Norte América que en Europa, hacia el estado social de la América latina; pero en ello pasa lo que con nuestros temblores de tierra: de repente tembló en San Francisco de California, con las consecuencias que todos saben. De temblores sociales no está menos amenazada aquella opulenta y altiva sociedad de Norte América: los de Europa suelen ser terribles. El caso general es el que la sociedad está mal hecha,—como por instinto y á ciegas: hay que rehacerla con los ojos abiertos. El bellissimo sermón de Jesús, llamado *de la montaña* daba, de antemano, el remedio para el mal,—pero como las soberbias del egoísmo han estorbado su trascendencia práctica,—ruge ahora cetro en los abismos de la miseria á que es bueno que la sociedad actual,—ó será volada en pavesas,—ponga atento oído. Lo peor es que, por miedo á las muchedumbres ignaras, se aceptan por las clases conservadoras remedios que no lo son, pero que satisfacen la vanidad de los inconscientes,—*con daño para todos*. Dos ejemplos bastan: lo que se llama el *sufragio universal* y lo que se llama el *jurado*. Mayores desatinos no puede soñarlos la demencia.

Se fundan ambos en que una función social no es como una función orgánica que necesita órganos adecuados para su desempeño: quieren poner á respirar el estómago,—este es el caso.

El *jurado* ha hecho donde quiera que existe disparates monumentales,—tales disparates,—sin malicia, como el más malicioso de los tribunales compuestos no podría hacerlos de propósito.

Se necesita juicio *oral y público* con una sola instancia de tribunal colegiado, cada uno de los cuales tenga á su lado un juez instructor que prepare la sesión solemne del asunto, y *Procurador de la República*, que represente de veras el ministerio de la ley, bajo la jefatura del *Abogado* de ella,—á la Sala de Casación adscrito. Ese, y la inamovilidad judicial, entrándose en la carrera por *oposición*, en lo intelectual, y después de *información* bastante en lo moral, no pudiendo perderse el puesto sino en virtud de expediente bien hecho y ascendiéndose según antigüedad de buen servicio. Las sentencias con *resultandos y considerandos*, no *utases* como los que usan los *jurados*.

Nada de *sufragio universal* para constituir la jefatura del Estado: un sistema análogo al francés, que es hasta el presente el menos malo que se conoce y que los E. E. U. U. acabarán por adoptar. Dado lo que hay en la actualidad, he opinado por el sufragio para las gobernaciones y jefaturas políticas; pero si se cambia todo, el sufragio debe quedar sólo para las autoridades municipales, dando á las mujeres que tengan propiedades en la localidad intervención en el asunto.

Y, sobre todo, nada de omnipotencias: carreras administrativas bien organizadas con *oposición* á la entrada, y ascenso por antigüedad de buen servicio y pérdida del puesto sólo en virtud de *juicio contradictorio*.

El sufragio, cuando se use, con *ponderación del voto*, como en Bélgica.

Indultos y gracias parciales, al poder judicial, que aplique ley bien reglamentada, en la materia.

Milicia nacional con servicio de todos, bien reglamentado también, con preparación en la escuela de párvulos y con Estado Mayor competente á la cabeza.—Instrucción elemental obligatoria, que *eduque* al país y libertad de imprenta bienentendida, sin insultos y sin acusaciones que no pueda justificar el escritor en todo lo que á la vida pública se refiere.

Es claro que trato todos esos puntos á la ligera, y en resumen.

Porque lo principal no es eso.

Lo principal es que no haya desheredados en el mundo.

Eso es lo que significa el cristianismo.

No es sueño de dementes el llevar con abundancia aire puro y agua limpia á todas partes; no lo es tener en cada barrio una escuela que sea un taller y una gimnasia para hacer hombres, con libro de lectura que sea un Evangelio y un compendio de la vida, no lo es la supresión de la mendicidad vagabunda y asquerosa,—por medio de asociaciones de caridad que reportan á domicilio,—no dinero sino *bonos* para todas las necesidades; no lo es el arbitraje obligatorio para todas las disputas,—las del trabajo con el capital inclusive. No lo es el auxilio para el obrero que ya no puede trabajar y el montepío para su familia. Cristianismo vivido y democracia racional: con eso tiene el mundo para su remedio.

Hay algo que se ha acercado á eso,—aunque la adoración al *dollar omnipotente* acabe por podrirlo: la primitiva república norte-americana. “La flor de Mayo”, aquella lectura del Evangelio en el hogar honrado y limpio, aquellas predicaciones amorosas, aquellas nobles batallas por la independencia, aquellos primeros días de la república sincera: ello parece entre las páginas de la Historia como las flores de durable perfume que las niñas guardan entre las de sus libros preferidos.

En ningún espacio del planeta,—por otra parte,—se ha emancipado el trabajo de sorvidumbres y vilezas, se han coronado con su derecho las plebes, se han roto iniquidades, se han evaporado privilegios, se han alumbrado supersticiones sociales, se han deshecho preocupaciones fraticidas, se han edificado solios altos para la libertad y el derecho como en esa tierra en que se mecieron las cunas de Washington y Lincoln,—los dos hombres de mayor estatura

moral que han estado al frente de un imperio. De allí puede salir, en condiciones que no se dan en ningún otro suelo, la sociedad racional humana que el mundo esta en dolores de alumbramiento para producir en lo futuro. Sus tradiciones están lo mismo que sus banderas: colmadas de estrellas.

Uno de los pensadores más originales y poderosos del siglo XIX hizo observar que Napoleón 1º, lejos de haber trocado en humo, como muchos suponen, la *revolución francesa*, la había extendido por el mundo, en uno de sus trascendentales conceptos, porque cada soldado de su ejército llevaba implícitamente en su mochila, no como quiera un bastón de mariscal, sino a las veces, una corona de monarca. Algo semejante significan los E. E. U. U.: en ninguna otra parte ha sido tan fecunda y enérgica la igualdad de los hombres para luchar por la vida, según sus condiciones personales, sin rango hereditario.

Pero con el culto del oro, eso en buena parte se ha perdido,—no faltará quien diga: con propaganda firme y empeñosa puede volverso a hacer.

El derecho es la filosofía social,—la palabra lo trae. Como la geología es la historia: como la formación del planeta es la formación de la varia evolutiva sociedad humana: terrenos de aluvión ó bien terrenos ígneos; ideas acarreadas por el lento correr de los sucesos junto á ideas que son como lavas frías y endurecidas de erupciones revolucionarias; capas de piedra que marcan las edades del globo y capas de sentimientos y costumbres que indican el itinerario del progreso; sedimentos de materia inerte ó de la sustancia del pensamiento reunidos y cuajados en larguísimo tiempo, filtraciones que producen grutas maravillosas en que las estalactitas fulguran ó prodigios del arte humano en que las fantasías resplandecen, el diamante, el rubí y la esmeralda que se cristalizan ó los principios que se constituyen, las venas del oro precioso, del hierro fuerte, del carbón utilísimo en reserva para el explorador entendido y para el

obrero infatigable y las miras de los recuerdos interesantes, de los documentos elocuentes, como dormidos, esperando la evocación del sabio, las especies de la flora y de la fauna, á cada nueva etapa más complicadas, y al mismo tiempo, mejor constituidas, y por idéntico proceso, las especies de la moral y el derecho, los grupos de los sentimientos y de las costumbres, á cada nuevo período, más variados y al mismo tiempo mejor constituidos,—y el planeta, que fue pedazo de nebulosa y materia en fusión, sólido, firme, organizado, como animal inmenso, moviéndose majestuoso en su órbita, encendido é iluminador con el reflejo de la luz sidérea, que cae en torrentes de esplendor sobre sus flancos, así como la sociedad humana, salvaje primero, bárbara después, buscando su paso entre las sombras, vadeando tímida y vacilante el obstáculo,—ahora en segura senda hacia la perfección apotecada, dirigiéndose con bien sentado paso á la consecución de sus anhelos, alumbrada por el rayo de sus ideales,—que son como soles, que son como estrellas fijas en los espacios casi infinitos de su pensamiento.

Esa obra inmensa realiza la palabra, escrita, acaso, en una hoja de papel que parece tan frágil como el ala de la mariposa, pero que atraviesa el mundo con el vuelo del águila y es más permanente que los monumentos de bronce y de granito. La palabra fué en su origen, como la tosca gruta del salvaje, el medio solo de satisfacer una necesidad, y así como en la civilización rudimentaria el aire y la luz comienzan á penetrar en las proporciones debidas en el ya agradable edificio, así los esfuerzos del gramático le dan la elasticidad necesaria para que por su medio, como por el de inmensa lonja, se verifique el comercio de las ideas; pero llega un momento en que el hombre no se conforma con que la piedra lo envuelva como un manto que lo cubra de los rayos del sol y de la furia de los vientos; la ancha bóveda sigue entonces la línea del horizonte azul, toda suerte de caprichosas lámparas brillan en su seno, como

constelaciones robadas al espacio, cuajan los relieves con de armoniosas ideas sobre la imponente fachada, la ojiva del cristal multicolor descompono en mil cambiantes la luz, y la torre altísima sube como una aspiración inmensa hacia el eter insondable, y aunque para hacer su historia, acabe de compararla á la arquitectura, no está ella por cierto á tan estrechos límites reducida: la palabra pinta también no con los siete colores del iris, sino con los infinitos maticos de la fantasía, esculpe en magníficas estatuas la imagen de las grandiosas concepciones del humano espíritu, toma á la música sus ecos, á la poesía su tornura,—compendia, en fin, en un arte supremo todas las artes, que nada hay comparable en el mundo á este trabajo de dar carne y hueso á las ideas: gestación sublime en que, así como brota por el cráter del volcán la encendida lava, como se desprendo majestoso rauda torrente de la empinada montaña, brote esa chispa eléctrica que hace que el alma de un hombre se derrame en el alma de un pueblo, que el alma de un pueblo se derrame en el alma de la familia universal, y que llegue un momento en que una cadena se rompe, en que una iniquidad secular salta en pedazos, en que una hora nueva,—una hora más bella y más luminosa suena de súbito en el cuadrante de oro de la civilización universal.

El Cosmos de la vida moral nos lleva, con irresistible impulso, á la concepción y adoración de la causa del bien, del ideal de la justicia y del amor, que es el Dios vivo. Por incompleta que sea la responsabilidad moral en virtud de las fuerzas orgánicas que originan nuestros actos tenemos conciencia de que, en resumen, hay algo de que respondemos.

El arte bello, como se endulza una droga, mezcla el ensueño con la vida, abre, para los privilegiados que lo gozan, pensiles de hermosura indocible, palacios de opulencia suma, mundos en que tenemos alas, que nos levantan sobre las miserias de la realidad, sin que pueda salpicarnos con su lodo: una bella estatua ó un bello canto obran tal prodigio en

nuestro sentir y nuestro pensar, que se decía que hemos sido dioses, antes de venir á esta vida triste, y que nos acordamos entonces.

Hay un arte bello de la vida práctica, que por el ministerio de la moral y el derecho se realiza,—el que con un conjunto de contrapuestos egoísmos erige la armonía social.

La fraternidad humana es el sol de la Historia. Aprendí en una guerra, notable por sus escaseces,—escacés de pólvora inclusive,—una lección que no he olvidado. Estabamos casi sin ropas y en un invierno ingrato, viviendo en región montañosa, donde el frío de las noches era un tormento casi insoportable: descubrimos entonces que estendidos sobre la dura tierra, espalda desnuda contra espalda desnuda,—cada uno de nosotros era un foco de delicioso calor para su compañero: si eso hacían las espaldas,—hombres de poca fé,—¿qué será cuando lo que pongáis, apretados y vibrantes, en comunión sincera, el uno contra el otro, sean vuestros propios corazones?

Una corona ideal tiene más precio en realidad, para los hombres capaces de levantarse sobre la vulgaridad ambiente que todos los otros premios de la vida: ¡la corona de laurel!,—la única diadema del orgullo humano que no ha rodado por el polvo al soplo de la revolución moderna, la primera de todas las coronas, inferior solo, al menos, á la del perfecto amor y el perfecto sacrificio por los demás,—inferior solo al menos,—á la corona de espinas manchadas de sangre que hace veinte siglos la humanidad entera adora de rodillas.....

Quito, 1º de Junio de 1912

Errores tipográficos de importancia

<i>Pág.</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Léase</i>
18	6a.	Briaereo	Briareo
23	24	oin	sin
32	16	señora	señor
38	1a.	racionarse	raciocinarse
48	13	comprometieron	comprendieron
60	34	lo mismo que	lo mismo la
73	13	malaneólico	melancólico
109	16	accidental	accidente
162	26	Histuria	Historia
164	1a.	conferencias	conferencia
168	34	del ejercicio	el ejercicio
170	26	humillantes	humillante,
171	16	quiene	quienes
216	23	otoas	otras
"	27	combio	cambio
252	14	reportan	repartan

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

FECHA DE DEVOLUCION

0067-'88.

070(042)

Z25

Ej.2

Zambrana, Antonio.

Prensa y tribuna.

FECHA

LLEVADO POR

070(042)

Z25

Ej.2

Zambrana, Antonio.

Prensa y tribuna.

0067-'88.